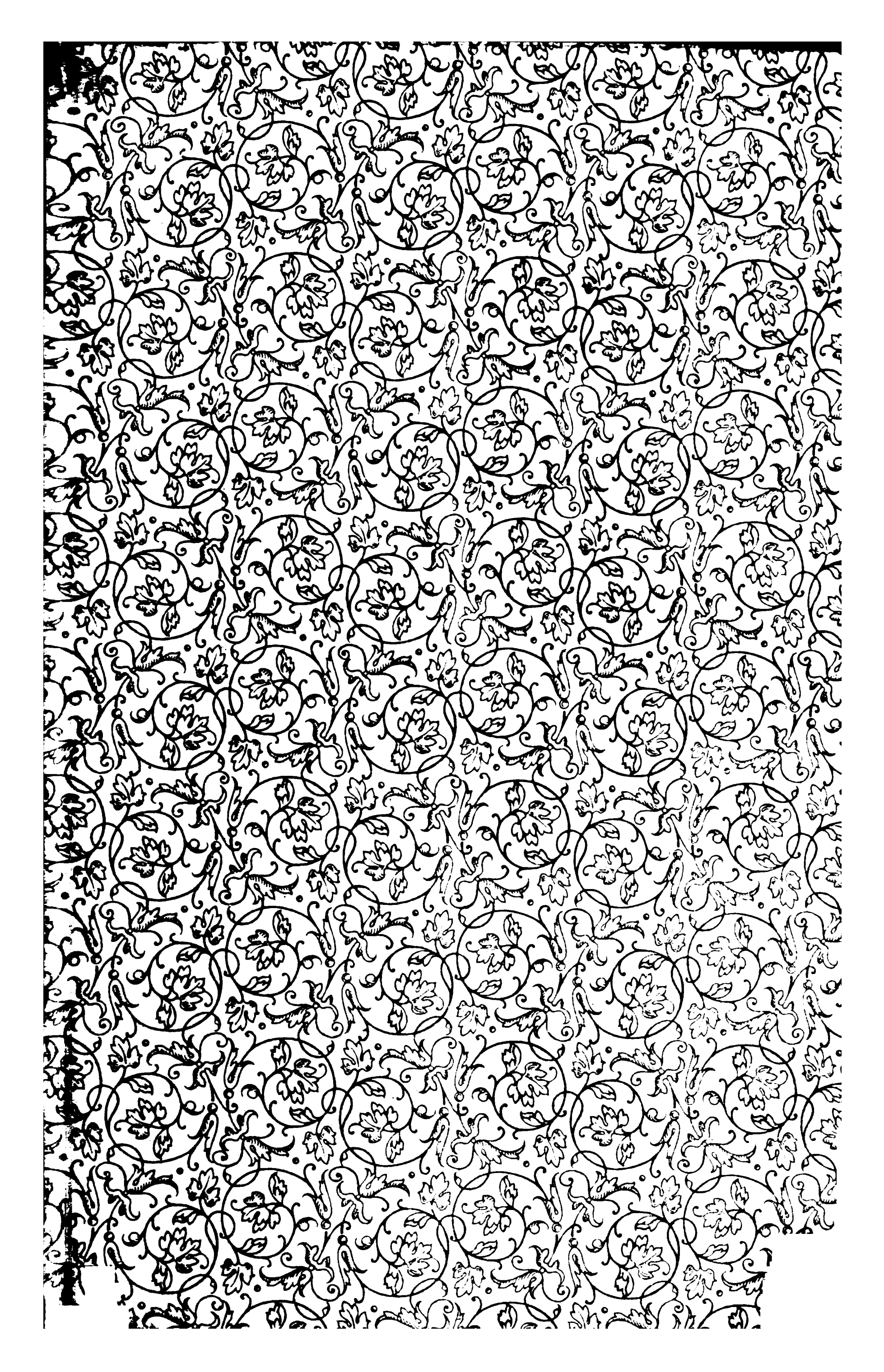




BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 34

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMÍN HERRÁN

VOLUMEN TERCERO

BILBAO

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3, int.

1899

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN

VOLUMEN TERCERO



BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 34

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMÍN HERRÁN

VOLUMEN TERCERO

BILBAO

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 8. int.

1899

LIBROS Y AUTORES BASCOS

CANCIONERO VASCO

POR

JOSE MANTERGLA

Estudio crítico de Fermín Herrán, establecido para el periódico fuerista *La Paz*, en Vitoria, Herrería, núm. 73.

CANCIONERO VASCO, *poesías en lengua euskara*, reunidas en colección, ordenadas en series y acompañadas de traducciones castellanas, juicios críticos, noticias biográficas de los diversos autores y observaciones filológicas y gramaticales, por José Manterola.—Primera serie, tomo I.—*Poesías amorosas*, San Sebastián, imprenta de Juan Osés, Constitución, 7.—Noviembre de 1877.

El amor á la patria es sin duda el sentimiento más noble y elevado, y el de más beneficiosos resultados para el que verdaderamente lo abriga, como para lo que es objeto de tan purísimo afecto. Dese la extensión que se quiera á esta palabra, siempre será un manantial de recuerdos, ora tristes y amargos, ora alegres y placenteros; de esperanzas hala-

güeñas; de ilusiones y promeass; siendo de notar que, conforme la idea toma amplitud, si mengua la intimidad crece el respeto, la veneración y el asombro.

En efecto; amamos primeramente al país que nos da un nombre general, por cuyas leyes nos regimos, cuyas cargas levantamos y que nos da en el mundo social y político la consideración de potencia, de estado, de gobierno; la nación es, en este caso, nuestra patria. por cuyo honor, bienestar y dignidad estamos dispuestos á todo, cuyos intereses de toda clase defendemos con nuestras personas y con nuestras haciendas, y llevamos con orgullo el nombre que nos presta y que preferimos á otro cualquiera. Pero limitando la extensión de la palabra patria, hallamos esta en la región cuya lengua, costumbres é intereses nos son familiares y comunes, cuyos asuntos nos tocan más de cerca; y descendiendo más en esta escala gradual la encontramos en la provincia que establece la distinción de origen, en la ciudad, en la villa y en la aldea, y dentro de esta división, en el barrio, calle, casa y cuarto donde hemos nacido, han muerto nuestros padres ó hemos hallado nuestra compañera; viniendo en último resultado á concluir que la patria somos nosotros mismos, que esto sólo existe en nuestro pensamiento, en nuestra imaginación, que

es una palabra hueca, un ser imaginario, un fantasma, un mito.

Sea como quiera, la verdad es que existe un sentimiento que ennoblece al que lo abriga, por más que su causa sea el egoísmo, pero un egoísmo santo indispensable, y tan meritorio como la más sublime abnegación, sin el que no se hubieran realizado esa infinidad de acciones heroicas, de descubrimientos magníficos, de creaciones artísticas, maravillosas. Suprimid el *yo* humano y el mundo físico sería un desierto, el mundo social un caos, el mundo moral un pandemonium, toda vez que eliminado el sujeto no tendría razón de ser el objeto, porque el principio del *yo* supone, determina, arrastra tras sí la existencia del *no yo* y la de todo lo que no es el *yo,* porque la satisfacción de este sentido íntimo es anterior, simultanea y posterior á toda otra fuera de él, y porque esto sucede siempre y en todas partes. Tenemos, pues, el sentimiento de la patria, y no es necesario dar reglas precisas que nos digan lo que ha de ser y cómo ha de ser; todos convenimos en lo mismo, si bien hay discordancia en la manera de manifestarse, pues al paso que unos sólo le ven realizado en la abnegación y en el sacrificio propio, otros lo miran en el de los menos con provecho de los más, y de ahí que para unos sea traidor á la pa-

tria el que para otros es benemérito, y para los más sea sólo un hombre que cumple sencillamente con su deber.

Triste sería, por cierto, que sólo tendría amor á la patria el que tiene ocasión de probarlo, ya por su posición en el gobierno de la misma, ya en circunstancias anormales en que todos están obligados á manifestarlo, cuando precisamente existe un sinnúmero de personas que lo sienten como debe sentirse y no lo demuestran porque no está en sus medios, ó éstos son tan modestos ó poco conocidos que apenas si alguno se da cuenta de ellos.

En éstos es donde, una vez manifestado, se admira en toda su fuerza y decisión, y en éstos le hallo, no en los otros, que por su posición debieran más que nadie abrigarlo y darlo á conocer. Idea abstracta la de la patria, alguna manera había de tener de ser representada, y como los unos la miran personificada en los hombres que están al frente del gobierno, en los héroes de circunstancias, en los hoy mártires y mañana déspotas, los otros la contemplan vinculada en determinadas clases sociales, habiendo quien la ve en la tierra que pisa, en el aire que respira, en lo que le pertenece ó le es conocido; para todos estos la existencia de la patria es independiente del espacio que abarca; está toda entera en to-

dos y en cada uno de los puntos que son suyos; pensamiento perfectamente formulado en aquel conocido verso

«¡Aún hay patria, Veremundo!»

y que hace más verdadera nuestra afirmación de que la patria subsiste mientras quede un palmo de terreno donde enclavar la bandera de la independencia y una rendija donde guarecerse cuando no es ocasión de buscar al enemigo invasor. Para los que no ven la patria en una ni en muchas personas, sino que tomando la idea por lo que vale, forman con sus atributos una entidad que no puede hallar representación, la patria es todo y no es nada. No se fijan en los detalles, van derechos al conjunto, y cuando hablan de la felicidad de la patria, de su gloria, ó bien de sus dolores y desventuras, se refieren á todos y á todo, porque para ellos la patria son los hijos de la misma, y su clamor el de sus hermanos, no sólo los que son sino los que han sido y los que serán, porque la patria no tiene presente ni pasado, muda de hijos, cambia de condición, pero es siempre la misma que oye, ve y atiende, que hace escuchar su voz y da á conocer su voluntad, que es la suma de las voluntades de todos.

A esos patriotas, en el buen sentido de la palabra, cuya buena fe les hace lamentar las

desdichas de la patria sin tratar de remediarlas, que se se regocijan con sus triunfos y glorias sin haber contribuído á ellos, no se refiere el amor patrio de que venimos hablando, y menos á los que hacen de esa patria escabel de sus ambiciones y pretexto para sus propósitos de especulación. Hay una tercera clase, ni tan numerosa como la primera ni tan reducida como la segunda, compuesta de hombres que saben lo que es palabra, lo que á ella deben y de ella pueden reclamar, que la han erigido un altar en su corazón en que la rinden fervoroso culto y no desaprovechan la ocasión de demostrarla su adhesión, su afecto, no con vanas palabras, que á veces nada significan, sino con hechos fructuosos y útiles para la misma, en cuyo loor y beneficio se meditaron, y por la que tuvieron cumplida ejecución.

Para éstos es la patria á la vez hija y madre; hija por el cariño y solicitud con que buscan para ella satisfacciones y lauros, por el anhelo que sienten de que sea en todo la primera, no de otro modo que un padre se complace en adornar y agradar á su hija, presentándola á la admiración de todos y recreándose en ello; madre, por el respeto y veneración con que la mira, por el celo con que vela por su honor y la prontitud con que se apresta á defenderla cuando la ve de alguno

amenazada, y madre é hija por el afecto recíproco que halla en sí mismo, la satisfacción de la correspondencia, sin celos ni temores, seguros de firmeza no menos que de su legitimidad.

Este es el que inspira los hechos heroicos, las obras grandiosas, las palabras sublimes, las acciones laudables, y éste es el que ha inspirado al autor, coleccionador ó traductor, que de todo hay un poco, del *Cancionero Vasco* para recoger esas perlas, acá y allá esparcidas y olvidadas, para darlas á conocer, porque ellas muestran los tesoros de sentimiento y poesía que encierra un país, á cuyo bienestar y gloria el señor Manterola—y hora es de que le nombremos—ha dedicado los afanes de toda su vida, y porque en esas composiciones ligeras y sencillas se retrata el carácter bascongado, uno de los pocos restos que nos quedan de lo que hemos sido y porque puede temerse que sin estos remedios y merced al influjo absorbente de que venimos dándonos cuenta, desaparezcan un día con nuestra literatura propia nuestras costumbres, nuestro idioma y hasta nuestro carácter.

Libros como el que reseñamos son necesarios para evitar este tristísimo caso, obras de enseñanza y literatura vascongadas, escuelas, academias, y hasta un teatro vascongado me atrevería á proponer si creyera que de este

modo llegaría á salvarse de los repetidos y sañudos ataques de que viene siendo objeto lo poco que nos queda de la herencia de nuestros mayores.

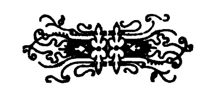
Tiempo es ya de que nos ocupemos de la obra y vamos á hacerlo con la brevedad que exige el corto espacio de que disponemos, dejando para otra ocasión el tratar más largamente de ella, cuando, concluída del todo y dada á luz, podamos hablar con fundamento y conocimiento de causa.

Propónese el autor publicar la obra dividida en series de cuatro tomos, comprendiendo cada una las composiciones del mismo género ó análogo, y, al efecto, el tomo primero contiene seis composiciones escritas en los distintos dialectos vascongados, guipuzcoano, vizcaíno, labortano, suletino y bajo-navarro, acompañadas de su correspondiente traducción, hecha con notable esmero y criterio excelente, con la añadidura de importantes notas filológicas y gramaticales y algunos apuntes biográficos de los autores, con lo que la obra es, no sólo literaria, sino de historia de la misma.

No nos toca á nosotros emitir nuestro juicio acerca del mérito de dichas composiciones, sino únicamente asegurar que merece los honores de buena traducción, habiendo logrado el traductor conservarles algo del sabor suyo

característico, cosa dificilísima de suyo. Al final del tomo va un pequeño apéndice con la música de algunas de las composiciones del tomo, idea acertadísima y que contribuirá no poco á dar á conocer la índole de cada una y la de la literatura vascongada, que realmente es lírica, ya que, á semejanza de los pueblos antiguos, de los que el nuestro es coetáneo y muy semejante el país vasco ha cantado siempre sus versos, y sus poetas, tro vadores, coblakaris, han sido á la vez músicos, conjunto que rara vez en otros pueblos se admira.

Ni una palabra más. Nuestra en horabuena al señor Manterola y al país vascongado, que en él encuentra un digno encomiador de sus virtudes y glorias, que sin él acaso para siempre yacerían en el olvido.



EL FUERO DE BIZCAYA EN LO CIVIL

POR

CARLOS DE LA PLAZA

El señor Plaza acaba de publicar el cuaderno primero de *El Fuero de Bizcaya en lo Civil,* ocupándose en él de los territorios sometidos al Fuero dentro y fuera del Señorío.

El señor Plaza ha hecho una obra buena y una buena obra.

Obra buena, porque ha enseñado el camino de que tan necesitados estábamos de estudiar en serio y poner al alcance de todo el mundo las cosas que se refieren á Bizcaya, pues no parece sino que están encerradas bajo doce llaves, según lo abandonados y perezosos que fueron todos los vizcaínos en darlas á la publicidad, siendo los primeros culpables de esto nuestras autoridades, las cuales, juzgan cosa baladí todo lo que sea resucitar y dar á conocer nuestro glorioso pasado; y una buena obra, porque el señor Plaza ha tratado con detenimiento y con una inves-

tigación plausibles los primeros puntos del cuestionario, sometido á su dictamen, faltándole tan sólo un càpítulo resumen, á que debiera haberse atrevido, basado en su gráfica frase de «más vale una afirmación concreta y decidida, que mil dudas y vacilaciones juntas»; un capítulo resumen, repetimos, en donde estableciera el derecho constituído á su juicio, sobre el asunto de que se ocupa.

Comienza este cuaderno con una dedicatoria al Ilustre Colegio de Abogados de la Invicta Villa, en la que hace la historia de todos los trabajos, encargos y comisiones nombradas, dentro del Colegio, en cumplimiento de las consultas de la Diputación de Bizcaya y de la Comisión Especial encargada de este asunto.

Y en esta misma dedicatoria nos parece que encajaba perfectamente el capítulo primero, que no contiene otra cosa que la manera de haber llevado á cabo su trabajo el señor Plaza, y los elementos de que se ha valido, así como también las personas que le han ayudado.

Después, en once capítulos, estudia y expone con verdadera erudición, todo lo concerniente al punto y lugares en donde rije el Fuero y á los puntos en donde es potestativa su aplicación, en los que es obligatoria y en los que sólo rije en parte.

El señor Plaza es uno de los espíritus más cultivados y más entusiastas que tiene Bizcaya, y aunque quizás, por los arranques de su hermoso corazón parezca á veces exagerado y utopista, es, sin embargo, práctico, muy práctico, y pone casi siempre el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

No damos valor al libro del señor Plaza, sólo como dictamen aprobado por el Colegio de Abogados, antes por el contrario le damos en este concepto poco valor, el mérito, que para nosotros lo tiene muy subido, consiste en que rompe el silencio y la indiferencia dando á la publicidad lo que debe ser objeto de ocupación más frecuente de la prensa.

No se asusten las personas timoratas, ni se molesten nuestros compañeros, con la afirmación que hacemos de que disminuye su autoridad ó, diciendo mejor, no se aumenta por ser dictamen aprobado por un Colegio. El señor Plaza que no tiene pelos en la lengua para sentir verdades y decirlas, repite con gracia en algunas juntas lo que son Comisiones y Colectividades: «se nombran tres ó cinco individuos, se subdividen el trabajo, si es posible, y en último resultado se confía á un ponente, que es el que verdaderamente hace el trabajo» ¿á que entonces Comisiones? Uno se lleva el trabajo, pues que se lleve la gloria ó la censura, esto es lo que viene á mantener

la publicación del libro del señor Plaza. De suyo el trabajo es meritorio; si fuese deficiente, vendría otro á quien la noble emulación, llevaría á enriquecer la materia, poniendo las cosas en su punto, y el señor Plaza, como lo haría otro cualquiera, celebrará el que, merced á sus iniciativas se pongan las cuestiones en su punto, aunque otro individuo también contribuya á ello.

Pero, si solo fuéramos á considerar al señor Plaza como ponente de una Comisión, lo probable es que él trabajara, y si otro lo hiciera con más acierto ó con más fortuna, sin haberle llamado á ello directamente, sería fácil que asomara el demonio del amor propio y sintiera, aún siendo muy modesto, el desaire, como mordedura de culebra envenenada.

CUADERNO SEGUNDO

Animo, mi distinguido compañero Sr. Plaza, y adelante con su empeño. Dios le dé ánimos, y nuestros aplausos alientos, para ir barriendo las telarañas que nos rodean por todos sitios en las empresas intelectuales, ya que le sobran condiciones de otro género para salir brillantemente de esta empresa; porque es verdaderamente lamentable que Vizcaya tan rica y poderosa en todas sus manifestaciones

no tenga más que desdén y menosprecio para las empresas intelectuales.

Hace 25 años que luchamos en favor de estas aspiraciones, y casi todos los que las capitaneaban van desapareciendo. Aquí mismo, sin salir de Bilbao, estamos llorando la ausencia de Trueba, de Delmas, de Sagarmínaga, de Zabálburu, de Villavaso, de Allende Salazar, y ¡triste cosa será que vayan muriendo unos y no vayan apareciendo otros!; así es que al encontrar á usted con tantos entusiasmos y con tan bellas condiciones, hay que señalar su aparición con raya de oro en los fastos literarios de nuestra tierra. No abandone, pues, el hermoso camino emprendido y guste y saboree estos placeres de las letras que no llevan consigo ni los azares y borrascas de la política, ni los remordimientos de las malas obras causadas, por las pasiones de partido, poique en este campo neutral, sólo hay una aspiración sublime, la de glorificar y enaltecer la patria.

Y vamos á su segundo cuaderno.

Se ocupa en el capítulo primero, de las cuestiones á que da lugar la aplicación del fuero en las villas de Elorrio, Bermeo, Ochandiano y Villaro, pero lo más importante de él es saber por qué legislación se ha de regir San Agustín de Echevarría, anteiglesia adherida á la merindad de Durango, hasta

que á petición suya se agregó é incorporó á la villa de Elorrio, por Real Cédula de 23 de Enero de 1630. A mí me parecen convincentes las razones que usted expone, pero no hubiera estado de más aclarar estos puntos: por qué fuero se regía esta anteiglesia cuando estaba unida á la merindad de Durango, pues habiendo sido Durango villa con fuero especial, no sería fácil acertar si era el fuero de villa ó el fuero de tierra llana el que rigiera en San Agustín. Importaría también saber si el memorial de Elorrio dirigido á las Juntas generales de Guernica en 1772, pidiendo que se le concedieran ciertas leyes del fuero, de conformidad con la concordia de 1630, acla raba este punto, pues pudiera suceder que no fuese lo que usted cree, amigo mío, de que acaso fundara su pretensión Elorrio en el hecho de regirse por las leyes forales el territorio de San Agustín, sino que, por el contrario, pidiese las leyes del fuero, basándose en que San Agustín, que había sido sometido á las del Elorrio con la anexión, estaba descontento de ellas á la propia vez que la villa de Elorrio, y en este caso, como hecho consumado y derecho constituído, resultaría que en San Agustín de Echevarría no regían las leyes forales, á no ser que se probara que en virtud del memorial se le habían concedido.

No es bastante, en contra de esta reflexión,

la deducción que usted saca de que las anteiglesias de San Juan y San Pelayo, Albóniga y Zubiaur, que se unieron á Bermeo, conservaron por costumbre inmemorial las leyes del fuero: aparte de otras razones, porque como usted mismo dice, Bermeo reducido hasta entonces á poco más de su casco, alcanzó el gran perímetro que hoy tiene lo cual viene á probar, sin gran esfuerzo, que á quien esta anexión convino fué á Bermeo, y que Bermeo fué quizá la que impuso los privilegios de anexión, mientras que en San Agustín de Echevarria se ve que esta anteiglesia es la que la pidió y aún hizo sacrificios por lograrla.

Trata V., Sr. Plaza, en el capítulo II, de si es ó no potestativa la aplicación del Fuero, y aunque es delicada y minuciosa la exposición de sus razonamientos para venir á deducir que son potestativas las que suponen una determinación de voluntad, y obligatorias las que una vez otorgadas llevan en sí mismas la causa de su aplicación contra la voluntad del individuo, yo considero que debe tener un criterio más radical. Me fundo para ello en que siempre que no haya perjuicio ni oposición, debe tenderse á la unidad, y todo lo que no se base en los hechos positivos de oposición y se reduzca á reflexiones, más ó menos fundadas, deben llevarse siempre al terreno

de la sencillez y no de la complicación. Y en este caso, se ve que las exposiciones de Ochandiano y Villaro tienden á conseguir que se les conceda la ley foral, y alcanzado este fin, se debe determinar, á mi juicio, sin dualidad de criterio, en potestativas y obligatorias, se debe determinar, repito, que son obligatorias en todo aquello que pidieron y se les concedió. Yo que celebré, y sigo celebrando cada día más, su frase que vale un tesoro, de «más vale una afirmación que cien negaciones», le animo á usted á que sobreponiéndose á la excesiva delicadeza de no querer herir opiniones distintas, por lo cual busca un término medio en las cuestiones, abandone este método y prefiera siempre acercarse á una afirmación categórica sin dualismos.

Trata el capítulo 3.º de si la conmutación foral es ó no ley sucesoria, y se inclina á la negativa, y para más complementar el capítulo anterior se apoya en palabras del abogado señor Iturriaga para afirmar que á Ochandiano sólo se concedió la ley foral en las sucesiones y que la comunicación foral no lo es. Con esto resuelve usted dos cuestiones, y aunque yo opino de distinta manera que usted y que el señor Iturriaga, al cabo sus afirmaciones son un progreso en este laberinto de vacilaciones y de dudas, que contribuye usted á aclarar en sus capítulos 4.º y 5.º, con

gran suma de datos y gran lucidez de criterio.

El capítulo 6.° está consagrado al fuerc extramuros de las villas, y es uno de los en que más libremente campea usted, con acierto y seguridad en sus apreciaciones. Sino que sucede que teniendo que circunscribir este artículo á una exposición ligerísima de su obra y á darle el aplauso que merece y á animarle continuamente á que siga trabajando por ese camino, en donde le esperan títulos de gloria, me veo contrariado al no poder hacer ciertos reparos, no con ánimo de molestarle ni aún de detenerle en su trabajo, sino con el propósito de que se terminen más las cuestiones y se aten por completo los cabos sueltos que siempre quedan en materia tan oscura.

Bien, muy bien, señor Plaza, por ese capítulo VII, titulado *El Fuero de las Villas de don Juan*. Eso es volar con grandeza de historiador imparcial y profundo. Desde luego me inclino á su parecer en la interpretación de que las cartas de fundación se refieren única y exclusivamente á la propiedad y no á su gobierno, ni á su derecho. Pero la imparcialidad con que luego presenta el hecho notado por usted, y lo que á su juicio lo ha motivado, es de primer orden.

El capítulo VIII, lo consagra usted á las casas *caserías censuarias,* comenzando por in-

dicar lo que dispone el Fuero y el origen de sus disposiciones en dos Reales Provisiones de los Reyes don Fernando y doña Isabel en 1480 y 1484, porque en el Fuero viejo no existen, y sirviéndose de un legajo encuadernado titulado «Rentas del Señor en Vizcaya» va señalando las diferencias que existen entre Miravalles, Munguía, Larrabezúa, Rigoitia y otras, sacando en conclusión que si el Fuero de Vizcaya rige en las citadas cuatro villas de don Juan Marquina. Guernica y Guerricaiz, es porque habiendo en ellas casas ó caserías censuarias se aplicaba á estas la facultad de donarlas como si fueran tierra llana concedida por la Real Provisión de 1484, deduciendo usted con extraordinario acierto que todo el territorio de estas villas perdió al ser fundada la ley foral que tenían, pues de haberla conservado no hubiesen tenido necesidad de que se le devolviese por las Reales Provisiones de los Reyes Católicos.

Con toda amplitud trata usted. en el capítulo IX, de El Fuero en la Villa de Bilbao, y aunque sus argumentos son de buena dialéctica, me resultan antipáticos porque recuerdan algo de la frase criminal: «la bolsa ó la vida», que no otra cosa viene á ser el decir á las Repúblicas de Abando y Begoña, si no os anexionáis total y voluntariamente no conseérvaris la ley foral.

Y en párrafo aparte de este mismo capítulo sostiene que no rige el fuero en los barrios de Artigas y Castrejana, porque no se han agregado á Bilbao con posterioridad á su fundación, porque no lo pidieron á las Juntas de Guernica, de conformidad con la concordia de 1637, y porque no tienen hoy casas ó caserías censuarias, y si antes las tuvieron, debieron perderlas hace mucho tiempo y seguramente antes de que las Juntas en 1859 recordasen lo que dispone el Fuero en su ley 1.ª título 36.

Capítulo X,—El Fuero en Guernica Luno.

—Aparte de decir que según la ley publicada en la Gaceta del 12 de Enero de 1882, la legislación foral regirá en el territorio que en aquella fecha pertenecía á Luno y la legislación común en el territorio que hasta la misma fecha forma parte de la villa de Guernica, no nos parece congruente lo que sostiene sobre la dualidad de criterio de don Angel Allende de Salazar. Este al presentar su proyecto de ley sólo pretendía constituir un sólo municipio de Guernica y Luno, dejando la legislación civil de todos sus territorios en la misma disposición en que se hallaban y las citara ó no las caserías censuarias, por que las hubiese ó se le olvidara, ó por que no existiesen, debe suponerse que en ellas ninguna modificación se ha hecho por dicha ley del año 1883.

La villa de Guernica se fusionó con la anteiglesia de Arbácegui, y en esta rige la ley del fuero, como en aquella la ley común. Capítulo XI.

Conclusión que saca usted del capítulo XII: el fuero rige y ha regido siempre en el valle de Orozco, aún en los años que median desde que don Iñigo Ezquerra dió á su sobrino ilegítimo don García Sánchez el valle de Orozco hasta el 1785 en que volvió á reincorporarse al Señorío con voto y asiento en las Juntas de Guernica.

Hasta aquí el trabajo de investigación.

Ahora empiezan las consecuencias, y, en este sentido, el capitulo XIII es el más fundamental del libro que examinamos. A siete conclusiones reduce todo el contenido de su libro y todo lo que ha de ser objeto de su articulado. Después presenta una relación nominal de las villas, lugares y anteiglesias donde rige el Fuero ó la ley común; por cierto que, dada su paciencia de usted y el trabajo que ha necesitado, debía haber puesto un poquito más de empeño en hacer de esta relación un verdadero nomenclator con títulos, límites y expresión terminante de todos los lugares donde rige cada ley. Claro está que esto corresponde y podrá hacerlo fácilmente una corporación administrativa, como la Diputación, pero puesto que usted, señor Plaza,

ha tomado la cosa con tanto empeño y la ha realizado con tanto esmero, bien poco esfuerzo más necesitaba para haber dado completa y más perfecta cima á su obra.

Y ya hemos llegado á lo esencial del informe; estamos en su proyecto de articulado que redacta usted sobre las bases de todo su trabajo, tan perfectamente desarrollado; pero al leer su proyecto nos ocurren las dos dificultades que, desde que empezamos el análisis de su libro, nos andaban urgando en la cabeza; primera: ¿Debemos conservar el derecho foral sólo en las regiones donde se halla establecido? Segunda: ¿Qué leyes del Fuero se hallan establecidas en cada una de las localidades?

Porque, no hay que darle vueltas; reconocido el criterio simpático que los legisladores del Código Civil han tenido hacia el país vascongado, no será difícil alcanzar el régimen foral para toda Vizcaya, si se pide apoyado en la razón de lo conveniente que es simplificar la acción de los Tribunales.

Grave como es esta cuestión, es mucho más grave todavía el señalar qué leyes del Fuero son las que deben considerarse vigentes y deben ser conservadas.

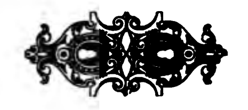
Son puntos estos que convidan á discurrir con alguna extensión, y es lástima que los comisionados por el Colegio para dictaminarlos

no sigan el mismo camino que usted ha seguido.

No contenta su actividad con abarcar la provincia de Vizcaya, ha consagrado á la provincia de Alava el capítulo XIV, deshaciendo, de paso, muchos errores respecto á las regiones de la provincia hermana en que rige el Fuero, consignando que éste sólo rige en el valle de Llodio y la hermandad ó condado de Aramayona, y que en las hermandades de Arrastaria, Urcabustaiz y en el condado de Ayala rige el Fuero de Ayala, del tiempo de don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra y señor de Ayala, confirmado por los Reyes Católicos. Sobre el dualismo en la legislación civil trata el capítulo XV, y en él hace oportunas observaciones sobre los puntos que más arriba tratamos.

El capítulo XVI, con el cual termina el cuaderno segundo, es una adición al capítulo VIII, motivado por unos artículos publicados en *El Noticiero Bilbaíno*, y, aparte de la deferencia que guarda usted con un compañero, nos parece muy fuera de lugar, pues era más propio hacer una adición de aclaraciones al capítulo VIII, que no dar á un tratado serio y formal como el Fuero Civil en Vizcaya, que es el que ha hecho usted, un capítulo con tono de polémica que no cuadra en manera alguna en una obra seria.

Mil cosas que en este ligero examen, á que nos limita el espacio de un periódico, se nos habrán escapado, saldrán á luz cuando publique su tercer cuaderno, último de la obra. Hasta entonces sírvanle de estímulo para su pronta publicación el que los que amamos de veras á este país lo esperamos con impaciencia, y el saber usted que nuestros plácemes son sinceros, porque su trabajo es un verdadero servicio á esa Vizcaya, para la cual pide el autor con tanta sinceridad, y nosotros con él días de imperecedera gloria al amparo del árbol de Guernica, emblema santo de sus fueros, franquicias y libertades.



COLECCIÓN DE DISCURSOS Y ARTÍCULOS

POR

JULIAN APRAIZ

DOS TOMOS.—VITORIA, 1889

I

Un amigo nuestro muy querido, pero que tiene tantos merecimientos á la admiración y al aplauso de todos los vitorianos como al cariño y al afecto de nuestra amistad, acaba de dar á luz dos tomos que contienen todos sus trabajos literarios: *Discursos y artículos*

Decimos que el señor Apráiz tiene merecimientos que le hacen digno del aprecio de los vitorianos porque, no solamente es un buen hijo de esta tierra, al cual se le ha visto siempre en su puesto en cuantas empresas beneficiosas y meritorias se han realizado aquí, sino que, abandonando todo egoísmo personal, á su ciudad ha venido á sentar sus reales, y en su

ciudad trabaja sin descanso y con lucimiento, y en su ciudad ha dado una palmaria y perfecta prueba de su talento y de sus condiciones morales é intelectuales, enriqueciendo nuestra literatura, y, por la riqueza que ha aportado, haciéndose acreedor á ocupar un distinguido puesto, acaso el más preeminente entre los literatos alaveses. He dicho literato y con esta palabra está hecho el más exacto retrato de la personalidad intelectual del señor Apráiz, porque, sin adulación, que no cabe en el cariño que un hermano profesa á otro, y así puede considerarse el que mutuamente nos profesamos, debo decir que Apráiz me parece un perfecto literato. Aquí, en Alava no existe ni ha existido otro ignal. Esto no es conceder al señor Apráiz condiciones que no tiene ni menoscabar ó disminuir méritos y talentos de que otros estuvieron y están dotados; esto es sencillamente consignar que cada uno de los escritores alaveses contemporáneos tiene una característica que le distingue de todos los demás y el señor Apráiz tiene la de ser solamente literato.

Hombre de escogidísima lectura, tenaz, á costa de todo género de dificultades, minucioso hasta el punto de robar al descanso del entendimiento y del cuerpo largas horas por aclarar insignificante detalle, que otro más despreocupado resolvería de plano, todos los

trabajos del señor Apráiz, sean de la índole que sean, han de resultar serios, concluyentes, con fondo y forma y como el que ha tenido propósito de que cuando se lean no le ocurra al lector preguntar si se han hecho con precipitación. y, aunque con ella se haya hecho, resulte que, al realizarlos ha tenido el autor una voluntad firme.

Contiene el primer tomo treinta discursos, una dedicatoria merecida, bien hecha y bien sentida, y un prólogo ó preliminar, que... lo digo con franqueza, me disgusta. Y me disgusta acaso sin razón, pero yo soy muy partidario de las ideas, de los pensamientos, de los propósitos y de los detalles de la vida contados por cada autor, porque, á mi juicio, ninguno puede exponer mejor que él lo que podríamos llamar la generación de las ideas. Diez y siete discursos consagra el Sr. Apráiz al Apólogo. De ellos varios son conferencias pronunciadas en el Ateneo de Vitoria, en el curso de 1869 á 1870. en que esta Sociedad lucía con más vivos resplandores que al presente y tenía entre sus ilustres oradores á Roure, sabio y polemista terrible; á Moñiz, de palabra y argumentación hercúlea; á Eduardo Orodea, escogido, fluído, artístico y elocuente siempre; á Vidal, severo y temible discutidor... y á tantos que aún viven y lucen entre nosotros en las luchas de la inteligencia.

Lleva el señor Apráiz su escrupulosidad á tal punto, que constándonos su deseo de hacer sobre estas conferencias nuevo libro, ha preferido dejarlas tal como salieron en su día.

Siguen á los discursos de la fábula otros varios: de ellos unos que podríamos decir, con mención honorífica, pues por circunstancias que explica y merecen tenerse en cuenta, no se insertan, ó al menos no se insertan íntegros, como *Una tesis doctoral, Apadrinamiento del Sr. Arrese, Una oración universitaria, Recepción en una Academia, Improvisación sobre Santa Teresa, Un discurso cervántico* y *Aniversario CCLIX de Cervantes.*

Se insertan completas dos Memorias del Ateneo, leidas en 1870 y en 1882, una *Memoria de la exposición Alavesa de 1884* y otra *Memoria del Instituto Vizcaíno en 1886*, en todas las cuales hay verdadero lujo de buena dicción y de ese empeño que muestra el señor Apráiz en hacer las cosas completas y con toda formalidad. Y concluye el tomo con dos magníficos discursos pronunciados por el autor en los aniversarios CCLXXII y CCLXXIII de Cervantes, celebrados con solemnísima sesión en el Teatro de Vitoria por el Ateneo Científico-Literario, que no vacilamos en asegurar que en ellos está la prosa más pura y tersa que ha escrito el señor Apráiz.

Y la razón de ser así salta fácilmente á la vista de cualquiera que esté en los secretos del arte literario. El señor Apráiz, que es por naturaleza más amigo de concluir y aclarar, aunque sea pesado, que de ser breve y bonito, pecando de oscuro ó dejando las cosas á medio decir, se encontró con que estos discursos habían de ser pronunciados y como la oratoria tiene público impaciente y ligero que se diferencia mucho del lector tranquilo y frío que lee sosegadamente los libros, aligeró en lo posible su estilo, resultando descargado de ese cúmulo de ideas, citas y referencias que acuden á la pluma del señor Apráiz y que le quitan la fluidez y hasta el encanto de un estilo sencillo y natural.

El segundo tomo se titula *Artículos* y los lleva bien numerosos y bien variados, dominando los crítico-bibliográficos, los lingüístico-gramaticales y los que hacen referencia á las asignaturas de latín y retórica, de las que ha sido ó es el señor Apráiz digno catedrático, y á los asuntos helénicos, de los que el señor Apráiz es tan entendido apasionado. Resulta, pues, este tomo de una variedad incontestable y, como quiera que en él ha reunido el señor Apráiz todo cuanto ha escrito, aparte sus trabajos políticos, claro está que no pueden calificarse todos de igual mérito, pues los hay que son sucintamente notas, más bien que ar-

tículos, pero que encierran siempre una idea discreta ó un juicio profundo, como la *Reseña histórica del Ateneo de Vitoria en los años de 1868 y 1869, Un diálogo en el Mentirón, ¿Cómo debe entenderse el sufragio universal?, ¿Dónde deben verificarse las oposiciones á Cátedras?, Trozos de San Juan Crisóstomo, Plan de la asignatura de primer año de latín y castellano en los Institutos, Conveniencia de una biblioteca pública en Vitoria, Una visita arqueológica, Apertura de estudios, Revistas bibliográficas y críticas, Las fiestas de San Ignacio de Loyola en 1881, Los provenzales y los vascos en París, Salones, Correspondencias, Necrologías y Reformas en la carrera de Derecho.* Alternando con los citados hay un prólogo á un libro inédito, lindo sobre toda ponderación, y un capítulo sobre *Memoria acerca de la asignatura de retórica y poética* de muy altos vuelos, serio y profundo, que honraría á un preceptista literario de primera fuerza. Pero no concluye aquí el libro; bien se conoce que el señor Apráiz ha seguido rigurosamente el orden cronológico y más aún se conoce que se halla en el período de madurez de su inteligencia, pues los dos últimos artículos del tomo: *Disquisiciones sobre la España bizantina, relacionadas con San Isidro de Sevilla y Esbozos gramaticales* son los trabajos de más empeño del señor Apráiz, (dejemos fuera de esta competencia sus libros *Es-*

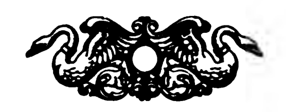
tudios helénicos y Cervantes vascófilo) los más completos, y que ellos solos bastarían para hacer la reputación de un concienzudo literato. Tan notables los considero que creo le hacen acreedor á que la Real Academia de la Historia le nombre su individuo correspondiente por el primero y la Real Academia de la Lengua por el segundo. Sin que el afecto me guíe á favor del señor Apráiz ni la injusticia me impulse en contra de las Reales academias de la Historia y de la Lengua, á la primera de las cuales pertenezco y hacia la segunda, dejando recuerdos pasados, no tengo más que admiración, me atrevo á asegurar que en la lista de sus individuos correspondientes son muy contados, si los hay, los que puedan presentar dos trabajos que tan perfectamente cuadren al que deba ser honrado con tal distinción.

Hago votos porque estos deseos se cumplan, ya que es el único estímulo y premio que podemos obtener los escritores de provincias.

Como prueba de que nada exagerado es lo que digo de estos dos últimos artículos, en este mismo número empieza á publicarse el titulado *Disquisiciones sobre la España bizantina, relacionadas con San Isidro de Sevilla* y que debiera titularse, si el autor hubiera sido aficionado á títulos á la antigua: *De cómo un*

modesto escritor provinciano vino á poner las cosas en su punto y á desenredar una madeja que habían enmarañado los más sabios é ilustres historiadores españoles de dos siglos.

Con este artículo, con la biografía del señor Apráiz y con su retrato se ve claro el empeño contraído por la *Ilustración de Alava*, de ir dando á conocer los provincianos que, por sus méritos, talento ó virtudes, no son merecedores de vivir olvidados.



BLANCOS Y NEGROS

NOVELA

DE

ARTURO CAMPIÓN

Este es el libro más bello que ha salido de la pluma de Arturo Campión. Si he de decir la verdad le tenía cierta prevención sólo por el título; á través de él, no podia haber otra cosa que una lucha de carlistas y liberales, y me costaba creer que, con una idea madre política, pudiera resultar un libro bueno.

Mi desengaño ha sido encantador. *Blancos y Negros* es una novela superior. Con todo lo que había hecho Campión de obra imaginativa, quizás no pudiese figurar entre los buenos novelistas regionales; sólo con esta obra ocupa un puesto entre los primeros.

Yo quiero ver al novelista y no al político; y eso que el político si es Arturo Campión, puede tener ideas sanas, óptimas, que honrarian al pueblo que las siguiese. Ignoro, ó al menos quiero suponer que lo ignoro, si el

simbolismo de su novela encierra el propósito de personificar las tendencias políticas en los personajes, las liberales en el escribano Juan Miguel Osambela; las carlistas, en el padre Aguínaga y sus secuaces; y las integristas en don Mario Ugarte; porque á mí, no es esto, en verdad, lo que me importa, sino que el elemento artístico haga de su libro una novela verdadera.

Yo he creído siempre mucho en el talento de Arturo Campión, pero nunca creí que tuviese condiciones de novelista como las que revela este libro. Aparte de defectos menores que irán saliendo según vaya discurriendo sobre la novela, y que por el cariño fraternal que profeso á su autor me creo en el deber de no ocultarlos, dos son las condiciones que, á mi juicio, le faltan para ser un novelista de primer orden; algo más flexibilidad y no enamorarse tanto de las descripciones, que por cierto, las hace á maravilla.

En un pueblo de Nabarra, Urgain, vive una familia de abolengo aristocrática y carlista. Está representada por una madre viuda, doña María, por un hijo primogénito mayorazgo y mayor de edad, don Mario Ugarte, dechado de todas perfecciones y de una hermana de éste, María Isabel. Esta familia vive encastillada en sus pergaminos, pero arruinada por causa de sus mayores. Frente á su casa pala-

cio habita el escribano del pueblo, don Juan Miguel Osambela, subido desde la más humilde situación á la riqueza, liberalote, uno de esos progresistas del 37, más fachendosos y habladores que malos y listos, rodeado de una familia cuya madre es una americanita sin sustancia: su hijo Perico un majadero sin justificación; su hija Robustiana una trapacera que da quince y raya á toda la familia; y su hija Agustina, una chiquilla insulsa que para nada sirve.

Al rededor de este don Juan Miguel, que es el cacique liberal del pueblo, figuran el Juez municipal, Iriarte, el boticario Sangüesa y el Secretario de Ayuntamiento Lúcas Elizalde, ladino y agudo, pero que no tiene Dios por donde cojerle.

El bando carlista está capitaneado por un curita joven, de esos que tercian el manteo y se remangan la sotana, teniente de la parroquia don Abdón; por don José Joaquín de Lecea, el beneficiado don Tomás y don Rafael, brigadier retirado de las filas carlistas. Todos éstos capitaneados por el delegado Regio de don Carlos, el Reverendo Padre don Ramiro de Aguinaga, y la Junta carlista de Pamplona.

Estos son los elementos malos y políticos; y, como angel de salvación aparecen un don Enrique de Zubieta, con el que simpatiza don

Mario Ugarte, representando ambos la salvación de los pueblos.

Discurramos un poco sobre estas cosas políticas.

Yo soy ya la naturaleza menos política que Dios ha echado á este mundo. A mi me entusiasman las cosas de todos los partidos y de todos los hombres, si son cosas buenas, y aborrezco las de todos los hombres y todos los partidos si son cosas malas. Claro que lo que más detesto es la guerra, yo no puedo apartar de mi mente el pensamiento de que la guerra, la lucha, así como es propia de los temperamentos juveniles en que la sangre y la vehemencia se sobreponen al seso y á la razón, lo es también de los pueblos primitivos, ó de su infancia. A mi me parece la más hermosa de todas las luchas la lucha del derecho, coronada con la mayor sinceridad en el reconocimiento de él. Yo creo más: creo las luchas fratricidas uno de los actos malditos por Dios y por los hombres: y lo creo no sólo por el espectáculo de sangre y horrores que presentan, sino porque de nada sirven y nada enseñan. El proceso es siempre el mismo: acaba una guerra civil, los vencidos parecen indiferentes, retraídos, no alardean de su causa; los vencedores les van abriendo los brazos, fraternizan por amistad ó simpatías, apenas si traen á la memoria los hechos odio-

sos del pasado; una ligera conmoción política reaviva á los vencidos, y enarbolan ya su bandera; los vencedores se agitan, increpan, echan en cara á los vencidos su actitud bondadosa; los vencidos gallean, resucitan las malas artes de que para vencerlos se sirvieran y amenazan con un próximo triunfo.... ya está en ciernes la guerra civil con todas sus malas pasiones. En este momento tiene razón el autor de «Blancos y Negros», la guerra está en la paz.

¿De qué ha servido entonces la guerra?

En cambio, habituemos al pueblo al imperio de la legalidad. Un gobierno arbitrario anula la representación de una idea, de un partido, y aún comete abusos que por el pronto quedan impunes. Pero subsiste el hábito de la legalidad. Bien pronto otro gobierno, ó por odio, ó por necesidad cambia por completo la decoración del anterior; las fuerzas que viven dentro del espíritu de la legalidad hallan solicitantes de sus elementos; en camino se hallan de ser enderezados los entuertos, y por este mismo camino se llega fácilmente al momento del triunfo y más fácilmente se corrigen los abusos de todo género; y como nada es duradero en el mundo, en este círculo de regularidad de los acontecimientos, suben un día los pueblos y otro día suben los reyes.

¿Para qué hace entonces falta la guerra?

Natural es que todo esto que voy diciendo haga relación á la contienda sangrienta de los partidos, no en manera alguna á las acciones malas de los hombres, y aquí hallo uno de los defectos principales de la novela «Blancos y Negros». No es la idea política en que viven metidos, amigo Campión, la que hace malos á don Abdón y á don Juan Miguel Osambela, á Iriarte, á Aguinaga, á Perico Osambela y á Cuadrado, ni la que hace buenos á don Marío, á doña María y Josépantoñi, sino que los primeros son malos de por sí, tienen la vanidad, la avaricia, la ambición, la envidia, la venganza, como ideas directoras de su conducta, y los segundos la dignidad, la delicadeza, la honradez, el pudor, como prendas de sú alma.

Los dramas que se desarrollan en «Blancos y Negros» no tienen ni aun siquiera como marco la idea política; precisamente lo único malo que á mi juicio tiene esta novela, es el elemento político, pues casi siempre desencaja la hermosa composición novelesca, y aparece como traído forzosamente.

Además no hace falta, ¿que ha de hacer falta? Cambie el señor Campión el título de su novela «Blancos y negros» por el de «Guerra en la paz» ó «Ayer y hoy», y verá cómo no tiene que borrar una sola línea de lo que constituye lo más principal de su libro. Y éste no resultaría menos bello. Porque, no le dé

vueltas mi querido amigo: no son las conversaciones políticas, ni los golpes de trafullón, ni las luchas sangrientas las que dan poder y mérito á su novela; lo son las preciosísimas escenas de costumbres que describe, la lucha de los afectos y de las ambiciones que pinta; esto es, el elemento artístico, el elemento inmortal; lo demás déjese de zarandajas, todo es baladí, literariamente hablando. ¿Qué espíritu tan leído como el de Arturo Campion se imagina que en tiempos pasados en que no había «Blancos y negros», dejaba de haber otras causas y otros motivos por los cuales sucedían en Urgain riñas, dramas y tragedias tan infames y tan sangrientas como las que pinta en su novela?

Otra cosa distinta es la de crear elementos que suavicen las costumbres, en efecto: á este fin, bueno es el matar los temperamentos generosos y hacer desarrollar los temperamentos de ley. Pero unos y otros no se cambian de repente.

No hay en los pueblos muchos asuntos que entretengan la imaginación de sus habitantes y, quizás por esta razón, los que llega á haber suelen preocupar los ánimos más hondamente. Desarraigarlos por completo es propósito imposible; suavizarlos puede ser más fácil, y á esto deben tender todos los que amen á un pueblo.

Sin proponérmelo voy discurriendo con extensión sobre los asuntos que toca la novela *Blancos y Negros*. En verdad, la materia me es repulsiva; pero la diestra mano que la maneja bien merece mis aplausos.

Sólo concretada la acción de la novela á la aspiración de un pobre entronizado, queriendo unir sus pasados harapos con los escudos nobilísimos de su esplendor, es bastante para crear interés y pintar con verdad y con sabor regional la vida de un pueblo como Urgain, si ese pintor reune la diestra mano y el noble corazón que Arturo Campión, ingenio de muy varias cualidades.

Lo que yo veo grande y artístico es la reproducción llena de realidad de que todo evoluciona en la vida; de cómo los que ayer fueron poderosos son hoy pobres; y los que fueron pobres son los poderosos.

Causa tristeza contemplar cómo se desmoronan las casas que, como dijo el poeta, fueron desprecio del tiempo, pero es ley de la naturaleza y de la historia.

Y casi me estoy ocupando de lo que menos vale en la preciosa novela *Blancos y Negros* de Campión.

Lo que más vale en ella es ese sabor local y esa realidad con que palpitan aquellas escenas de la familia, más ó menos buenas, pero pintadas con una fidelidad admirable.

Aquel ojo avizor con que el novelista sorprende y caza los detalles más insignificantes, pero que son los que contribuyen á dar carácter de verdad á las escenas que pinta.

En este sentido, no tienen precio la escena del café, la lucha en el arroyo, la sesión del «puñadizo», la tertulia de los realistas y la catástrofe de la casa del abogado pamplonés.

La escena más interesante de la obra, donde pudo llegar á producir la emoción trágica, es la del conato de violación de Josefa Antonia en el monte; pero Campión no tuvo valor para llegar al fin, y resulta algo falsa. ¡Cuán de otro modo procedieron Valera en su «Pepita Jiménez», cuando hizo sucumbir á la viudita en poder del estudiante de cura, y Galdós en su «Gloria» cuando ésta cayó en los brazos del ingeniero Daniel Mortón.

RÉPLICA Y DÚPLICA

SOBRE

BLANCOS Y NEGROS

El mérito y el valer resaltan en el que los tiene hasta en sus menores detalles.

Con motivo de mi juicio sobre la novela *Blancos y Negros,* de Arturo Campión, me dirige éste una carta que, aunque íntima, es una joya literaria: y como ella convida á la discusión amistosa y, por otra parte, yo mismo desconfío de si tendría razón en todo lo que escribí, me parece materia agradable el reproducirla aquí y el contestarla.

Dice así:

«Mi querido Fermín: Mil gracias por tu artículo crítico acerca de *Blancos y negros* en *El Noticiero Bilbaíno.*

»A veces te has dejado llevar de tu buena amistad para elogiarme desmedidamente. Te agradezco muchísimo tu trabajo.

»No me explico tu repugnancia á la materia política como objeto de una obra de

arte. La política es una de las manifestaciones más vivas é intensas de la vida social. Pocas faunas hay más ricas en tipos. Por eso se explica que, entre otros, la hayan tomado como asunto de obras de arte Stendhal, Balzac, Claretie, Edouard, Rot, Cherbullier, Daudet y nuestro Pereda. ¡Y que diré de la política en nuestro pobre país que ha producido la ruina de los fueros y ahora es el auxiliar más poderoso de la destrucción de la «personalidad» euskara? No hay en este siglo hecho social más granado. Pero hay que utilizarlo ó con un espíritu de absoluto desapasionamiento, que es muy difícil de alcanzar en países donde no se conoce el tipo del «literato puro» (como los Goncourt, Gautier, Baudelaire, etc.), ó examinarlo con un ideal más alto, que ha sido mi procedimiento, examinando las fealdades de la política á la luz de la idea de patria.

No estoy conforme con que puede suprimirse de mi novela la idea política; por ésta son los acontecimientos y los personajes lo que son. Ni el organista Maiz, ni el abogado pamplonés, ni el cura don Abdón, ni el mismísimo don Juan Miguel, por ejemplo, causarían el mal que producen si no les moviese la pasión política. Y creo que si algún mérito hay en *Blancos y Negros* es haber demostrado la íntima conexión que existe entre el

hombre político y el hombre particular, y la serie de acciones, reacciones y corrientes que de continuo reinan en las profundidades de esa doble personalidad, que las gentes separan.... de boca.

Te abraza tu amigo,

Arturo Campión.

Pamplona 17 de Febrero de 1898.»

Leo tu carta y me parece que tienes razón; pero me afirmo más en que yo creía tener razón en lo que decía en mi artículo. Vamos á ver si aclaro algo más mis ideas que, como concretadas, ya adivinaba yo que estaban un poco confusas en su exposición.

Yo no niego que la materia política sea elemento accidental de la novela, pero á duras penas puedo consentir que sea elemento artístico; elemento sociológico, sí; elemento educativo, también; ¿quiéres más? pues hasta elemento sensacional, pero no interesante, dramático «per se» sino «per accidens». En este sentido lo son la mitad de las obras de Galdós y buena parte de las de Pereda.

Mas vamos á tu obra. Sostengo que, quitado de ella todo el elemento político, no se arranca un átomo de belleza. Siento disentir de tu parecer, pero escúchame. Urgain será

Urgain, lo mismo con política que sin política. La familia Ugarte sería digna, elevada, bien educada, orgullosa y en camino de ruína, aunque sus antepasados no militaran activamente en la causa del pretendiente. Su ruína se justifica con mayores gastos que los ingresos, á que son tentadas todas las familias linajudas; no quiero añadir el juego y los vicios sociales, bastantes por sí para que se derrumbe la casa más fuerte. La del Duque de Osuna, por ejemplo, poco necesitó de la política para dar al traste. Lo único que por el carácter político de esta familia creas tú en *Blancos y Negros,* excesivamente bello, es la revelación del carácter de Fray Ramón Aguínaga cuando escupe á don Mario aquella palabra de injuria cruenta, insulto supremo, denuesto infamante expelido mediante una náusea gigantesca de todo el organismo. ¡Mestizo!

Los rencores familiares, las envidias sociales, la avaricia, el anhelo del lucro, el interés, en fin, hacen cometer actos tan bochornosos como los del abogado pamplonés y don Juan Miguel de Osambela. No me atrevo á decir tanto de un sacerdote como don Abdón; confieso que el cura «trabucaire» es un tipo nacido de nuestras disensiones políticas para llevar la división á los pueblos. Quizás no haya nada parecido en lo antiguo,

pero no es esto negar que existían otras causas, otros intereses que dividían los pueblos y, lo que es más, creaban el infierno dentro de las familias. Casualidad oportuna: tengo á la vista un documento histórico por el que se prueba cómo un cura párroco demandó al alcalde de una villa ante el juez de primera instancia, reclamando una cantidad por celebración de funciones religiosas; contestó el alcalde «que no debía ser satisfecha por el Ayuntamiento en atención á que, siendo éste el que paga la dotación del clero, estaba en las obligaciones de su santo ministerio, levantar aquella como todas las demás cargas que le son anejas; porque, habiendo variado, con la legislación vigente, el método y forma de percibir el clero sus asignaciones, reducidas éstas á una cantidad determinada, pagada por los pueblos á manera de estipendio, han cesado las antiguas obligaciones que sobre ellos pesaban, sin que éstas deban confundirse con las otras obvenciones que, con título de pie de altar, perciben los cabildos de los particulares». No fué lo malo que se contrapusieran los intereses parroquiales á los municipales, sino que, por dureza de carácter del alcalde y del cura párroco, sirviendo de pretexto para unos la absorción que los eclesiásticos querían ejercer, y para los otros el sentimiento irreligioso que pro-

pagaba y sostenía el Ayuntamiento, se agriasen de tal manera los tratos y relaciones de los vecinos del pueblo formando dos bandos que, andando los tiempos, regaron con su sangre las calles de la villa.

Pero aún podrías tú, Arturo, recusarme por excepcional este caso, que quizás no presente caracteres tan violentos en estos días como el de los curas metidos á políticos; pero no me harás lo mismo con el falso elemento religioso de otros tiempos representado en la maldita, de Dios y de los hombres, Inquisición. Aparte de todos los horrores que recuerda, hay uno á que no podrán llegar las más desenvueltas pasiones de los curas *trabucaires,* por mucho que quieran convertirse en verdaderos diablos del hogar doméstico, y es, aquel que obligaba á que uno mismo se delatase, para que su nombre y el de su familia quedasen para siempre infamados en los registros de la Inquisición. Nada hay parecido de bárbaro y despótico en la legislación de ningún pueblo; porque inocente ó culpable, confeso ó convicto, los horribles tormentos, que extremecen á la humanidad, se empleaban con él, entregándolo al Juez civil para que fuera conducido á la hoguera.

Ya ves, pues, que cura por cura, elemento fanático por elemento fanático, materia política por materia religiosa, allá se irán como

objeto de obra de arte, sino lo es mayor el de pasados tiempos.

Yo no quiero negarte el que tenga mérito esa última conexión que tú has descubierto entre el hombre político y el hombre particular, pero aún en este caso creo que tengo yo razón. Osambela viene en línea recta de aquel pobre maestro de escuela, don Patricio Sarmiento, á quien dió vida Galdós en su episodio nacional *El Gran Oriente,* proseguido por algunos pobres y cándidos progresistas llamados del 37; pero ese tipo ha desaparecido por completo, y hoy apenas si encaja en algún muy furibundo republicano exaltado, que no se puede meter en la cuenta de los elementos políticos.

Yo no quiero negar, que ese principio, el elemento político, podría ser un elemento muy propio de la novela, ó si no podría ser, no puedo negar, repito, que yo desearía que fuese, porque entonces ¡mal año para las biografías! Figúrate tú la luz interna que reflejaría sobre las grandes figuras históricas el conseguir ahondar en su alma y en su vida de modo tan completo como la novela puede hacerlo. Pero aunque se pueda, yo no veo que se haya conseguido. Creo, con severa imparcialidad te lo digo, que lo que tú quieres llamar elemento político de tu novela *Blancos y Negros,* carece por completo de importan-

cia y apenas tiene mérito. Todo lo interesante de tu precioso libro está fuera de él. ¿Qué tiene que ver con la política la niña del arroyo ó lavadero, chismografía mujeriega; la balbuciente declaración de José Martín á Josefa Antonia, pasión amorosa; la escena de Martinico en la escuela y á la hora de la muerte, reflejo fiel de un perverso; y la brevísima, pero hondamente impresionable de Cuadrau con su padre, cuando vuelve absuelto de la causa? Nada, y esto es sobradamente bello, así como son el ambiente, el colorido local que reflejas con pluma de maestro.

Ya entiendo que tu propósito habrá sido quizás explorar esa fauna que se llama política, tan rica en tipos, como tú dices; pero la verdad sírvame de escudo y tu cariño de salvaguardia, creo que no lo has conseguido. ¿Que el propósito es laudable? aplaudámostelo; y ojalá que en otra novela hagas que venzan las sanas ideas de Mario de Ugarte, sin que cueste la villana escena de la muerte.

Fuera de estas logomaquías estéticas para algunos, yo proclamo en voz alta que te has revelado un verdadero novelista, de mucho empuje y de pluma de oro, que abrillanta cuanto toca. No me guía el cariño que te profeso; me obliga la justicia que también amo.

SEMBLANZAS

FEDERICO BALART

CRITICO

En nuestro siglo y en nuestra época ha alcanzado la crítica una importancia que estuvieron muy ajenos de imaginar los que fueron sus iniciadores y sólo se ocuparon en sus obras de las de otros, con un objeto puramente individual, para proporcionarse á sí mismas ó, cuando más, á un círculo muy limitado de relaciones intimas la satisfacción de ver estampadas las impresiones que la lectura de una obra, la contemplación de un cuadro ó la audición de una pieza musical había producido en ellos.

Entonces se escribía por escribir; sentía cada escritor la necesidad deconfiar al papel las ideas, los pensamientos, los juicios que en su ánimo despertaban las diversas manifestaciones de la literatura y del arte, para conservar el recuerdo de sus impresiones y escribía con la ingenuidad del que se da cuenta á sí mismo de lo que piensa,

sin propósito de entregarlo á la pública curiosidad. De ahí que se escribieran muchas críticas que no se publicaron hasta después de muertos sus autores, en que amigos oficiosos, por no decir indiscretos, dieron á luz con las discreciones de aquellos, sus debilidades y sus errores, y otras que no lo fueron jamás, por haberlas condenado al fuego ó haber sido pasto de polillas en los empolvados estantes de una biblioteca.

En todos los casos estas críticas se habían escrito bastante tiempo después de haber aparecido las obras, cuando se habían visto varias veces y habían pasado por el tamiz de la opinión, lo que hacía que fueran fundadas, detenidas y exactas, aunque carecieran de las galas que las de hoy ostentan, con perjuicio de la ingeniosidad que brillaba en aquellas.

En nuestros tiempos sucede todo lo contrario; se escriben las críticas al día, lo que no es la mejor garantía del acierto; se hace alarde de una ciencia y de una erudición que nada tiene que ver con el buen gusto, condición indispensable de todo crítico; se dice mucho y se medita poco; se rinde culto á las preocupaciones y al espíritu de escuela; se forma una opinión compuesta de elementos distintos; se transige con las afecciones, con los intereses, con las costumbres, con la mo-

da en una palabra; se hace de la crítica un arma de dos filos; hay casi tantos críticos como autores, y pocos buenos, y se trata á los que escriben con un desenfado irritante y una falta de respeto muy poco conforme con la misión del crítico, que debe enseñar sin herir y aplaudir sin adular.

Pero, aunque esto sea lo general, no faltan, por dicha, críticos concienzudos, severos é imparciales, cuya inflexibilidad nada ni nadie puede vencer; que han hecho de la crítica un sacerdocio, para quienes las obras son lo principal y los autores lo secundario; que juzgan sin pasión y con calma, con detenimiento y sin animosidad, y sienten lo que dicen, diciendo como sienten. Estos reguladores y directores de la opinión consideran la crítica como un elevado ministerio, cuyo objeto es, no sólo hacer reconocer las bellezas de las obras, para que con conocimiento pueda el público saborearlas, sinó también señalar sus defectos, á fin de que desaparezcan en obras posteriores, contribuyendo á desterrar el mal gusto, las aberraciones y los dislates, tanto en lo que escriben como en los que leen. Constituyen á modo de una Academia no organizada ni reglamentada, que tiene el encargo de velar por el decoro, la conveniencia y el esplendor de la literatura y del arte, como un jurado popular, cuyas decisiones, fundadas

en los hechos, pocas veces son apelables; lo mismo que un tribunal, cuyos veredictos se apoyan en los más rigurosos principios de justicia, y que admite las circunstancias atenuantes y agravantes, ya que, en literatura y en arte, como en derecho procesal, existen la reincidencia y la *menor edad,* que modifican la dureza ó lenidad de los fallos de la crítica, cuando el crítico castiga al incorregible que se rebela contra ella ó la desdeña, ó aconseja al inexperto, que pudiera desmayar ó malograrse por un primer fracaso. ¡Noble misión la de la crítica! De aquí su importancia.

De estos criticos honrados é inteligentes es *Federico Balart,* y no será una exageración asegurar que es de los primeros, si no es el primero de todos. No es tan genial como *Figaro,* ni tan analítico y escrupulosamente rígido como Cañete, ni tan erudito y juguetón como Valera, ni tan filosófico y elocuente como Revilla en su primera época; pero posee, como ninguno de éstos ni otro alguno, la rapidez en la investigación, la profundidad en la mirada, el presentimiento de la intención, el criterio reflejo, la asimilación del concepto, del sentimiento, de la fórmula de la idea, la deducción y la inducción, la tesis, la antítesis y la síntesis.

Una ojeada le basta para apreciar la verdad, la belleza y la bondad de una obra; su

mirada llega hasta lo más íntimo y lo más minucioso; adivina lo que no aparece claro y bien expreso, sustituyéndose en la mente del autor que juzga y acertando siempre; presupone el esfuerzo y el resultado, como si estuviera identificado con el mismo y ocupara su lugar; hace suyo lo que analiza, á objeto de desapasionarse y establecer comparaciones ó analogías entre su manera de pensar, de sentir y de expresarse, y escudriña el motivo y el fin, el problema ó la tendencia, la esencia y la contradicción.

Esto en cuanto á sus condiciones: por lo que respecta á su manera exterior es concreto sin afectación, conciso, sin ese laconismo bíblico que ha estado en boga en ciertas épocas, pero también sin la redundancia pleonástica de los que cubren con lo brillante de la forma, lo vacío del fondo; claro, con esa claridad que no da lugar á duda sobre lo que se dice, ni permite el menor disfraz en las expresiones; sencillo y natural, como el que huye de vanos alardes de suficiencia y autoridad: gráfico en el decir, oportuno en la alusión, donairoso, rotundo, convincente y persuasivo. Su estilo es inimitable.

De ingenio perspicaz, inteligencia bien cultivada y educación exquisita, debe á la naturaleza tanto como á sus aficiones, y pone al servicio de ésta los dones con que aquella le

dotó, allegando á este caudal una voluntad inmejorable, una rectitud inflexible, una firmeza indomable, juntas con el valor de sus opiniones, la energía suficiente para sostenerlas y la fuerza de convicción necesaria para reconocer el error ó la falta, después de cumplir las exigencias sociales.

Federico Balart es universal. Entiende de arte y de literatura; lo mismo juzga una tabla, que una comedia, que una pieza musical, pero su especialidad es la literatura y la pintura, y más aún el teatro. No es pintor, ni músico, ni ha escrito dramas, ni comedias, y, sin embargo, en todo esto es competente, porque su buen gusto, su claro talento, su vasta instrucción y su familiaridad con los más célebres autores de todos los géneros le dan esa competencia que tan bien expresó Horacio en su célebre epístola, diciendo: «Hará el oficio de aguzadora que, incapaz de cortar por sí misma, sirve para hacer cortante el hierro.»

Y aquí he de permitirme una pequeña digresión que, al paso que servirá para demostrar mis afirmaciones, me valdrá para dar en cara á los que creen ó sostienen que no es posible juzgar de una cosa, ni ser competente en una materia sin dominarla ó ser capaz de ejecutarla, y niegan la competencia á todo el que no hizo antes sus pruebas y pasó por

una iniciación, las más veces ineficaz, cuando no inútil, ó por lo menos, innecesaria. ¡Como si para admirar los matices de una flor, ó extasiarse con los trinos del ave canora, ó sentirse presa de viva emoción á la vista de una mujer hermosa, fuera preciso ser flor, ó ave, ó mujer, ó consultarlos, ó informarse de los que antes admiraron y comprendieron!

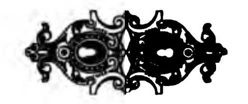
La verdad se abre paso en todas las inteligencias, aún en las menos cultivadas, la belleza se impone por si misma, y la bondad se insinúa suavemente; todas estas manifestaciones están al alcance de todos, aunque no en todos produzca el mismo resultado; la reflexión, el sentido práctico, la costumbre de pensar y de sentir hace á unos más aptos que á otros para conocer y experimentar sensaciones en presencia de las obras de arte, sin que sea absolutamente precisa la noción de su mecanismo interior, de su constitución y esencia. Se puede ser muy inteligente en música y no conocer el pentágrama; más todavía; se puede uno entusiasmar y conmoverse á la lectura de una poesía y no saber ni el alfabeto. Lo difícil no esto, sino el saber hallar las relaciones entre las partes y el todo, su conformidad entre sí y con lo anteriormente establecido como norma, y expresar todo esto, darse cuenta de las causas y de los efectos, de las razones positivas y negativas. Este

es el crítico, á quien el hábito y la práctica dan suficiencia que no puede ser nunca recusada, á pretexto de que ignora la parte material mecánica de lo que juzga, porque no se dirige á ella su juicio, sino á su resultado, á su manifestación. Conozco á muchos doctores muy versados en literatura, que conocen las de todos los tiempos y todos los pueblos, que no son capaces de comprender ni explicar la belleza ó sublimidad de una estrofa, de un período, de una composición, de una obra formal, aunque, por otra parte, tengan el talento de ejecutarlas con más ó menos perfección.

¿Para quiénes se crean tantas obras bellas como continuamente estamos admirando? ¿Es para los que hacen otras semejantes? De ninguna manera. Los iniciados en los misterios de la literatura y del arte consagran sus obras á los profanos y de éstos esperan y reciben la sanción de su mérito; pero como la opinión general tiene que manifestarse de algún modo, el crítico es el encargado de interpretarla y darla á conocer, y á él se encomienda esta misión, que no puede aceptar el que no está seguro de llenarla cumplidamente.

Federico Balart ha escrito críticas de teatros y de exposiciones de pinturas. Unas y otras son modelos en su género. Sobriedad y

acierto son sus principales condiciones, á las que se agregan una estricta imparcialidad y una justicia inexorable. Sus críticas de arte no han sido igualadas por ninguno. En los periódicos *La Democracia* (1864-65), en el *Gil Blas*, en *El Globo*, han aparecido artículos críticos suyos que ni tenían réplica ni motivo de censura. El ha visto en las obras lo que otros no habían sospechado; nada de lo que *Balart* vió juzgamos vano y pueril, y con justicia se le hubiera conferido el cetro de la crítica, si él ¡tan holgazán! se hubiera decidido á aceptarlo trabajando. Pero es *Balart*, como buen español, indolente y despreocupado; apenas ha escrito dos volúmenes de críticas, cuando podía haber dado á la literatura patria un cuerpo de doctrina de la que resplandece en sus trabajos.



ALFREDO ADOLFO CAMÚS

CATEDRÁTICO

Así como en la continua sucesión de las edades y de los siglos se dan ejemplos de épocas cuya fisonomía renueva, en sus tendencias generales, los rasgos de otras que fueron antes, tratándolas con gran exactitud y riqueza de detalles, al extremo de que el historiador reflexivo no puede menos de consignar estas analogías y coincidencias históricas, revelándolas al mundo y señalándolas ya como un renacimiento, ya como un retroceso, así también en la vida interior de las sociedades y las naciones aparecen figuras típicas, individualidades características, que guardan casi completa semejanza con otras que existieron, de cuya autenticidad no puede dudarse, y que realizaron algún ideal que les fuera impuesto, ó eligieron libremente, desempeñando una misión en conformidad con su carácter y las costumbres y aspiraciones de su tiempo.

Pudiera esto atribuirse á la ley inmutable

y eterna del progreso, según la cual la humanidad, en su desenvolvimiento, pasa por períodos de depresión y poderío, de fuerza y debilidad, que semejan las hondas desiguales, de un mar tormentoso, alzándose en espumosas montañas ó abriéndose en inconmensurables abismos, ya que la naturaleza moral, como la naturaleza física, produce, aunque no con tanta frecuencia ni regularidad, ejemplares idénticos á otros que sirvieron de tipo y de los que únicamente se diferencian por la diversidad de los elementos de que se ven rodeados y de las distintas circunstancias en que salen á luz.

Y puede ser explicable esto mismo, teniendo en cuenta que las civilizaciones, como los conocimientos y las ideas, como las especies y las costumbres, se importan, no pudiéndose precisar el tiempo que tardan en llegar de un pueblo á otro, ni las evoluciones que han de tener lugar antes que su constitución sea definitiva, y no olvidando que la identidad de origen, la paridad de aficiones dependientes del clima, de la situación topográfica, del genio, de la lengua y de la literatura, de las instituciones religiosas y políticas, de las relaciones de toda especie provocan y estimulan á las naciones y á las épocas, igual que á los individuos, á imitar todo aquello de que se consideran legítimas sucesoras ó tal vez lo

verifican inconscientemente, arrastradas por irrestible impulso y en virtud de una influencia insensible, pero prolongada y continua, de manifestaciones singulares ó, también por la casualidad ó por la Providencia que se complace en desequilibrar y equilibrar las fuerzas de la humanidad, adelantando ó retardando la marcha progresiva de una ó varias partes de la misma, para hacerlas llegar á un tiempo al término de su destino.

La edad fabulosa de Grecia con sus divinidades y sus quimeras, con sus héroes y sus deidades, se ve renovada en la Edad Media, con sus duendes y trasgos, con sus brujas y fantasmas, con sus nigrománticos y sus hadas; los tiempos heroicos con sus batallas y sus conquistas, con sus irrupciones y sus cambios de dominación, con sus cantos y sus juegos olímpicos, están retratados en esa misma Edad, cuando ya termina, con sus empresas guerreras y sus aventuras, con sus alianzas y sus tratados, con sus poetas y sus justadores; no dándose apenas el caso de que una época de la Edad Antigua no se haya visto reproducida en otra de la Media ó de la Moderna. Con Alfonso X resucitaron la legislación romana y canónica, con Carlos V y Napoleón la idea de la dominación universal iniciada por Alejandro, César y Carlo Magno, y con Luis XIV revivió el entusiasmo literario

de los tiempos del Parthenon y del Areópago.

Con los individuos sucede lo mismo que con las colectividades en menor escala: sea que se propongan tomar como tipo á un grande hombre de la antigüedad griega ó romana, sea que, sin pretenderlo, lleguen á identificarse con él por su estudio, por su admiración ó por sus relaciones intelectuales, la verdad es que existen hombres en quienes se miran repropucidos el carácter, las aficiones, la idiosincrasia moral, en una palabra, y hasta la forma, el estilo y las demás cualidades que hicieron dignos de alabanza á determinados personajes, de cuyo genio son herederos.

A esto vengo á parar después de tan extenso preámbulo, en que, sin citarlo, casi, he retratado á *Alfredo Adolfo Camús,* personalidad literaria objeto de esta semblanza.

Camús es un catedrático de literatura griega y latina de la Universidad Central, maestro de todos y que, por un esfuerzo de imaginación, le coloco fácilmente, explicando en aquellas famosas escuelas griegas, ora en el Areópago sentenciando, ora en la Academia enseñando, ó ya en la tribuna pública ó en el teatro, discutiéndolo todo y satirizando áticamente las más peliagudas cuestiones y los más sofísticos personajes. *Camús* es un sabio erudito; posee á maravilla la historia

filosófica y anecdótica, griega y romana, época por época, siglo por siglo, día por día; nada le es extraño que sea de su competencia y especialidad ó tenga con ellas relación ó analogía mediata ó inmediata; la constitución de aquellas nacionalidades con la distinción de los elementos indígenas y extranjeros que á la misma concurrieron y las civilizaciones que aportaron, su organización por orígenes y castas, sus luchas intestinas y extrañas hasta el establecimiento de su independencia y de su autonomía, su religión sus costumbres, sus convulsiones y reformas, los hechos de sus guerreros y de sus poetas, sus alternativas de dichas y desventuras, de libertad y de opresión, el esplendor de sus artes y de sus letras, la sucesión de sus monarcas y los cambios de sus gobiernos, todo lo que puede servir de ilustración ó de enseñanza á las modernas sociedades, pero de una manera exacta, precisa, con la designación de fechas y lugares y la indicación de los sucesos y personas que fueron contemporáneos en los dos pueblos ó en cada uno de ellos, lo que le da una gran facilidad para establecer paralelos y comparaciones que asombran por lo gráficas y expresivas y formar grandes cuadros de civilizaciones opuestas ó afines, á lo que es muy propenso.

Sabido esto, ¿qué frases bastante propias,

qué expresiones bastante enérgicas podría emplear para hacer formar una idea de lo que es como maestro de aquellas literaturas, que conoce y entiende como si fuera de aquella edad y hubiera vivido con los poetas y los oradores, con los historiadores y los sabios, con los dramaturgos y los legisladores; como si todos le hubieran comunicado sus pensamientos más íntimos, sus impresiones más características y le hubiesen contado cómo concibieron y ejecutaron sus obras inmortales, de qué elementos las compusieron, á que fin estaban encaminadas y si lo consiguieron, con todo lo que se refiere á su vida pública y privada, á sus virtudes y vicios, á sus méritos y defectos, que el ilustre profesor sabe mejor que los mismos que con ellos vivieron y sus relaciones cultivaron? ¡De tal modo está identificado con aquellas edades y tal es el carácter que su estudio ha impreso en su manera de ser!

De aquí se desprende que la enseñanza que sus explicaciones en la cátedra produzca no puede menos de ser muy provechosa y que las doctrinas del que pudiera ser maestro de maestros no cabe que deje de hacer de sus discípulos maestros de otros.

Camús es el ingenio más aristofanesco que conozco. Aristófanes poseía el genio de su lengua como ninguno de sus contemporáneos,

y lo prueba el empleo de muchas palabras que éstos habían desterrado de sus escritos y que aquél puso otra vez en vigor, volviendo por los fueros del lenguaje que, con el sistema de aquellos, se iba haciendo más elegante, más pulcro, más armonioso, pero menos puro, menos enérgico, menos verdadero y original. *Alfredo Camús* acomoda sus composiciones orales y escritas al genio de su lengua, sobre todo cuando ha de verter una belleza de su autor favorito ó ha de dar á conocer una idea, no retrocediendo ante la necesidad de emplear una frase ó expresión que no estén comunmente admitidas ó hayan sido rechazadas por la generalidad, si ellas son propias é interpretan fielmente el pensamiento del escritor.

Aristófanes conocía los vicios de su época y los defectos y debilidades de sus conciudadanos y de ellos se valía para dar á sus obras la causticidad, que era el mejor correctivo, no velada por perífrases que, si embellecían las de sus colegas, les quitaban una gran fuerza y casi toda su eficacia. *Camús,* que ha visto pasar bajo su férula profesional á la mayor parte de los actuales grandes hombres, que él conoció muy *chicos,* está perfectamente convencido de que las virtudes cívicas, sociales y morales, no son las que más distinguen á nuestra época, y, al componer

sus bellos cuadros de las civilizaciones antiguas, sabe colocar en ellos, con suma habilidad, algunas figuras contemporáneas, no de otro modo que Aristófanes colocaba en sus comedias de los dioses y de los elementos á aquellos á quienes dirigía su acerba crítica; como Aristófanes gusta *Camús* de llamar á las cosas por su nombre, prescinde de lo convencional y prefiere lo absoluto; como Aristófanes, tiene *Camús* la sal ática con que sazona sus conversaciones, la sencillez elegante, el ingenio sutil, el mérito de la oportunidad y del acierto, porque aficionado á Aristófanes, al que ha tomado por modelo, deliberadamente ó no, se ha identificado con él de tal modo que, cuando se le conoce en momentos de expansión, llégase á creer á Aristófanes resucitado.

Yo no olvidaré en mi vida cómo y cuando le conocí. Había ya llegado á mis oídos la fama de su ingenio. Y, para que yo le apreciara debidamente, un amigo suyo muy querido y mío hasta la adoración. nos había preparado espléndido almuerzo. Todo contribuía á prestar encanto. Era un día primaveral de sol brillantísimo y deslumbrador. Un viejecito rebosante de viveza, en cuyo rostro se marcaban las contracciones del sarcasmo y en sus ojos la expresión de la alegría, ocupaba el sitio de preferencia junto á discreta é inte-

ligente dama. Era *Camús.* Todo parecía concertado en aquel banquete para excitar las aficiones de *Camús.* Camús estaba en su elemento y todos callábamos por dar tiempo y espacio á su conversación. Los frescos pescados, parecían á Camús cogidos en las claras y rizadas hondas del Salónico ó en los celebrados puertos del Cenebreo y del Epidauro; las sabrosas aves, cazadas en las cercanas estribaciones del monte Anquesme ó en los elevados picos de la Argólida; los vinos vendimiados en Chipre y en Chío, deliciosos néctares que emborracharon de muerte á Atanagildo cuando pisó Constantinopla. Y así por este estilo á todo hallaba comparación oportuna. Al concluirse la comida, después de haber reído á placer, un amigo vino á anunciarnos què la crisis ministerial se habia planteado. *Camús,* rebosando helenismo, exclamó: —Hay tormenta en el Olimpo.—Que todos celebramos á mandíbula batiente.

Su explicación en clase es de lo más original que puede concebirse. Toda la revuelve y salpimenta con rasgos de ingenio. Sus discípulos son compañeros que le tributan cordial admiración. El subido color de sus chistes me impide dar más acentuado colorido á este retrato: cuánto lo siento no hay para qué decirlo; figúrense mis lectores la sal ática tan picante junto á la gracia andaluza tan ingeniosa.

Pues bien, este *Alfredo Adolfo Camús,* sabio primero entre los primeros, ha escrito una obra de literatura clásica, que no la imprime porque no se la pide ningún editor; y este *Camús,* cuya competencia nadie niega, que ha vivido treinta años consagrado á la enseñanza, sin miras bastardas ni adulaciones serviles, como el que se contenta con vivir en paz en su hogar humilde... no pertenece todavía á la Academia Española. ¡Peor para ella!—dicen sus enemigos.—¡Qué lástima!—exclamamos nosotros.—¡Cuánto podría enseñar *Camús* desde aquél augusto recinto!



JUAN VALERA

1875

Con este epígrafe se podría escribir uno de los libros más entretenidos que de la *novela literaria* pueden concebirse. Digo novela literaria porque así llamo yo, hace mucho tiempo, á la novela que historía con el interés episódico y la verdad de la biografía los acontecimientos de la vida de un escritor ilustre.

Este género nuevo, seguido con empeño determidado, porque su novedad no quita el que alguno se haya entretenido en bosquejar novelescamente la existencia de privilegiados ingenios, podría ser cultivado con gran provecho por escritores que, como *Juan Valera,* reuniesen un juicio recto, exacto y probadísimo, una imaginación no árida ni falta de recursos y un conocimiento sicológico tan profundo que me inspiraría lástima y compasión, porque, merced á él, todos los misterios del alma pueden verlos desnudos, áridos y secos, si no viniese su privilegiada fantasía á reves-

tirlos de hermosos colores y escogidas apariencias que los tornan bonitos y simpáticos y dorados y bienhechores.

A este propósito recuerdo que, hace años, al acusar recibo del discurso de inauguración que, como Presidente del Ateneo de Madrid, leyó en dicho centro el ilustre Marqués de Molins, hacía á dicho señor en mi carta algunas consideraciones sobre la conveniencia que reportaría á la historia la creación de la novela literaria que, históricamente, diera á conocer todos esos hombres célebres que deben aparecer como constantes y asiduos amigos y compañeros que nunca se apartan de nosotros.

Mi objeto al escribir este artículo no es, de ningún modo, dar la pauta y norma de este nuevo género literario, sino más bien el pintar á grandes rasgos la figura de un escritor cuyo nombre suena con aplauso en el campo de la novela moderna, pero es el encabezado título tan propio para una novela, que, á considerarme capaz de salir con lucimiento de empeño tan arduo, no vacilara en pintaros la historia de un escritor andaluz que tiene estos bien marcados caracteres:

Poeta clásico por excelencia, como no podía menos de serlo, dada su excelentísima educación literaria, publicó hacia el año 1858 un tomito de poesías tan selectas é inspiradas

que podrían servir de modelo en su género todas ellas, si una no descollará altiva y gallardamente en probanza del independiente genio del autor. No sé si con sus versos adquirió lauros porque en aquellos tiempos vivía muy á oscuras el que esto escribe; pero bien se muestra claramente que con este tomo adquirió nombradía poética, como clasicista entre los novísimos poetas españoles.

Valera presentábase poeta. Los poetas románticos, no los clásicos, pueden, casi deben mostrar al público sus primeros frutos en más tiernos años; los clásicos hallan más propio de su carácter el presentarse en escena cuando clásicos pueden ser sus frutos y cloro está que, bajo este concepto, hizo bien *Valera* en presentarse maduro y escogido en vez de tierno y abundante.

Colección de críticas acertadas son los dos tomos que, pocos años después, publicó bajo el título de *Estudios críticos*. Con éstos probó que, desde Larra, (Fígaro) á él, nadie le había superado en la crítica y que, si Fígaro le aventajaba en sus rasgos geniales, *Valera* era superior en su clara, sencilla y elegante manera de expresarse; en conocimientos y gustos y elevación y lucidez.

Ya pertenecía á la Academia Española cuando escribió su magnífico discurso *Interpretación del Quijote,* y en él hizo alardes de

tal perspicuidad literaria, de tal profundidad de pensamiento, de tal exactitud de juicio, que los que más dudaban de su formalidad cervántica no pudieron menos de reconocerle cervantófilo de primera fuerza.

Luego... no sé si hizo más que distraerse en los periódicos y sembrar de bellísimas flores la *Revista de España* con artículos y críticas de revelante mérito, pero que asaeteaban sin compasión á quien iban dirigidas, después de amarrarlo fuertemente con hilos de la más delicada galantería.

La novela dormía en letargo poco menos que infinito, digo la novela buena, porque en cuanto á la mala y mediana no puede darse menos descanso del que sus autores tenían, ni más prisa y menos sosiego de los que se daban. ¡Desdichados novelistas de á cuarto la entrega y de á peseta el tomo! ¡Vosotros, corrompiendo los gustos, habéis abierto de par en par las puertas á otros autores que con más pujanza barbarizadora os arrebataron á vuestros ignorantes y groseros lectores!

Al fin Juan Valera, hallándose un día en su gabinete cansado de hojear libros, de escribir cartas y de pensar en los acontecimientos, recordó algunos momentos de su vida pasada, echó de ver que los años no transcurrían en valde, que á costa de ellos había adquirido un profundo conocimiento de la vida; hallóse

maestro y hasta adivinador de ajenas impresiones y sentimientos, olvidó la artificial atmósfera que le rodeaba; pasaron por su fantasía las embriagadoras escenas de que él había disfrutado allá en su país poético y encantador, se le remozó el ingenio, vió complicación é interés, rióse de sus pasadas aventuras y sintiéndose feliz mientras le distraían tan cosmorámicas ocupaciones, ideó *Pepita Jiménez* y es posible que en aquel mismo día escribiera las primeras cuartillas de su obra.

Y, *Pepita Jiménez*, ¿es una obra de espeluznantes aventuras en la que las muertes y los robos constituyen lo principal de su argumento? ó ¿es de esas insulsas novelas de costumbres que no lo son, ó, filosóficas, sin pizca de filosofía, ó históricas, sin nada de verdad? No, señor.

Pepita Jiménez es una novela sencillamente verídica, en donde con los medios más naturales se interesa al lector, obligándole con impaciencia á devorar las páginas que le falten para concluir la obra.

Medios naturales he dicho y lo son tanto que cumplen á maravilla un deseo que Valera mostró hace algunos años al decir que era fervoroso creyente en los misterios del estilo, en aquella sencillez y pureza por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos y pone en la escritura con encanto indestruc-

tible toda la mente y todo el corazón de los autores. Y, contraste singular entre la idiosincrasia de Valera y su obra; Valera que es tenido por repulidísimo escritor, elegante en sus maneras y actos, como ninguno; diplomático como el que más; conocedor y practicante de aristocráticas costumbres y poco menos que elevado á la quinta esencia de orgullosísimos hábitos, ha ido á buscar asunto para su novela á un lugar de Andalucía que debería estar habitado por zafias muchachas, batuecos mozos, caciques papanatas y ambiciosuelos, y chismosas viejas, sólo comparables en su pesadez á los curas sermoneros, cuyos sermones fastidian y empalagan mucho, al paciente que les escucha, con incómodo y levantisco dolor.

Pero en tal rastrería no era *Valera* quien había de dar, y por eso muy verosímilmente encontró: á una viudita—*Pepita Jiménez*—limpia y aseada, como delantales recien salidos de la plancha; hermosa y rubia, como los soles que doran las espigas de los trigos, y discreta y cariñosa y compasiva, como rayo de luna que sale al beso de dos amantes; una Antoñona gruñona, brusca y vengativa, como perro guardador que enseña los dientes á los que mira con malos ojos y acaricia y halaga, á quien conoce muy entrado en la casa de sus afectos; un don Pedro de Vargas alardeador

de Tenorio, centinela de hermosas adorables y calavera á lo viejo con las más grandes tragaderas que á un padrastrón pueden concederse; un don Luis, hijo del anterior, agudo de ingenio, errado de vocación, ardiente de alma y con ojos pillos y tunantes, por los que se le van los más parcos deseos. Y con ellos y algunos más, como un procaz Conde y otros de poca calaña, ya que no del todo mala, ha formado *Valera* un embrollo tan resaladísimo que quieras ó no quieras, has de seguirlo hasta su desenlace como hayas empezado á meterte con él.

Y mira á qué está reducido.

Luis de Vargas, que es un bendito de Dios, aspirante á santo nada menos y criado teocráticamente con su tío el Deán, va á pasar unos días con su padre don Pedro, viudo y gran asediador de una viuda, que hay en el lugar, y que se llama *Pepita Jiménez*, antes de emprender sus misiones á Oriente. Pero es el caso que, el vicario con sus alabanzas y su padre con sus aplausos y Antoñona con sus roñerías, y la viudita con sus gracias, que son más picantes y apetecidas por lo reservadas, consiguen que el demonio en forma de amor se introduzca en el alma del pobre misionero y que este cometa con *Pepita* actos muy propios de cónyuges, pero, que ponen en aprieto al que como yo tiene que con-

tarlos... Y al llegar aquí puede uno exclamar que el diablo tiró de la manta y se descubrió el pastel, con lo que no tuvo más remedio que ahorcar los hábitos, jugar una mala pasada á su padre y casarse más contento y enamoricado que si en su vida hubiera hecho otra.

Hasta aquí nada se encuentra que justifique el gran mérito de *Pepita Jiménez*, pero es porque embelesado el lector con el encanto de la obra, no se detiene á encomiar hasta que se llega al fin de tan extraña aventura.

Agradan desde luego, dos caracteres, los de los protagonistas.

Pepita y Luis son de lo más hermoso, de lo más claro, de lo más lúcido que la novela española ha mostrado.

Y á regañadientes y sólo porque aquellos me tienen embelesado, no escribo que don Pedro es de miel y Antoñona de almibar y el vicario de caramelo.

Pero, lo que más encanta, lo que más seduce, lo que más afirma la reputación de *Valera,* lo que le hace novelista gigante, sicólogo de primera talla, es la gradacción del amor apasionadísimo que se engendra en el alma de Luis.

En esto, para encontrarle rival, hay que buscar á Xavier Saintine en Picciola: para encontrar pintura tan admirable, y no más, que

la de Luis de Vargas, hay que llegar al conde Carlos Veramón de Charney.

¡Qué ingenio, qué travesura, qué disimulo, que talento, qué análisis del corazón humano se necesitan para disculpar la curiosidad que siente por *Pepita!* ¡Cómo luchan en él, el amor divino y el amor prófano que con falaces apariencias le domina! ¡Qué alternativas tan violentas, pero qué verosímiles, qué humanas, qué naturales! Un lector encogido y asustadizo se escandalizara de aquel beso tan bien dado, y de aquel placer tan bien sentido; y un amante de lo bello, que sienta en su alma algo superior á lo material, exclamará con el desenfado y la inadvertencia más propios: «Yo hubiera hecho lo mismo.»

Pero vamos al caso, á juzgar el pensamiento que Valera se propuso al escribir su obra. Porque hay que confesar que dicho señor nada escribe á humo de pajas, y aunque él diga que el objeto de lo bello es deleitar, bien se clarea que á sus imaginaciones siempre acompañan propósitos determinados.

Tan profano soy; amo lo humano tanto; me parezco tan débil que, francamente, yo no encuentro motivo para creer que *Valera* se proponga atacar en su *Pepita Jiménez* las malas vocaciones ó vocaciones equivocadas. Y digo que no hallo motivo porque Luis bien

sentada parece que la tenía, y pecó. Con recelo de ser más pecador que *Valera,* sostengo, que no conozco virtudes—vocaciones entiéndase—capaces de resistir á tentaciones tan fuertes; y creo que no hay uno que habiendo probado el manjar deliciosísimo y de sabor celestial servido en labios de ambrosía renuncie á estos goces, y es más, para mí, el hombre que lo renunciara necesitaría ser de mármol y además de frío, y tonto, insípido y desamorado.

Lo que yo creo que prueba, aunque eso no se proponga probar *Valera,* es que el hombre y la mujer son fuego y estopa y cuando el amor sopla arden. Esto es, que son de carne; y la carne y el espíritu en sus pasiones sucumben, sin que las fuertes voluntades ó naturalezas puedan sustraerse á tales tentaciones. El grueso y el añoso roble se resiste á los golpes de hacha, pero cae derribado ante la constancia del leñador. La virtud humana más solida resiste sólo á la falta de tentaciones.

He escrito que Valera tiene propósito determinado, objeto conocido en todas sus obras y me salen al paso: *Las ilusiones del doctor Faustino.* La pícara holgazanería hizo al distinguido poeta no terminar esta obra antes de empezarla á darla luz, y como las exigencias de la *Revista de España* se la pedían, hu-

bo de escribirla atenaceando su buen ingenio y delicado gusto.

Sólo así me acierto á explicar que una obra cuyo principio casi es digno de *Juan Valera* tenga un final muy propio de obras de Ortega y Frías ó Tárrago ó San Martín.

Sucede con frecuencia en la vida encontrar un objeto que nos agrada, y si á la vista del objeto agradable se añade su posesión nada más natural que el que procuremos embellecerlo, mejorarlo, hacer resaltar las cualidades en virtud de las cuales se produce la grata impresión y nada más común que el conseguir un objeto contrario y que muchas veces destruye, palidece ó empaña la belleza ó bondad del objeto en cuestión.

Acontece, asimismo, empezar una obra con el entusiasmo, inspiración y actividad que son los signos característicos del genio, y sea porque este falte ó porque sean ficticias las causas que lo denuncian, declinar en el deseo, ceder en la inclinación de su feliz término y acabar lo que anunciara objeto primoroso de arte, en desdichada aberración ó monstruoso mamarracho.

Nunca observaciones estuvieron más en su lugar que las presentes, al tratar de esta obra de *Valera,* fruto abandonado de una imaginación descuidada, que confiando en las fuerzas de su vuelo, durmiéndose sobre los laure-

les que antes consiguiera, se abandona á lo vulgar y trivial, como el piloto que perito en evitar los escollos, conduce la embarcación con una seguridad que es muchas veces causa de su ruína.

El libro del señor Valera *Las Ilusiones del Doctor Faustino* es lo que el cuadro que pinta Horacio en su célebre *epistola ad Pissones, mulier formosa superne....* es una obra con cabeza y sin pies, falsa, porque promete y no cumple; informal, porque anuncia y no da; monstruosa, porque está accidentada y llena de obstáculos.

Algo se le manifestaba á su autor de lo que la obra iba á ser, cuando en la dedicatoria dice á un amigo que está como el matador antes de matar al toro y ahora que lo ha *matado* puedo decirle que no lo ha hecho á satisfacción de los aficionados, y que no se equivocó al afirmar, que las aguas del *Pactolo* cubrirían bien pronto las páginas de su libro, que en verdad ha nacido *endeble* y *feo*.

Nada probará mejor lo que va dicho que el ligero análisis de la novela que vamos á hacer ahora, preparándonos á blandir sin piedad el temible escalpelo de la crítica, que no se han de usar consideraciones con quien por tener bien sentada su reputación no es acreedor á ellas, ni á la menor indulgencia.

De una manera originalísima y con ese

sans-facon que hoy está de moda y que nada importara hubiera continuado en toda la obra, comienza ésta directamente y con un estilo natural, sencillo y encantador; es la cabeza del monstruo.

Consideraciones filosóficas, citas, alusiones, descripciones poéticas, añejas tradiciones, y vulgares, pero sencillas é interesantes, consejos, todo da al capítulo primero ó introducción de la novela, un sabor agridulce que place sobre manera, y después la presentación del narrador en cuya boca pone la historia que prepara, la pintura de su carácter, sus diálagos y conversaciones, su historia singular, su amor á la tierra que le vió nacer y sus controversias sobre las ilusiones, en qué consisten, cómo se forman y destruyen, hasta llegar á la verdadera narración de la fábula están escritos tan sencilla y poéticamente, agradan tanto que nos hacen sospechar que más tarde habrá que cerrar el libro con hastío; habrá el que lea de fastidiarse con dolor.

Empieza la relación con una larga y monótona (y difícil de pasar) reseña de la ilustre casa de los Mendozas, que ocupa un capítulo entero, y que bien podía haberse suprimido, toda vez que á nada conduce como no sea á dejar ver que el autor domina perfectamente varios estilos.

Destinado á lucir la erudición filosófica, los estudios naturales del señor Valera, el capítulo segundo es casi tan inútil como el primero, sólo el final es justificable y éste en tres palabras, cuando más en tres líneas y sin embargo el capítulo es más largo que el anterior.

Ahora empieza la historia, pero no crea el lector que ya entra de lleno en ella, no señor; es preciso diluirlo, esparcir el grano mezclando mucha paja con pretexto de pintar un carácter ó hacer una descripción.

Y de esta manera llena infinidad de páginas y de idéntica llenaría yo todas las de este tomo si me ocupara más de una obra que no debe parar la atención tratándose de quien las tiene tan buenas.

No estuvo tan afortunado como en la primera y al mismo autor no le han de parecer duras mis severísimas apreciaciones sobre *Las Ilusiones,* ya que para endulzar el agrio sabor que á los paladares todos había llevado con su Doctor Faustino, publicó una segunda edición de *Pepita Jiménez* elegantemente adornada y compuesta y además acompañada de flores y prendidos que la hermosean y enaltecen sobre manera.

Sus *Cuentos y Romances,* precioso añadido ó prendido que diría una presumidísima dama, hablando de su tocado, son tan espléndidos

y exquisitos que bien merecían fijar la atención de los que en cosas más superficiales la paran. No parece sino que tan rozagante y encantadora es la señora—y aquí se llama *Pepita Jiménez*—que no consiente á sus admiradores que se fijen en los detalles y adornos que más realzan sus perfecciones, ni en sus pequeñuelos y hermosísimos hijos que. al cabo, psdazos de sus entrañas son.

Sólo dos cuentos ha publicado *Valera: Parsondes,* de gran intención política, pero ni con mucho tan interesante como *El pàjaro verde,* que es curioso y entretenido, digno de figurar en la colección de los *Cuentos de las Hadas;* más divertido que la *Cenicienta* y *La Bella dormida en el bosque* y tan bueno como los mejores y más afortunados de *Perrault. Valera* tiene la condición relevantísima de acomodar su ingenio á las más diversas manifestaciones y, como hace las cosas con no poca conciencia, resulta que en lo que menos debía descollar ocupa un puesto preferente y distinguido, *Valera* hubiera escrito una colección de cuentos infantiles tan buena como las mejores de los escritores extrangeros, pero ¿cómo se había de animar á continuar sus cuentos cuando ni aún los críticos que se han ocupado de sus obras han parado mientes en estos dos, que por vía de muestra, ha colocado junto á su novela favorita?

Valera tiene para este género todas las brillantes cualidades que pudieran exigirse. Es sencillo en sus asuntos: pero enreda con suma gracia hasta los menores detalles Curiosea con mucha habilidad, sorprendiendo las más inesperadas ocurrencias que pudieran saltar de los labios infantiles. Y en cuanto á pintar con acierto y exactitud y encanto su habilidad es imponderable.

El libro se titula, en su segunda edición *Pepita Jiménez* y *Cuentos y Romances;* claro está, pues, que luego de los cuentos habían de venir los romances. Y al llegar aquí lo primero que me ocurre decir es, que no son romances todas las composiciones incluídas bajo su título, aunque hay muchas y muy buenas, si bien la mejor de todas, el *Ultimo Adios,* no pertece á ellas.

Repetir que en todas aparece poeta clásico, elegantemente inspirado, sobriamente preciso y con más arte y corrección que espontaneidad y facundia, no es necesario pero lo repito porque lo he escrito bien impensadamente.

Entre estas poesías hay traducciones: en ellas *Valera* aparece lo que es; el primer traductor de nuestra patria y ¿cómo había de ser de otro modo poseyendo perfectamente los idiomás que traduce y teniendo un perfecto conocimiento del habla castellana?

Bajó esta impresión vengamos ahora á su última obra, á su obra de actualidad. *Pasarse de listo* está en las manos de todos, ha sido, publicado por *Valera* en momentos en que buscaban sus favoritos lectores descanso á sus graves tareas del invierno en las giras campestres del verano, y así, de esta obra han gozado: unos en las verdes campiñas donde se respiran las brisas de una eterna primavera, otros en las playas donde la frescura y el movimiento de las olas han llevado á sus cansados cuerpos el alivio y el descanso que la vida de los grandes centros hacía imposible; los más en el retiro agreste y solitario donde les llevara el deseo de huir del bullicio y la confusión de las ciudades, y todos en medio de la calma, de la tranquilidad de espíritu, con avidez y entusiasmo; por eso ahora que todos vuelven á sus habituales negocios, á la vida normal, me parece oportuno el ocuparme de esa obra tan leída, y que la examine y juzgue para renovar en sus lectores el placer que su lectura les proporcionó en momentos gratos.

Pasarse de listo es una novela que acusa en su autor un perfecto conccimiento de la sociedad actual, de sus costumbres, de sus vicios y errores, de sus preocupaciones, al mismo tiempo que un desconocimiento del corazón humano y de sus misterios que no acer-

tamos á explicarnos; no se ve en ella al filósofo, ni siquiera al psicólogo; vése al hombre de ingenio travieso que juega con el pensamiento, con la frase, con el concepto, que divaga de una manera deliciosa, humorista mordaz, á las veces extravagante, huyendo de lo serio y grave y complaciéndose en revestirlo de formas amenas y agradables reñido en ocasiones con la lógica, asombrando en otras con lo severo de sus deducciones é inducciones, siempre festivo y elegante, siempre fresco y sencillo, siempre natural, siempre el mismo, en una palabra, suave, castizo, correcto, fluído y harmonioso, deleitando con una frase, admirando con una breve discreción, cautivando con esa filosofía *sui generis,* juguetona, insinuante, alegre y vivaracha.

La obra en rigor está reñida con el título, ni bastan á justificarlo las ingeniosísimas consideraciones que en medio del libro oportunamente intercala, ni la finalidad de la obra, ni los episodios en ella prodigados; todo esto y la conducta misma del protagonista viene á probar que este se pasa de tonto, á pesar de lo cual *Valera* ha conseguido su objeto, ha dado en el blanco y la herida que ha causado á la sociedad actual es profunda y de grandes consecuencias, moralmente entendido.

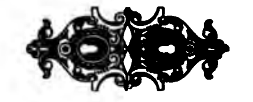
En *Pasarse de listo* hay caracteres verdaderos, magistralmente descritos; el de don

Braulio es delicado y exacto; el de doña Beatriz, real, hasta la exageración; el de Inés y el Conde del Tlhedin pecan de falsos y bastardeados y los demás son insignificantes y de escasa monta.

Pero el principal mérito de esta obra está más que en el conjunto en los detalles; las dos cartas que don Braulio escribe antes de morir son un modelo de dicción y de frase; aparte de esto, en ellas está retratada el alma del protagonista de un modo tan acabado que son las síntexis del pensamiento de la novela, su más feliz remate y el coronamiento más oportuno de esta *lastimosa historia.*

En resúmen, *Pasarse de listo* empieza de una manera que seduce, prosigue avivando el interés y concluye dejando el ánimo satisfecho; nada hay en ella ocioso ni inoportuno, hasta las digresiones son bellezas que la avaloran y por su finalidad, como por sus tendencias literarias, es digna de su autor y una de las novelas españolas modernas, cuya lectura aconsejamos preferentemente hoy que el gusto del público y de los autores está tan estragado y es conducido por sendas extraviadas y de las que sólo podrán alejarle trayéndole al buen camino obras como la presente y autores dotados de tan excelentes facultades y animados de tan nobles deseos como el autor de *Pepita Jiménez.*

Después de esto y de manifestar que últimamente ha reunido sus *Juicios* y *Disertaciones*, ¿necesitaremos decir que es un sabio ilustre, lector incansable (el primero de España) conocedor profundísimo de extrañas literaturas, crítico, el más libre pensador que tenemos, para terminar esta semblanza crítica titulada *Juan Valera*?



ARTE PICTÓRICO

LA EXPOSICION DE PINTURAS
DEL
CIRCULO DE BELLAS ARTES

Diciembre de 1880.

Sin la importancia de una exposición oficial, constituída por el Gobierno con subvenciones establecidas, premios determinados y jurados conocidos del público y nombrados por la superior autoridad, exposiciones en las que los artistas luchan por obtener una medalla de honor, la compra de un cuadro ó una pensión en Roma, el *Círculo de Bellas Artes,* asociación artística que acaba de establecerse, ha abierto su salón pictórico, en el que se revela la gracia, el buen humor, el ingenio, el gracejo, la ligereza y los extraordinarios méritos de esa pléyade de pintores que son la gloria ó la esperanza de esta España, tan asendereada por sus vaivenes políticos, para la cual guarda la Providencia el regocijo y la satisfacción que produce el ge-

nio artístico, concedido á manos llenas á nuestra nación, aún en días de infortunio y decaimiento.

Imposible encontrar una manifestación más inegnua de las condiciones artísticas de los pintores, que estos certámenes sin pretensiones de ningún género, en que se ve al pintor tal cual es, como si le cogiéramos de improviso en su estudio enmendando posturas de su modelo ó contemplando la que le parece más natural, ó dando una pincelada llena de atrevimiento. Por esta razón debemos celebrar que se vayan introduciende tales costumbres que, sobre otras ventajas, tienen la no pequeña de poner en comunicación al público aficionado con los artistas. Así es que, por todas estas consideraciones, hallamos inconveniente la aplicación de una crítica dura y severa á tales certámenes. No hemos de aplicarla nosotros en esta ocasión, y ojalá se deslice nuestra pluma fácil y juguetona para celebrar con acierto la forma, la abundancia y la originalidad que rebosa el salón del *Círculo de Bellas Artes.*

Local en donde se entra soltando una carcajada no puede menos de predisponer el ánimo muy favorablemente, y tal sucede en el *Salón del Círculo* cuando, á poco de pasar la puerta, os fijáis en un cuadro de Domingo Muñoz, titulado epigramáticamente *La Hoste-*

ría de la Paz. En el centro un jugador con espada, atacando á otro que se defiende con daga; á la derecha, dos dándose de puñetazos; á la izquierda, otros dos desenvainando sus tizonas, y detrás de todos, otro á pistoletazos; en último término, la ronda de alguaciles, corriendo *presurosa* á poner paz. El cuadro no puede ser más completo ni más interesante, y el título imposible superarle en irónico y chistoso. Nos parece el más característico del Certamen y desearíamos no equivocarnos al asegurar que él anuncia un pintor de genio. ¿A qué notar los defectos? Los tiene; pero, en cambio de ellos, abunda en riqueza, en entonación, en colorido y genialidad. Es el primer cuadro de Domingo Muñoz; celebrémosle con entusiasmo y anunciemos la aparición de un pintor de gran porvenir. Si lo llega á ser, como nosotros lo pronosticamos, *La Hostería de la Paz* se buscará con empeño, como el anuncio que es de un artista de mérito.

Apenas había desaparecido la risa de nuestros labios, cuando, al volver los ojos de frente, tropezó nuestra vista con *Un Espejo* hermosísimo. «¡Vaya un capricho! — exclamamos—cubrir de ramaje un espejo tan hermoso.» Pero nuestra sorpresa subió de punto cuando comprendimos que la habilidad y maestría del pincel de Gessa había cubierto

parte de la luna y el marco del espejo con deliciosísima pintura, representando hojas de vid y un magnífico racimo de un sarmiento y flores blancas y rosáceas, todo coronado por una linda mariposa.

A la izquierda del original capricho de Gessa, presenta Perea una chula, *Vaya por ustedes,* con una copa de manzanilla en la mano, que respira alegría y placer; cuadro lleno de vida, de movimiento y de hermosura.

La impetuosidad de las pasiones, la sangre hirviente que salta de las venas, el volcánico amor que se escapa por los ojos ha puesto Araujo en *La Gitana,* de notable dibujo, de una plasticidad sin igual, y pintada como se pinta para ir muy lejos, caminando por el camino de la gloria.

¡Qué maestría, qué dulzura ha empleado en *Un Retrato de la Srta. D.ª M. T. M.,* Madrazo (D. Federico)! Sala se ha excedido á sí mismo en el *Retrato de la Excma. Señora Marquesa de C.,* por la delicadeza de las tintas, verdaderamente inimitables, de aquella cabeza tan difícil, y de la cual Sala ha hecha una obra acabada.

Modelo de ejecución, pintado con una minuciosidad que asombra, es el cuadro *La Antesala capitular de la Catedral de Toledo,* de Gonzalvo.

Lhardy ha presentado un paisaje, *Orillas*

del Manzanares, el más notable de la Exposición, en el que contrasta con buen efecto el fondo oscuro del primer término con la luz, muy entibiada por las nubes, que cae sobre unos árboles.

La *Bahia de Vigo,* de Beruete, agrada por su buena entonación, brillante luz y acertado punto de vista.

La Familia, de Morera, sin estar entre sus mejores cuadros (¡cómo, si los tiene tan bue nos!), respira una quietud apacible, y ha concebido el asunto tan bien como lo ha ejecutado.

¡Qué pensamienso tan poéticamente sencillo es el de Carbonell, *En la Alborada!*

Por el dibujo, por la verdad de las sombras y de las aguas, es digno de aplaudirse *Una Marina,* de Campuzano; y por las dificultades, y por ser el cuadro acaso de más empeños del Certámen, *Una Poetisa,* de Jover.

Hay un *Boceto para techo,* de Dominguez, que hemos celebrado en otro artículo; modelo de color y de dibujo. La gitana de la pandereta vale un mundo.

La Mancha, de Ferrant, manifiesta las grandes dotes pictóricas de su autor.

Además de estos cuadros, que hemos citado en párrafo aparte con encomio, hay otros muchos dignos de aplauso y alabanza; por su actitud, *El Peleón,* de Mejía; por su hermosu-

ra, *Una Barbiana,* de Rincón; por la completa composición y el contraste del fresco jardín y del severo edificio, *En el Jardín,* de Francés; por su asunto piadoso y caritativo, *El Padre de los pobres,* de Alcázar Tejedor; por la fama del autor, *Una Marina,* de Monleón; por sus tintas vivas y radiantes, el *Campo Grande de Santurce,* de Estéban; por lo intencionado de la semi-oscuridad, la *Distracción de un artista,* de Moreno; por lo que expresa como retrato físico y moral del autor, *Un Retrato D. V. B.,* de Parada; porque deja adivinar á su brillante autor, y por lo característico, *A la vuelta del mercado,* de Madrazo (don Ricardo); por lo expresivo, *¿Vendrá?,* y por la perfecta cabeza, *Rahama,* de Mélida; por lo saleroso y típico de una época, el *Balconcillo de la de Alba en la Alameda,* y *Un Baile en el ventorro de la Rubia,* de Pérez Rubio.

Pobremente en número están representadas la Escultura y la Acuarela; pero si hay pobreza de número, no así de mérito, resaltando notablemente la circunstancia de que en la sección de acuarelas se nota gran adelanto en el dibujo. Está bien concebido y representado el grupito *Malasaña,* de Moltó; *Una Charra,* de Mejia, es buena por los detalles, por la posición y por la linda figura; Ferrant presenta sus excelentes condiciones

de composición, de dibujo y de colorido en *Un Guardia suizo del Papa* y *Tipo de la época de Enrique IV;* hermosisima luz, y más simpático por el color que por el dibujo, es *Detalles de Albaicin,* de Martín; de difícil ejecución el *Astillero de la Lineira en baja mar,* de Flórez; Hispaleto copia á maravilla el *Tipo de la provincia de Toledo;* bien expresada está la *Satisfacción*, de Asís; dos carbones, *La primavera* y *Un dibujo,* de Seiquer y Estéban (H.), son agradables; imposible dar más carácter, más vida, más variedad y más interes que tiene *Fiesta de novillos en un pueblo,* de Perea, y un preciosísimo plato, *Una cabeza,* de Doucorneau, prueba á donde puede llegar su habilidad en la expresión, en la delicadeza y en la exactitud.

Ya que en esta ocasión no debemos pecar de severos, ha de sernos permitido manifestar què hay muchos cuadros que son dignos de aplauso por el dibujo, por ciertos rasgos geniales, por detalles no insignificantes, por habilidad de ejecución extraordinaria. por riqueza de color, por buen uso de tintas, por asuntos de trascedencia y por perspectivas admirablemente tomadas. De seguro que algunos de estos aciertos encontraríamos en *Un Bosque del camino de Beovia,* de Izquierdo; *Después del baile,* de Manresa; *Una Acuarela,* de Nicolau; un cuadro de Posadillo; *Hércules*

y Oufalia, de Parada: *Consulta,* de López; *Una Vieja,* de Larrocha; *Una Distracción,* de Hoffmeyer; *Costas de Asturias,* de Flórez; *Descanso,* de Carpi; *Recuerdo de Deva,* de Aviles; *Una Rogativa,* de Jiménez Martín: *Estudio de paisaje,* de Larroca; *Un Recuerdo de Granada,* de Martín· *La Aldea,* de Martínez Espinosa; *Ron y marrasquino* y *Agua, azucarillo y aguardiente,* de Mendiguchia; *Una Caricia* y *Una calle de Toledo,* de Montero; *Una Vargueña,* de Moreno: *La Plaza del Mercado,* de Moreno; *¡Con diez mil duros de renta!* de Muñoz (D.); *Dos retratos,* de Muñoz (T.); *Una Calle de Fuenterrabía* y *Caserío de Guipúzcoa,* de Muriel; *La Vuelta del abrevadero,* de Pierrard; *Un retrato,* de Polanco; *La Bailadora de café,* de Puebla; *Alrededor de Barbastro,* de Estevan (H.); *Un descanso del modelo,* de Estevan (E.); *El Estanque de la Casa de Campo* y *Albergue de traperos,* de Ferriz; *Dos Chulas,* de Francés; *Un País nevado,* de Fuente; *Dos Bocetos,* de Galván; *Vendedor árabe* y *Una Esclava,* de Gallegos; *Un Baile en Triana,* de García Hispaleto; *El Gran Tacaño* y *El Viejo celoso,* de García Martínez; *Primavera,* de Gessa; *Estudio del natural,* de González; *Callejón sin salida de la Soledad,* de Gonzalvo; *La Vida monástica,* de Hernán; *La Adoración de la Cruz* y *Una Iglesia de Roma,* de Ferrer; *La Madre* y *Un estudio del natural,* de Hidalgo: *Curioso diálogo,* de

Jadraque; *Un Flamenco,* de Jiménez Martín; *El Mejor amigo,* de Alcázar Tejedor; *Un Retrato,* de Arroyo; *Una Florera* y *Vendedor de periódicos,* de Bahamontes; *Un Rincón de Galicia,* de Beruete; *El Dúo* y *El Estornudo,* de Blasco; *Dos Fruteros,* de Bricio; *La Pareja* y *El Soldado,* de Calonge; *Un Interior* y *Un Estudio del natural,* de Cappa; *Están verdes,* de Cuchi; *Los Estudios de país,* de Dantín; *Recuerdos de Cernay la Ville,* de Espinosa; *Un País,* de Ezequiel; *Un Retrato* y *Un Carlista,* de Zaragoza; *Un Retrato de una galleguita,* de Izquierdo; *Las Pasaderas* y *Un Puente de Valsaín,* de Villaamil; *Un Frutero,* de Strauch; *En el monte,* de Soriano; *Comunidad de bienes,* de Seiquer; *Dos Recuerdos de Granada,* de Santa Cruz (Ricardo); *Encuentro del Cura, Cardenio y el Barbero con Dorotea,* de Santa Cruz (Roberto); *Recuerdo de Tánger,* de Sáinz; *Una Sorpresa,* de Saint Aubín; *La Feria de Jaén* y *Una calle de Jaén,* de Ruiz; y en las esculturas: de Moltó, *Busto del general Espartero;* de Figueras, *Bustos de don Adelardo López de Ayala y Gustavo Bécquer;* y de Duque, *Busto de don Cristino Martos* y *Un Boceto.*

Estas son las impresiones que hemos sentido al examinar la primera Exposición del *Círculo de Bellas Artes.* Seríamos excesivamente pródigos en alabanzas si dijéramos que ella es viva encarnación y representación ge-

nuína del arte pictórico en España, circunstancia imposible de conseguir en los comienzos de una sociedad; pero tal cual es, y establecida con una precipitación á que obligaba la falta de tiempo, es digna de todo elogio, y sólo plácemes sin cuento queremos dirigir hoy á la activísima comisión organizadora, á la ilustrada Junta directiva y en general á los que han contribuído á fundar un centro que servirá de Exposición permanente, en la que mostrarán los artistas jóvenes sus felices disposiciones y los maestros afamados cómo se adquiere la gloria estudiando con constancia, imitando con discreción y trabajando con entusiasmo.



MANUEL DOMINGUEZ

PINTOR

Que el cultivo de las Bellas Artes ha alcanzado en nuestros tiempos y en nuestra patria un grado de fervor y entusiasmo á que no podía creerse llegara, á través de nuestras luchas políticas y sociales, en medio de la enervación y degeneramiento de otras manifestaciones, afines ó extrañas, y á pesar de nuestra proverbial indolencia y apatía, del ansia, cada vez mayor, de goces materiales, de satisfacciones pueriles y efímeras, que se han apoderado de nuestra sociedad, es cosa que á nadie se le ocurrirá poner en duda, ni al más pesimista detractor del progreso del siglo actual, ni al de espíritu más refractario á las conquistas de la edad presente. Lo prueban, el gran número de artistas que se revelan cada día y que vienen á engrosar la lúcida pléyade de los que ya son ventajosamente conocidos, la protección que los magnates

y poderosos les prestan, honrándose y honrándolos, y la solicitud con que algunos Gobiernos fomentan la afición y el gusto, abriendo certámenes universales, exposiciones, con las que aquella se mantiene viva, por el estímulo de la gloria, y éste se depura y perfecciona por la contemplación discreta y la comparación nacional de las obras de verdadero mérito.

En nuestro suelo, los artistas y los poetas nacen y se forman expontáneamente, sin esfuerzo; parece que nuestro ardiente sol y la bóveda azul en que aparecen enclavadas las estrellas, encienden la inspiración en la mente de los privilegiados seres que los contemplan y le hacen producir destellos magníficos; diríase que la fecundidad del suelo, la belleza de sus productos, de sus paisajes, de sus construcciones, hacen fecundos á unos y otros, mueven las cuerdas de la lira del poeta que produce cantos sublimes y dirige el pincel del pintor al trazar éste sus rasgos inspirados, sus mágicos toques. Frutos exquisitos y abundantes concepciones llenas de bondad y hermosura, esta es la condición de la tierra de España y de sus artistas predilectos.

Si á esto se agrega la magnificencia y esplendor de los favorecidos por la fortuna, de los que con un nombre ilustre heredaron de

sus mayores la afición á lo bello y á lo artísticamente suntuoso, los cuales tienden generosa mano á los artistas, los honran y estimulan, llenando con sus obras sus palacios y sus salones, con lo que estos ven premiados sus esfuerzos, sus méritos y lanzados sus nombres á los vientos de la fama, habrá que convenir, en vista de ello, que el arte ha llegado á un grado admirable de esplendor del que no ha de descender en mucho tiempo, y sólo á costa del general retroceso es como podría volver á la postración en que antes de ahora yacía, lo cual ni es de esperar ni de temer, dado el impulso que las corrientes del progreso han dado á todas las manifestaciones del arte.

Las exposiciones universales y nacionales han venido á coronar este triunfo del arte, siendo palenques de luchas pacíficas, tribunales que juzgan y sancionan la competencia de los que á ellas acuden, y heraldos de su gloria, que por su medio, se extienden por todo el mundo civilizado, á cuya admiración presentan los que ellas patrocinan y ensalzan.

En la escogida falange de artistas que hoy existe en España, *Manuel Dominguez* forma en primera línea, con Pradilla, Madrazo, Plasencia, Morera y otros no menos notables y conocidos dentro y fuera de nuestra patria á la que honran con sus producciones, haciendo

que se enorgullezca de tener hijos que representen el arte pictórico español al lado de los mejores maestros de las naciones más adelantadas.

Manuel Dominguez, como hombre y como artista es digno de todos los elogios, y no llenaríamos cumplidamente nuestro objeto, sino hiciéramos figurar su nombre en esta galería de semblanzas artísticas y literarias, en la que, poco á poco, van apareciendo los más notables de los que rinden culto á tan nobles fines. Con frecuencia acontece, al tener que ocuparse de un artista ó poeta ó escritor de nota, verse obligado el que de algunos de ellos trata, á prescindir de sus condiciones físicas ó morales, de su vida pública, y de su conducta privada, cuyas condiciones, ó algunas de ellas, no suelen estar muy conformes con lo que de ellos se sabe por sus obras. El que contempla y admira estas, atribuye siempre algo de su carácter al autor de cada una; cree ver en ella rasgos que lo denuncia, signos indudables que indiquen su manera de ser; se figure al artista ó al poeta como lo ve en sus obras y se le haría muy penoso y difícil de persuadirse de que el que ha idealizado en su imaginación, tiene unos ojos bizcos en los que de ningún modo brilla la inspiración, una frente deprimida, en la que no puede leerse el genio, ó una boca contraída que

sólo parece formada para lanzar injurias, denuestos y maldiciones. Pero no tarda en sufrir un desengaño al ver que el autor de una poesía, llena de vigor ó de frescura, de candor y de encanto, es un viejo caduco; el de un poema en que se pintan las amarguras y tormentos de esta vida, un joven imberbe; el de un himno á la virtud un calavera que vive en continua crápula; el de un canto á la libertad un político que desde su oficina fragua los medios de encadenar y oprimir á los pueblos; el de un idilio, en que se cantan las dulzuras del hogar doméstico, un marido infiel ó engañado á sabiendas; tan cierto es que las condiciones intelectuales de cada hombre no están siempre en relación con las físicas y morales, ni su manera de pensar y escribir con la de obrar.

Cuando existe esta conformidad, cuando la manera de ser física y moral del poeta ó artista, está en relación con la moral é intelectual, cuando al genio acompañan las virtudes morales y sociales, la gallardía del cuerpo, la belleza y expresión del semblante, cuando se piensa y se obra del mismo modo, bien puede afirmarse que la naturaleza ha sido doblemente pródiga bien puede decirse que la inspiración, el talento, la fecundidad se lee en los ojos del que pinta ó escribe.

Y esto es lo que se observa en *Dominguez*,

cuya inteligencia está al nivel de su moral, y cuya figura corporal, es trasunto de la gallardía de su alma privilegiada. En aquel rostro expresivo, en aquellos ojos azules, llenos de transparencia, de tranquilidad, de reposo se adivina un alma de artista, en la que no tienen cabida las pasiones innobles porque la llenan los afectos más dulces y tiernos, con el amor al arte y la admiración y culto entusiasta hacia todas sus grandes manifestaciones.

La modestia es su más relevante virtud y la que avalora más su mérito; la benevolencia la que le hace acreedor al aprecio y á la amistad de cuantos le conocen y le tratan; jamás la presunción ridícula halló acogida en su mente, ni la ruin envidia en su corazón generoso; inteligente é instruido, sólo para sí mismo es juez severo; observador ardiente en sus propósitos, ni se lanza irreflexiblemente á una empresa, ni la abandona una vez comenzada, razón por la cual todas sus obras llevan el sello de la meditación tranquila y profunda y el de la constancia y continuidad inquebrantables.

Conocido el hombre y el artista, reseñemos á grandes rasgos los principales episodios de vida y las condiciones é importancia de sus obras.

Manuel Dominguez nació en Madrid el año de 1840. Hizo sus primeros estudios en la

Academia de Bellas Artes de San Fernando, desde 1859 á 1865, en que ganó por oposición una plaza de pensionado en Roma, para lo que tuvo que luchar con adversarios temibles por su competencia, facultades, disposiciones y méritos artísticos. Pero todo lo venció *Dominguez* y lleno de ilusiones marchó á la capital del mundo católico, que lo es también del mundo artístico, donde permaneció hasta 1871, enviando á España varios cuadros, entre los que descuella una *Margarita del Fausto*, que ha sido considerada como modelo de belleza, de expresión, de virginidad, de candor, tales como la tradición y el poema de Goethe nos la han trasmitido. Este cuadro existe en el Museo de Pinturas de Madrid. En Roma adquirió *Dominguez* el gusto y la afición á las obras de los pintores clásicos, de algunos de los cuales se asimiló rasgos característicos, y fué formándose su escuela, por la que hoy se distingue, y en la que se observa la tendencia á la naturalidad, sin perjuicio de la corrección del dibujo, ni de la viveza del colorido, condición inapreciable en la decoración, género á que especialmente se ha consagrado *Dominguez* y que le ha dado gran renombre, por las obras de arte que ha producido y que están siendo el asombro y el encanto de cuantos las ven.

En Roma pintó un cuadro de grandes di-

mensiones. *La muerte de Séneca,* cuya composición, dibujo y colorido le hacen su obra maestra y que presentado en la Exposición de 1871 fué premiado.

Después pintó sus notables cuadros: *Heridos y prisioneros carlistas conducidos por tropas liberales* y *Dos flamencos de viaje,* que posee el acaudalado é inteligente señor Baüer, ambos dignos de mención por la frescura y la transparencia del color y por la hábil colocación de las figuras, no menos que por otras cualidades de las que más distinguen al autor.

También cultivó el difícil género de retratos con gran acierto y perfección, siendo los en que más alardes de su mérito revelan el de *Don Severo Catalina* y el de *Una familia americana.*

Antes de entrar de lleno en la nueva senda en que ahora le encontramos, en la pintura mural—que yo llamaría decorativa—que ha sustituído á los frescos, salieron de su pincel infinidad de cuadros de variados asuntos y proporciones, que se hallan en poder de aficionados españoles y extranjeros y que pregonan el genio y la actividad de *Dominguez.*

Dedicado desde estos últimos años á la pintura decorativa, á la que muestra decidida afición y para la que tiene extraordinarias disposiciones, al extremo de que hasta el presente ninguno como él ha dominado este gé-

nero ni ha sabido armonizar tan perfectamente las exigencias de distinta índole que lo caracterizan, nadie ha logrado dar tanta luz á los cuadros decorativos, tanta placidez á su composición y tan dulce majestad á los asuntos.

Para la casa del Duque de Santoña ha pintado un *Salón del Renacimiento Italiano,* que tiene tres hermosas figuras, representando la Pintura, la Escultura y la Arquitectura con sus atributos, un bello trasunto de los edificios y monumentos que caracterizan aquella época y los retratos de los hombres célebres que la ilustraron y llevaron á efecto aquella gran obra de progreso. El conjunto que forma este salón es admirable y encantador, y el efecto que produce aumenta notablemente en la contemplación de los detalles, en los que nada hay ocioso ni incompleto, revelándose el artista aún en los más insignificantes. En el palacio del señor Murga, en un dormitorio, ha pintado *La aurora,* que llama la atención por la abundancia de luz y por las tintas poéticamente risueñas que circundan á la precursora del día; en otro departamento *La Música* y *La Poesia,* modelos de fantástica imaginación y de belleza dulce; á su alrededor, en barandillas, diversos grupos; en uno de ellos aparece un poeta leyendo versos á algunas mujeres; el poeta parece reci-

tar con calor y sentir lo que dice; las mujeres revelan en sus rostros la satisfacción y el placer que les causa la lectura; otro grupo representa un pastor tocando la flauta y varias doncellas oyéndole con deleitosa fruición; al verlo se cree respirar las brisas campestres y se experimentan irresistibles impulsos bucólicos; hay también una fuente y dos figuras que deben ser de caminantes ó poetas.

En el palacio del señor Anglada, al que por su magnificencia y gusto exquisito aventajan pocos en España y que se distingue por la arquitectura variada que en él domina, y de que son digna muestra el suntuoso patio árabe y el vestíbulo con la escalinata; en este palacio que para ser un modelo de buen gusto arquitectónico le falta la capilla ojival, *Domínguez* ha pintado el comedor, y sus principales pinturas son: un medallón central que representa el campo y que consiste en un hombre y tres mujeres, una de las cuales se recuesta en el hombre y otra está sentada en el suelo. Á los lados de este óvalo central hay otros cuatro medallones pequeños representando las cuatro estaciones.

Además *Domínguez* está pintando para este mismo palacio el salón de baile, cuyo techo representa *El Baile y La Música* y el friso *Danzas de satirillos.* Nada conozco de *Domínguez* que pueda compararse en gracia volup-

tuosa, en valentía y en pasión con la figura gitanesca y oriental, tocando la pandereta, que representa el baile.

Para el palacio del señor Murga está preparando los lienzos de la escalera, de una manera, tan excelente que supera á todo lo que ha pintado hasta ahora.

Son cuatro grandes cuadros: el primero representa la fortuna, y está coronado por la abundancia y la tristeza; el segundo representa el renacimiento, y está coronado por la trompeta de la fama y las coronas de la gloria; el tercero representa la industria y está coronado por el trabajo; y el cuarto representa la ciencia y lo corona la astronomía.

Con un talento tan privilegiado y con dotes tan especialísimas, con tal laboriosidad y estimables prendas de carácter, no es aventurado asegurar que *Manuel Domínguez* añadirá nuevos lauros á su corona de artista, el mundo entero le aclamará, difundiendo la fama de su nombre, y su gloria ha de sobrevivirle, porque deja impreso el sello de su inspiración en sus obras, que han de mantener vivo el recuerdo de su gloria.

MARIANO BORRELL

ESCRITOR ARTÍSTICO

En el mundo de las ideas, en las esferas social y moral, como en el mundo físico, en la naturaleza real, no todo lo que tiene valor ó es digno de estimación aparece y se da á conocer á todos y desde el primer momento, sino que existen cosas y seres que permanecen ocultos á las miradas de aquellos á quienes aprovechan sus propiedades, sus virtudes, y sus méritos, á los que la satisfacción del beneficio que hacen les basta para creerse recompensados, sustrayéndose modestamente al agradecimiento ó á la admiración de los que por ellos se ven favorecidos. El diamante cuaja en las entrañas de la tierra, á donde sólo la casualidad puede llevar la planta del hombre, y se halla envuelto en grosera roca, hasta que el lapidario lo pule y le da forma con lo que adquiere valor; la perla se forma en el seno del mar y está encerrada

en grosera concha, teniendo también que ser buscada y trabajada antes de llegar á ser el más bello adorno de la diadema de una reina ó del cuello de una beldad; la violeta exhala su delicado perfume en la soledad y en el misterio; las plantas medicinales no se encuentran en cualquier parte, ni ponen á merced de qualquiera sus preciosas calidades: todo, en fin, lo que algo vale permanece algún tiempo oculto, hasta que la casualidad ó las investigaciones del hombre lo da á conocer y admirar. En el seno de una familia oscura se encuentran muchas veces las más hermosas y sublimes virtudes; en el gabinete de estudio más modesto se halla un hombre de ciencia; en la más apartada aldea vive ignorado un filósofo en embrión, que acaso nunca se desarrollará, un político, un guerrero, ó un santo que mañana hará feliz á su patria ó la engrandecerá con sus victorias y conquistas ó será colocado en sus altares; bajo el exterior más humilde se agita un corazón ardiente, brilla una inteligencia superior y arde la llama de un genio colosal, que no espera más que á manifestarse, para ser conocido y contemplado con admiración.

Esto es lo que generalmente sucede con algunos hombres cuya modestia es tan grande como su mérito, hasta que la crítica se encarga de darlos á conocer, designándolos á

la sociedad y á la opinión, en lo que no hace más que el oficio de rebuscadora, y esto es lo que ha sucedido con *Mariano Borrell,* escritor-artista, hasta ahora muy poco conocido, cuyas relevantes dotes le hacen acreedor á figurar en esta galería de hombres notables en ciencias, artes ó literatura en las que más de una vez han de hacer su presentación otros no menos dignos, que hoy permanecen en la sombra. Tal es mi principal propósito que voluntariamente me he impuesto y cuyos resultados beneficiosos de ninguno podrán ser desconocidos.

Nadie conoce el nombre de *Mariano Borrell,* fuera del círculo de sus relaciones, sin embargo, este nombre está destinado á ser conocido de todos los que aman el arte, su filosofía y su progreso y esplendor. La fecundidad de algunos escritores y artistas, entre cuyas obras las hay relativamente medianas ó malas, les ha hecho célebres; estos casi siempre han llegado á ese grado de popularidad, pasando por ciertos trámites, después de luchas sin cuento, en las que estuvieron á punto de ser aniquilados y venciendo á costa de grandes esfuerzos y amarguras. Una sola obra ha bastado á otros para colocarse en primera línea, hayan ó no producido posteriormente otras. Entre estos los hay que han consagrado toda su vida, toda su actividad y

todas sus facultades á crear una sola obra, y cuando lo han conseguido y el resultado ha coronado sus afanes, cuando su creación es una cosa útil ó bella, ó ambas cosas á la vez, tienen derecho al universal aplauso ó á la común admiración, al respeto y consideración del público, y á los plácemes y felicitaciones de la crítica. En éste caso se halla *Mariano Borrell.* No ha escrito más que una sóla obra, pero en ella están compendiados todos sus estudios y desvelos, sus observaciones, sus análisis, sus convicciones y el fruto del trabajo continuado de largos años, que es la mejor garantía del mérito y bondad de su obra.

Se titula ésta *Tratado de dibujo con aplicación á las artes y á la industria,* y es un libro cuya utilidad está en relación con su importancia y cuya necesidad no podrán menos de reconocer los que comprendan el puesto que viene á llenar y los beneficios que puede producir. Es una historia preciosa del arte, en síntesis armónica, curiosísima, completa y exacta, llena de detalles curiosos, de oportunidades y revelaciones, no escrita con gran profundidad de juicio, pero sí con suma discreción y acierto; no desarrolla en ella un pensamiento artístico ni filosófico, pero se encuentra compendiado cuanto pertenece al arte desde sus orígenes conocidos, se establecen paralelos, cuya demostración gráfica se hace

por medio de dibujos, tan oportunos como conducentes, y se viene, como de la mano, á la historia del arte contemporáneo, de sus representantes, de su regeneración y de su progreso actual.

Sólo esta obra retrata á Borrell y esta enumeración que hemos hecho de los méritos de su obra los compendia. El que la estudie comprenderá con cuánta justicia hemos puesto al frente de estas líneas el nombre de *Mariano Borrell.*



INOCENTE GARCIA ASARTA

Manía de toda mi vida, que creo he de conservar hasta que muera, ha sido la de descubrir genios oscurecidos ú ocultos, aptitudes desdeñadas, y capacidades no bastante estimadas, aunque sí estimables, para darlas á conocer, presentando á los ojos de los indiferentes que no ven más de lo que se les indica, lo que de otra manera jamás hubieran sospechado, ayudando á los entusiastas, sosteniendo á los tímidos y animando á todos á probar en el palenque de la opinión pública sus méritos ó disposiciones para las letras y para cualquiera de las demás manifestaciones de la actividad ó del ingenio humano.

No creo que sea en alto grado censurable esta manía que á nadie perjudica y á algunos ha podido favorecer, habiéndome, por lo que á mí toca, proporcionado momentos de verdadera é inefable satisfacción y otros de amargo desencanto y desmayado abatimiento.

Que me he engañado muchas veces.....

ocioso es decirlo; que otras he acertado al presentar como promesa de futuras glorias á jóvenes á quien ninguno conocía, cumple á mi sinceridad declararlo, ya que mi afirmación contraria al amor propio no necesita pruebas.

Mi buen deseo, mi ansia de abrir las puertas del mundo á jóvenes inexpertos, cuyo porvenir acaso dependía del modo de dar el primer paso en el camino de la vida y de la manera con que eran recibidos por esa sociedad que se ha hecho á sí misma árbitro de los éxitos y de las reputaciones, me habrán hecho, no hay duda, equivocarme con mucha frecuencia. La ingratitud de los unos habrá podido, tal vez, compensar la adhesión inquebrantable y el cariño de los otros, pero jamás me he arrepentido, ni me arrepentiré nunca, de haber obrado así aunque todos los que fracasaron me culpen y ninguno de los que tocaron ó lleguen á tocar la meta de sus triunfos y aspiraciones se acuerde de mí más que para enviarme una sonrisa de desdén.

Como no me arrepiento tengo hoy el placer de presentar á un joven pintor cuyo entusiasmo é idiosincrasia artística me hacen esperar que será con el tiempo uno de nuestros artistas más estimados si es que no escala el tiempo de la gloria; este artista es Inocente García *Asarta.*

Asarta es navarro; es hijo de esa privilegiada región que tantas glorias ha dado al arte. En Pamplona hizo sus primeros estudios y todavía niño, se trasladó á Vitoria, en cuya academia de Bellas Artes adquirió los principios fundamentales del dibujo y en donde se decidió su vocación á la pintura empujado por las excitaciones de amigos y extraños que admiraban sus trabajos. Consistían estos en copias de dibujos de una exactitud admirable; de paisajes y monumentos, retratos á lápiz y á la pluma, caricaturas, en las que no se sabía cuál apreciar más, si la fidelidad de los rasgos fisonómicos ó las exageradas contracciones de los mismos para figurar con ellas de una manera fácil las actitudes, el carácter y los defectos de los que eran objeto de sus escarceos artísticos.

Asarta cursaba al mismo tiempo las asignaturas del bachillerato en el Instituto de Vitoria y allí encontraba alimento á su imaginación de artista, extasiándose ante los misterios de la fisiología humana, que le descubría los secretos de la musculatura y de los escorzos más extraños y guardando con religioso recogimiento dentro de su memoria los retratos de las grandes figuras de la Historia Universal, para resucitar después y dar vida á tantos héroes y mártires, sabios y guerreros, cuya personificación soñaba representar más

tarde, así como los hechos que los hicieron memorables y los lugares que fueron de ellos testigos.

Terminados sus estudios preparatorios, y ansiando perfeccionarse en el que ya desde entonces era su arte predilecto, trató de ir á Madrid, con objeto de matricularse en la Academia de Bellas Artes, para tener ocasión de ejecutar algunos trabajos que le hiciesen digno de obtener una pensión de la Diputación de Nabarra y continuar sus estudios en Roma, que es el parnaso de los artistas pictóricos y el punto de mira de todos los que aman el arte por el arte y éste por la gloria. Mas la circunstancia de haber estado enfermo y después ocupado en pintar al fresco la casa de uno que después llegó á ser su protector, hizo que no pudiera verificarlo á tiempo, pero *Asarta,* que, como todos los verdaderos artistas no se arredran por los obstáculos que hallan en su camino, trató nada menos que de ir á Roma, sin tener en cuenta su escasez de recursos, el alejamiento en que iba á encontrarse de su familia, amigos y personas queridas, el desconocimiento de la lengua y de las costumbres de un país y otros inconvenientes que se presentan á todo el que por primera vez visita un país extraño, sin más recomendación que su buena voluntad y su corazón de artista.

Y hele aquí á *Asarta* en Roma, que es la capital del mundo católico y el museo más grande de la antigüedad, contando apenas con lo necesario para vivir y trabajando con fe y entusiasmo en busca de la gloria, mientras llega la fortuna, que sólo es compañera de los artistas cuando llegan á la celebridad y el mundo los aplaude y halaga.

Asarta es un artista; lo prueban los dibujos al lápiz, á la pluma, á la aguada y otros que le acreditan como tal y que nosotros hemos visto. Pero carecía de los medios materiales para llegar á desarrollar y perfeccionar sus notabilísimas facultades; y para no verlas malogradas, algunos amigos suyos de España y personas tan còmpetentes como Pradilla y otros á quienes ha tenido ocasión de presentarse en Roma, le aconsejaron que solicitase de la Diputación Provincial y Foral de Navarra, que es su provincia, una pensión que fuese suficiente á sostenerle mientras termina su educación artística. Así lo hizo teniendo la honra de que la instancia en que la pidió fuese firmada por el ilustre autor del cuadro *Doña Juana la Loca* y otros artistas notables.

Como muestra de lo que es capaz y de su aptitud y excelentes condiciones para el arte que cultiva, *Asarta* envió á la Diputación de Navarra un cuadro, copia de otro de

Miguel Angel ó de Caravaggio, que representa el enterramiento del Señor, que está en el museo del Vaticano, y que tiene el original unas dimensiones colosales, siendo las figuras de doble tamaño que el natural. *Asarta* las ha reducido en el suyo á la mitad del natural y ha estado sumamente feliz en su ejecución, que le ha valido la aprobación de los maestros é inteligentes que lo han podido contemplar. Exactitud en el dibujo, que ha sabido trasladar conservando la corrección del original y el vigor de los toques; propiedad en el color, que es la más relevante cualidad del cuadro original, seguridad en los tonos y efectos de luz son las condiciones de la obra de *Asarta,* la cual revela desde luego de lo que ha de ser capaz, cuando, perfeccionado su estilo y moldeado en el de los maestros á quienes se propone seguir, pueda abandonarse á su propia inspiración, y producir obras notables, sin el temor de caer en la afectación, en el desatino y en el amaneramiento, que son los escollos en que suelen estrellarse los artistas inexpertos, que quieren llegar pronto, á riesgo de no llegar nunca y malogran por falta de madurez, disposiciones que de otro modo hubieran podido desarrollarse.

Asarta no es así; paso á paso se propone recorrer el áspero y difícil camino del arte,

que para muchos es el Calvario: su cuadro lo demuestra, y la Diputación de Navarra hará muy bien atendiendo á la solicitud de un hijo de su provincia, á la que un día puede dar honra y gloria, y de la que sólo demanda recursos para vivir.

Nosotros unimos sus súplicas á las nuestras, y estamos persuadidos de que, dada la ilustración y el amor al país de la Diputación, ni unas ni otras serán desatendidas.



POETAS Y NOVELISTAS

GUIRNALDA DE PENSAMIENTOS

POR

PATROCINIO DE BIEDMA

Y PRÓLOGO

DE

ANTONIO DE TRUEBA

Como el naturalista botánico, que, en su afán de analizarlo todo y descubrir en todas las cosas propiedades y virtudes que aplicar y dar á conocer, examina una flor fresca y fragante, con el objeto de conocer una por una sus excelencias, de clasificarla y distinguirla de otras de la misma especie, nosotros vamos á discurrir sobre un libro, cuyo detenido examen hemos hecho; libro que es, verdaderamente, una flor de la literatura ó, mejor dicho, un ramo de flores; brillantes unas, delicadas otras pero frescas todas, é impregnadas de ese aroma que sólo la mujer sabe dar á la expresión de sus sentimientos.

Porque una mujer es la autora del libro que vamos á examinar, y una mujer que en

la primavera de la vida ha gustado ya la copa del placer y probado el cáliz de la amargura; una mujer que siente y sabe expresar su sentimiento; que piensa admirablemente y se insinúa mejor; una mujer, en fin, que, al dar á luz el producto de sus insomnios y vigilias, nos da un trasunto exacto y fiel de su vida, amargada por el infortunio, teniendo la conciencia de no haber descuidado para ello sus deberes de hija, de esposa, de madre, ni aún los de amiga.

Colocada por el destino en una posición envidiable, obligada á elegir las personas de su simpatía en un círculo estrecho y reducido, ha adquirido una gran potencia de reflexión, de concentración sobre sí misma, y esto, unido á un alma joven, lozana y vigorosa, una imaginación fecunda y ardentísima, talento notable y poco común instrución, ha hecho que sus aficiones literarias, teniendo extenso campo en que esplayarse, la hayan llevado á dar á luz su propia historia, con sus placeres y alegrías, sus aficiones y desgracias. que esto, y no otra cosa, es el libro *Guirnalda de pensamientos*.

Los que creen que las mujeres deben estar alejadas de las tareas literarias por la condición de su sexo, que las impone deberes que parecen incompatibles con aquellas, encontrarán rebatidos sus argumentos en el breve

y sencillo cuanto acertado prólogo-juicio que del libro de la señora de Biedma hace el señor don Antonio de Trueba, cuyas poderosas razones intentaremos reforzar, siquier sea la tarea superior á nuestras fuerzas y el resultado infructuoso.

Si la poesía es la manifestación del sentimiento, y la mujer siente, ¿por qué no se le ha de permitir expresar lo que su alma encierra? ¿Es posible que el hombre se sustituya en el alma de la mujer é interprete fielmente sus sentimientos con aquella frescura, suavidad y delicadeza, con que ésta lo hace? Si hallamos frecuentemente imperfecto el estudio que algunas mujeres han hecho del corazón del hombre, ¿no nos sucederá lo mismo cuando se verifique lo contrario? El hombre no es autoridad respetable cuando habla de la mujer, y por lo mismo debemos permitir á ésta que se dé á conocer, para que así podamos saber con motivo y á punto fijo lo que ésta es y lo que vale, cómo piensa y siente, y de qué manera se expresa.

Además, si el genio, que no elige las cabezas en que se deposita, halla cabida en la de una mujer, ¿habrá ésta de enmudecer sólo por serlo? ¿Habrá de dejar que se consuma y apague el fuego de la inspiración, sólo porque los hombres la consideren incapaz de inspirarse?

Si el hombre quebranta á veces los lazos de su condición y canta desde el humilde taller, como desde su cuarto de estudio, ¿por qué, aunque la condición de la mujer sea el atender á las tareas domésticas, no le ha de ser lícito levantar su voz inspirada allí donde lo hace el obrero, el médico, si, como estos, no roba un instante al cumplimiento de sus deberes?

Si se nos apura, acabaremos por afirmar que la mujer exclusivamente es la que debía ser poeta, y que sólo el esfuerzo del talento y del ingenio dan esta noble cualidad al hombre; afirmación que, aunque no puede sostenerse, cuenta, sin embargo, con argumentos de gran peso.

En efecto, el hombre, destinado por la naturaleza á ser el protector y guarda de la mujer, cuyo patrimonio es el trabajo y la guerra, á que su condición y sus fuerzas le inclinan, parece que no es susceptible de otros sentimientos que los belicosos ó científicos, al paso que la mujer, débil, amante y apasionada en todas sus manifestaciones, debía ser el intérprete de esos sentimientos dulces y tiernos, que llevan el encanto á la mente y el regocijo al corazón.

El ánimo impetuoso del hombre se enardece é inflama con la desgracia, protesta, se desespera y prorrumpe en amargas reflexio-

nes, concluyendo por abotagarse y tener el corazón seco y el alma fría; al paso que la mujer, en las mismas circunstancias, llora y busca la soledad para no dar el espectáculo de sus dolores, y busca consuelo en la realidad y en el exacto cumplimiento de sus deberes, sin rebelarse contra la suerte que le hace sentir sus rigores.

Pero ya que no es así, ya que el hombre es poeta, es preciso confesar que hay entre los diversos géneros de poesía algunos que se adaptan más perfectamente al hombre que á la mujer, y viceversa, así como otros que le son comunes, no obstando que haya hombres afeminados, de corazón débil y sentimientos poco animosos, y mujeres varoniles, capaces, por sí solas, de realizar lo que cualquier hombre, por fuerte y animoso que sea.

No es Patrocinio de estas últimas; y si en su carácter sigue el camino de la vulgaridad de las mujeres, no así en sus demás prendas morales y dotes literarias, que posee en alto grado y que nos complacemos en reconocer y elogiar, y que la colocarán á la altura de nuestras primeras poetisas.

Su libro es su retrato moral, ya lo hemos dicho; en él cuenta su autora las penas y alegrías de su vida con esa sencillez y naturalidad de la mujer que siente, y tanto en el fondo de los pensamientos como en la manera

de expresarlos, brilla la pureza de la doctrina, lo arraigado de las creencias, campeando en todo un lenguaje correcto y castizo, una locución precisa y vigorosa, entonación conveniente al asunto, estilo ameno y florido, enriquecido con las galas de una versificación fácil, armoniosa y sentida, que hace el encanto de quien lee.

Parece imposible, al examinarlo, que la autora cuente sólo veintitrés años; la profundidad y madurez de los juicios, lo brillante de los pensamientos y lo acertado de las reflexiones, autorizarían á cualquiera á duplicar esa edad, en que las mujeres solo piensan en adornarse para agradar y en que los hombres, salvo raras escepciones, apenas han tenido tiempo para formarse un criterio y gusto bastante para formular y expresar sus juicios y proposiciones, y mucho menos para adornarlos y engalanarlos con la forma poética.

Y sin embargo, repetimos, á esta edad en que nacen las primeras ilusiones, en que el horizonte de la vida se muestra sin límites y ornadó de bellos colores, Patrocinio ha sido madre y conocido el dolor; y presenta este libro, que como dice muy bien Trueba, «si vale mucho como hecho, vale infinitamente más como promesa.»

Pasemos ahora á examinar detenidamente sus bellezas y defectos (que son pocos), y al

mismo tiempo, y guiados por el asunto mismo de las composiciones, á emitir nuestro juicio sobre algunas de ellas, las principales y más excelentes, ya que no es posible detenernos, como quisiéramos, á reseñar las innumerables bellezas que contiene.

II

Ciento quince composiciones contiene el libro de la señora de Biedma *Guirnalda de pensamientos,* precedidas de una breve, sencilla y tierna dedicatoria á su hijo José María, de tres años de edad, hallándose en ellas tratados asuntos diversos, afecciones varias, proposiciones distintas; el amor maternal, la amistad, el cariño que nace de los vínculos de la sangre, todo suministra á la poetisa materia para sus elucubraciones, á todo ha exigido su tributo, y de todo ha sabido sacar partido para producir esta obra que con tanto placer examinamos.

Poesías religiosas, fúnebres, fantásticas, amorosas, patrióticas, morales, históricas, familiares y aun alguna satírica,—bien que este no sea el género de más agrado de Patrocinio,—se encuentran en él, y en todas ellas domina el sentimiento, la naturalidad y el buen decir que tanto la distinguen, y que es una de sus más relevantes cualidades.

No vamos á examinarlas una por una, porque sería un trabajo difícil y nada corto, prefiriendo hacerlo de aquellas de más valor, y que más dan á conocer á la joven poetisa. La dificultad de la elección nos hace que sigamos el método de analizar una ó más de cada género, lo que tiene la ventaja de abreviar la tarea y hacer que se vea á la autora en sus distintas manifestaciones.

La muerte de mi hijo, que es la con que comienza el libro, es un tesoro de ternura y sentimiento; vése en ella á la madre que vela el sueño de su hijo enfermo, alarmarse al menor síntoma, seguir el curso de éstos, apagando los latidos del corazón, que quieren romper su cárcel, presa de la más viva emoción, elevar á Dios su plegaria en la que ofrece su vida por la del hijo amado, y postrarse, por fin, resignada, al verle muerto, para alabar á Dios y bendecirle, acatando su santa voluntad. Brillan en esta composición el sentimiento maternal más refinado, la abnegación más sublime y la conformidad más santa, tan bien expresadas como sentidas, con tal colorido de verdad, que se estremece el lector al comprender el dolor y el sacrificio de la madre, expresado en estos versos:

¡Dios mío! ¡Mi hijo! ¡Mi bien! ¡Mi delirio!
Miradme doliente de pena morir.
Haced que yo sufra terrible martirio
Y haced, ¡Dios piadoso! que él pueda vivir.

no menos que cuando pinta su situación después de muerto su hijo en estos otros:

Mi sangre su curso detiene, y se hiela,
Mi pecho se rompe de tanto sufrir,
Con nubes opacas mi vista se vela.
¡Oh, gracias, Dios mío, me siento morir!

y los en que expresa su resignación:

¡Tu mano, Dios mío, le puso á mi lado,
Cual fiel mensajero de paz celestial!
¡Tu mano potente me le ha arrebatado!
¡Dichoso él, que goza de gloria inmortal!

si bien el *potente* del tercer verso estaría mejor, en nuestro humilde entender, en lugar del *Dios mío* del primero y viceversa, porque de este modo se daría más fuerza y exactitud á la expresión.

Modelo de composiciones amorosas es la titulada *Lo que es amor,* en la que se describe este sentimiento tan bello y poéticamente, tan alejado de la tierra, que cree el lector estar

poseído de él al ver la enumeración de las causas y efectos que le hacen sensible á la inteligencia, se cree enamorado, y es sin duda el entusiasmo que despierta la harmoniosa amplificación que de él hace la autora.

Dice en primer lugar:

Es el amor la luz encantadora
Que disipa las sombras en el alma,
De un nuevo día la brillante aurora,
Y la esperanza de celeste calma.

y después de pintarlo como mágico ensueño, eco harmonioso, flor aromática, centella radiante, le presenta llenando el alma del que le abriga desconocido, fugaz é incomprensible, y exclama:

Así le sueño yo; grande, sublime,
Cual la jigante aspiración del alma,
Que se agita en la cárcel que le oprime,
Y lucha en vano por hallar la calma.

A la Purísima Concepción se titula una poesía religiosa en octavas reales llena de unción y ternura, de pasión y de dulcísimo encanto, en la que parece entreverse á través de las nubes de incienso, los sonoros acordes del himno sagrado. En ella la madre se querella dulcemente y sin enojos, á la Virgen sin man-

cilla y halla gratísimo consuelo al encomendarla sus hijos, que cree firmemente están al lado de aquella amantísima madre bajo cuyo manto se alberga la inocencia, sin temor á los tiros del infortunio.

Religiosas son también las composiciones *A Dios, A María Inmaculada, La Religión, á la Virgen del Cármen, La Oración, Himno á la Virgen, Ecce-Homo, Soledad de María* y *A la Virgen de la Capilla,* y en todas se echa de ver el espíritu cristiano que anima á la autora, la firmeza de sus creencias y el elevado concepto que le merece todo cuanto se relaciona con nuestra santa religión, sus tradiciones, sus misterios, sus dogmas y doctrinas, lo que contribuye á que su pensamiento se eleve y su voz exprese ideas que llevan la convicción al entendimiento y la insinuación á la voluntad.

Nosotros hablamos de lo que sentimos; tal vez haya almas frías ó escépticas para quienes lo apuntado sea vana palabrería, pero nos lisonjeamos de haber llegado á vislumbrar en sus concepciones, el corazón y el alma entera de la poetisa.

Entre sus composiciones familiares, más ó menos íntimas, merecen citarse la titulada *A una joven bellísima y discreta,* comparación que entre una niña y ella, representadas por dos flores, fresca la una, marchita la otra, hace

en unos preciosos versos endecasílabos y exasílabos agudos alternados. *Un recuerdo de amistad,* dedicado á don Dionisio Echagüe; las dedicadas á varios de sus parientes y allegados, debiendo hacer mención especial, por su profundidad, elevación de pensamientos y exactitud en las reflexiones, junto con una forma suave y vaporosa, de la delicada *A la memoria de mi amiga la Excma. señora Marquesa del Castillo,* escrita en trasparentes y delicados cuartetos endecasílabos, metro que, como todos, domina admirablemente la inspirada cantora del Mediodía.

Del género filosófico son las tituladas *Desencanto, Meditación* y *La muerte,* con otras varias, impregnadas todas del aroma religioso que domina en todas las obras de esta mujer notable, distinguiéndose entre ellas *La mar y la villa,* llena de brillantes y poéticas comparaciones, de las que apuntaremos para muestra las siguientes que nos ocurren, y que no son las mejores:

Como las olas que la mar renueva
si mueren al nacer,
las ilusioses que un pesar se lleva
vuelven con un placer.
Guarda la mar las perlas de su seno
que tan preciosas son,
cual su recuerdo de ventura lleno

conserva el corazón.
La mar se agita en rudas convulsiones
del viento al rebramar,
el corazón también si sus pasiones
no sabe dominar.
La mar sube hacia el astro que refleja
de su atracción en pos;
el alma—do la fe su rayo deja—
se eleva hasta su Dios.
Es, pues, la mar que yace adormecida
cual lago de cristal,
la imagen inconstante de la vida
voluble y desigual.

Juzguen nuestros lectores por este fragmento y digan si puede darse más verdad en el fondo, más sencillez y naturalidad en las comparaciones y más propiedad y brillantez en las imágenes. Patrocinio es, sin duda, una poetisa notable, cuando tan bien sabe hallar y espresar las relaciones entre las escenas de la naturaleza y los actos de la vida humana y retratar tan sencillamente esta sin recurrir á imágenes sombrías y complicadas, que, más que el convencimiento, llevan la confusión á la mente y la antipatía al corazón. Patrocinio sabe hacerse comprender y admirar, para ser amada luego por la admiración que inspira.

Composiciones histórico-patrióticas son *En*

la victoria del Callao, En la muerte de Mendez Núñez y *El triunfo del Ave-María;* en todas ellas se descubre el más acendrado patriotismo unido al legítimo orgullo por las glorias patrias y el respeto á las tradiciones nacionales, á las que la poetisa ha consagrado un culto del que son expresión sus sentidas é inspiradas poesías.

Del género fantástico-moral sólo podemos citar *Fantasías, Desvaríos, Deseos, Soñar,* etc.; en ellas la poetisa se deja llevar de su ardiente imaginación á mundos imaginarios, donde busca la felicidad ó la realización de sus ensueños, pero sin separarse jamás de la senda de la moral cristiana, que es su norte en todas partes y ocasiones, brillando entonces con toda su fuerza su musa armoniosa, que llena el corazón de encanto con su armonía y al alma de una vaguedad infinita y embriagadora ansiedad, privilegio de las almas que sienten y comprenden los sentimientos tan perfecta y delicadamente espresados.

Una sola composición se encuentra en la *Guirnalda* del género satírico, y ella sola basta á probar que no hay nada difícil para la autora, y que tan bien maneja la sátira como el idilio, la epopeya como la égloga. *A un pollo muy romántico* es una composición ligera y festiva en romance endecasílabo, en la que graciosa y cortesmente se burla de un joven

que, sin duda, la requirió de amores, empleando para ello los términos tremebundos y horripilantes de los buenos tiempos del romanticismo, que ella le devuelve ingeniosamente parodiados y comentados, dejando al trovador enamorado, como vulgarmente se dice, «con tres palmos de narices.»

Muestra también la joven poetisa que no le arredra la traba de los consonantes, presentando un soneto con pies forzado de los más estravagantes y abigarrados, que le sirven sin embargo, para dar unas redondas calabazas á algún otro por el estilo del anterior, que también habría solicitado el amor de la interesante viuda, de la que solo obtiene este soneto de que puede darse por satisfecho.

Contiene también este precioso libro una composición escrita en el álbum de una niña sencilla y candorosa como la á que va dirigida; una oda *al genio,* que no desdeñarían hacer suya poetas de nota; la que dedica á su madre doña Isabel de La Moreda de Biedma, modelo de ternura y amor filial, de juicioso y respetuoso homenaje á la autora de sus días, y la dirigida á la memoria de sus hijos, en la que se ven los esfuerzos de la madre para acallar su dolor y hallar en la poesía un lenitivo á sus crueles pesares; la que está dedicada á su sobrinita Aurora, de cuatro años de edad, en la que procura hacerse entender

de tan tierna criatura, y lo consigue sin duda, tal es la sencillez y claridad de los conceptos, la suavidad y dulzura de las expresiones y la belleza y mágica harmonía que perfuman esta tierna y sencilla composición.

Impresionable como mujer y como poetisa, era imposible que Patrocinio no consagrase algunos destellos de su inspiración á cantar los actos de la naturaleza con sus admirables contrastes y sus lamentos casi siempre en lucha con sus horrores y sus bellezas, y en efecto, pueden leerse sus magníficas composiciones *Al lado de un arroyo, Al mar, A orillas del mar, Un recuerdo en el mar, A una azucena, La flor marchita, La primavera, El verano, El otoño* y *El invierno,* en *El Océano,* en las que cual hábil pintor traslada al cuadro las bellezas que siente y admira, las adorna y engalana, presentándolas á la vista con tal lujo de detalles y maravillosa naturalidad, que parecen arrancadas del seno mismo de la naturaleza, cuya copia exacta son.

No concluiríamos si nos propusiéramos hacer ver las bellezas que el libro encierra; pero prontos á enmudecer en nuestros elogios sinceros y ajenos de doblez, no podemos resistir á la idea de trascribir algunos fragmentos de una bellísima y encantadora poesía que la joven madre dedica á su hijo y en la que no sabemos qué admirar más, si la pro-

fundidad y verdad de los pensamientos ó la candorosa expresión de los mismos, si el fondo moral y eminentemente religioso de la composición ó su forma apaciblemente poética y bella. Es una dolora, tal como nosotros la entendemos, exenta de amargura y llena de esa ternura maternal indefinible é inesplicable de que rebosa el corazón de la poetisa. Habla á su hijo y le dice que van á rezar; á la pregunta candorosa del niño, ¿por qué rezamos? contesta ella:

Porque la oración, bien mío,
es el celestial rocío
que refresca el corazón;
es del alma casta esencia
que al trono de Dios se eleva,
pues un ángel se la lleva
á la celeste región.

Objeta el niño que no ve el ángel y la madre ingenuamente le responde:

Tampoco ves el ambiente
que viene en tu blanca frente
tus cabellos á rizar;
ni ves el aroma dulce
que en sus hojas de colores
guardan esas bellas flores
que gozas en aspirar.

Y, sin embargo, tú sientes
esa esencia y ese viento
que si cesa en el momento
algo suyo deja en pos.

Y sigue el niño preguntando: ¿dónde está Dios? Y su madre, señalándole el azul del firmamento, le contesta: en el cielo; desde donde todo lo domina y conserva, desde donde vela por los niños buenos.

A esto el niño enternecido dice que quiere besar á ese Dios que su madre le enseña á amar, y esta enagenada de placer, le dice con amoroso arrebato:

Pues reza con embeleso
y hasta él tu inocente beso
de la oración irá en pos;
ó besa, niño, mis labios
cuando á Dios besar te cuadre
porque el alma de una madre
puede ser altar de Dios.

No puede darse nada más sentimental y sencillamente poético. Patrocinio, que huye de los medios estrafalarios de hacer efecto, logra conmover el corazón con la espresión sencilla de un afecto dulce, sin paráfrasis ni rodeos, diciendo lisa y llanamente la verdad tierna y consoladora, verdad ajena de meta-

físicas é imágenes notoriamente falsas, aunque deslumbradoras.

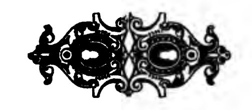
Réstanos para concluir, dar á conocer el juicio general que el libro *Guirnalda de pensamientos* nos ha merecido, y si no es bastante lo que dejamos dicho y el lector desea ver sintetizadas nuestras apreciaciones aquí y allá diseminadas, añadiremos que la *Guirnalda de pensamientos* es un libro eminentemente moral y religioso al alcance de las más tiernas inteligencias, lleno de las más sublimes verdades confirmadas por la religión y la ciencia, impregnado de sabor poético y sentimental, que abunda en pensamientos nobles y elevados, en máximas y sentencias filosóficas de gran precio, escrito en una forma elegante, estilo encantador y lenguaje tan correcto y puro, que puede servir de enseñanza y de distracción, libro util y provechoso por las lecciones que encierra y los ejemplos que presenta; libro, en fin, que deben leer cuantos conserven afición á las obras poéticas y que colocará á su autora en un lugar distinguido del Parnaso español.

Bien hubiéramos querido apuntar algunos defectos de este libro, harto escasos por cierto, pero después de lo dicho no nos parece oportuno hacerle desmerecer lo más mínimo del alto lugar á que le hemos elevado.

Unicamente haremos observar á la inspi-

rada poetisa que debe corregirse de su propensión á sacrificar el fondo á la forma, dejando muchas veces de decir lo que quiere por lucir un consonante ó ajustar bien una medida. Un poco detenimiento y reflexión le servirán para evitar este defecto, que, por otra parte, no es muy frecuente en ella ni de gran monta siempre.

Por lo demás, puede estar segura de que su nombre será de hoy más reconocido, como el de una de las más inspiradas poetisas, y que los amantes de las buenas letras, cuyo intérprete creo ser en este momento, han recibido grato solaz y placentera sorpresa con su libro, y la saludan conmigo dándola la más cordial y merecida enhorabuena.



INSOLACION

POR

EMILIA PARDO BAZAN

Pocas veces he tomado la pluma para ocuparme de una obra de ingenio ó imaginación con tanto placer como en el momento actual en que, recientes aun las impresiones y los pensamientos que en mí ha dejado la lectura, no interrumpida, de la última obra de doña Emilia Pardo Bazán, *Insolación,* siento necesidad imperiosa, deseo febril, irresistible impulso de trasladar al papel cuanto he pensado y sentido repasando las páginas de este libro, hermoso parto del talento y del arte de una personalidad literaria tan discutida y tan puesta en opiniones como la ilustre novelista gallega, pensadora insigne y literata concienzuda y entendida, no menos que estilista original y escritora pulida, amena y pintoresca.

Con tanto más gusto me dejó arrastrar de

este mi vehementísimo impulso, cuanto que Emilia Pardo Bazán ha sido durante algún tiempo como la revelación de un genio en el que no creían ni la mayor parte del público que oía su nombre ó lo veía al pie de trabajos un tanto serios, ni muchos literatos, escritores y publicistas, que juzgaban cosa baladí detenerse á analizar las producciones de una mujer, siquier esta hubiera hecho su aparición de manera tan resonante y deslumbradora. Sí; Emilia Pardo Bazán ha estado, para mucha parte del publico que oía ó leía su nombre, siendo una sombra de su genio en el cual no se creía. Yo no soy dudoso en la admiración por el talento de las escritoras y poetisas: menos dudoso y menos parcial puedo ser hablando de la Pardo Bazán, á la cual, si la conozco como pocos, como pocos soy por ella desconocido; sólo en un asunto de deferencia me he relacionado con ella, y estoy seguro que á estas fechas no se la ocurre pensar lo poco que soy y valgo como escritor, ni la dosis de entusiasmo que como publicista domina mi alma y más bien imaginará que soy algún mercader de libros ó algún industrial editor de baja ralea. No merece, pues, ser, puesto en duda, nada de cuanto diga.

Esta resistencia del público á formar en la falange de admiradores entusiastas del méri-

to de la señora Pardo Bazán, y á creer y afirmar la importancia de sus obras, tenía su fundamento, que, como débil y asentada en una preocupación, tenia que caer, al embate de la convicción que la realidad se ha encargado de ir formando en el ánimo de todos. Al aparecer en el extenso campo de la literatura patria la señora Pardo Bazán estaba aún fresco, vivo, el recuerdo de un período en que había aparecido un número sin cuento de mujeres que inundaban de vil prosa y de más viles versos periódicos y libros y el público cansado llevaba su injusticia hasta desconocer lo bueno que entre tanto malo se publicaba. Un mito parecía aquello de que había habido una Avellaneda que por el nervio de su inspiración había sentado plaza entre los poetas y una Concepción Arenal que se medía con sociólogos de nota y una Rosario Acuña que con potente estro se había echado á perder, como escritora, con las garrulerías de los sectarios del libre-pensamiento, y así era difícil que prestase atención el público á los trabajos de una escritora, y menos aún á los elogios de los que la habían leído.

Yo fuí uno de los pocos predestinados á comprender y saborear el genio y los primeros trabajos de la Pardo Bazán.

De algo había de valerme la diligencia y la actividad, que han sido mis únicos méri-

tos, en investigar, adquirir y leer cuanto de bueno y de malo se publicaba. Había estado—como dice el refrán—á las duras, natural y justo era que estuviese á las maduras.

No digo esto en son de vanagloria jactanciosa, sino porque es muy general y común en España el que aún los hombres más eminentes en literatura desconozcan á los escritores nuevos y no tengan noticia alguna de sus obras si no se hallan consagrados por el público; y literato eminentísimo, conozco, que hasta hace poco tiempo no había leído obras tan aplaudidas y celebradas como *Pepita Jiménes, Gloria y Sotileza,* habiéndolas leído después que la prensa de Europa y América ha hecho célebres los nombres de sus autores.

Bien merecía la señora Pardo Bazán haber sido una excepción en este imperdonable olvido, pues, desde el primer momento reveló la superioridad de su talento en toda su completa madurez. Pudo, en vista de esto, creerse que, sabiendo mucho y pensando hondo, se consagraría á un género de literatura en harmonía con su ingenio y conforme á su conocimiento de las cosas y de las materias, á su dominio de los elementos literarios, llegando, por virtud de los mismos, á ser modelo del perfecto escritor, como hemos tenido pocos en España, pero, ninguno, en mi

sentir, llegó á sospechar que fuese la novela el género escogido para desarrollar en él todas sus valentías de pensamiento y de estilo, valentías que ningún otro novelista ha superado en nuestra patria.—Porque es verdaderamente increíble el ver á una dama española, con todas las delicadezas de su sexo, con todas las altiveces de su distinción, con todas las severas escrupulosidades de su puesto (dignamente ocupado) arremeter, en sus novelas, con los asuntos más arduos y escabrosos, en que el más hábil tropieza y el más perito se extravía. Y más increíble es todavía el que, siendo como es una mujer, haya buscado para desarrollar sus concepciones un medio ambiente que debía serle extraño, á pesar de lo cual ha pintado con una verdad y un colorido que asombran, cosas y objetos de que, sólo por haber oído ó leído parece que debía tener conocimiento. En este punto no es *Un viaje de novios*, ni *El Cisne de Vilamorta*, ni *Los Pazos de Ulloa* lo que yo admiro, sino *La Tribuna*, obra que casi está, á mi juicio, fuera del alcance de los críticos que, á duras penas, pueden comprender este terreno en que se entremezcla el desarrollo psicológico con el social. Lo digo con sinceridad; para quien no haya vivido la vida que en *La Tribuna* se pinta, parece aquella acción desarrollada una especie de cuentos de caballe-

ría, en la que el que más se atreve es á creer en la veracidad del autor, pasando por ella como aquel á quien nada le va, ni le viene. *La Tribuna* es una fotografía exacta; si fuera posible estereotipar todos los momentos externos é internos de la vida de aquella protagonista no resultarían ni más exactos ni más completos que como los presenta la señora Pardo Bazán. En *La Tribuna* adiviné ya las extraordinarias facultades de la Pardo, como novelista. Tan extraordinarias que á mi juicio no las supera ninguno, aunque me atreva á decir que Pérez Galdós está más hecho, más formado y en el pináculo de su gloria, que no en balde se tienen más años, se vive menos la vida de la sociedad y se han escrito cuarenta ó más volúmenes. Pero sostengo que ninguno se halla tan dueño de sus facultades ni alcanzan éstas el extraordinario nervio de la Pardo Bazán. Esto se comprueba más que con nada, con la historia amorosa titulada *Insolación*.

Insolación es un precioso estudio psicológico, en el que campean un realismo encantador no desprovisto de las galas de la fantasía, aunque sí de las acritudes y desnudeces á que nos tienen acostumbrados los escritores de este género. Un realismo agradable, sin hipocresías é inconveniencias; sin velos transparentes que enseñan más que ocultan y sin

alardes de un cinismo que aleja toda noción de delicadeza.

La autora penetra en el interior del alma de los dos principales càsi únicos, personajes de su novela y hasta en su organismo físico, moviendo los resortes que ponen en juego sus ideas, sus sentimientos y sus acciones.

Dadas las condiciones de Asís; el medio en que vive, sus relaciones, creencias y convicciones, su carácter es real y humano; se puede ser así; ha habido, hay y habrá mujeres que se la parezcan, ó con las que ella tenga semejanza. No es una mujer liviana aunque si sensible é impresionable en grado sumo. Discurren con excelente criterio y obra prescindiendo de la reflexión. Con su genio y en las mismas circunstancias todos ó casi todos harian lo que ella. Sin su bondad ingénita, sin su virtud que, á pesar de todo, permanece, la mayor parte caerían sin lucha, tal vez para no levantarse. Asís no es mala ni débil, y no obstante cede á una pasión que entra repentinamente en su alma y crece y se desarrolla con vigor inusitado, aunque dejando libre su imperio á la razón y á la conciencia. Como los españoles, especialmente los de las regiones meridionales, están *soleados* y por el influjo de éste sol se lanzan á locuras y estravagancias de que luego, siquier tarde, se arrepienten, ó á empresas hazañosas que los

colocan al nivel de los héroes, asi la heroína de la novela es víctima de una insolación del alma, que influye sobre ella como el sol de la pradera de San Isidro sobre su cerebro caldeado. Por eso es simpática, y porque la autora ha sabido justificarla y justificar á su amante, que ha de ser su esposo ante Dios y ante el mundo.

El carácter de Pacheco es alegre, decididor, ocurrente, atrevido, sin ser grosero, con ese atrevimiento que tanto gusta á las mujeres; sentimental, honrado, campechano, aventurero; y joven, guapo, buen mozo y andaluz; con la imaginación propia de los hijos de la tierra de María Santísima, y con el lenguaje pintoresco y ponderativo que los distingue. Es un dechado de perfecciones varoniles que pocas veces se encuentra. Pero, aun dado que exista ó haya existido no es tan verosímil que se enamore tan súbitamente, que adquiera aquella familiaridad con Asís, que se tome con ella aquellas libertades, si inocentes, poco corectas, y lo es menos que ésta se apasione de Pacheco tan de repente hasta el punto de permitirle aquellos atrevimientos, de tolerar su presencia á todas horas en su casa, de irse con él de *bureo* á las fondas y tabernas más ínfimas alternando con gitanas y mendigos y dando que hablar á los representantes de las últimas capas sociales.

Todo esto es poco verosímil pero está narrado y descrito con tanta sencillez y naturalidad, con tal suma de detalles, con tanta gracia y con tan expansivo desenfado que el lector se siente cautivado y cree que bien merecen perdonarse deslices tan sabrosos y de tan exquisito gusto.

En seres vulgares hubiera parecido capricho lo que en Asís y Pacheco es una verdadera pasión, pero pasión sin congojas ni sobresaltos, á la que sólo exacerban ligeras é infundadas inquietudes y pueriles naturales impaciencias. Hay algo de anormal, de extravagante en esos amores, que de tal modo empiezan, que por tan extraños resortes se sostienen y que en forma tan peregrina y original concluyen. Que el amor existe, no hay duda, sobre todo en ella; amor del alma y de los sentidos, sentimiento y calentura. En él sería más discutible pero debe admitirse. Es, por lo menos, leal y honrado. Y él y ella dos tipos deliciosos. Esto á pesar del—*¡Quédate!*—de Asís que da la clave de la pasión que ardía en su pecho y que es de lo más atrevido que en este género conozco. Aunque estos y otros atrevimientos de la autora están justificados plenamente en estas líneas del final del epílogo:

«Si la cosa no hubiere pasado de aquí, creo sinceramente, lector amigo, que no me-

recía la pcna, no ya de narrarla sino hasta de mencionarla en estos libros de memorias y exámenes de conciencia de la humanidad, que se llaman novelas. Porque aún siendo el caso tan desatinado y enorme; aún constituyendo una atrevida infracción de todo lo que no debe ni puede infringirse, bien cabe suponer que en las fiebres pasionales tiene algo de necesario y fatídico, cual en las otras fiebres, la calentura. Pero lo que me parece verdaderamente digno de tomarse en cuenta, como dato singular y curioso; lo que quizás convendría analizar sutilmente,—si no es preferible dejarlo sugerido á la imaginación del lector para que lo deduzca y reconstruya á su modo,—es la causa, la génesis y el rápido desarrollo de aquella *idea* inesperadísima, que desenlazó precipitada y honrosamente la historia empezada por tan liviano y censurable modo en la romería del Santo.....»

. . . .

Tenemos, pues, una novela originalísima, cuyo fondo, si parece un poco libre, es realmente moral; que repugnará á las almas pacatas y meticulosas, pero, que deleitará á los que gustan de la realidad de las cosas; bien pensado el asunto y revelando la ejecución un profundo estudio de las personas y lugares que trata, pinta y describe. Es, además de notoria ejemplaridad, ya que estoy per-

suadido de que muchas veces un resbalón en sitio seguro evita una caída de probable peligro y de dudosa salvación.

Tiene *Insolación* proporciones acomodadas á la acción que se desarrolla; esta se deriva de los mismos hechos y ni se precipita ni languidece. Manera de principiar originalísima que es, si vale la comparación, lo mismo que se dice de Arquímides que probaba el movimiento andando. Los caractéres están bien dibujados y tienen mucho relieve; los lugares se hallan perfectamente descritos y las escenas muy bien urdidas y enlazadas. Hay descripciones maravillosas que equivalen á la vista de los mismos sitios y sucesos, como la de la Pradera de San Isidro, los dias de la fiesta del Santo, de una verdad y colorido admirables, y la de las ventas del Espíritu Santo respirando vida y sabor local. Es notable, también, la pintura de las costumbres españolas algo recargada, pero, verdadera en casi todas sus partes y principalmente la de las aristocráticas de las que donosamente se burla. Y nadie extraña esto en una mujer que ha podido ver lo que pinta y describe pero ¿dónde ni cómo ha oído ese lenguaje característico de la gente del pueblo, de los gitanos, sus salidas y retruécanos, sus desplantes y chinchorrerías? Sea como Dios quiera, lo cierto es que es

tan agradable que sentiríamos que fuera de otro modo.

El estilo es algo cortado, sencillo, natural: se eleva pocas veces y menos se expansiona en floreos y ajedrezeados. Hasta sus comparaciones, metáforas é imágenes son tomadas del natural, con lo cual, si pierde el discurso en belleza, ahorra fatiga al lector que se impone con más facilidad en lo que le interesa. Una gran dosis de observación avalora todo esto y no le falta su granito de mostaza en ciertos alardes de humorismo desenfado.

Para concluir, hay ciertos momentos en que el lector se enfada con la autora y esto es sólo debido..... no se si me atreva á decirlo.... á propósito deliberado de la señora Pardo Bazán. Si no es así, que me lo perdone tan distinguida señora, pero resulta obscuro y la claridad sólo alumbra cuando la historia amorosa termina. Y vamos á lo que motiva estas reflexiones. Cuando Pacheco lleva á su amada á la casita, orillas del Manzanares, y tienen lugar aquellas tiernas escenas del abaniqueo, de la tacita de thé.... piensa el lector que allí concluye la virtud de *Asis* y que también debiera acabar la novela, no sin protestar de la *infamia* que comete un caballero como Pacheco. Se leen con prevención y antipatía las páginas que siguen hasta que se convence el lector de que la honra de *Asis*

salió ilesa de tan peligroso lugar; pero la autora, amiga de tener pendiente de su voluntad á los lectores, nos amenaza con otro peligro más bochornoso para *Asis,* la morienda en las ventas del Espíritu Santo, en las cuales las cigarreras que por allá pululan celebran la caída, al parecer inevitable, de una *pindonga señorona,* hasta que «tras un corto debate al pie de la portezuela el simón arrancó sobre la polvorosa carretera conduciendo á *Asis;* y Pacheco, pendiente del simón mientras este no traspuso los hornos de ladrillo, echó á andar á pie y cabizbajo.»



PRÓLOGOS

FLORES Y PERLAS

POESÍAS MORALES

DE

CONSTANTINO LLOMBART

Y

JOSE F. SANMARTIN Y AGUIRRE

Invitado galantemente por los autores de este libro para dar mi parecer acerca de su mérito importancia y significación, así como sobre los caracteres del género que aquellos con tanto éxito cultivan, no puedo por menos de deferir á sus instancias, ya que á ello me obligan, la afición que siempre he sentido hacia los estudios de esta clase y la amistad que me une á los señores Llombart y Sanmartín.

No ha de servir esto, naturalmente, para obscurecer ó extraviar mi juicio, pues siem-

pre he rendido culto á la verdad y á la justicia, aunque con bondad, y ni el afecto ni menos el odio de que por otra parte soy incapaz, podrán ahora ni nunca hacerme faltar á la más principal de las virtudes que deben adornar á un crítico, la imparcialidad, no divorciada con la benevolencia ni con la serenidad. No pecaré por ninguno de esos extremos, y si no acierto, deberá culparse á mi insuficiencia, pero no á mi voluntad.

Tengo entendido, siguiendo á los muy respetables en las letras, que la tendencia actual del progreso literario, por lo que hace á nuestra España, es la síntexis, ó sea, encerrar gran número de ideas y bellezas en poco espacio relativamente, con ventaja para el escritor y para el que de sus obras se hace cargo.

De ahí la importancia de los estudios crítico-bibliográficos, pues la crítica tiene principalmente por oficio desentrañar el pensamiento del literato ó del poeta y señalar sus aciertos y sus errores para estimularle ó corregirle, facilitando además á los que leen, el trabajo de apreciación á que forzosamente tienen que consagrarse. Por eso es conveniente la utilidad y conveniencia en los prólogos, en los cuales el prologuista hace la presentación del autor ó autores y anuncia lo que la obra es, disertando acerca de su índole, ten-

dencias, forma, fondo y condiciones generales de la misma, esto es, ocupándose en el conjunto y en los detalles.

No ha sido poco el atrevimiento de los autores de *Flores y Perlas* al escribir y dar á la estampa en España un libro de fábulas, sabiendo, como deben saber, que aquí la labor literaria es poco apreciada y el poeta no recoge, casi nunca, como fruto de su inspiración y sus desvelos, más que algunos aplausos, no siempre sinceros y espontáneos, y la fama que se encarga de llevar á los cuatro vientos su nombre, pero que no alimenta ni da una posición social, sino muy contadas veces. El venerable y competente Hartzenbusch, una gloria nacional, no logró cubrir los gastos de la edición de sus fábulas, reconocidas por todos como de las mejores; y ante este ejemplo, cualquiera hubiese vacilado antes de lanzarse á una empresa económicamente desastrosa. Los señores Sanmartín y Llombart no lo han hecho, y por ello, por su atrevimiento son acreedores á toda loa y aplauso, y dignos del mejor y más venturoso éxito.

No es pasado, como algunos opinan, el tiempo de las fábulas. Este género de literatura primitiva, tiene aún en nuestra patria, sus aficionados y cultivadores, habiendo llegado á invadir la política y hasta el teatro,

después de haber sido consagrado á la moral, á la religión y á la literatura con diferentes formas y denominaciones. No creo, sin embargo, que la fábula poética sea el medio más á propósito para exponer ideas morales y sí que, únicamente sirve para instruir y educar las inteligencias tiernas de los niños, á que, por otra parte, es visible la tendencia de dar á estos una instrucción más adelantada y positiva.

El origen de la fábula se encontrará pensando naturalmente, sin necesidad de grandes disquisiciones histórico-literarias.

La forma más natural de emitir el hombre su pensamiento en la primera edad de las sociedades humanas, tenía que ser la directa, la inmediata, porque parece que la sencilla naturaleza es opuesta al refinamiento que indica la ingeniosa, encubierta ó rebúscada manifestación de una idea cualquiera, y, no siendo inmediata ni directa la lección en la fábula, y rebuscada y más contingente que necesaria la deducción de las consecuencias, opino que el origen de la fábula no es tan antiguo como algunos piensan y aseguran, y que ceden en antigüedad á otros géneros de poesías, especialmente el lírico, conocido desde las edades más remotas y en casi todos los pueblos.

Es la fábula, en sí, de una recreación ino-

cente y sencilla, y, aunque no carece de objeto en el campo de la enseñanza, este es muy limitado y afecta casi exclusivamente al orden moral, por lo que no es aventurado creer que no acertaron los que atribuyeron á los fabulistas antiguos, principalmente á los griegos y romanos, la intención de reprender y zaherir á los tiranos del poder, poniendo de manifiesto con sus fábulas, los vicios y excesos de aquellos para lo que no tenían libertad ni otros medios que este. Y tampoco pue de atribuirse el orígen de la fábula á la creencia en la metempsicosis, ó sea en la transmigración de las almas y la encarnación de espíritus inferiores en cuerpos superiores ó al contrario, dotando á los animales más comunes y cuyas cualidades, instintos ó virtudes eran conocidas, de aptitudes, pensamiento, raciocinio y palabra, propios sólo del hombre, extendiendo esta figuración hasta á los seres no vivientes, á las cosas inanimadas y á las prendas y dotes intelectuales y morales, haciendo hablar, obrar y argumentar á los brutos, á las fieras, á los animales salvajes y domésticos, á las plantas y á las virtudes y vicios humanos. No fue, no, este el origen de la fábula, y más bien puede pensarse que lo tiene en el placer que experimentaban algunos ingenios peregrinos de la antigüedad, en dar lecciones de moral, en forma

más ó menos intencionada y amena, y en el deleite y encanto con que eran recibidas por aquellos á quienes estaban dedicadas y que se aprovechaban de las lecciones de los maestros.

La alegoría, la parábola. el cuento, precedieron, sin duda alguna, á la fábula, y no podía ser de otra manera toda vez que ya no cabe duda de que los tiranos, ya hereditarios, ya erigidos en tales por el voto popular, ó lo que después en nuestros tiempos se ha llamado *golpe de estado,* hacían caso omiso de la forma en que se les dirigían las censuras ó sátiras, encontrando manera de vengarse y castigarlas, sin darse por aludidos ni entendidos, y porque la creencia en la metempsicosis no fué entonces, en los albores de la civilización helénica ni bastante tiempo después, más que una mera coincidencia literaria, como tantas otras que encontramos en la historia de aquel pueblo. En lo que no cabe duda es, en que su origen histórico está en Oriente, aserto que toma visos de exactitud, cuando se recuerda el carácter y manera de ser especial de los asiáticos, tan dados á las imágenes, á los ejemplos y alegorías, según puede verse y observarse en los pueblos arios, hebreos, indios y arábigos.

Difícil es, por no decir imposible, fijar siquiera sea aproximadamente, la época y la si-

tuación política y social de los pueblos cuando floreció la fábula; hombres estudiosos, sabios é ingenios clarísimos han renunciado á determinarlas satisfactoriamente, no sin haber consagrado á esta investigación largos desvelos y constante diligencia, y es porque tales condiciones varían para cada nación, aún para las más afines por su origen y por sus condiciones etnográficas y geográficas.

Por lo que hace á nuestra España, la fábula, como género literario, cultivado y admitido por el común sentir, descontando los loables intentos del celebrado Arcipreste de Hita, que escribió algunos apólogos de escaso valor, y que no pueden pasar como modelos en su clase, la fábula, digo, apareció cuando la inspiración había decaído; cuando la inteligencia no brillaba con el esplendor de mejores épocas; cuando el estado de la nación estaba muy lejos de ser próspero y tranquilo; cuando el teatro español sucumbía á los bruscos ataques y acometidas del teatro francés, al que seguían é imitaban los escritores más conspicuos, con mengua y menosprecio de nuestros clásicos y desprestigio de de las letras españolas.

Aún así y todo, no floreció la fábula en España, y fué necesario que pasase mucho tiempo hasta el reinado de Carlos III, para que don Félix María Samaniego publicase su pri-

mer tomo de *Fábulas Morales*, inspiradas en el contraste que formaban las costumbres bastante disolutas de la Corte y del pueblo, de las personas maduras y constituidas en jerarquía, todos muy aficionados á los cuentos picarescos y subidos de color, de que son ejemplo los del Decamerón de Bocaccio y los de los jóvenes y niños, entretenidos en juegos infantiles, lejos de la corrupción moral é intelectual de las grandes poblaciones.

La vida tranquila y sosegada que Samaniego llevó durante algún tiempo en su pueblo de Laguardia (Alava), y las indicaciones é instancias de su tío el Conde de Peñaflorida, le animaron á escribir sus apólogos, llenos de gracia y de intención, versificados con facilidad y sencillez, y consagrados á los diferentes estados y situaciones de la vida.

Comprende su colección completa ciento cinco fábulas, divididas en cinco libros; los tres primeros están dedicados á personas distintas, á quienes el autor se hallaba obligado ó á las que distinguía con su afección: el primero á los seminaristas de Vergara, para cuyo uso se publicaban; el segundo á su tío el dicho Conde, Director de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País; y el tercero á don Tomás de Iriarte, también fabulista insigne, que hasta entonces se le había mostrado benevolente. El cuarto lo dedicó á sus

versos, y el quinto y último no tiene de dedicatoria. Esto dice el eminente literato don Eustaquio Fernández de Navarrete, cuya muerte deploramos todos los amantes de las letras, en su libro *Obras inéditas ó poco conocidas del insigne fabulista don Félix María de Samaniego.*

Poco tiempo después, un año, de la publicación de las fábulas de Samaniego, don Tomás de Iriarte, uno de los menos malos literatos de aquellos tiempos ominosos para la literatura en España, dió á luz sus *Fábulas literarias,* que algunos han supuesto, no sin cierto fundamento, en los celos y el estímulo que le debió producir el excelente éxito de las de Samaniego, sin lo cual, dicen sus detractores, más ó menos declarados, Iriarte no se hubiera dedicado á este género, que por entonces no tenía boga ni aceptación, hasta que vino Samaniego á darle vida.

¡De tal modo se hallaban divididos por el encono y las rencillas los más ilustres escritores de aquella época calamitosa!

A estos dos fabulistas siguieron, con largos intervalos de tiempo, otros que cultivaron la fábula con vario resultado, y el picaresco don Pablo Xérica, con sus *Fábulas políticas* tan celebradas, hasta los autores de *Flores y Perlas,* que es el libro en que nos vamos á ocupar, bastando lo dicho para que podamos

entrar decididamente en la materia principal de este prólogo.

No ha sido inconveniente que les haya arredrado en su propósito, para los señores Llombart y Sanmartín, el crecido número de escritores—Harzenbusch, Campoamor, Baeza, Príncipe, Fernández, Guerrero, Trueba, Pravia y Mora—que en nuestra patria han consagrado su talento é ingenio á escribir fábulas, algunos, con exito lisonjero, confiados en que lo esmerado de su labor literaria, la cuidadosa selección que de sus composiciones han hecho, gracias á los consejos y advertencias de amigos cariñosos é inteligentes, podían ser garantía del acierto y del triunfo.

Al efecto, han reunido en un tomo de más de ciento cincuenta páginas, cuarenta y siete fábulas de todas clases, caprichosamente diseminadas en el libro, con asunto conocido algunas y con propio la mayor parte, escritas en variedad de metros y combinaciones, y alternando las de Sanmartín con las de Llombart.

Y antes de hablar de la obra paréceme oportuno decir algunas palabras de los autores.

Sanmartín y Llombart son dos jóvenes en la edad de los entusiasmos, de las esperanzas y de las ilusiones, en quienes, por feliz designio de la suerte, se han juntado en amable con-

sorcio la imaginación que crea y descubre y el talento que ejecuta y modela; la inteligencia y el sentimiento; el genio y la inspiración; la fe y la decisión; condiciones á las que sólo falta el estudio y la práctica de la vida, para constituir lo que se llama un poeta.

Sanmartín ha demostrado serlo, y de bastante talla, en sus publicaciones *Baladas y cantares, El cesto de flores, Maremagnum* y *Armonías sagradas,* todas muy leídas y celebradas por la crítica imparcial y severa de Madrid y de provincias.

En las poesías de este autor descuella, como cualidad relevante de su genio, la dulzura y el sentimiento, que se comunica á sus versos, no mostrándose vigoroso y levantado sino en las composiciones religiosas, en las que aparece como poeta de cuerpo entero; opinión esta no mía solamente sí que también de algunos críticos notables que han juzgado las producciones de este poeta valenciano. Tampoco se distingue por la profundidad de los pensamientos ni por la originalidad que caracteriza á Heine, á quien sigue en muchas ocasiones, ni por el frío excepticismo, porque sus poesías tienen apasionado sentimiento y amarga ironía.

Y es poeta á pesar de que nada tiene de la imaginación andaluza ó meridional, ni de la inspiración filosófica de los poetas del Norte,

ni asombra con portentosas creaciones que revelen al genio, careciendo unas veces de forma grandilocuente y otras de fondo concreto y bien definido; sin nada extraordinario ni grandioso que lo distinga y eleve, caracterizándole entre los otros, pero incansable en las impresiones, sintiendo lo que dice y pinta, y siempre variado, siempre diverso, cerniéndose en los sueños más encantadores ó aplanándose al influjo de negra y tenaz melancolía. Nada de lo que digo, sin embargo, puede referirse á sus fábulas, en las que el poeta, viéndose obligado á prescindir del sentimiento, que es lo que más que nada le distingue, aparece, como en *Flores y Perlas,* inferior á sí mismo, menos poeta de lo que es en realidad, y, siendo el apólogo género de escasa importancia, relativamente, por no poder encerrar un pensamiento trascendental, se nota que Sanmartín no se ha cuidado de ser original, y su labor en este libro es la menos buena de las que ha llevado á cabo con aplauso de la opinión y de la crítica. Esto no obstante, sus fábulas, igual que las de su compañero Llombart, se leen y se leerán siempre sin esfuerzo, con gusto, con agrado, por la sencillez y naturalidad del asunto y por la fluidez y armonía de la versificación, que corre suelta en toda clase de metros.

El otro co-autor de *Flores y Perlas,* Cons-

tantino Llombart, es un joven tan estudioso como modesto, que goza ya de merecida reputación entre la pléyade de escritores y poetas nuevos. Fecundo sobre toda ponderación, su firma ha aparecido en importantes publicaciones literarias de España, al pie de composiciones poéticas sentidas, correctas y armoniosas, en las que se nota el prurito de seguir el género filosófico, creado ó puesto en boga por Campoamor, siendo la característica de su idiosincrasia poética, la desigualdad en el tono y en la forma, que, al no saberse la causa á que obedece, haría pensar que sus versos han sido hechos por dos personalidades distintas.

Buena prueba de ello es su libro de doloras *Flores de Adelfas,* que publicará en breve y que he tenido ocasión de hojear, confirmándome en el juicio que acabo de oxponer. Llombart es también un escritor y poeta dramático, siendo sus obras más dignas de atención *Justicia contra justicia,* loa filosófica política, en la que se muestra partidario de la abolición de la pena de muerte, y el drama en tres actos *La esclavitud de los blancos,* contra la institución de las quintas, representado con ruidoso éxito, que, verdaderamente, se debió, más que á su mérito, que no es poco, á lo simpático del asunto y á la popularidad de que su autor, el señor Llombart, goza

entre los adeptos del partido republicano de Valencia.

Lejos de mí el suponer, ni menos afirmar, que las fábulas de estos dos poetas valencianos son superiores á las de los demás fabulistas españoles de nota, pero no dudo en asegurar que donde quiera que se hable de fábulas sencillas, divertidas y graciosas, se citarán las de los señores Sanmartín y Llombart, lo cual es su mayor elogio y panegírico, y me ahorra la tarea de hacer un detenido examen y análisis prolijo que cansaría seguramente á los lectores de este prólogo, al cual doy fin y término en este punto.



CARTA-PRÓLOGO

Á LOS

ECOS DEL CAMPAMENTO

DE

JUAN NEIRA CANCELA

Entusiasta poeta gallego, yo te saludo fraternalmente, porque con amor filial adoras á mi tierra, la nobilísima tierra bascongada.

Yo te saludo con entusiasmo, porque, hijo de esa calumniada Galicia, que despierta con vivísimos resplandores y que será la antorcha luminosa de nuestra poesía, te atreves á defenderla con tu valor y enaltecerla con tus escritos.

La pléyade de ingenios que hablan el lenguaje de los dioses, van con armonioso acento pregonando cuán injusta es la preocupación que tienen contra Galicia los que no la conocen.

De aquella pléyade formas tú parte en distinguido puesto, y si no lo ocupases ya, los *Ecos del Campamento* te lo conquistarían.

Este libro no encierra tus grandes bellezas ni tus grandes defectos, pero tiene el mérito extraordinario de haber sido inspirado y escrito oyendo silbar las balas del enemigo, entre los ayes de los moribundos, entre los alertas de los centinelas y entre las lágrimas de dolor por el compañero que nos abandonaba.

Por esto yo, aunque el menos digno de figurar al frente de tu libro, soy dichoso al escribir su primera página, y quiero demostrártelo, diciéndote lo que pienso de él y de ti.

Ecos del Campamento es una perla engastada en cobre. Es un suspiro que acaba en una lágrima. Es un himno de gloria que interrumpen los gritos de agonía. Es un poema que tiene la dulzura y melodía de un cántico armonioso y la rudeza y el dolor de una imprecación. Es el fuego que enfría. Es la nieve que abrasa. Es una paradoja indefinible, vaga, que asombra, cautiva y extremece.

Tú eres un poeta. La inspiración brota de tu pluma como la lava del hirviente volcán. A veces, como aquélla, envuelves los conceptos en humo y cenizas, pero siempre abrasas.

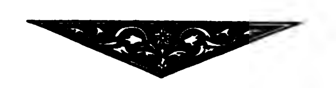
Eres incorrecto, pero sentido; oscuro en

ocasiones, pero en todas armonioso, fácil, robusto, fluído y delicado.

En nombre de la tierra bascongada, yo saludo al hijo de la noble Galicia.

Sea este el principio de un nuevo lazo que debe unir á nuestras amadísimas tierras y á todos sus hijos que deben amarse como queridos hermanos.

Para nosotros, este nuevo vínculo hará más íntima y duradera la simpatía que siempre existirá entre el inspirado poeta gallego y el humilde escritor bascongado.



PRÓLOGO

AL LIBRO

VARIEDADES

DE

GINÉS ALBEROLA

Es la naturaleza fuente universal, sino única, de inpiración; y tan variadas y asombrosas sus manifestaciones, que jamás se agota el caudal de sus recursos.

Cada día se presenta bajo distinta manera y aspecto, que al ser reducidos á una forma plástica, artística ó literaria, nos llevan á la contemplación de sus maravillas ocultas, de sus tesoros ignorados, de sus indefinibles harmonías.

De ella toma el artista y el poeta elementos y recursos; á ella acuden, como á madre cariñosa, que nunca niega sus favores á quien fervorosamente se los demanda, siendo manantial fecundo donde el arte y la poesía beben la inspiración, y arcano de impondera-

bles misterios, cuya revelación produce un encanto superior al de las creaciones más fantásticas de la imaginación y á los trasportes del genio artístico más sublime.

Y el arte con sus prescripciones que la experiencia sanciona; con sus fórmulas, que el progreso ha trasformado; con sus moldes, que los siglos no han destruído, es el que da forma á las concepciones que inspira la naturaleza, el que los da una realidad no distinta de los efectos que representa y el que nos ofrece en dulce consorcio, las manifestaciones de la naturaleza física y de la moral.

El arte no podría existir sin la naturaleza, pero ésta no podría manifestarse sin el arte; que no consta de meras abstracciones.

El artista, como el poeta, se forman con la naturaleza que les da elementos; el arte después los combina y formula, la inspiración los embellece y el genio los sublima. Pero entran también á formar la entidad artística ó poética, otras condiciones como el temperamento, la educación, las creencias de todo género, ias aficiones y el medio en que contínúa ó accidentalmente se vive.

Estas consideraciones, necesarias á nuestro propósito, nos llevan fácilmente á la explicación de lo que pensamos decir del libro, *Variedades,* sobre su autor y sobre el género literario que cultiva.

Ginés Alberola, admira y ama la naturaleza por instinto y por convicción, se recrea en ella, siente sus encantos y percibe distintamente sus harmonías; soñador é impresionable, experimenta la necesidad de comunicar sus impresiones; pinta con la pluma los cuadros animados que le embelesan y canta las melodías que hallan eco en su alma sensible y apasionada.

El arte le presta sus alas para elevarse y extenderse á merced de su fantasía y sin amenguar los vuelos de su imaginación, le facilita la expansión de sus sentimientos, regulando los arranques espontáneos de su mente exaltada.

La viveza y movilidad que son las condiciones de su temperamento, le obligan á marchar sin vacilaciones y á no retroceder ante los obstáculos, aunque los haya previsto; su educación literaria, modera y perfecciona estas tendencias, sus aficiones son siempre á lo bueno, á lo bello y sobre todo, á lo verdadero; á cuya trinidad harmónica rinde culto fervoroso.

La atmósfera en que vive, por circunstancias que no son de mencionar aquí, influye no menos poderosamente que las otras condiciones, en la constitución de su idiosincrasia poética: respirando continuamente el amor á la literatura y al progreso humano, el culto del

arte y de la naturaleza, sus creaciones tenían que acusar los resultados de estas influencias y sus obras ser como un reflejo de su carácter y de sus condiciones. Si como ha dicho un gran naturalista, «el estilo es el hombre», no es de extrañar que nosotros, al dar nuestra opinión sobre el libro de Alberola, digamos: Alberola es su libro.

Y hora es, de que nos ocupemos de éste, aunque no con toda la detención que quisiéramos y se merece. Ocho son los articulos de que consta; todos ellos de índole diversa y diferente forma, comprendiendo variedad de asuntos en los que á lo filosófico se une lo ameno y lo pintoresco.

Las flores.—El culto que en todos tiempos, y en todos los pueblos se ha rendido á estos bellos productos de la naturaleza, desde que satisfechas las necesidades de la materia, pensaron los hombres en acudir á las del espíritu, da motivo á Alberola para hacer una bella apología de las flores, que, según él, son el símbolo de la procreación, de la perpetuidad, de la vida; representan la belleza, el misterio y el amor y expresan el sentimiento de la naturaleza, como la poesía lírica el sentimiento del alma. Los poetas, los enamorados, los niños, las mujeres de todos los países han amado las flores, las han dado la significación, han hecho de ellas símbolos em-

blemas, interviniendo las flores en sus penas y en sus dolores, en sus venturas y en sus pesares, poetizándolas y aplicando sus virtudes á los casos de la vida.

Las aves.—Flores animadas las llama el autor, niños mimados de la naturaleza, seres los más libres de la tierra y favoritos de la creación. Andan, corren, vuelan, el aire y el agua son sus elementos; la perfección de sus sentidos es admirable, el color de su plumaje magnífico y variado, su canto inimitable expresión de sus sentimientos. Bellas y útiles, alegran al hombre y le prestan grandes beneficios, sirviendo para su alimentación.

La toma de la Bastilla.—Admiración y entusiasmo respira el artículo consagrado al hecho más glorioso de la revolución francesa, por ser principio y origen de aquella grandiosa epopeya que tan hondamente influyó en los destinos de la humanidad. Y con la descripción animada y viva del suceso, alternan consideraciones filosóficas atinadas y exactas que prueban las convicciones del autor, su amor á la libertad, que ha bebido en las fuentes más puras y cristalinas.

El aniversario de los muertos.—Recuerdo fúnebre impregnado de espíritu cristiano y sana filosofía de sentimentalismo é ideas elevadas, á que sirven de remate, orla y marco primoroso, oportunas alusiones históricas.

El harem.—Estudio de costumbres orientales, lleno de savia poética y de bello y suave colorido, en que se describen las maravillas del Oriente y la existencia de aquellas razas indolentes y abyectas, dignas de compasión en medio de sus magnificencias.

La libertad.—Ecos de un corazón varonil, que ha consagrado toda su vida, desde sus más tiernos años, al culto de esta deidad, cántico alzado á su glorificación, y resumen histórico de sus vicisitudes en todo el mundo, y en especial de nuestra patria. Profesión de fe é invocación á los principios en que descansa tan inapreciable don.

La guerra de la Independencia.—Amargura, patriotismo, arranques de noble ardimiento, interesantes noticias, animadas descripciones, relato hecho á grandes rasgos de aquella época triste y gloriosa es el así titulado. Hay en él algo de aquella altivez española que llevó á los héroes del 2 de Mayo á oponer sus pechos indefensos á la metralla francesa.

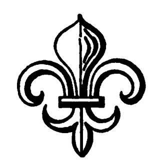
Castelar en el Gobierno.—Tributo de admiración y de cariño del discípulo, del amigo, á aquel de cuya fe participa, en cuyas ideas y sentimientos está impregnado, con cuyos propósitos se identificó ha ya tiempo, con el que marcha decidido y á donde quiera que vaya y al que pertenece su corazón y su pensamiento.

Con estar tan lleno de dulce y sencilla afectuosidad, nada hay en él de exageración, nada que no sea verdad, y aún nos parece parco en tributar las alabanzas de que es digno y que se hallarían justificadas aún siendo mucho mayores.

La música y cantos populares españoles.—Historia de los cantos que en todos los pueblos han tenido el privilegio de enardecer con sus acentos la sangre de los hombres, desde los primitivos tiempos de los cantos nacionales; de los provinciales y de los característicos de cada país; de los gremios, profesiones, sectas y ocupaciones diversas. Distinciones entre unos y otros, cantares populares en que á una música especial se acomoda una letra cuyo asunto varía, pudiendo expresar todos los conceptos y todos los sentimientos. Cantares religiosos, de gozo y de dolor, filosóficos y burlescos; tal es el resumen de este precioso artículo, el más notable por su erudición y género particular, y en el que mejor se descubre el carácter de la forma y estilo de Alberola.

¿Qué podríamos añadir después de lo manifestado, que no fuera frío y pálido ante lo que el libro es y lo que representa? ¿Que Alberola tiene estilo, que es poeta y sabe sentir, que es filósofo y sabe pensar, que se inspira en los ideales de su maestro y amigo el

gran orador de la democracia universal, el sublime Emilio Castelar? ¿Que su forma es conforme al asunto, concisa ó exuberante, sencilla ó atildada, dulce ó grandilocuente pero siempre bella, siempre natural y siempre elegante? ¿Que su lenguaje es correcto, sus frases llenas de harmonía, sus pensamientos nobles y elevados y su dicción florida y fácil, amena y deleitable? Renunciamos á hacerlo; pero si no queréis dejar de saborear tantas bellezas, si amáis la poesía, y la inspiración os seduce, si tenéis nuestras frases por encomios inmerecidos y únicamente inspiradas por el cariño, os diremos: *leed el libro.*



ARTICULOS CURIOSOS

GALDÓS HACE VEINTE AÑOS

Era un muchacho que prometía.

José Luis Albareda, que tenía lo que se llama *buen ojo* para reunir en torno suyo escritores de raza, como lo demostró con *El Contemporáneo,* en donde había tenido con él á Valera, á Bécquer, á Correa y á otros, no tan eximios como éstos, había dado entrada á Benito Pérez Galdós en las páginas de la *Revista de España,* publicándose en ella *El Audaz,* estudio psicológico de un carácter que se diferenciaba por completo de la manera de componer la novela española de aquellos tiempos.

Albareda y León y Castillo, que eran ya por entonces el Damon y el Pilades de la política española, fundaron un periódico, presentado á la moderna, con el título de *El Debate,* y del cual fué director Galdós. La pluma de éste se veía en todos los números.

—¡Qué toque tan vigoroso! ¡Qué penetración tan rápida!—decían los maestros.

Y nosotros, los *pipiolos,* los aprendices de entonces, los émulos y compañeros, decíamos: ¡Qué admirablemente escribe este Galdós! Y el caso es que, como saber, sabe poco; ¡si ni aún ha podido meter en su cabeza el krausismo! Y así era la verdad.



Poco después Galdós era director de la *Revista de España.*

Bramaba la tempestad del carlismo y hacía muy pocos meses que se había proclamado en España la República. Galdós no era de los nuestros, y vivia recogido y madurando sus grandes planes. Aunque yo vivia por aquella sazón en Vitoria, escribía articulos de crítica literaria en la *Revista,* y con este motivo, era frecuente y sumamente cordial la correspondencia que sosteníamos Galdós y yo.

Galdós, no solamente me había ayudado en la publicación de mi *Biblioteca Escogida,* sino que en el primer tomo de la misma había dado á luz un precioso Poem... (1) en prosa, titulado *La pluma en el viento ó el viaje de la vida;* había aceptado el nombramiento de académico de la Academia Cervántica Española

(1) *Así, con esta reticencia, titulaba el eximio autor su precioso trabajo.*

y me confiaba el proyecto de los que luego habían de ser los *Episodios nacionales,* obra que no se ha apreciado todavía en todo su valor y de la que por entonces sólo habia salido á luz, y en aquellos días precisamente, *Trafalgar,* que decía poco á la gente que no estaba en el secreto, y sobre la cual había escrito yo un artículo para la Sección crítica de la *Revista,* que me rechazaba Galdós con estas modestísimas palabras:

«Lo que no puedo admitir es el artículo bibliográfico sobre *(Trafalgar)* cierta persona á quien trato con intimidad, pues aunque usted le *trate* con la severidad que merece, no puede publicarse en el periódico que él mismo dirige. Los artículos críticos siempre dan importancia al que es objeto de ellos, aunque se le trate mal, y en este concepto no puedo admitirlo en la *Revista.* Si quiere usted seguir mi consejo, no se tome la molestia de escribirlo, porque ni lo merece el personaje, ni es ocasión oportuna para ello. (16 Abril 1873).

*
* *

El caso era que, con andar tan cerca uno de otro, Galdós y yo, pues también colaborábamos en la sección literaria de *El Gobierno* y *La Epoca,* era lo cierto que personalmente

no nos conocíamos, al menos yo no lo recordaba.

Pero, aunque peque de inmodesto, debo decir que he tenido muy *buen ojo* para admirar desde muy pronto algunos que luego han sido muy celebrados. Tenía vivísimos deseos de tratar á Benito Pérez Galdós, y en los últimos días de Junio de 1873, cuando Madrid era un volcán político en que nos abrasábamos todos, republicanos y no republicanos, una tarde calurosa, dejando las aficiones políticas á un lado, me dirigí á la calle de Serrano, número 38, y subí al piso 2.°

La sirviente me había dejado en el dintel de la puerta de una sala bastante grande y medio á oscuras. Al no ver á nadie delante de mí yo repetí:—¿El señor Galdós?—y una voz débil, con marcada dejadez tropical, me contestó:—Pase, pase.—Entonces ví, en el fondo del salón tendido en un sofá y recostado muellemente sobre una marquesita un hombre cuyas facciones no pude todavía distinguir, pero que ni aún se incorporó cuando yo, tendiéndole la mano, le saludé. Casi estoy por decir que ni tocó su mano con la mía. De lo que sí se cuidó inmediatamente fué de hacerme sitio en el sofá, de hacer resbalar á mi lado otra butaca para que, como él, muellemente me recostara y de ofrecerme un cigarro.

No dejó de desconcertarme aquella apa-

rente indiferencia formando contraste con el sincero afecto y la cordial amistad que sus cartas revelaban, pero me resigné á sufrirlo con paciencia y no me hubo de pesar después.

Entramos de lleno en nuestras comunes aficiones; se interesó por todos mis proyectos y me enteró de todos los suyos; me hizo hablar de Vitoria y sus alrededores, en donde pensaba poner la acción de uno de sus próximos episodios que salió á luz con el título de *El equipaje del rey José.* En fin, las cosas habían cambiado por completo. Nuestra entrevista, empezada bajo tan malos auspicios, se había convertido en una serie de confidencias, haciéndonos pasar deliciosamente más de tres horas. Y voy á confesar las dudas que me asaltaron. Todo lo que Galdós me había contado parecía asombroso y admirable. ¡Qué capacidad intelectual descubría en él! Mas.... con el largo tiempo que llevábamos de estar en aquella semioscuridad, mis ojos se habían habituado á ella y podía distinguir perfectamente la cara de Galdós y mirándole yo, establecía en mi inteligencia este juicio:

La dejadez no estudiada de su cuerpo, la somnolencia aparente de su espíritu, la cortedad efectiva de su vista; su temperamento linfático declarado, su desconocimiento ingenuo

de la vida ¿no serían obstáculos que impidiesen á Galdós llegar á la novela moderna?

Yo así lo pensé, pero confieso francamente, que Galdós ha deshecho mi temor, convirtiéndose, no en un gran novelista, sino en el mejor novelista que ha tenido España, colocando sobre Galdós, sólo un nombre: ¡el de Cervantes!



OPINION DE UN CRITICO

SOBRE

EL DUELO

Yo, que no veo en *Clarín,* más que el gran escritor, la verdad, creo que ha hecho mal, muy mal en batirse; porque acudiendo ó no á ese terreno que más veces suele ser de los bandidos que de los caballeros, *Clarín* no dejaría de ser un talentazo, tan grande que su labor crítica en unos veinte años no tiene igual en la de ningún otro, aún siéndoles superiores en bondad Valera, Balart y Revilla, y no nos hubiéramos consolado sus admiradores con que, por una desgracia, se hubiese roto una pluma que está en el período de dar los más sabrosos frutos, como no se ha consolado Francia, á pesar del tiempo transcurrido, con la muerte de Armando Carrel á manos de Girardín.

Este duelo, nacido bien tontamente por cuestiones literarias, trae á mi memoria el re-

cuerdo de la opinión que Manuel de la Revilla tenía sobre los desafíos.

Revilla era por aquel entonces, de 1874 á 1877, el terror de los autores. Nadie como él se había atrevido con los más altos ni con más elocuencia, porque Revilla era, ante todo y sobre todo, grandísimo orador; así es que fustigaba sin compasión y adquiría odios sin cuento.

Como Revilla había educado admirablemente su inteligencia abonando por completo el desarrollo físico, era enclenque y enfermizo, y siendo además feo, en algunos ratos de expansión en que yo le echaba en cara que no había visto tal ó cual belleza de una obra, me decía con sarcástico mal humor:—«¿Cómo quieres que yo vea lo bello, teniendo esta cara?»—y decía verdad, porque Revilla era lince para encontrar defectos y ciego para encontrar bellezas.

Con tales condiciones, y estando continuamente molestado por autores heridos, creía yo que Revilla, que nunca llegó á tener lance alguno, sería cobarde y enemigo del duelo, pero fué grande mi sorpresa cuando una tarde le oí lo que voy á contar de su vida.

Había ido yo á buscarle, á eso de las tres, á su casa calle del Pez, 11, tercero derecha, en donde antes de salir á peseo, hablábamos largamente; pero aquel día no me dejó su-

bir hasta su piso, y atravesando calles, desembocamos en la red de San Luis. Bajábamos por la calle de la Montera, cuando acertó á pasar un escritor muy distinguido, cuyo nombre no es oportuno que yo escriba ahora. Amigo, como yo sabía que era de Revilla, extrañóme sobremanera que ni aún se cruzara su vista con él y haciéndole notar esto á Revilla me contestó irónicamente:—¡Si casi me ha desafiado!

Yo, como tratando de consolar la debilidad de Revilla por no aceptar los desafíos á que continuamente se le provocaba, le dije:—¡Pues estarías lucido si te hubieras de batir con todos aquellos á quienes tienes que decir que sus libros son malos. Además de que el duelo es una brutalidad y la mayor de todas las sinrazones.

—¡Alto allá, fuerista empedernido!—contestó Revilla, con esa frase que, á su juicio, era la suma despreciativa—el duelo es la más santa de todas las debilidades humanas. No hay justicia humana en la tierra comparable con la que se toma el hombre por su propia mano, contra otro que le ha inferido ofensa tan grave que hace incompatibles sus vidas. Entonces, la venganza es verdaderamente el placer de los dioses y el duelo se me figura á mí el mayor de los deberes humanos. Lo que hay es, que estos botarates que lo to-

man á broma ó como caso de notoriedad, ó porque les den vela en entierro al que nadie les llama, buscan en las sandeces más estúpidas un pretexto para dar qué hablar, mientras duran las negociaciones de los padrinos, y más todavía si los periódicos dan cuenta de haber terminado el asunto pendiente, en un restaurant. En estos casos, es en los que yo sentaría la mano de la ley como irreverente con lo que, á mi juicio, merece un altar en la conciencia humana.....



PROGRAMA

DE UNA CAMPAÑA CRÍTICA EN «EL IMPARCIAL»

MADRID-1880

Héme aquí en castigo de mis aficiones, convertido en crítico de críticos, pintor de pintores y retratista de todos los que descuellan en las artes y en las letras para honra de esta pobre nación tan asendereada por sus vaivenes políticos. ¡Desgraciada España si, para hacerte olvidar tus descalabros gubernamentales, no conservases la preponderancia artística y literaria, siempre brillante y esplendorosa, hasta en los momentos más tristes de tu historia!

Bien se me alcanza lo delicado del asunto, aun criticando *con amor* y *literatura;* bien sabido me tengo lo quisquillosa que es la raza de los escritores y de los artistas, hasta el punto de que casi nunca acierta uno á decirles cosas tales y de manera tal, que les haga alegrar el semblante y nacer el agradeci-

miento en su alma; pero algo más que al carácter particular, culpo yo á la débil naturaleza humana, que en esto de debilidades llega hasta donde jamás hubiera creído. Amigo tengo de gran talla, escritor genial como pocos, que, por confusión increíble en su claro juicio, olvida sus extraordinarias creaciones y considera su mérito más alto, los escasos conocimientos de gramática que posee, que á duras penas llegan á los del más ignorante domine de la última de nuestras aldeas. Otro amigo cuya sencillez y sentimientos son celebrados en todas las lenguas, ha dado en la manía de aparecer erudito y literato y no deja nunca de creer que tiene razón en sus polémicas, aunque luche contra todos los sabios del mundo. Y tanto creo yo en esta ley fatal que rige nuestros espíritus, haciendo que creamos nuestro mayor mérito, aquel que cabalmente es nuestro defecto más capital, que quizás yo, que aspiro á ser crítico artístico-literario valga más para vociferador, cabecilla, autor de novelas ó escritor de coplas y romances, propios para que los canten los ciegos y los vendan á dos cuartos por la calle, á soldados, niños y mujeres.

Pero con todas estas dificultades, que no desconozco, yo estoy decidido á retratar en ligeros cuadros y en semblanzas biográficas, el movimiento intelectual y los autores que

más descuellan en él. Mi plan es vasto y difícil, pero ameno y entretenido porque es vario. En él están incluidos los pintores y sus cuadros más bellos, los actores y sus interpretaciones más acertadas, los escultores y sus obras más grandiosas, los dramaturgos y sus dramas más inspirados, los sabios y sus libros más valiosos, los oradores y sus discursos más elocuentes, los novelistas y sus libros más celebrados, los críticos y sus censuras más justas, los periodistas y sus artículos más influyentes, los académicos y sus monografías más eruditas, los abogados y sus defensas más razonadas; todo cabe en el exactísimo y completo cuadro que me propongo pintar de la vida intelectual de Madrid, que representa la vida toda del arte y de la literatura de nuestra nación. Y ciertamente que el trabajo no estará de más. Reconozco de antemano que es muy fácil errar en los juicios por apasionamiento ó por ignorancia, que es difícil, en verdad, vivir en los momentos que estudio y tener tal elevación de juicio que me abstraiga de las realidades y acierte á colocarme en serenas regiones, como si el tiempo me apartase de debilidades y simpatías, para no ver más que la influencia que en pasados tiempos ejercieron estas obras ó aquellos artistas.

Mas, á pesar de todo esto, juzgo oportuna

la tarea que me impongo. No se por qué, pero, me parece que vivimos en una época que en nada se parece á las épocas en que han vivido los que, más viejos, aún se codean con nosotros; esta sociedad en que vivimos, es sociedad formada por corrientes expansivas. Yo estoy seguro de que los hombres imparciales reconocerán en la España de hoy, signos, en medio de sus desgracias, de una España prepotente. Nosotros hemos formado una nación esencialmente distinta; nuestras influencias se palpan en todas las manifestaciones de la vida, y como si debiéramos contentarnos con esta íntima satisfacción hemos influído en la sociedad, que es nuestra, y hemos abandonado, por inexpertos, el gobierno, que es de otros. Y en este desconcierto general ó en esta renovación completa, todo parece que ha cambiado, y al cambiar, las manifestaciones artísticas aparecen con distintos caracteres, y las manifestaciones políticas han perdido la vehemencia y el heroísmo de las épocas de propaganda. ¡Qué luchas aquellas en que los difundidores de la nueva idea se olvidaban de toda mira bastarda y de todo interés personal, atentos sólo al triunfo de sus doctrinas! Entonces no se perdonaba la ofensa al adversario, ni salvaba la buena fé del enemigo, ni ponía temor la pena, ni se calculaba el efecto de la contienda, ni se adivi-

naban las esperanzas del poder, ni se conocía la resistencia de las circunstancias, ni se tenía el comedimiento de la prudencia, pero ¡qué grandeza! ¡qué elevación! ¡qué vigor! ¡qué de abnegaciones y sacrificios! Eran luchas de gigantes y con sus fuerzas aplastaron á España, infundiéndole nuevos alientos para que reviviera con más grandes ideales. Pero ahora parece que asistimos á una epoca madura y casi decrépita, en que la más desatentada ambición se ha apoderado de todos, juntamente con el orgullo más satánico y más injustamente tenido. Si á juzgar fuéramos por lo que cada uno se cree, nunca habríamos tenido oradores de más talla, poetas más grandiosos, sabios más ilustres y artistas más creadores y más celebrados. Pero ¡ay! que esto es humo y vanagloria; que un espíritu sereno ve entronizado el oropel y lleno todo de falso brillo y cuando recuerda tiempos que pasaron, y no hace mucho, vienen á su memoria artistas pictóricos que llenaron con su fama el mundo entero como Fortuny y Rosales; actores de perfección no igualada, que quedarán de modelos eternos, como Julian Romea y Matilde Diez; oradores de elocuencia nunca oída como Alcalá Galiano, López, Olazaga, Donoso Cortés, Castelar y Martos; autores dramáticos, rivales de los más grandiosos de nuestro siglo de oro, y con esto

está dicho todo aplauso, como Ayala, Hartzenbusch, Tamayo y García Gutiérrez; genios todos nacidos para sostener una nación víctima de gobernantes reaccionarios que la pusieron fuera del movimiento progresivo de Europa. ¡Parecía que providencialmente se nos concedía tanta luz artística para compensarnos de tanta oscuridad política!

Precisa pues ser muy severos, en medio de tanta confusión, y yo estoy dispuesto á serlo para que resulte el cuadro exacto y verdadero. Estamos falseados por la adulación y la mentira y toda censura justa parece hija de móviles perversos y de prevenciones indisculpables. A fuerza de aspirar incienso los artistas se han endiosado hasta creerse limpios de toda falta y modelos de la más elevada perfección; y por este camino el arte padece, víctima de personales defectos. A todos por igual corresponden tales perturbaciones sin que puedan verse ajenos á estas perniciosas influencias las academias y los ateneos, los parlamentos y los teatros, el periodismo y los publicistas; y pues todos sufren iguales achaques á todos han de alcanzar mis críticas igualmente; procederé sin método riguroso, para hacer más entretenida su lectura y no cansar al lector exponiendo una série continuada de artistas del mismo género. Aquí aparecerán alternando todos los que contitu-

yen hoy nuestro orgullo artístico más ó menos merecidamente.

Ybasta de censuras á nuestros tiempos, por que no conviene que nos abandonemos á un pesimismo destructor, ni capaz de bien alguno. Después de todo acaso nos equivoquemos ¿quién está seguro de juzgar con juicio falto de error la influencia de los acontecimientos de su tiempo? Bien lejos estaban de creer los que consideraban bárbara y torpe la arquitectura de aquellas basílicas bizantinas y de aquellas iglesias ojivales, que, andando los tiempos habían de ser consideradas perfección del arte cristiano, en las que el espíritu se eleva á Dios con unción mística, para no ver los bienes mundanales, allí donde la bendición divina parece descender de aquellos elevados capiteles y penetrar por las aéreas cresterías; bien lejos estaban de creer los que enamorados de la escultura cristiana, sin proporción, ni líneas, en la que los sexos se diferenciaban por el tamaño de las imágenes que al estudiar Berruguete, Becerra y Cano las escuelasitalianas del renacimiento, habían de fundar la escultura más perfecta de nuestra historia; bien lejos estaban de creer los que censuraban á Garcilaso, porque se inspiraba en Petrarca, y á Jáuregui y á Lope de Vega, porque traducían ó imitaban al Tasso, que habían de crear la poesía más original y

fecunda de todas las naciones; bien lejos estaban de creer los émulos de Toledo y Herrera que al restaurar la arquitectura pagana, llegarían á establecer en España la más perfecta escuela, dando vida eterna á sus nombres y dejando monumentos destinados á ser maravillas del universo. Del mismo modo que en sentido contrario ignoraban los que aplaudían á Jordan, pintor de facultades asombrosas, que había de conducir la pintura española, única émula de la italiana, á un decaimiento, en que todos los estravíos y las locuras tuviésen representación; los que celebraban á Churriguera por aquellos adornos exagerados, que afeaban la más peregrina belleza, que había de hundir en el más despreciable olvido las buenas escuelas de nuestra arquitectura; los que ensalzaban á Gongora, por aquellas oscuridades en el lenguaje, que él, juntamente con Montalván, el Paravicino y Valdivielso, habían de corromper una literatura cuyo siglo de oro era más grande que el de Pericles en Atenas, que el de Augusto en Roma, que el de Luis XIV en Francia. Así como aquellos, podemos equivocarnos nosotros y ¡ojalá nos equivocáramos! si á costa de un ligero sacrificio de amor propio, poseyéramos lo que poseímos en pasados tiempos y no llegaron á ver, ni á apreciar sus contemporáneos, que es condición fatal de esta

débil naturaleza humana no ver la realidad con sus verdaderos colores, sino como obligan á verla las preocupaciones y las predisposiciones del espíritu. Cuanto celebraríamos, á poder vivir, que en futuras épocas resultasen Echegaray más grande que Shakespeare, Calvo más que Talma, Pradilla más que Velázquez, Belwer más que Miguel Angel; España más grande y poderosa, más influyente y heroica que la Roma de Augusto y la Grecia de Leonidas y la Francia de la República y la Alemania de Bismark; y nuestro siglo, siglo de luchas sin ejemplo, de triunfos sin derrotas, de creaciones sin segundo, en el que el espíritu llegara á su más alta perfección y la libertad á su más amplio dominio y la felicidad á su satisfacción más completa; que, al fin á él pertenecemos y son proterbos los hijos que maldicen y reniegan de su padre, de su patria y de su siglo.



INDICE

APLAUSOS Y CENSURAS

VOLUMEN TERCERO



PRECIOS DE SUSCRIPCION O VENTA

POR TOMO

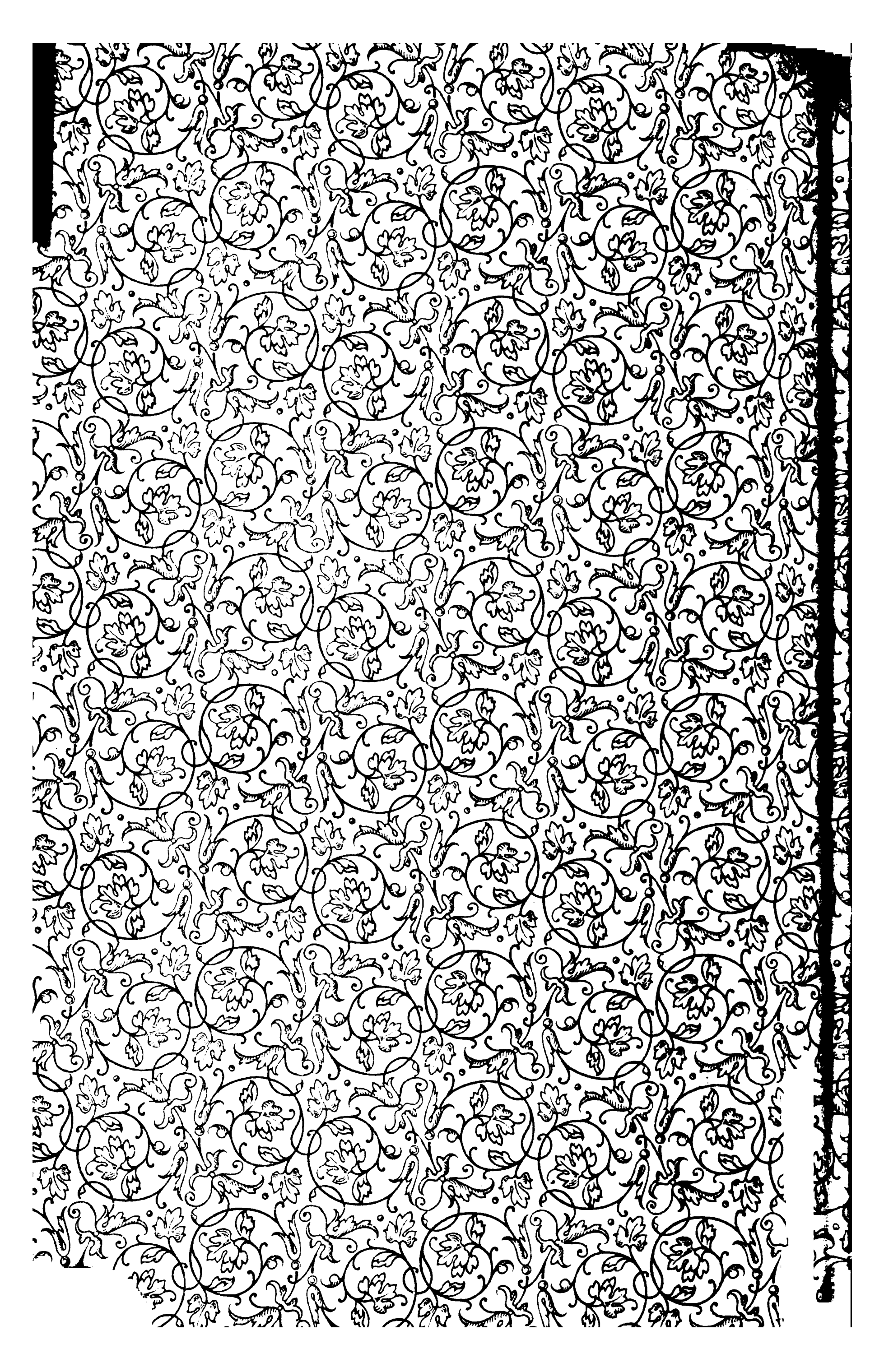
España	2 pesetas.
Antillas y Filipinas	3 »
Repúblicas Sud-Americanas	2 25 Pesos papel
Extranjero	4 francos.

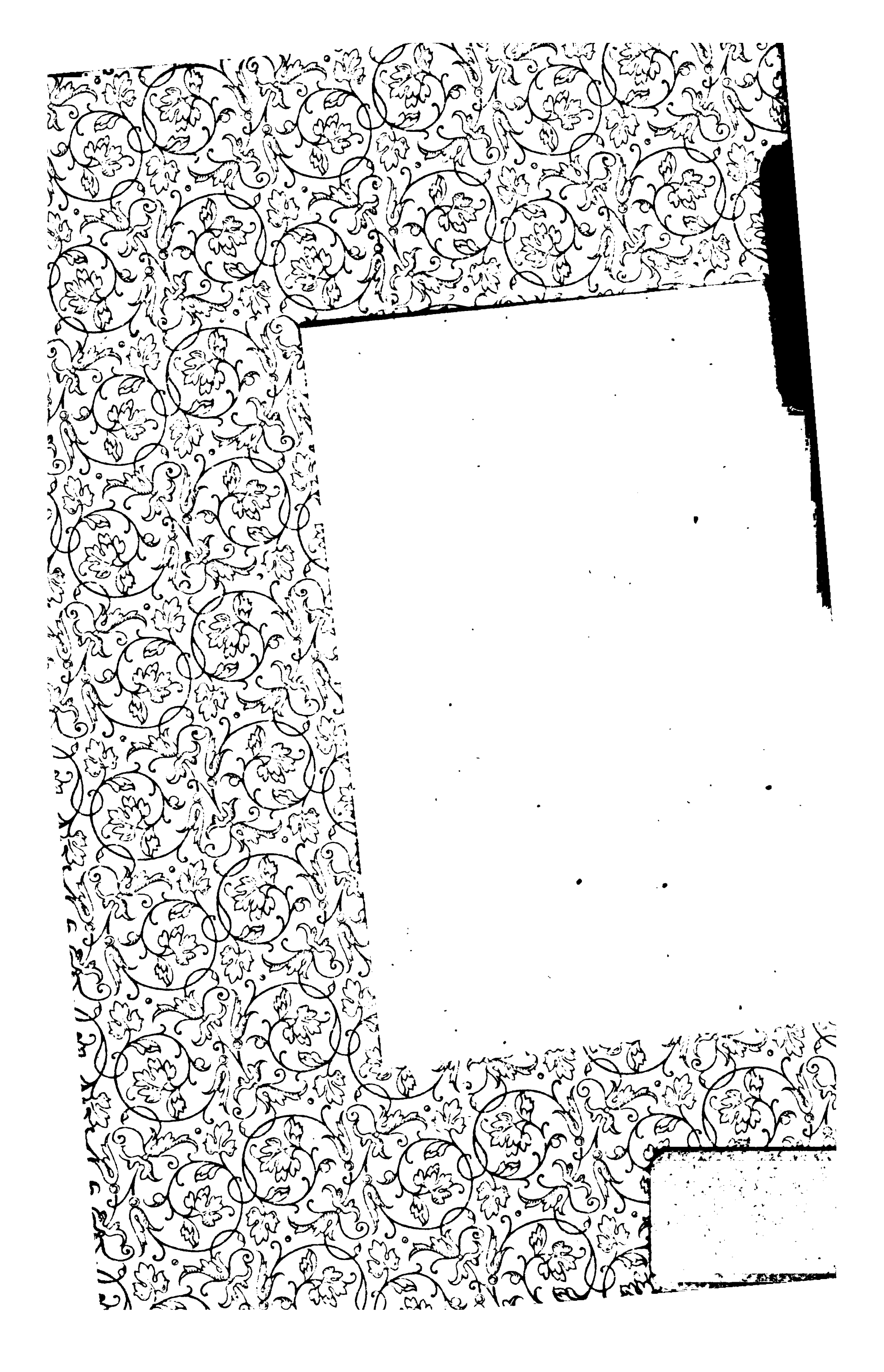
Puntos de suscripción

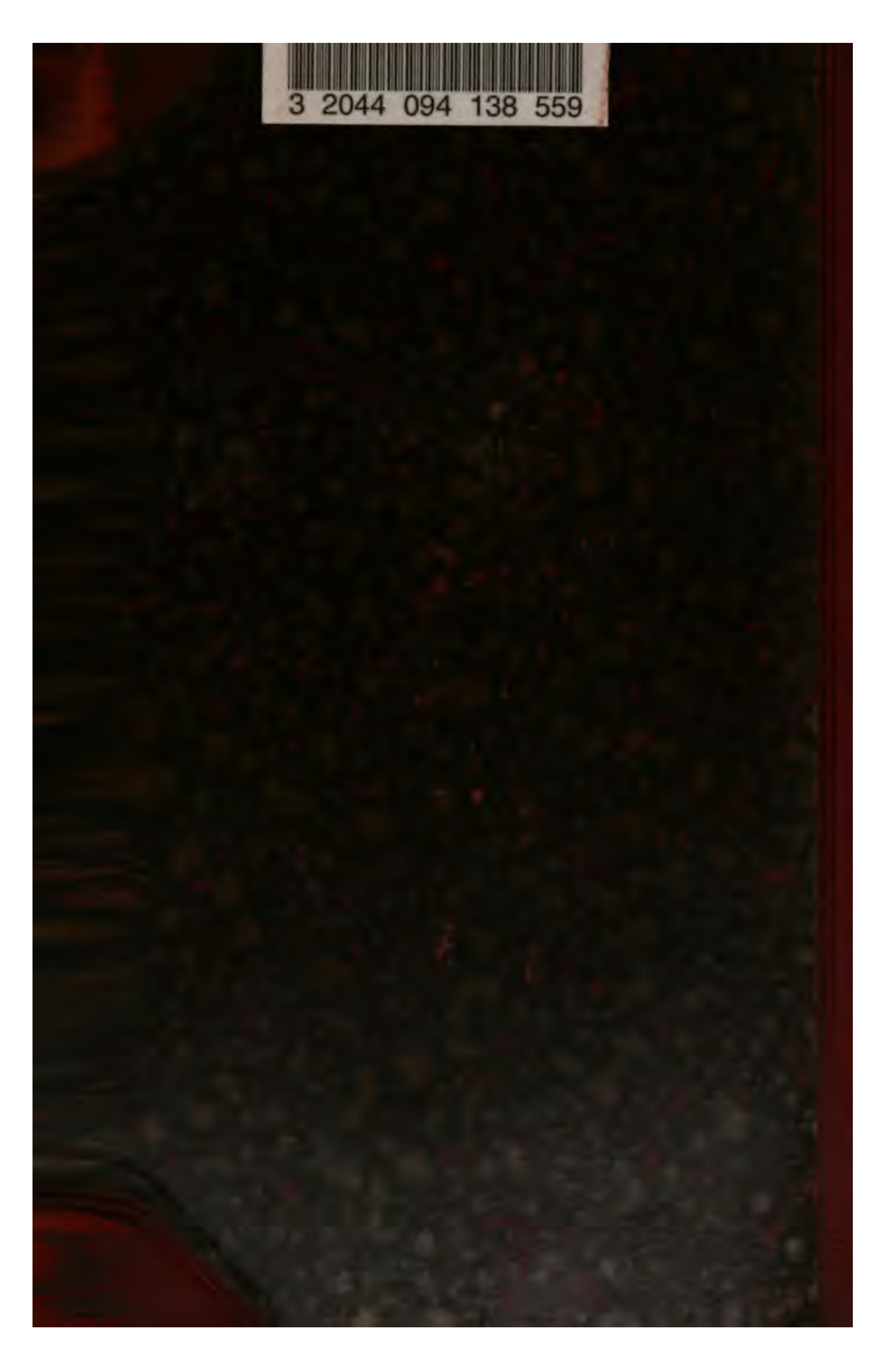
VITORIA	Principales librerías.
SAN SEBASTIÁN......	Principales librerías.
PAMPLONA	Principales librerías.
BILBAO	Principales librerías.
MADRID	Librerías de V. Suárez y F. Fe.
HABANA...........	Sociedad «Laurac-bat».
BUENOS AIRES.......	Sociedad «Laurac-bat». Centro Vasco-francés. *La Vasconia*, 781, Avenida de Mayo.
MONTEVIDEO	Sociedad «Laurac-bat.
ASUNCIÓN	Ramón de Olascoaga.
SANTIAGO DE CHILE ..	Zulueta Hermanos.

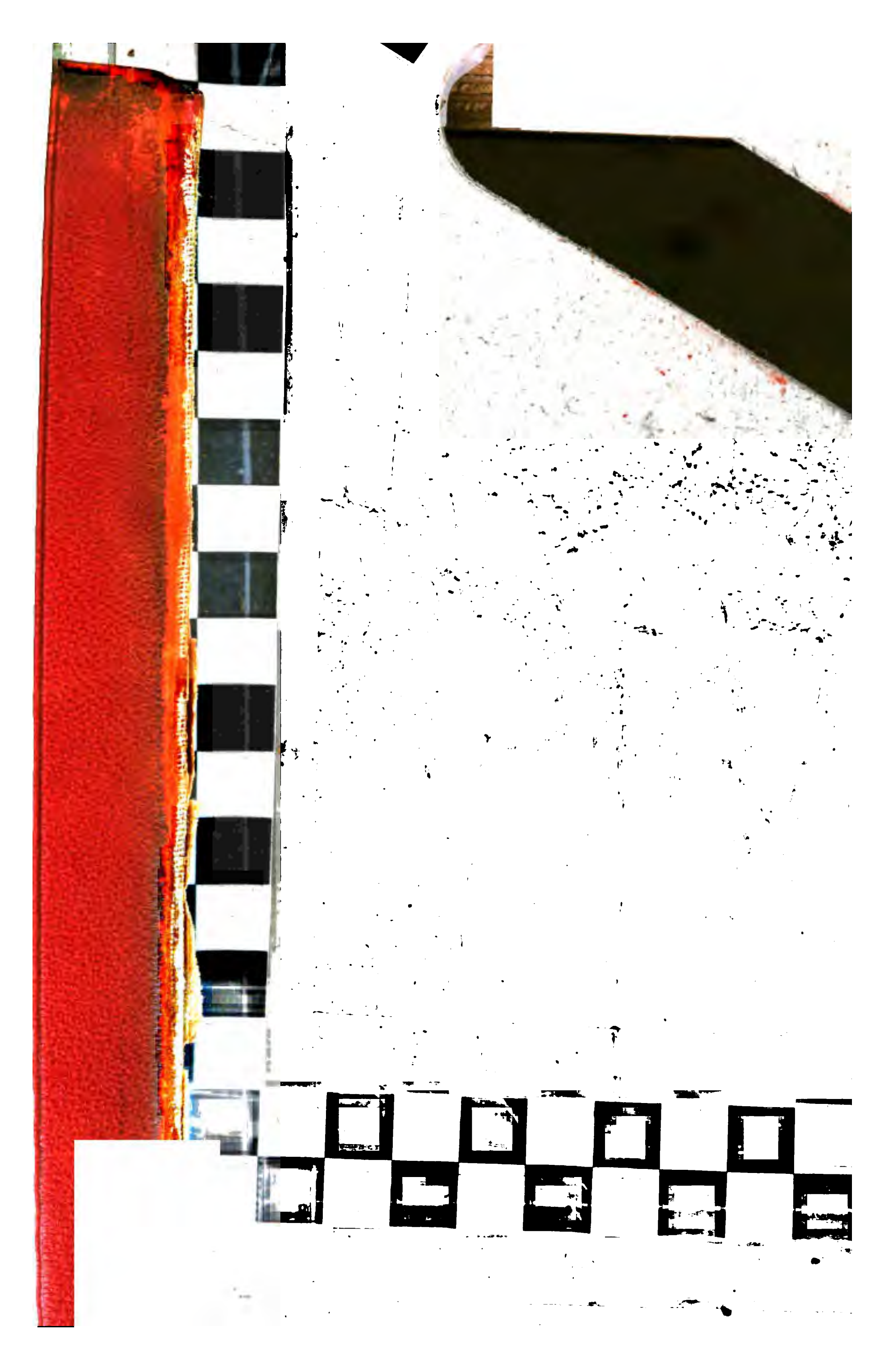
ADMINISTRACIÓN

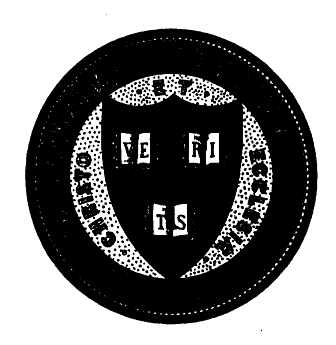
ESPAÑA, Bilbao, calle de la Pelota, n.º 7, pral.

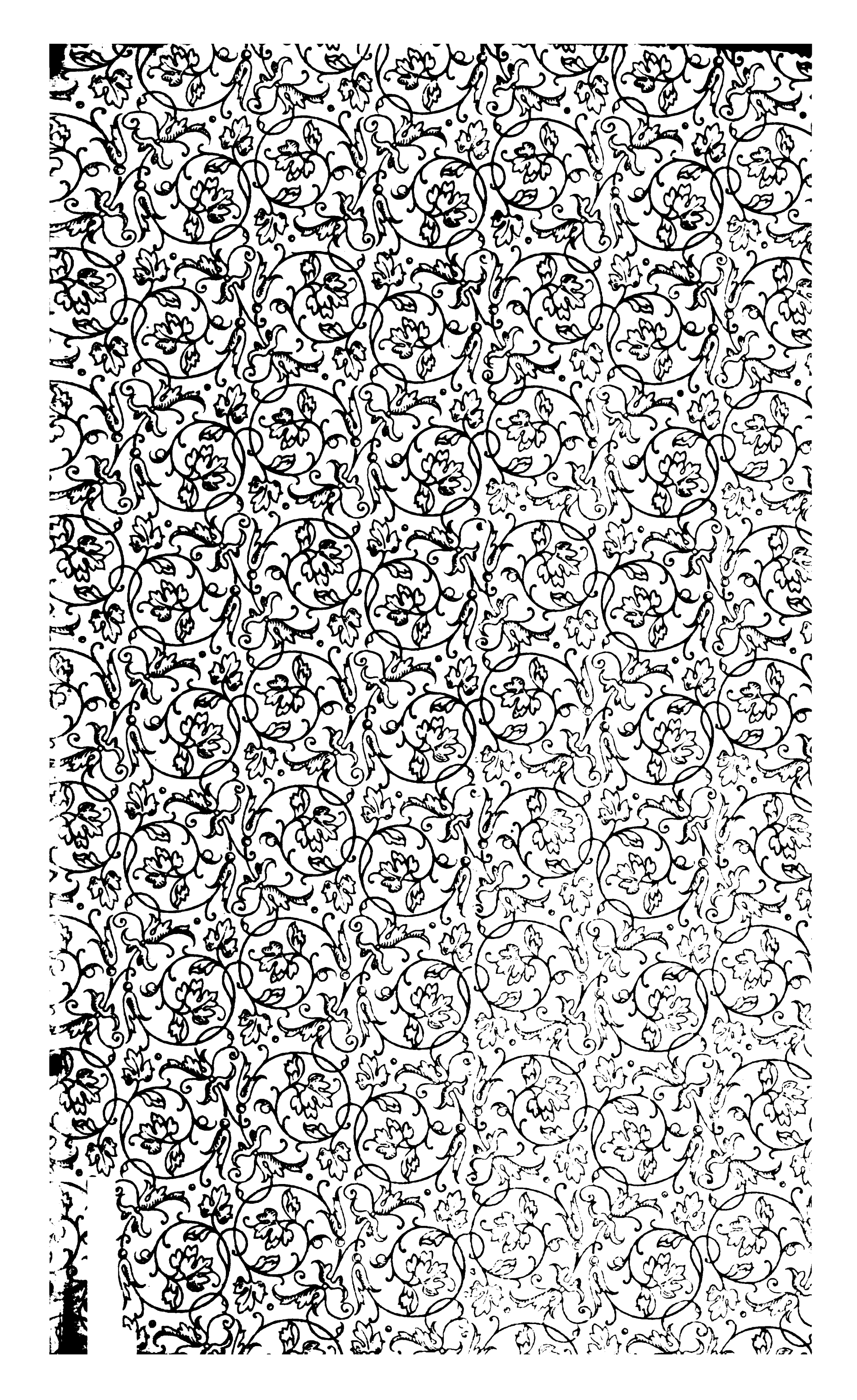





3 2044 094 138 559




VE
RI
TS
CHRISTO
ET
ECCLESIAE





BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 43

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRÁN

VOLUMEN CUARTO

BILBAO

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3. int.

1900

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN

VOLUMEN IV



BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 43

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRÁN

VOLUMEN CUARTO

BILBAO
Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 8. int.
1900

FUEROS
PRIVILEGIOS, FRANQUEZAS Y LIBERTADES
DEL
M. N. Y M. L. SEÑORIO DE VIZCAYA
Reimpreso de orden de la Excma. Diputación Provincial

Un aplauso incondicional, tan sincero como yo acostumbro á darlos, á la actual Diputación Provincial de Bizcaya, ó mejor dicho, á todos los individuos que la componen, y, á la anterior (si ésta lo acordó y en su tiempo se empezaron los trabajos), por haber realizado la tarea de imprimir el Fuero de Bizcaya, haciendo la edición más limpia, correcta, elegante y primorosa, de cuantas hasta el presente han visto la luz pública.

Tras de esta enhorabuena sincera, no hay resquemores de ningún género; hago esta protesta, á fin de que, la Diputación no vea en lo que voy á decir sombra alguna que empañe la lealtad de mi felicitación.

¿Pero qué valor, qué mérito tendría y qué interés demostraría yo por estos libros si aquí acabara en ocuparme de ellos? Bien poca cosa, bien marcada desafección á estas aficiones, si

con el amor del bibliófilo y del hijo amantísimo del país, no dijera todo cuanto sobre esta edición me ocurre.

Comencemos por la portada. Una edición tan lujosa ¿no debería llevar un escudo ó portada alegórica en digna competencia con las más antiguas ediciones del Fuero, y no el escudito microscópico y sin importancia que lleva?

Las generaciones venideras ¿culparán de esta omisión á hallarse hoy atrasadas las artes del grabado en España, cosa que no es cierta, ó á pobreza y miseria de la Diputación, que lo es menos, suposiciones que por otra parte lo esmerado y el lujo de la edición destruyen y deshacen? ¿No lo atribuirán más bien al abandono, negligencia y descuido de la Diputación?

Dice en la portada «reimpresos de orden de la Excma. Diputación Provincial». Si á estampar estas palabras en la primera hoja del Fuero ha llevado el anhelo de mostrar que, aunque es Diputación Provincial, ella ama los Fueros como si fuera Diputación Foral, perdonado le sea todo; pero, si sólo ha guiado la copia de una de las mayores torpezas que se cometieron en la edición de Delmas de 1865, entonces, ni tiene perdón, ni tiene escusa. Aquella era Diputación Foral, y, así y todo, fué un dislate; con que calculemos lo que será en quien no ostente el título de foral.

Fué un dislate, sí, porque las Diputaciones de los siglos pasados que reimprimieron el Fuero, todo lo más á que se atrevieron es á colocar como pie de imprenta las palabras «con licencia» «con licencia real» «A costa del señorío de Vizcaya» «Impresor del Señorío»; de modo, que respetaron el que, junto al título del libro sagrado, todo lo más que cabía, era el decir que habían sido confirmados los Fueros por todos reyes. Ese agregado podría disculparse, todavía, en un particular, el cual en gracia de su esfuerzo y sacrificio quisiese ostentar el mérito personal de hacerlo; y, aún así, no sé si sería censurable, pues el autor de este artículo ha hecho en Bizcaya dos ediciones del Fuero, y en su portada no se atrevió á poner semejante pegote, pudiendo quizás estar más justificado que en ninguna otra, por lo que más adelante se dirá.

Hubiese estado de perillas el pie de imprenta, diciendo lo que debió decirse: «hecha por orden de la Diputación en la imprenta provincial—no, que esto de provincial suena muy mal—en la imprenta del Señorío de Bizcaya, á cargo de Juan Soler». ¿Que suena mal eso de Señorío?

Pues el señor Delmas lo puso en su edición y tenía algo más razón en poner esa palabra, que tuvo y ha tenido quien mandó entonces y ahora poner »reimpreso de orden de la Exce-

lentísima ó Ilustrísima Diputación General ó Provincial.»

Prosigamos. Causa excelente efecto la página 5; comienza por los autos de la Junta sobre la ordenación del Fuero. Es toda ella de un gusto selecto. Ese dibujito del señor Sanmartín, puesto en lugar de las antiguas letras iniciales, es bonito y encierra un simbolismo muy propio; y ya comenzamos á conocer una de las mejoras introducidas en esta edición, con respecto á las ediciones anteriores, que es la adopción de la ortografía moderna, que da una facilidad extraordinaria á su lectura, y por la que merece un aplauso el regente de la imprenta provincial, á cargo de quien, como reza la portada, ha estado la impresión.

Pero ya en la página 5 y 6 comienza ó se da origen á un motivo de censura, acaso por una inadvertencia, quién sabe si por creer que se mejoraba la edición. Vamos á ver. ¿No es extraño que casi todos los libros fundamentales de legislación se impriman en justificación pequeña y á dos ó tres columnas? Sí, es extraño para el que no conoce prácticamente la razón de hacerlo así, pero no para los prácticos antiguos y modernos.

Las disposiciones legislativas son objeto de mucho estudio, de pesada interpretación; y como no hay palabra que huelgue, toda palabra hay que tenerla al más pronto golpe de vista,

con la mayor claridad posible, por lo cual las justificaciones anchas son de una dificultad extraordinaria.

Nuestros antiguos no se conformaban sólo con hacer la justificación estrecha y á dos columnas, sino que, además, procuraban emplear letra gorda y muy marcada, y hacían bien.

La impresión ancha resulta más bella y más limpia y más hermosa á la vista, pero es mucho más inconveniente para el estudio del texto.

Metido ya á reformar, y casi siempre con mucha razón, no comprendemos por qué ha de ir en apostilla el «nombramiento de las personas que han de ver y reformar el Fuero y ordenarle.» Porque no es razón, el que en las ediciones antiguas se pusiese, pues de igual manera pudieron ponerse los otros títulos que van á continuación: «de cómo los diputados parecieron para ordenar el Fuero, delante del Corregidor y juraron» y «de cómo habiéndolo reformado cometieron la ordenación de él», y «habiéndolo visto los diputados y corregidores, se envió á confirmar.»

Esta edicción actual conserva el método y sistema de todas las anteriores (menos una) las cuales ponen por epígrafe de página el texto de cada título. Cuando yo empecé la edición de los Fueros de Vizcaya, en la «Biblioteca Bascongada» me encontré el título primero con este epígrafe: «Privilegios de Vizcaya»

y como cabeza de todas sus páginas «Privilegios de Vizcaya». ¿Por qué razón privilegios? Pase esta palabra en términos generales, cuando se mezcla entre Fueros, Libertades, Franquezas, Usos, Costumbres, Leyes; mas cuando determinativamente se quiere decir las Instituciones de Vizcaya, no puede ni debe usarse técnicamente y vulgarmente otra palabra que la de Fueros. Y esto me bastó para que quitase de la cabeza de las páginas el epígrafe de los títulos y pusiese sólo la numeración de los títulos en las páginas impares, y en todas las pares «Fuero de Vizcaya.»

Son varias las reformas que en esta edición se han hecho: unas de verdadera conveniencia, utilidad y manifiesta mejora, y otras de dudoso provecho y quizás inconvenientes. Voy á ir excaminando las que me saltan á la vista.

En el título 32, después de la Ley 3, que trata de los «Casos en que puede conocer el Obispo y provisor contra los legos», vienen dos cartas reales, y después se repite otra vez Ley 3 con el epígrafe de «En qué caso no se han de leer excomuniones».

Seguramente que todos los que han cuidado hasta aquí de las reimpresiones de los Fueros habrán observado este error ó esta repetición de numeración de Ley; pero como desde la primera edición existe, nadie se ha atrevido á corregirla.

Yo mismo me creí menos autorizado que otro alguno al hacer las ediciones de la «Biblioteca Bascongada», porque debía suponer, y supuse, que alguna razón oculta tenían los antiguos para conservarla; y cuando la única autoridad legítima para ordenar el Fuero, que era la Junta General de Guernica, no lo había hecho, no me parecía á mí conveniente que ningún otro se atreviera á tanto.

Pero viene ahora la autoridad de la provincia que ha sucedido á la Junta Foral, y por cuya orden se ha reimpreso el Fuero, y ha decidido la modificación reconociendo que no existe la causa oculta que nosotros suponíamos; y no existiendo, la reforma está bien hecha y ha sido una corrección muy plausible y que debía hacerse.

En las ediciones del Fuero hechas por mí y publicadas en la «Biblioteca Bascongada» modifiqué las siguientes letras y palabras: puse j por x; v V; b por v; i por &; c por q; h por g; t por T; i por e; c por C; m por M; p por P, d por D; f por F; s por S; é por &; siendo por seyendo; ahora por agora; así por assí; Tesorero por Thesorero; eviare por embiare; asi por por ansi; posee por possee; pleito por pleyto; propiedad por propriedad; abeurreas por abheurreas; cauces por calces; bidigazas por vidi gazas; clérigo sacerdote por Clérigo Sacerdote; caballeros por Caballeros; escuderos por Escu-

deros; hijos dalgo por Hijos dalgo; Provisión por Provissión; albalás de ferrerías por Albalás de Ferrerías.

En el reportorio ó Tabla de Leyes suprimí el folio y dejé solo el título y la Ley, por parecerme que, llevando todas las hojas el número del título, fácilmente se podría encontrar la Ley, cuando apenas hay media docena de leyes en todo el Fuero cuyo texto exceda de una página.

También procuré, aunque no siempre lo conseguí, seguir el orden alfabético en el índice de la Tabla de las Leyes, modificando las ediciones anteriores que conservaron la X.

Claro que ya me ocurrió atreverme á más modificaciones, pero me contuve. En la edición de Delmas se atrevieron á suprimir la & sustituyéndola por la é, pero no se atrevieron á poner dijeron y Provisión, y dejaron dixeron y Provissión. Por cierto que no dejó de extrañarme, compulsando ediciones, que en la de Huidobro de 1643 no se ponía ni los dos puntos ni la Q en las palabras «Otro si dixeron Que.» También noté que las comas, el &, la é, la y, que aparentemente, y la mayor parte de las veces, se usan como y, tenían, sin embargo, en ciertas ocasiones, doble intención ó sentido.

La edición actual de 1898 ha modificado la palabra reportorio poniendo repertorio, y por cierto que me ha llamado la atención que, sien-

do costumbre en todas las ediciones anteriores poner el texto de la tabla de los títulos en letra más señalada, mayor ó cursiva, así como el texto de la Tabla de Leyes, en esta edición lleva caracter de letra más pequeño y redondo que el texto de los Fueros, lo cual no nos parece bien. Antiguamente se ponían, y se ponían bien, en letra más grande, porque lo que más se mira y se maneja, por servir de guía ó indicador, son las Tablas. En estas ha seguido la supresión de los folios iniciada en las ediciones de la Biblioteca Bascongada, de las cuales ha hecho muy oportunas correcciones á los errores de caja, como la Ley 3 del título 14, que equivocadamente decía Ley 1.ª; la Ley 3, título 32, en vez de la Ley 4; el título 11, Ley 3, en vez de título 31, Ley 3; la Ley 2, título 36; en vez de la Ley 3; hurtos en vez de huertos, retracto en lugar de retrato; erratas que provenían de las ediciones anteriores desde que se hizo la Tabla de Leyes por el Licenciado Echávarri.

Ha seguido esta edición el orden del índice formado en las de la Biblioteca Bascongada; pero al llegar á la i, sigue á las antiguas sin razón alguna, pues antepone la palabra Inventario é Incendiarios, Indicios, Información, Informaciones, Ingratos, Interpretación, Intérprete é Intestados, que son anteriores en un riguroso orden cronológico, tal como en esta letra

lo seguí en mis ediciones. En cambio con mucha razón modifica en la V á todas las ediciones anteriores, incluso á las de la BIBLIOTECA BASCONGADA poniendo Vecinos y Vecindad antes que Veedor. Mas en la U, también con completa razón, sigue á las ediciones de la BIBLIOTECA BASCONGADA, en contra de las ediciones antiguas, que contiene Uzas y Usufructos en la letra V. También en la V., al llegar á «Vizcaínos en primera instancia no pueden ser sacados de su Fuero y provisión Real para ello y otros autos» corrige las ediciones antiguas que señalan las páginas 50 y siguientes, y enmienda muy oportunamente á las ediciones mías, que con error manifiesto ponían título 4, Ley 2, cuando es título 7, Leyes 1 y 2.

A pesar del esmero con que esta edición de 1898 está hecha, se han escapado algunas erratas, que como decía el insigne E. Fernández Navarrete, son como las pulgas, que si al verlas no se les echa el dedo encima, se escapan con mucha facilidad; así por ejemplo, en la página 313, columna primera, donde dice «Denunciaciones generales sobre pecados públicos, no se puedan hacer», pone título 34, Ley 4, debiendo poner título 35, Ley 4.ª En la página 314, columna segunda, donde dice: «Edificando alguno, puede pasar la piedra y madera por heredad ajena, pagando el daño» que pone título

34, Ley 3, debiendo poner título 24, Ley 3, y la palabra ajena con g; es decir, agena, porque así lo dicen todas las ediciones del Fuero, y en el Diccionario clásico de la Academia de 1791 así está. Sigue también en la E el orden alfabético de ordenación que siguió la BIBLIOTECA BASCONGADA, y por cierto no muy exacto, porque se antepuso la y á la n y á la q pero no es tan grave ésto como que se haya omitido entre Ejecutores y Ejido común el siguiente epígrafe: «Ejecutores, qué salario han de haber en las causas criminales, Título 11, Ley 34.» Mas ligero es el defectillo de haber puesto en las a y, o voladas algunos errores.

Ya que la Diputación introdujo en esta edición algunas reformas, antes por nadie intentadas, bien pudo también haberse atrevido á la aclaración que llevan consigo las fechas de «confirmación» y «licencia para imprimir» del Emperador Carlos I. Aparece su confirmación á 7 días de Junio de 1527, y la licencia para imprimir el fuero, dada por el mismo Emperador, á 1.º de Junio de 1527. Si la fecha de la licencia es anterior ¿por qué no había de ir antes de la confirmación? A nuestro juicio, entre las confirmaciones de doña Juana y de su hijo el Emperador debería ir, como va, la presentación del Fuero al Consejo de Valladolid en 8 de Abril de 1527, y seguidamente la licencia para imprimirle de 1.º de Junio, puesto que la

confirmación es natural que vaya después, llevando como lleva fecha de 7 de Junio.

Metida ya la Diputación en modificaciones, otra debería haber hecho muy sustancial. Si á la cabeza de estos fueros aparece que el 5 de Abril de 1526, «so el árbol de Guernica se dieron los autos de la Junta General sobre la ordenación del Fuero», y el 10 de Agosto del mismo año «se presentaron y juraron delante del Corregidor los diputados encargados de ordenarle», y el 20 del mismo mes y año «lo presentaron ordenado» y al día siguiente «lo aprobaron todos los diputados y corregidores» y «se envió á confirmar» ¿no resulta un absurdo que en las confirmaciones aparezca en 14 de Octubre de 1473 jurándolo la princesa Isabel, y en 30 de Julio de 1476 jurándolo el Rey católico don Fernando, y el 3 de Abril de 1512 confirmándolo la Reina doña Juana?

Claro que estos reyes juraron los Fueros que Vizcaya tenía, que en sustancia serían estos mismos; pero, ó no debe preceder y ponerse de cabeza de ellos el auto de su ordenación, sino en el lugar de las confirmaciones que corresponda, ó á las confirmaciones de la Princesa Isabel la Católica, de don Fernando el Rey Católico y de la Reida doña Juana, debe preceder una aclaración en la que bien podría decirse, que el uso y la costumbre y las confirmaciones reales habían convertido el Fuero de 1452 en

los actuales Fueros, escritos y mantenidos, aunque sin ordenarlos. Reforma tan atrevida no puede llevarla á cabo un particular que pretenda publicar una edición exacta y fiel del Fuero oficial, pero la Diputación de Vizcaya, hoy, si podría haberla hecho.

Todos estos defectos son bien insignificantes y no prueban nada contra la bondad de la edición de los Fueros de Bizcaya que examino; los consigno porque obras de tal valer, que no pueden estar exentas de defectos, como toda obra humana, deben ser examinadas en sus más pequeños detalles por los que tenemos afición y paciencia para ello. No es por esto por lo que decrece, ni en un átomo, el mérito de la presente edición.

Desde luego, confieso ingenuamente que mas errores y mayores deslustran las dos ediciones que yo he publicado en la BIBLIOTECA BASCONGADA. En otras fases, si acaso, se puede encontrar la disminución de su mérito; como por ejemplo: es una edición apenas manejable por su elegancia, su tamaño y su peso; se han hecho de ella muy pocos ejemplares como me lo indica el no haberse puesto á la venta; aunque se hubiesen hecho muchos, su precio, dada la elegancia y hermosura de la edición, no debería, ni acaso podría, ser pequeño; no lleva un preliminar ó epílogo que hable de las ediciones anteriores; carece de un vocabulario de palabras

anticuadas y en desuso con su significación correspondiente; bien podía llevar, además, otro índice explicativo.

El primer índice, repertorio ó Tabla de leyes, lo hizo el doctor Jerónimo de Espinosa, Juez Mayor de Vizcaya en la Chancillería de Valladolid para la impresión de 1576 de Medina del Campo (que fué la segunda) pues la primera se hizo en Burgos en 1528).

El trabajo nos parece ahora ligerillo; pero entonces agradó al Señorío, y habiendo acordado agasajar á su autor, sometieron la apreciación del repertorio al obispo de Palencia, antiguo presidente de la Chancillería, y se le dieron al doctor Espinosa, previa licencia para recibirlos, 2.000 reales, cantidad que hoy sería equivalente lo menos á 2.000 pesetas; pues si como dice Trueba, se pagaban entonces tres reales diarios á un mensajero que se envió á Bermeo por las fiestas de Nuestra Señora y San Roque, y hoy se pagaría á un peatón lo menos tres pesetas, el cuadruplo, 2.000 reales de entonces tendrían hoy como cuadruplo 2.000 pesetas. Cerca de un siglo había transcurrido cuando pareciéndole al Señorío de Vizcaya defectuoso el trabajo del doctor Espinosa, comisionó al consultor Zalbidea en 1642, para que examinase la Tabla y repertorio de las leyes del Fuero, que había hecho el Licenciado Echavarri (Francisco López) y como á los dos días fué nombrado éste

consultor también, indudablemente fué aprobado dicho trabajo, porque en la edición de 1643 se insertó, y en Regimiento general de 22 de Septiembre del mismo año se dieron á Echávarri 1.300 reales por su trabajo, que además del índice general de leyes fué el poner á cada ley por epígrafe su contenido.

Ambos trabajos, el de Espinosa primero y posteriormente el de Echávarri, debieron ser muy apreciados en su tiempo, pero tenemos hoy ya hombres y elementos para hacer una cosa más completa, y la Diputación ha debido mostrar deseos de que la edición actual sea en todo tan perfecta, como lo es en la parte material.

Bajo todos estos puntos de vista no cabe duda que al país no le reporta tanta utilidad como podría reportarle la edición actual, la cual no es ni comparable en lo útil con las dos ediciones de la Biblioteca Bascongada, aunque las supere en cien codos como obra de arte tipográfico, de impresión esmeradísima, y de papel selecto, por todo lo cual honra verdaderamente al señor Soler, y á la imprenta provincial, y bajo cuyo aspecto material es tan sobresaliente que no dudamos en asegurar que es el libro más bello que se ha impreso en Vizcaya hasta el presente.

Si á esto añadimos que, segun se nos dijo por la Excma. Diputación al denegarnos el apo

yo para nuestras ediciones de los Fueros de Vizcaya (en que la ofrecimos una vez 650 ejemplares de la edición delgada y 100 de la gruesa todos ellos encuadernados, por la cantidad de 2000 pesetas, y otra vez 600 ejemplares de la edición delgada también encuadernados por la cantidad de 1000 pesetas) se había presupuestado la impresión de 500 ejemplares en cantidad que no había de llegar á 2000 pesetas, será preciso declarar que no solamente imprime bien el Establecimiento de la Diputación, sino que imprime más barato que ninguno; y bien merecedor es el encargado ó regente, que ha sabido realizar tales maravillas, y alcanzar tan extraordinario mérito, de que la Diputación de Vizcaya sepa corresponder debidamente.

¡Qué ocasión más propicia para que la Comisión encargada de hacer la edición de las obras de Trueba las lleve á cabo con baratura y esmero como ningún otro podrá hacerlo!

TEODORO FORONDA

(NOVELA)

EVOLUCIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA

POR

F. GRANDMONTAGNE (LUIS JAIZQUIBEL)

Más de una y más de diez veces he tenido la pluma en la mano y las blancas cuartillas, numeradas y ordenadas, delante de mí, en mi mesa de trabajo, decidido á llevar á cabo mi propósito de ocuparme seria y detenidamente en esta obra, que á su aparición, levantó una tempestad de aplausos, sin que entonces, ni hasta el presente, que yo sepa, haya sido objeto de una crítica formal y detenida, como ella merece, pues sólo tengo noticia de dos ó tres artículos bibliográficos, en los que sus autores, sin desentrañar lo profundo de la tesis que el autor presenta y trata de resolver, se limitaron á expresar su opinión acerca del mérito literario, sociológico, etnográfico y artístico de esta producción de uno de los ingenios sudamericanos más perspicuos y notables.

Hoy, movido por las circunstancias y hostigado por mi deseo de decir algo de esta novela y de su autor, me decido á escribir y publicar mis impresiones, que no podrán tacharse de poco sinceras, ni de no haber pasado por el tamiz del tiempo y de la reflexión.

Antes de entrar en el examen de la obra conviene á mis propósitos y á la mejor inteligencia de lo que he de decir, ocuparme en la personalidad moral y literaria del autor, en el que, tanto como el que más, se ha visto cumplido y realizado el aforismo de «el estilo es el hombre».

«Luis Jaizquibel», pseudónimo de F. Grandmontagne, es el alma de la excelente revista «La Vasconia» de Buenos Aires, en la que su docta pluma ha tratado materias de índole tan diversa y variada que suponen un caudal inmenso de conocimientos y un tesoro de constancia y de diligencia; es un vascongado de cuerpo y alma, de espíritu y voluntad, que vive en la República Argentina y que, lejos de su patria, no la olvida y la consagra un culto singular, empleando en su loor y exaltación las facultades y aptitudes excepcionales que posee para el cultivo de las letras.

Joven aún, y entusiasta por todo lo euskaro, con una inteligencia privilegiada y un talento maduro y experimentado en toda clase de lides literarias, es uno de los que en los países de la

América latina sostienen enhiesta la bandera del amor á la patria chica y de la virtualidad de las letras españolas, sentimientos y facultades que se traducen en artículos, monografías, opúsculos, folletos y novelas como la que me ocupa y que ha consagrado definitivamente su reputación de literato ilustradísimo, observador filosófico, escritor independiente, ameno estilista y pintor de costumbres insuperable.

En estas provincias vascongadas hubiera sido un Trueba, un Becerro de Bengoa, un Campión; en el país que ha sido teatro de sus triunfos es..... F. Grandmontagne, por sus dotes extraordinarias y por su acendrado cariño á estas montañas.

Lo que señala y distingue, más que ninguna otra cosa, al autor de «Teodoro Foronda», es la fidelidad en la pintura de costumbres, de rasgos y caracteres de los tipos que presenta, todos tomados del natural, respirando y moviéndose como si fueran seres vivos; el conocimiento de las pasiones é intereses de los que componen la sociedad que describe, la sinceridad en las apreciaciones y la exactitud de los comentarios que le sugieren los dichos y los hechos de los personajes que exhibe. Con estas condiciones, con el fácil manejo y uso acertado de las formas y figuras literarias, cierta elegancia natural, y más que nada el empleo del lenguaje más propio y adecuado teniendo presen-

te el lugar de la acción y la clase de individuos que en ella toman parte, no es extraño que, entre los inteligentes desapasionados de allende y aquende el Atlántico, pase con justicia por escritor notable y novelista eximio, desde la aparición de «Teodoro Foronda», digno de que la crítica aplique á sus lucubraciones su escalpelo, para sancionar con su veredicto la fama de que debe gozar y goza ya de seguro.

F. Grandmontagne, con saber mucho, porque mucho ha estudiado y aprendido, y con dominar el habla castellana y los recursos retóricos, todavía ignora algo; pero esta falta está suplida por la especie de intuición que revelan algunos de sus escritos, por el poder y la facultad de asimilación de ideas y pensamientos de otros, por la apariencia de ciencia infusa que la Providencia concede á sus elegidos, por la ardiente imaginación y poderosa fantasía.

Sabe pensar con criterio y sentir con fuerza y dar forma y expresión adecuadas á sus ideas y sentimientos; de ahí que sea un escritor de cuerpo entero y suficiente para marcar su paso por un país, por una época, por un momento literario determinado. Y si no al tiempo.

Este es el hombre literario descrito á grandes rasgos; veamos ahora su novela.

«Teodoro Foronda» no es una novela fantástica, de imaginación, en la que se trata de interesar al lector con el relato de lances y

aventuras más ó menos inverosimíles y extraordinarias, personificando en personajes distintos la virtud y el vicio, haciendo pasar á los personajes simpáticos por trances y peripecias que conmueven al lector y le hacen temblar por su suerte, para terminar con el triunfo del bueno y el castigo del malvado; tampoco es la pintura de una sociedad ideal, de la que se exhiben los vicios y defectos más comunes, anatematizándolos y señalando su corrección y desarraigo, ni la descripción de grandes nobles pasiones contrariadas, que á la postre hallan su legítima satisfacción; ni tiende á la historia, ni á la leyenda, ni á la filosofía, ni á ninguna de las modernas inclinaciones de este género de literatura.

Es sencillamente la historia de un hombre, que tiene muchos semejantes en los países americanos más en relación con España, historia ligada íntimamente con la de otros individuos que contribuyen directamente al desarrollo de la acción y toman en ella parte principal; la descripción de unas costumbres, de una civilización, especialísimas, y por ende extrañables, para deducir de ellas consecuencias provechosas á todos.

Literariamente considerada la obra de Grandmontagne llena cumplidamente las condiciones exigibles á toda novela. Tiene una acción, ni demasiado sencilla, ni demasiado complicada,

que abunda en episodios interesantes, los cuales, lejos de destruirla, contribuyen á su unidad, dándola la variedad apetecible. El lenguaje ya lo he dicho antes, es el más á propósito al lugar, á la época y á la condición de las personas que hablan. El estilo, brillante á veces, natural otras, y siempre florido, galano, especial, caraterístico. La descripción de lugares exacta y con sabor y colorido local, y los caracteres bien pintados y marcados y en consonancia con el estado, posición y relaciones de los individuos.

La tendencia no puede ser otra que la enseñanza que de la novela se desprende, para ejemplo y corrección de las costumbres, cuya censura está hecha con sólo describirlas. Y en cuanto á interés, sentimiento, conceptos elevados y observaciones sacadas de las mismas situaciones, tiene lo bastante y sobra para producir el deleite espiritual que aspira á conseguir todo autor y que desean encontrar los lectores hasta en las obras serias, didácticas ó filosóficas.

Teodoro Foronda, el protagonista de la novela, llega á Buenos-Aires, procedente de un rincón de la provincia de Soria, en España, como tantos otros, sin un real, sin equipaje, sin saber casi hablar en castellano, pero lleno de ilusiones y de esperanzas y provisto de una carta de recomendación de un su medio parien-

te para otro paisano suyo, enriquecido, que, como él, vino desnudo hacía veinticinco años y que ya es una potencia comercial.

Don Vicente Ruano, que este es su nombre, dueño de un establecimiento magnífico, no da á Foronda más que buenos consejos, envueltos en reprensiones, y la esperanza de una colocación, buena ó mala, como sea. Hállala en la pulpería de don Miguel Gurriezo, otro español enriquecido, en Añahualpa; y tal maña se da el novato y de tal modo se adapta y acomoda á aquellas costumbres, que no tarda en hacerse el hombre necesario, indispensable, y por fin llega á ser el socio de su principal. De aquí á la riqueza y á la posición no hay más que un pasito, y no son mucho ni poco ocho años para llegar á este caso. El autor describe perfectamente en el capítulo VIII de la primera parte, titulado: «Los primeros pasos de un millonario», los recursos, ardides, bajezas y humillaciones por que tienen que pasar los futuros capitalistas, las cuales, sin embargo, no sirven de nada si no están ayudadas del ingenio natural, de la malicia socarrona. Hay detalles como el del agua que bebe, en vez de anís, cuando le convidan los parroquianos, por ahorrarse su importe, que pintan todo un carácter.

Foronda, ya casi rico, y en camino de ser un potentado, tiene sus amores, y el objeto de ellos es María Bolívar, hija de un gaucho, ver-

dadera perla en el fango, que le ama de verdad y á la que él adora y la hace su esposa después de haberla poseído y á pesar de los egoistas consejos y advertencias de su socio don Miguel Gurriezo y de la lucha que se entabla entre su corazón y su cabeza, que por cierto es de lo más hondo, exacto y bello del libro.

Desde este punto la situación de Teodoro Foronda se consolida, la prosperidad reina en su casa; se encuentra con una esposa fiel y honrada, pero de condición desigual, y con dos hijos, Simón y Teresita, en quienes la desigualdad y el medio en que viven ha de influir poderosamente, según se revela ya en sus dichos y hechos de niños, y cuya educación se resiente del exceso de mimo y sobra de lujo y comodidades, que desarrolla un orgullo impropio de sus cortos años.

La pobre María, la esposa de Foronda, es víctima de la mala educación de sus hijos y de las preocupaciones de su marido, y privada de gozar de las prerrogativas de su posición, sola, abandonada, sin poder frecuentar la sociedad, reducida en su casa, siente invadir su ser una amargura infinita, un despego inmenso de la vida y ¡pobre mártir! intenta en vano reducir la voluntad de Foronda y tener la seguridad de su cariño, y muere, minada por la amarguísima pena de ser objeto del desamor aparente de su esposo y el desprecio de sus hijos. Su

muerte decide á Foronda á abandonar á Añahualpa para trasladarse á la capital, á Buenos Aires, que le brinda con más extenso campo para sus operaciones, y allá van el padre y los dos hijos, señalando su partida una nueva etapa en su existencia y en el curso de la novela, que constituye la segunda parte de ésta.

Ya en Buenos Aires Foronda, sus negocios toman un incremento asombroso, dándole una posición envidiable y teniendo por socios y amigos á los más acreditados de la capital argentina. Todo le sonríe, y solamente turba sus alegrías y sus satisfaciones el recuerdo de la pobre María, muerta por amarle demasiado, y el espectáculo de sus dos hijos, Simón, fatuo engreído, sin corazón y sin creencias, y Teresita, coqueta, superficial, soberbia y envidiosa, que no aman la memoria de su madre, ni le aman á él, tomándole por el dispensador de los beneficios á que se juzgan acreedores por sus riquezas.

Teodoro, en medio de su prosperidad y del fausto que le rodea, empieza á comprender que sus hijos han de ser su castigo, por la indigna conducta que observó con quien tanto le quiso y dió su vida por él; y, para consolarse, ó al menos para olvidar sus remordimientos y la amargura presente, se echa en brazos de una aventurera, Purita, que no es tan mala como debiera, estando bajo la férula de doña Paquita, ser mitad celestina, mitad tutora de Purita;

y en este estado las cosas, todo parece anunciar una catástrofe á la que darán lugar la conducta de los hijos y la extraña resolución del padre. Esta tercera parte no es la menos interesante de la novela y sirve de lazo de unión entre las primeras y la final, en la que vamos á entrar.

En la última parte de esta novela todos los cabos sueltos se unen, la acción se concentra en limitado número de personajes, los principales, porque todos los demás que toman parte en ella son episódicos y sólo contribuyen á que aquellos se destaquen y aparezcan en primer término. Los doctores Puk de Antequera, con su prurito de pasar por una eminencia mercantil; Sonajas, que blasona de político eminente y diestro en los manejos electorales, y Sebastián Sangredo, que se hace pasar por tribuno y orador parlamentario sin segundo, son nuevas figuras decorativas del cuadro que el autor se propuso pintar, y sin desvirtuar la acción, le dan un fondo de realidad que hace concebir perfectamente el estado de aquella sociedad, en que todo se concedía á los títulos y nada al verdadero mérito, al trabajo, si estos no eran seguidos del éxito pecuniario. El autor pone en boca ó en pluma de un supuesto cronista los retratos de estos galancetes de la política, de la legislación y de la literatura, y todos ellos resultan exactas fotografías.

En tanto, la acción se desarrolla gradualmente, sin saltos ni transiciones violentas. Simón y Teresita, los dos hermanos, se desprecian mutuamente, tanto como deprecian á su padre; se burlan y zahieren uno á otro y solo se unen en la animadversión, más aparente que real, hacía el autor de sus días y para auxiliarse en el logro de sus fines, que son: para él, brillar y sobresalir entre los de su clase; y para ella, figurar en las clases más elevadas por medio de un matrimonio brillante.

Teodoro, que conoce esto, se ve acometido de una misantropía horrible, que le hacen aparecer, aún entre sus amigos y en el seno de su familia como un «jabalí», y le conduce á los mayores y más extravagantes extremos.

Su odio á la situación creada llega á su límite cuando, tras haberse culpado, tratando de conquistar, aunque en vano, el aprecio y el cariño de sus ingratos hijos, sabe que Simón trata de suprimir en las chapas anunciadoras de su profesión de abogado su humilde, pero honrado nombre de Foronda, sustituyéndolo por la inicial F y ostentando el materno de Bolívar, más sonoro y popular y que halagaba más la vanidad del primogénito. El arranque que Foronda tiene, primero apostrofando á su hijo por el insulto y la ofensa que pretende inferir al apellido de su padre, llegando á amenazarle con un rewolver, dispuesto á disparar si el hijo no hu-

biera cedido, y después mandando romper la chapa doctoral y arrojando por la ventana las tarjetas en que su nombre estaba suprimido, es de primer orden, altamente dramático, y muy dentro de la situación del desgraciado Foronda.

Teodoro se consuela de tantos sinsabores con las caricias de Purita, pero éstas llegan á no bastarle, y trata de aturdirse tomando una borrachera de ron, durante la cual, y en el delirio que la sucede, hace con frases entrecortadas un resumen completo de su vida, especialmente en su última etapa. Tras el delirio viene la reacción y ésta se significa por el propósito decidido de abandonar á sus hijos á su suerte, realizando su fortuna y regresando á la madre patria, de la cual y de los deudos que en ella dejara se había olvidado completamente.

A pesar de esta resolución, del desprecio que siente hacia sus hijos, el amor paternal renace potente en su corazón, como lo demuestra el hecho de besar el corsé, caído en el suelo, de su hija, en los mismos momentos en que está preparando su especie de fuga.

Se propone huir con Purita y doña Paca, después que aquélla, llegando al mejor punto, impide su suicidio, cuando ya tenia el rewolver apoyado en la sien derecha, y dejaba una carta escrita á un amigo, en la que le daba cuenta de su determinación, carta que es modelo de amarga sinceridad y de tedio de la existencia.

Y..... nada más, porque en el final de la novela, extravagante hasta no poder más, nada nos dice el autor de la suerte que cupo después á Teodoro Foronda y sus hijos, lo cual, no pudiéndolo atribuir á informalidad ó desplante genial, indica que Grandmontagne tiene el propósito de escribir y dar á luz una segunda parte de su novela, lo cual le agradeceríamos cuantos hemos leído la presente y entendemos que algo falta importante que el autor se ha reservado para mejor ocasión.

Y yo aprovecho la de haber lanzado esta especie, para eximirme bonitamente de la tarea, si grata, poco concisa, de dar á conocer los méritos y bellezas de esta obra, que muy á mi pesar, pero obligado por los respetos que debo á los lectores, dejo de reseñar y comentar, que no todo puede ni debe hacerse de una vez, y saludo la aparición de un gran escritor y un genial novelista en F. Grandmontagne.

SOBRE TOROS EN BILBAO

CON MOTIVO DE LA OBRITA DE CORTÉS

I.

Acaba de publicar don José Cortés un folleto sobre la *Historia de la plaza de toros de Vista Alegre;* y como estas cosas de toros siempre animan á los aficionados, apenas se ha anunciado á la venta, hemos sentido la curiosidad de leerlo.

Ya iremos diciendo más adelante el valor taurómaco, económico y social que dicho folleto pueda tener; pero apenas abierta su primera parte y capítulo primero, en el que habla de *recuerdos antiguos* y *corrida memorable*, hallamos deficiencias que un curioso taurófilo no debe olvidar.

La plaza del Mercado era de madera, los toriles estaban en Artecalle; la puerta de arrastre en la subida de los Santos Juanes, junto á la calle Somera; donde las antiguas tocineras se ponían unas verjas de hierro y delante unos bancos de carpintería, y el resto era de madera. Al acabar la guerra civil se dió una corrida

de vacas figurando como lidiadores los toreros de la villa Chaviri, Candidito y otros, y al año siguiente, en 1840 ó 1841 con estos mismos toreros se lidiaron en Deusto toros navarros, y en el encierro del primer día, un toro cogió al sastre llamado el Rojillo, padre de don Lope Alaña.

El año 1844, estuvo el *Chiclanero*. Fué empresario Álzaga, llamado Juanico, el Largo. Pero la más célebre de las corridas de esta plaza fué la de toros del Duque de Veragua, celebrada en el año 1845, que recordó á los ancianos las de los célebres toros *alvareños*, los famosos de Bello y de Peñaranda de Bracamonte, y en cuya corrida aquel picador Trigo, aquel arrogante que años después lidió con el regatón en la plaza de Madrid á los toros del Duque, hubo de humillar entonces su altivez en el redondel de esta villa, pidiendo con súplicas constantes aumento de puya, como lo consiguió, porque aquellos toros á su gran bravura unían, según la expresión de cierto inteligente, *mucha humanidad*.....

La plaza de toros, que ahora podríamos llamar de los Terrenos de la Concordia, y que entonces se llamó de Vista-Alegre, como las otras, se construyó casi con el principal objeto de aumentar los ingresos del paso del puente de Isabel II, por lo que se hizo en territorio de Abando. Tomaron el arriendo del puente don

Victoriano Borda, don Luis Sacristán, don Francisco Basterra, don Antonio Zuazo y otros, y era cobrador del puente el padre de Meaza. Esta plaza tenía los corrales y toriles donde hoy los terrenos de la Concordia, y la puerta de arrastre donde se halla la estación del Ferrocarril del Norte. Allá, por el año 49, debieron torear Cayetano Sanz, Cúchares y Lavi, ó Julián Casas, y en la tarde del 25 de Agosto de 1852 sufrió una cogida el picador Charpa.

En 1858, derribada esta plaza de la Concordia, se levantó otra de madera en la última tejera, detrás de la casa de Zabálburu, en terreno de don Agustín Goitia.

Por cierto que antes de esta nota última he debido hacer mención de las famosas corridas que en 1851 se celebraron en la plaza de la Concordia, que por muchos conceptos merecen memorable recordación y cuyos detalles se hallan consignados en un folletillo de 15 hojas cuya portada dice así: *Descripción de las corridas celebradas en competencia en la Villa de Bilbao, los días 21, 22, 24 y 25 de Agosto del año de 1851.—Bilbao, imprenta y litografía de Delmas é hijo, calle del Correo, número 16. —1851.*

En el prospecto de esta corrida se anunció que se lidiarían en competencia seis toros del Marqués de Casa-Gaviria, de Madrid, con divi-

sa encarnada; ocho toros del Duque de Veragua con divisa encarnada y blanca; seis de la Condesa de Salvatierra, con divisa encarnada y escarolada; diez toros de D. Elías Gómez, (Colmenar Viejo) con divisa turquí blanca, y dos toros de D. Gaspar Muñoz, conocidos por Alvareños, con divisa verde.

Los espadas serían Julián Casas, primer espada en Aranjuez; *Lavi*, primer espada en Madrid; *Trigo*, primer espada en Sevilla, y José Muñoz (a) *Pucheta*, medio espada en Madrid.

Llamamos la atención sobre lo bien ordenado de este programa en lo que se refiere á los matadores, al indicar la procedencia de cada uno, y la circunstancia de que el desgraciado *Lavi* sufrió una horrible cogida aquel año, en el estreno de la plaza de toros de Vitoria, que le impidió torear en Bilbao, y el desgraciado *Pucheta* murió asesinado en Madrid en una de nuestras revueltas civiles, después de haberse hecho célebre por una frase que irreverentemente dicen que contestaba á la reina Isabel II.

Figuraban como picadores Briones, Cevallos, Arana, Chola, Calderón (Antonio) y Arce, y como banderilleros Panchito, Salido, Ezpeleta, Ortega, Zalea, y Mateo López, que algunos años después murió en la plaza de toros de Vitoria.

La empresa puso buen cuidado, al tener conocimiento de la atroz cogida que *Lavi* tuvo en

la prueba de la tercera corrida de Vitoria, de fijar al público un anuncio en que se decía qué Casas y *Trigo* se comprometían sin retribución alguna á matar los toros que á *Lavi* correspodían, repartiéndose entre éste y los Establecimientos de Beneficencia la suma por que había sido contratado.

El picador Chola no vino y en su lugar trabajó Varillas.

El día veintiuno de Agosto de 1851 lució un sol hermoso. Dió principio la prueba á las diez y media de la mañana, con poca entrada, y presidida por el Gobernador don Santiago de la Azuela. Casas vestía lila y Trigo carmesí, ambos con plata.

Tiritay era entonces una institución.

Abría la puerta de los chiqueros, atravesando antes con velocidad la plaza y daba dos vueltas en el aire, tomaba la llave, y dando otra junto al chiquero, antes de abrir la puerta del toril.

Antes que este *Tiritay*, había ejercido su cargo de la puerta de toriles un tal *Patacón*, que bailaba una música llamada de las Habas verdes, pariente de otro que se hizo célebre en los montes de Larrabezúa.

Se corrió un toro de Muñoz, llamado *Cordobés*, y otro de Elías Gómez llamado *Gilguero*, de menos presencia, pero mejor que el primero.

La corrida empezó á las tres y media de la tarde con mucha gente.

El primer toro se llamó *Escarapelo* y siguieron *Confitero, Bolero, Cabrero, Zafreño* y *Calvito*. El *Confitero* dió tan terrible hachazo en el estribo, persiguiendo á un diestro, que cayó desnucado.

El tercero, *Bolero*, lo mató Casas recibiendo, y á petición del público le dieron el toro. Mataron entre todos los toros 11 caballos.

El toro primero de la prueba y el toro quinto de la corrida lucieron hermosas moñas, regalo de los jóvenes de la *Pastelería Suiza.*

La corrida fué mediana, defraudando las esperanzas del público los toros de Gaviria.

El día 22 se corrieron toros de Veragua. El tiempo inmejorable. El primer toro de la prueba se llamaba *Querencioso*, mató tres caballos, y el segundo tomó diez y seis varas, y mató dos. Los toros, contra su mala traza resultaron muy bravos.

En la corrida de la tarde se lidiaron: *Manchego, Relojero, Pañuelo, Dormido, Coleto y Tortolito;* mataron 27 caballos y todos fueron bravos, y bravísimo el quinto llamado *Coleto*, que ostentó una moña hermosísima regalada por los jóvenes de la *Pastelería Suiza*, dejando tendidos doce caballos.

A Casas le dieron el primer toro y el quinto.

Fué, pues, una corrida memorable que contribuyó no poco á la mucha afluencia de gente que acudió á presenciar las corridas siguientes.

El día 24 prueba por la mañana con un toro *Montellino*, de Muñoz, bueno, y otro mejor de Elías Gómez, llamado *Ruano*, que se le dieron al espada *Trigo* por haberlo matado arrancando y descabellándole á la primera.

En la corrida de la tarde se lidiaron seis toros de don Elías Gómez: *Vitojo*, *Jardinero*, *Bandolero*, *Dorado*, *Carcelero* y *Brujo*. Mataron en junto 17 caballos, sobresaliendo *Brujo*, que mató nueve, y cuyo toro se lo dieron al picador Arce y al espada Pucheta.

En esta corrida llamó la atención el rico traje que vestía Casas, que era calzón blanco de punto con franja, y alamares de oro, y chaqueta de hilos de plata con caireles y adornos de plata también; y como lloviera en el quinto toro, se mudó Casas en la misma plaza la chaquetilla. Le dieron á Casas el segundo toro, y al cuarto le hicieron la suerte del molinete Casas y el banderillero Ezpeleta. También el quinto toro lució elegante moña, regalo de los jóvenes de la «Pastelería Suiza».

El día 25 comenzó á llover al empezar la prueba. Casas cojeaba mucho de resultas de un golpe que sufrió la tarde anterior al saltar la valla con el objeto de echar el capote al toro de los aficionados que parecía llevar enganchado en las astas á un muchacho. El primer toro de esta prueba se llamaba *Tabernero*, de Muñoz, y el segundo *Tendero*, de Gómez. La co-

rrida fué de toros de la condesa de Salvatierra, que resultaron magníficos. La tarde estaba oscura, pero no llovió, y la concurrencia numerosísima. Se dió el caso de que el presidente, al empezar la corrida, mandó reconocer y limar las puyas en presencia de él.

Los toros se llamaban *Caspirrio, Serrano, Tintorero, Azafranero, Libertado* y *Pilatos.* Mataron 19 caballos los toros de la condesa de Salvatierra.

Es de notar que el toro *Caspirrio* era rabón y sacó moña de los jóvenes de la «Pastelería», picándole Calderón y Ceballos en dos gallardos corceles bien distintos de los caballos llamados de .pica.

Al toro llamado *Tintorero* le dió *Pucheta* el salto al trascuerno.

El toro *Azafranero* cogió al banderillero Ezpeleta al hacer un quite, salvándole Casas de una muerte segura, y el presidente le dió el toro al banderillero Ezpeleta por la gran serenidad que mostró. En el toro quinto, *Libertado,* hubo una particularidad digna de mención: un caballo que montaba Briones estaba tan adiestrado que, no bien le llegaba el bicho, caía al suelo haciéndose el muerto; y tan pronto como aquél se alejaba levantábase de repente y corría el circo dando botes y cambiando el paso. El toro sexto, *Pilatos,* fué banderilleado por Casas con un precioso par

de banderillas que uno de los jóvenes de la tercera sección de sombra entregó á Casas en nombre de los que se reunían en la «Pastelería Suiza»; y fueron tan caprichosas, que al clavarlas, á la media vuelta, quedaron cubiertos el cerviguillo y los rubios de hermosas moñas ejecutadas con anchas cintas de bonitos colores, lo cual producía un efecto sorprendente; y otro joven de la misma sección arrojó un gran ramo de flores con el que Casas tocó el testuz al bicho.

Se dió un toro de regalo, de Muñoz, que mató Pucheta de una buena arrancando, por lo que recibió el toro.

¡Oh! contraste de los tiempos! Hay ahora aficionados, que presumen de entendidos, que se burlan del toreo de capa y dicen con frase de petulancia:—Los toreros de brazos y no de pies; y los aficionados bilbaínos de 1851 se quejaban de que las corridas de Bilbao se resentían de notable monotonía en las suertes, por el empeño de muchos en impedir las de capa; siendo tal la estupidez de algunos, que ni siquiera permiten el uso de ella para conducir al toro delante del picador. Las suertes de capa—decían—son acaso las más lucidas que tiene la tauromaquia, y donde resalta á lo sumo la superioridad del hombre, que con un sólo pedazo de tela juega á su sabor con la atroz bravura de la fiera.

De los toros de estas corridas de 1851, sólo uno estuvo huído, el tercero de las de Gómez; pero en cambio descollaron el *Ruano* y *Brujo*; mejores en general fueron los de la Condesa de Salvatierra. Se adjudicó el premio por el jurado á *Coleto* de Veragua.—De los toreros, Casas parado recibiendo, dando buenos volapiés y ni un golletazo.

Resumen: Toros de Gaviria 5, varas 59, caballos 11, estocadas 10, pinchazos 1.

Toros de Veragua 8, varas 103, caballos 32, estocadas 18, pinchazos 6.

Toros de Gómez 9, varas 111, caballos 27, estocadas 16, pinchazos 3.

Toros de Salvatierra 6, varas 65, caballos 22, estocadas 12.

Toros de Muñoz 4, varas 30, caballos 4, estocadas 8, pinchazos 1.

La junta calificadora de la competencia la formaron los señores D. Rafael Pérez Vento, D. Julio Sanz y D. Miguel de Castañiza, que reunida en la tarde del 26 de Agosto en casa del gobernador don Santiago de la Azuela, adjudicó por *mayoría* el premio, consistente en un magnífico reloj de sobremesa, al Excmo. señor Duque deVeragua,dueño del toro llamado *Coleto*.

Julián Casas entregó mil reales á la Santa y Real casa de Misericordia, y otros mil al Santo Hospital civil de Bilbao, por lo que recibió dos a tentas comunicaciones de gracias.

Y continuaremos con el folleto de don José Cortés.

Al redactar muy á la ligera la Historia de la Plaza de Toros de la calle de Fernández del Campo nos extraña que no recordara aquel célebre toro de Moral del Zarzal ó de Martínez que, siendo mogón, dejó en plaza 17 caballos, y dió tan tremendos golpes, arrojándole de la plaza al foso, y otra vez del foso á la plaza, al padre de un procurador muy conocido en esta villa.

O es muy flaca y engañadora nuestra memoria en este punto, ó nosotros recordamos ahora como si lo estuviéramos viendo el hermosísimo toro de D. Vicente Martínez que rompió plaza en la de Vista Alegre en las corridas de inauguración de Agosto de 1882, y que valió superior ovación al ganadero. Otro toro de mejor estampa no ha salido en esta plaza, siendo una verdadera lástima que por efecto de su misma bravura y poder al rematar en las tablas persiguiendo á un diestro, se inutilizase.

Al hablar de las corridas del año 1884 dice que en la primera y cuarta corrida se lidiaron toros de Aleas, cuando en la cuarta se lidiaron de Benjumea. Al hacer observaciones á la tercera corrida dice que el ganado fué de D. Vicente Martínez, cuando á la cabeza de la descripción de esta corrida dice que los toros eran de Ibarra.

Al hablar de las del año 1893 dice que el ór den de muerte de las corridas fueron Veragua, Muruve, Cámara y Orozco, y no fué así, porque el domingo 20 se corrieron los toros de Cámara, el lunes 21 de Veragua, el martes 22 de Muruve, y el Miércoles 23 de Orozco, y tampoco es cierto que estas corridas quedaran en lugar muy bajo; porque según mis recuerdos y mis notas de los toros de Cámara, el toro segundo resultó bravo, el toro quinto resultó superior, bravo y de poder, bueno, pero bueno, y el toro sexto muy voluntario, tomando muchísimas varas, pero sin coraje; los toros del Duque salieron:. el primero, segundo y sexto bravos; el tercero y cuarto bravísimos, y el quinto de bravísimo y de poder, y los toros de Muruve todos bravos y muy iguales.

No fueron las corridas el año 1882 los días 13, 14, 15 y 16 de Agosto, sino los días 13, 14, 16 y 17, pues el día 15 fué de baco y hubo regatas en la ria.—Además, puesto á citar lances como el de que al quinto toro le dió Chicorro el salto de la garrocha, bueno es decir que al tercer toro del mismo día 13 le dió el Gallo el quiebro de rodillas. Esto en cuanto á la Plaza Nueva; y respecto á la Vieja, debo recordar que el día 21 fué un toro del Duque de Veragua al corral por mogón, contra la opinión de los inteligentes, que acertaron; pues lidiado el cuarto dia como sobrero, fué bravo y de poder,

banderilleado por Bernardo Hierro, á petición del público, y matado por Ostión, que dió al toro tal encontronazo que se dobló el estoque, lo cual causó la hilaridad de todos y especialmente de los matadores Lagartijo y Frascuelo.

En el ligero resumen de la Plaza vieja desde el año 1865 á 1882 se nos figura que hay inexactitud en el año 1866, en que sólo pone como matadores á Cúchares y Lagartijo, y estamos casi seguros de haber visto carteles de ese año en que aparecía Currito, aunque sólo fuera como sobresaliente.

En 1883 aparecen como matadores Lagartijo, Currito y Cara-ancha, y no se indica que Currito sustituyó á Frascuelo, herido en un dedo en la plaza de Pamplona; ó mejor dicho, aunque se indica, se hace un poco malignamente, para sacar la punta de que la Comisión anunció á Frascuelo, cuando sabía que éste no podía venir. En honor de la verdad debemos decir lo siguiente: El autor de este artículo vió cuándo se lesionó Frascuelo, le visitó aquella noche, le acompañó hasta Castejón el día 11 de Julio y puede asegurar que el valiente Frascuelo, que sufría agudísimos dolores, se lamentaba tanto como de ellos, de que fueran producidos por lo que él suponía una simpleza, por *naa, porque yo tenía enganchado mi capote con un dedo y el toro con un cuerno, y yo tiraba para mí, y el toro tiraba pa él...*

En estas corridas sufrió Mariano Antón una cogida frente al tendido de sombra, al saltar la barrera.

El año de 1885, los días 4 y 7 de Junio, se lidiaron toros de Lizaso por Hermosilla, y Caraancha, habiéndose suspendido la otra corrida anunciada para el día 6.

Este mismo año de 1885 se anunciaron toros los días 23, 24, 25 y 26, que fueron suspendidos con motivo del cólera. Pero, como en el prospecto que tengo á la vista se anuncian toros de Veragua, Saltillo, Aleas y de don Joaquín *Pérez de la Concha*, y según el señor Cortes «la Comisión tuvo que dejar los toros en sus respectivas ganaderías y respetar los compromisos adquiridos para el año siguiente» este año siguiente, que fué el de 1886, debieron lidiarse toros de Pérez de la Concha, y no de Concha y Sierra como equivocadamente dice el señor Cortés al reseñar las corridas de 1886, en una de las cuales, la de 15 de Junio, torearon Mazzantini y Currito.

Hay que advertir que en el año de 1887 no cita el señor Cortés ni aún en *Corridas extraordinarias*, las celebradas los días 1 y 2 de Mayo por Lagartijo y Guerrita y toros de Veragua, en las que tuvieron lugar la cogida del mono sabio Medrano, la inutilización de un quinto toro por el picador Vizcaya, cuyo toro fué retirado al corral, teniendo que matar el

sexto Lagartijo, y lo mató sentado en el estribo, desde donde le descabelló.

En las corridas extraordinarias cita el señor Cortés la de Frascuelo el 16 de Junio de 1883, y debió añadir, en el juicio que de ella hace, que el quinto toro le costó á Frascuelo muchísimo matarlo porque se le iba á las tablas. En cambio, en la corrida del mismo mes y año, el día 24, Lagartijo le atizó al quinto toro, no quince estocadas, sino diecisiete; porque según la revista publicada en el *Irurac-bat*, aquel toro sabía leer y escribir.

El 31 de Agosto de 1893, y en corrida extraordinaria, torearon Guerrita y Angel Pastor.

La corrida de beneficiencia que el señor Cortés señala como celebrada el 14 de Julio de 1885 ¿no sería en 1886? No estamos seguros de nuestra memoria, pero dos circunstancias nos hacen creer que fué en 1886 y no en 1885. Primera: que el 14 de Julio de 1885 fué miércoles, día bien impropio para corridas, siendo día laborable, y en cambio, el 14 de Julio de 1886 fué domingo. Segunda: que en el verano de 1885 se desarrolló el cólera que obligó á suspender las corridas de Agosto.

De *Becerradas benéficas* sólo cita el señor Cortés la celebrada con motivo de las inundaciones de Almería y Consuegra; por iguales razones debió citar la que hubo cuando los terremotos de Andalucía.

En *Otras corridas* hay algunas omisiones. *Valentín Martín* no toreó el 2 de Mayo de 1889, sino el 5, en que fué cogido por el primer toro, por lo cual mató *El Espartero* los cinco toros.

El Gallo toreó en Mayo de 1883 con *Cuatro Dedos*, y el 9 de Mayo de 1886 con *Lagartijo* y *Espartero*.

Torerito mató el séptimo toro en la corrida de 24 de Setiembre de 1888; y en 26 de Mayo de 1892 toreó con *Litri*.

Lagartijillo ¿toreó el 15 de Junio de 1894? ¿No fué el 14?

Ecijano ¿toreó el 15 de Junio de 1891? ¿No fué el 14?

Bonarillo ¿toreó el 5 de Octubre de 1891? ¿No fué el 4?

Villita. Además de las corridas que señala el señor Cortés ¿no toreó el día 31 de Julio de 1892 en que brindó un toro al famoso Sequah?

En la corrida de 30 de Abril de 1893 con toros de Martínez, en que toreó *Fabrilo* y no pudo venir Ostión por enfermo, ¿no lidió *Bernalillo* como sobresaliente?

En la corrida de 10 de Junio de 1894, por *Fabrilo* y toros de Tabernero fué herido el picador *Charol*.

Litri. Toreó en Mayo de 1892 con *Torerito*.

En la corrida de 18 de Septiembre de 1892 se echó al corral un toro; fué sustituído por

uno de Miura que había en el corral desde las corridas de Agosto, y causó tal espanto que sólo *Villita* le corrió y banderilleó, armándose una bronca fenomenal y quedando vivo el toro en la plaza, y en 1.º de Junio de 1893 toreó con *Bernalillo*.

Gavira. ¿Toreó el día 9 de Abril de 1893 con *Villita*? ¿No fueron los días 2 y 3?

Conejito. ¿Toreó el 2 de Mayo de 1894? ¿No fueron los días 2 y 3?

El 18 de Mayo de 1890 toreó *Valladolid* y de sobresaliente *Bernalillo*.

La Plaza del Recreo ¿no se inauguró con una becerrada de alumnos del señor Cortés?

Si lo ha callado por modestia, yo debo consignarlo por verdad.

Yo, que supongo al señor Córtés entendido y aficionado de veras al toreo, me he pasmado de que crea de alguna importancia el que una empresa cuente siempre con un antiguo é inteligente mayoral, sostenido á sueldo durante todo el año, encargado de escoger el ganado en la dehesa y de que los toros son mejores si se traen andando, que no en jaulas. Estos, señor Cortés, son cuentos de viejas y preocupaciones rancias que sólo son admisibles en contadas localidades.

El más inteligente de todos los inteligentes puesto en una ganadería desconocida por él, sabe menos de los toros de esa ganadería que el

último pastor de la misma que ha cuidado de los toros, confirmando el refrán de que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. A este propósito recuerdo la siguiente enseñanza: Fué cierto inteligente, inteligente por sus años y por sus conocimientos, á una famosa ganadería á elegir los toros. Presumiendo de su vista, excusó los consejos del mayoral y los pastores, vió un toro levantadísimo y de fiera presencia, lo eligió, se afirmó más en su elección al oir á un pastor—Ese toro dejará memoria, —lo fué contando así, enorgullecido de presentarlo á los amigos de la plaza en que se había de lidiar, atribuyendo al toro la condición de ser el toro más bravo y de más poder de la ganadería; los amigos propagaron el dicho del pastor, que se realizó ¡bien tristemente! pues dejó memoria, si, pero no por su bravura, sino por buey huído y cobardón, que saltó al tendido y realizó una hecatombe. *Arbolario* se llamaba el toro que saltó al tendido en la plaza de Vitoria, era de don Carlos López y Baldomero Arraiz el que lo eligió. Cuando al pastor le pidieron cuenta de su dicho, contestó: Yo no dije que era bravo, pero temía algo de él porque huía y saltaba todas las vallas y cerraduras de las corralizas.

En la elección de toros hay que confiarlo todo ó al menos gran parte, al buen pago, á las buenas y antiguas relaciones con el ganadero,

y á unas cuantas onzas, bien distribuídas á la gente de campo y corral. Claro está que alguno tiene que saber hacer esto último, sobre todo, pues para eso debe ser ese antiguo é inteligente con quien debe contar una empresa.

Hasta aquí las observaciones de un aficionado á toros, en las que quizás haya errores que enmendar, mas de las cuales algún provecho puede sacar el señor Cortés si hace segunda edición de su libro.

*
* *

Post scriptum.—Un joven periodista muy activo, muy inteligente y muy aficionado y entendido en toros, como que de herencia paterna le viene por mi antiguo amigo D. Pedro, Luis Buesa, ha recogido con verdadero amor las palabras que el revistero de 1851 publicaba en son de queja contra la monotonía de los toreros que por imposición del público no lucían las suertes de capote, y ha tenido una *arrancada* de las buenas.

Buesa vuelve por las suertes del toreo. Queremos el toreo de capote, no menos que el de vara, banderillas y estoque. Yo también. Queremos que las suertes de capa se hagan bien: lo que sea de brazos, con los brazos y poco zapateado.

Muy bien, Buesa, muy bien, eso quiero yo también; es decir, lo mismo el toreo de capa

que el de vara, que el de banderillas, que el de muleta, bien hecho. Pues esta es la buena escuela de los aficionados; nada de exclusivismos, venga todo, pero todo bueno. Conformes. Hé aquí el escrito de Luis Buesa *(Capote)*:

CRONICA TAURINA

PARA DON FERMÍN HERRÁN

Duéleme, mi respetable amigo don Fermín, el soberbio palmetazo que nos larga usted á los aficionados que proclamamos las excelencias del toreo de brazos sobre el toreo de pies, en la última hoja literaria de *El Noticiero Bilbaíno*, y duéleme con doble motivo porque nos atribuye usted conceptos tan erróneos como injustificados.

Si *Las Noticias* fuese un periódico profesional, yo demostraría á usted *c* por *b* lo equivocado que anda en sus apreciaciones, que, no por ser hijas del cariño que profesa á la fiesta de toros, son menos censurables.

Que nosotros reprobemos el toreo de pies, no significa que pidamos la desaparición absoluta de las mil suertes que pueden ejecutarse con el airoso capotillo de percal, por lo mismo que comprendemos su gran utilidad en la lidia de reses bravas.

Queremos que los ruedos de las plazas de toros no se conviertan en pistas de circo ecuestre.

Pedimos que la realización de un lance de capa se sujete á las reglas del arte, reglas escritas, que reprueban, por perjudiciales y antiestéticas, las suertes en que el lidiador confía su ejecución á la seguridad de los remos inferiores.

Las verónicas, navarras, faroles, de frente, por detrás, etc., suertes son que piden mucho aplomo en los pies y movimiento acompasado en los brazos, y todas las que no se hagan así, no son más que un remedo de las verdaderas.

Veroniquear por pies á un toro, es dejarse torear por él, porque el cornúpeto, aunque arguya usted en contrario, no sigue el semicírculo que le marcan los brazos del torero, sino los movimientos y el cambio de posición de éste, lo que, traducido al lenguaje técnico, significa «dejarse comer el terreno», y de ahí los achuchamientos, acorralamientos en las tablas, encunes y cogidas.

El toreo de brazos quita *patas* á los toros; el de pies los destrunca y descompone, haciéndoles aprender lo que no debieran.

El toreo de pies es solo admisible para correr los toros á su salida y prepararlos á los picadores, á los banderilleros y á los espadas.

Mas no es este el que criticamos y rechazamos nosotros sino el otro, ese al que alude us-

ted, el que respecta á las suertes especiales que se derivan del uso del capote, que sin ser absolutamente necesarias, gustan cuando no traspasan los límites marcados por los cánones taurinos.

Los amantes del toreo serio aplaudimos el adorno, pero reprobamos los desplantes.

Y no entro aquí en consideraciones sobre el uso de la muleta *por pies,* porque ya usted sabe que muletear de ese modo ni es arte, ni se castiga á los toros, ni se les despoja de los resabios adquiridos durante la lidia, que es el fin que el matador persigue.

Recuerde usted á Cayetano, á Carmona, á Lagartijo, Frascuelo, Cara-Ancha, Angel Pastor, Gallo, Guerrita—este cuando quiere—Reverte y Fuentes, lea usted á Montes y Sánchez de Neira, y si después de todo esto resulta que no tengo razón, me corto la coleta y no vuelvo á decir esta boca es mía, porque habré probado que ni soy aficionado ni entiendo una jota del asunto.

Siempre suyo afcmo.,

Luis Buesa.

ALGO SOBRE TOROS EN BILBAO

AL INTELIGENTE AFICIONADO
É ILUSTRE ABOGADO
DON FERMIN HERRAN

He tenido el gusto de leer los dos artículos que en las páginas literarias de *El Noticiero Bilbaino* ha dedicado usted á mi folleto *Historia de la Plaza de Toros de Vista Alegre*, y de su lectura he sacado dos consecuencias: por la primera me he convencido de que, además de ser usted un aficionado de los que caen pocos en libra, posee gran memoria y una colección de datos curiosos de las corridas de toros, aunque algunos de ellos no son lo exactos que debieran ser, según le iré señalando.

. . . .

En dicho artículo dice usted que al leer mi primer capítulo ha encontrado «deficiencias que un curioso taurófilo no debe olvidar» y á continuación reseña usted con gran minuciosidad fechas y datos que en mi *Historia* no he dicho.

. . . .

Por no despojarle á usted de toda la razón de ser de sus artículos le concederé algo, aunque muy atenuado, en lo que se refiere á fechas y hechos taurinos.

Según personas que recuerdan tiempos antiguos, no es cierto que los toriles y demás dependencias de la plaza que se construía en la del Mercado estuviesen en el sitio que usted indica; pero todo esto, así como si *Chaviri*, *Candidito* y otros torearon vacas, si en Deusto se corrieron toros navarros por los mismos, si tal ó cual señor fué empresario el año 1844, si en este año toreó el *Chiclanero*, si la más célebre corrida fué la celebrada en 1845 con ganado del Duque de Veragua, de si el picador *Trigo* tuvo que humillar su altivez, etc., etc. son cosas secundarias al objeto de mi *Historia*, y sólo encajarían en un libro que se titulase *Historia de las corridas de toros en Bilbao*, pero en el mio no encajan.

¡Qué cosas tiene usted don Fermín! A cualquier cosa llama usted deficiencia.

Mire usted lo que tiene el que los dos tengamos diferencia de pareceres; pues mientras usted cree que debía de haber puesto en mi folleto los más minuciosos detalles con relación á tiempos antiguos, yo creí y sigo creyendo que son ajenos á su índole, pues hasta me resistía á insertar el artículo *Recuerdos de tiempos antiguos;* y si no hubiera sido porque me parece que está excelentemente reseñado, y por estar autorizado con los nombres de dos esclarecidos escritores, don Juan Delmas y don Julio Enciso, creámelo usted, don Fermín, ni aún eso hubie-

ra ocupado página alguna en mi folleto; y no crea usted que desconozco la mayor parte de los datos que nos suministra, y que agradezco por lo mucho que valen; pero es bueno hacer constar que muchos de los de la Plaza del Mercado, tiempo de *Montes*, los sé por haberlos oído de boca de los mismos diestros que entonces torearon en ella; y como para muestra suele decirse que basta un botón, le diré que el traje, de que usted hace mención, de Julián Casas, blanco con oro, y el capote de paseo bordado en seda, que tanto llamó la atención en aquella época, lo tuve en mis manos antes de venir Julián á Bilbao.

Además, en el momento recuerdo otro hecho de los muchos que sé y en sus artículos no aparecen, sin que por esto diga yo que sus artículos son deficientes, y es que de boca del mismo Julian Casas oí la relación de lo que le sucedió cuando en Bilbao tuvo que echar mano al estoque para defenderse del público que se echó al redondel con ánimo de agredirle.

En lo que se refiere á la plaza que se construyó en la última tejera, detrás de la casa de Zabálburu, no hice ninguna relación de ella porque no poseía datos fidedignos, aunque por referencias sé su historia; pero pensando siempre en que me pudiera salir al paso un don Fermín Herrán me abstuve de hacerlo.

....

Dice usted que le ha pasmado el que yo creyera que es de importancia el que una Empresa cuente con un mayoral encargado de escoger el ganado en la dehesa, que los toros son mejores si se traen andando que no en jaulas, y que estas son preocupaciones rancias que sólo son admisibles en contadas localidades; y para comprobar su pasmo, hace usted comparaciones que tendrán sus visos de verdad, pero que no estoy conforme con ellas.

Lo de tener una empresa un mayoral á sueldo durante el año lo he dicho para demostrar que la de la plaza antigua lo tenía, para justificarla una vez más de que no reparaba en gastos ni sacrificios, con tal de dar gusto al público. Además le diré que, si los toros en la actualidad se trajeran andando, la comisión no tendría más remedio que tener también el mayoral, si quería que los resultados respondieran á los sacrificios pecuniarios; y si no, pregúnteselo al señor Maguregui, que cuando fué á San Roque á ver los toros de D. F. Ibarra, se encontró con que el pienso que se mandó para dichos toros se lo estaban comiendo los del Colmenar.

¿Por qué? Porque como el mayoral no era de la empresa le importaba un comino los intereses de ésta.

Además: ¿quién puede tener mayor celo en el cumplimiento de su cargo, un interino, ó un efectivo que mientras cumpla con su

deber sabe que tiene asegurada la subsistencia?

En cuanto á si son preocupaciones rancias lo de traer los toros andando ó en cajones, vamos á cuentas, don Fermín.

Le emplazo á usted para las próximas corridas de Agosto, caso de que Dios nos quiera conservar la salud; iremos los dos juntos, y me encargo de convencerle á usted de que, trayendo los toros encajonados, ningún toro es útil para la lidia, en la verdadera acepción de la palabra.

Además, estoy plenamente convencido de que, entre dos toros de iguales condiciones, bravos, duros y codiciosos, el uno conducido andando y el otro encajonado, dará mucho, muchísimo más juego el primero que el segundo.

Usted que dice que es aficionado, y que como á tal le considero, habrá visto corridas con toros conducidos andando y conducidos en cajones: si se ha fijado en la lidia que ambos han dado, habrá usted notado que los primeros, que reunan las condiciones antedichas, cogen un caballo y se lo llevan en la cabeza un tercio, por lo menos, de plaza. En cambio, habrá usted visto que los segundos, también en iguales condiciones, en lugar de bajar los cuartos traseros, abrirse de patas y hasta elevar y retorcer la cola, como hacen aquéllos, juntan las patas y no las pueden tener quietas, efecto de la debilidad de los remos.

Para demostrarle á usted que mi opinión no es tan rancia como usted cree, le citaré el siguiente caso:

Hablando, hace tiempo, con el señor Camiña de esto mismo, me dijo: «Sí, ya lo sabemos; pero usted sabe la diferencia de gastos que hay de traerlos andando á traerlos encajonados».

Además, no tiene usted más que recordar como más reciente la corrida de Miura última. ¿No cree usted que aquellos seis toros hubieran dado un resultado excelente de haberlos traído andando?

En cuanto á que la elección de toros debe dejarse al buen pago, á las buenas relaciones con el ganadero y á unas cuantas onzas bien repartidas, no estamos conformes; porque de estarlo, no vemos la necesidad de que la empresa mande á las ganaderías á dos personas encargadas de *escoger los toros*. Decimos *escoger*, porque así se desprende de mil casos ocurridos, y entre ellos recordamos el siguiente:

Hace dos años llegaron á cierta ganadería los comisionados de la empresa de aquí, vieron la corrida que les tenía apartada el ganadero y no se conformaron, porque creyeron que alguno ó algunos de los toros no darían el juego que debían dar, hasta que les dejaron escoger otros en sustitución de los que ellos rechaza-

ron. Cierto es que pudieron equivocarse en la elección, pero lo cierto es tambien que la corrida resultó buena. Luego de ésto se deduce que es necesario que la empresa cuente con un mayoral ó inteligente aficionado, encargado de escoger los toros en la dehesa.

Que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, será una verdad, pero no aplicable en este caso, por regla general, aunque reconocemos que, en cuestión de toros, todos, absolutamente todos, nos equivocamos; es decir, que nadie sabe una palabra. Y si no que nos diga Lagartijo lo que le sucedió con un toro de su propia ganadería, al que él mismo tuvo que foguearle en la plaza de Madrid; y por si esto no es suficiente, en casa de mi amigo Adolfo García está la cabeza hecha por mí, y que tiene los cuernos de un toro de Muruve que fué fogueado, á pesar de que este señor lo eligió y encargó su cuidado al mayoral, recomendándole que lo soltase en quinto lugar.

Aquí viene á pelo una anécdota que demuestra que en cuestión de toros todos creemos ser Salomones.

Se arrastró el toro muerto, sonaron los clarines y saltó á la arena el siguiente. La salida la hizo un poco al lado contrario. Lagartijo, en lugar de seguir el viaje de los picadores, se fué á la puerta de los toriles, y dirigiéndome la palabra me dijo:

—¿Quién ha puesto la divisa á este toro?

—El mayoral, le contesté.

—¿Qué se te ofrece Rafael?

—Nada, que tengo que enseñarle á usted á poner divisas.

—Tú no tienes que enseñarme á mí nada en cuestión de toros.

Y Lagartijo, dirigiéndole al mayoral una de aquellas miradas de desprecio, y que tanto resaltaban en aquella cara agitanada, le replicó con mucha sorna:

—Le tengo que enseñar á usted tanto.....

Por lo demás, me consta que, cuando un *verdadero mayoral* encargado por una empresa de *escoger* ó *ver* los toros, se presenta en la dehesa, no se le toma por un *panoli,* sino que se le atiende y se le sirve hasta donde se puede, pues saben que no es fácil meterle gato por liebre. Por el contrario, si en la dehesa comprenden que es un presuntuoso que de todo entiende menos del cargo que representa, se mofan de él hasta dejarlo de sobra. Véase la clase.

De cierta plaza, cuyo nombre me callo, mandaba la empresa un empleado, y en cuanto la gente del campo le divisaba, solían decir:

Los de el Colmenar:

—¡Ahí está el *Señorito!;* y los andaluces: ¡Ahí viene el *caballo blanco!*

Cambió la empresa de encargado, y los primeros le conocían con los gráficos nombres de

animal, bruto, y los segundos con el de *fantoche,* y todos ellos se divertían con ambos, con los encargados, riéndose grandemente de su ignorancia, de su persona y del dinero, con el cual creía lograr favores de la gente del campo.

....

~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~

CORONA FÚNEBRE

✠ Arsenia Velasco ✠

HA FALLECIDO

EL DIA 4 DE AGOSTO DE 1874 EN VITORIA

R. I. P.

ROGAD Á DIOS POR SU ALMA

Al Sr. D. José Velasco

¡Ser padre!... la mejor dicha!
¡Perder una hija!... el mayor dolor!
Y usted fué padre de Arsenia, y la perdió para siempre... ¿para siempre?... no... en el Cielo la encontrará usted.

FERMÍN HERRÁN.

¡ARSENIA VELASCO!

SENTIDA EN SU SEPULTURA

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
¿Qué númen colocó? ¿Quién á mi pecho
Pide fúnebre canto?
¿Quién agolpa á mis párpados el llanto?
....
Faltó el numen; la antigua
Inspiración faltó. Lágrimas sólo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad, que hundió en la tumba
La parca devorante,
¡Ay! yo la lloraré! que otro la cante.
A la hermosura, al raro
Ejemplo de virtud, dones que tarde
Place á natura unir ¿qué humano pecho
Su admiración negó? Génios sublimes,
Que el alma inspira,
Piedad enmudeció, pulsad la lira.

VENTURA DE LA VEGA.

¿Qué loco desvarío
la idea me arrebata
deteniendo en su curso al pensamiento?
¿Qué misterioso frío
mis sentimientos ata,
causando á mi alma insólito tormento?

¿Por qué al pulsar mi lira,
antes tan melodiosa,
saltan las cuerdas que la mano ha herido?
¿Por qué triste suspira,
y, en nota dolorosa,
lanza tan sólo fúnebre gemido?

¡Ay! nada me responde!
¡en vano la mirada
tiendo do quier, silencio pavoroso,
que la verdad no esconde,
el ánimo anonada,
conturbando el espíritu medroso!

El ánimo doliente
su pesar adivina
antes que la materia se lo advierta;
y del dolor enfrente
que eterno se imagina,
al llanto, que rebosa, abre la puerta.

¡Corred, lágrimas puras,
en abundante lloro;
vuestro amargor escalde mi semblante!
¡Dame tus amarguras
oh, mi laud sonoro,
para que el genio que fenece cante!

El genio, que, potente,
nos asombra y cautiva

con los destellos de su luz radiosa;
la virtud excelente,
que, de la suerte esquiva
sufre el embate, siempre victoriosa.

La espléndida belleza,
que el corazón encanta,
dulcemente embargando los sentidos;
la cándida pureza,
y la dulzura santa,
que ocultara del pecho los gemidos.

¿Posible es, ¡cielo santo!
que tan rico tesoro
perezca como polvo deleznable?
¿Ese tan dulce encanto,
ese sublime lloro,
no conmueve á la muerte inquebrantable?

¡Ay! no. Porque el destino
del genio que se eleva,
es nunca ver cumplida su esperanza;
y es áspero el camino,
y terrible la prueba
que aguarda á quien la luz del genio alcanza.

En vano, audaz y osado
á la suerte provoca;
en vano combatir con ella quiere;
cuando más confiado,

ve que la dicha toca,
sin realizar su anhelo....entonces muere.

Muere, y de tantos dones
como adunarse pudo,
inerte queda sólo la materia;
que en pocas ocasiones
el genio será escudo
que nos libre del duelo y la miseria.

La parca aterradora
sus víctimas señala,
y es en sus decisiones inflexible;
impía y destructora,
á todos nos iguala
ante la ley de su poder terrible.

Así la que, afanosa,
la corona ceñida
llevó de la virtud y del talento,
hoy inmóvil reposa,
triste polvo sin vida,
en modesto y sencillo monumento.

Podrá olvidarse acaso
que vivió y que fué amada,
siempre de su virtud habrá memoria;
por más que de su paso
la huella ya borrada
sólo quede el recuerdo de su gloria.

Y será gran consuelo,
que enjugue nuestro lloro,
y nuestra pena calme dulcemente,
pensar que ya en el Cielo
y entre el celeste coro,
gozará de la gloria eternamente.

Campo-Santo de Vitoria, Calle de San Prudencio.
Miércoles 26 Agosto de 1874.

ARSENIA VELASCO

I

La tarde era magnífica.

Un sol brillante teñía de color de oro los objetos: una ligera brisa, apenas perceptible como los últimos suspiros del moribundo, calmaba la temperatura ardiente del verano; un cielo azul, puro y diáfano venía á completar los encantos de esta tarde del caloroso estío.

Apiñada multitud, en cuyos semblantes veíanse pintados el pesar y la tristeza, la melancolía y el dolor, se agitaba precipitándose á contemplar un objeto que distintamente, á lo lejos, se divisaba.

Era un ataúd blanco, tachonado de oro.

Todo lo demás que se veía era negro.

Por eso la caja se destacaba como la luna en el cielo oscuro.

Era el martes 4 de Agosto de 1874. Estábamos en Vitoria.

Aquel ataud contenía el cadáver de una gloria del teatro español.

¡Arsenia Velasco había muerto!

II

Yo la conocí cuando el aura de los aplausos circundaba sus sienes.

Yo la he dejado de ver cuando la rodeaba el aura de la gloria divina.

Al menos á mí me lo parece y tengo completa fe en mi creencia.

Arsenia Velasco había nacido en Cuenca, el 31 de Agosto de 1845.

Ha muerto en el mismo mes en que iba á cumplir veinte y nueve años.

El día de su natalicio, hubiera sido para ella un motivo más de placer; una nueva causa de satisfacción.

Dios la ha arrebatado estas dulces expansiones, como otras muchas, que su mente ha acariciado y en las que su alma ha creído compla cerse.

Los destinos de Dios son inexcrutables.

Resignémonos.

¡Desgraciado del que, al ver muerta una persona querida, no eleva los ojos al Cielo, ni encuentra en sí mismo un bálsamo que cicatrice las heridas del dolor!

La impía desesperación sólo consigue renovarlas, envenenándolas.

¡Ay del que no cree!

¡Infeliz del que no espera!

No comprendo el dolor de ver morir, sin la esperanza de volver á ver.

Creería mi mayor enemigo al que pretendiese convencerme de que no he de ver más á mi madre.

III

Su padre Don José Velasco, maestro de música, con título expedido por la Sociedad de Santa Cecilia de Roma, y con medalla de los primeros exámenes celebrados en el Real Conservatorio de Madrid, se propuso guiarla desde su cuna, alentándola con los sanos consejos de su experiencia y de su celo paternal.

Con tal dirección, ARSENIA debía llegar á ser una gran artista y una mujer virtuosa.

Veamos cómo llegó á ser lo primero: lo segundo sólo lo sabe Dios y lo saben los que como nosotros la conocieron.

En Septiembre de 1856 ingresó en el Real Conservatorio de Música y Declamación, y después de un estudio constante, con notable aprovechamiento, pretendió y obtuvo por oposición, en Diciembre de 1863, una plaza de

alumna de canto, pensionada con el haber anual de trescientos escudos.

Después de tan manifiestas pruebas de su aplicación, y como complemento de su aprovechada carrera de alumna, copio á seguido un documento que, además de honrarla sobremanera, da cuenta, mejor y más autorizadamente que yo pudiera hacerlo, de sus adelantos.

El certificado á que hago referencia dice así:

DIRECCION DEL REAL CONSERVATORIO

DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN

«Don Justo Moré, Secretario del Real »Conservatorio de Música y Declamación,

»Certifico: Que doña Arsenia Velasco, »ingresó en esta escuela en Septiembre »de 1856, habiendo obtenido, en los exá»menes generales de las diferentes asig»naturas que ha cursado durante su carre»ra, las más brillantes notas: que obtuvo »por oposición, en Diciembre de 1863, »una plaza de alumna *pensionada de canto* »con el haber anual de trescientos escudos, »los cuales ha venido disfrutando hasta la »terminación de sus estudios; que fué pre»miada con *Accèssit de solfeo*, en los con»cursos públicos de 1861, con el *Accèssit*»

»*de canto* en los de 1863; con el *Segundo* »*premio de canto*, en los de 1864; con el »*Accéssit de declamación*, en los de 1865; »y finalmente, que obtuvo el *Primer pre*»*mio de canto*, en los concursos públicos »de 1866.

»Y para que lo haga constar donde le »convenga, extiendo la presente con el »V.° B.° del Director de la parte musical, »en Madrid á 29 de Enero de 1867.— »*Justo Moré*. V.° B.°, El Director, *Hi*»*larión Eslava*.»

Estos progresos son los de la niña á la joven. No es el genio descarriado que huyendo de toda enseñanza desprecia los preceptos, desdeña las reglas, y, ajeno de sólido fundamento, aborta y mata el germen de su gloria destruyendo la base en que había de cimentarse; es el genio que, cuando niño, pide quien le guie, necesita maestros que le enseñen, porque desea conocer el camino más fácil y expedito para llegar al apogeo de su inspiración.

El uno con su soberbia ahoga é inutiliza las más grandes y sublimes facultades; el otro agranda y vivifica las esperanzas más legítimas.

Es el patrimonio del primero la indiferencia, la compasión, y pocas veces el recuerdo; el del segundo lo es el aplauso, la admiración y la gloria.

IV

Salió del Conservatorio, después de haber obtenido las medallas de cobre, plata y oro, y siguiendo los consejos de sus maestros de canto y piano—aunque con gran sentimiento del último, por perder una disculpa tan aventajada—se decide á dedicarse al teatro.

Apenas salida de aquella escuela, el Sr. Parodi, que dirigía una compañia de ópera italiana, se la llevó á Córdoba.

Entonces, ARSENIA VELASCO, era alumna aprovechada, delicada, inexperta; su aparición de primera contralto de una compañía de ópera debía ser embarazosa. Todo lo pueden, sin embargo, la aplicación y el talento.

Llega á Córdoba, y sin más que un ensayo, se presenta el martes 19 de Marzo de 1867, á desempeñar el difícil papel de Orsini, en la ópera de Cayetano Donizetti, *Lucrezia Borgia.*

> »Sin más preparación que el ensayo general del lunes—dice *El Guadalquivir* de »Córdoba, en su número correspondiente »al 21 de Marzo de 1867—Arsenia Velasco se presentó en nuestra escena al »lado de cantantes que llevan años de carrera y de los cuales el más moderno había ejecutado ya infinitas veces la parte »de que estaba encargado; mas no por es-

»to dejó de colocarse á superior altura, »conquistándose el primer triunfo al fijar »por primera vez su planta en la senda á »donde su vocación y sus felices disposi- »ciones la han arrastrado ganosa de glo- »ria..... Fuerza es decir que el público co »noció desde luego el mérito y la exten- »sión de éstas, demostrándolo así en el »vivo interés con que se fijó en Arsenia »Velasco desde que apareció en la escena, »y más especialmente cuando en la ro »manza *Nella fatal di Rimini*, rompió su »entusiasmo en un estrepitoso aplauso que, »no creemos aventurado decirlo así, deci- »dió desde aquel momento la carrera ar- »tística de la simpática contralto. Llegado »que fué el brindis y aún antes de con- »cluir la estrofa, nutridísimos aplausos in- »terrumpieron á la artista, viéndose esta »obligada á repetirla, pero de tal manera »que, creciéndose alentada por su triunfo, »sorprendió á los espectadores con nue »vos y prodigiosos efectos en el registro »de su fresca y poderosa voz.

»Arsenia Velasco ha inaugurado su ca- »rrera de una manera brillante...... el pú- »blico se fijó en su simpática voz, en los »matices que sabe imprimir á las frases »melódicas que nos trasmite, en el modo »de filar las notas y, finalmente, en su po-

»tente voz, en los graves y en la manera
»de aspirar sin dejarlo percibir al auditorio,
»con lo cual dió, desde luego, una prueba
»inequívoca de sus grandes facultades y
»del excelente método que ha aprendido.»

Tan agradablemente sorprendió á la empresa el triunfo obtenido por la nueva artista, que la concedió función de beneficio, no estipulada en el contrato; y á tal galantería correspondió, no menos cortesmente, ARSENIA VELASCO, destinando el producto de esta función por mitades, á la empresa misma, y á la casa de Misericordia, cuyo acto generoso la valió un oficio del señor gobernador de la provincia de Córdoba, lleno de frases halagüeñas, en el que se hacian resaltar sus caritativos sentimientos.

«La ópera elegida por la beneficiada fué la *Favorita*, en la que una vez más escitó vivamente el entusiasmo de los espectadores, justificando cumplidamente el favorable juicio que respecto de sus excelentes facultades de artista formó el público en la noche de su aparición en la escena cordobesa. Todas las piezas fueron cantatadas por Arsenia Velasco con un exquisito sentimiento, con esa delicada afinación y ese buen gusto que la distinguen y que revelan no sólo su inteligencia y su aplicación, sino hasta el excelente método que

ha aprendido; circunstancias todas que le aseguran un puesto distinguido en el mundo artístico. Tanto la melodía de Donizetti como la romanza de Incenga, que fueron cantadas al piano por la beneficiada respectivamente en los intermedios del segundo al tercer acto y del tercero al cuarto, así como las preciosas é intencionadas canciones que ejecutó á petición del público, le valieron calurosos bravos y nutridísimos aplausos siendo llamada repetidas veces á la escena, á la que se la arrojaron palomas y una preciosa corona, primera de las que indudablemente han de ceñir las sienes de la joven artista.»

Esto decía *El Guadalquivir* del día 30 de Marzo de 1867.

El Tesoro del 1.º de Abril del mismo año, que se publicaba en Córdoba, escribía lo que sigue:

UNA ARTISTA

»Arsenia Velasco ha tornado á las riberas del humilde Manzanares.

»Ave de paso, apenas nos dejó escuchar el eco dulcísimo y armonioso de su voz, nos abandonó para ir á desatar sus trinos bajo otro cielo acaso menos puro y espléndido que el que cobija Córdoba.

»Háse alejado henchida de entusiasmo, radiante de felicidad.

»Porque para los artistas de corazón la felicidad es el triunfo.

»Y Arsenia lo obtuvo en la función de su beneficio.

»Ese triunfo es la primera hoja de su corona de artista, la primera página de su historia en la senda del arte.

»Arsenia puede estar satisfecha de la brillante acogida que ha tenido al dar su primer paso en la escena española.

»Córdoba ha saludado á la joven alumna de Euterpe como á un astro que en no remotos días llegará á ser uno de los mejores ornamentos del cielo del arte.

»No queremos envanecerla con elogios.

»Siga cultivando con fe y esmero sus buenas facultades y aliente la esperanza de que le esperan días de gloria en la difícil senda que ha comenzado á recorrer.

»He aquí la preciosa décima que nuestro querido amigo el sentido poeta don Manuel Fernández Ruano, improvisó y dedicó á la señorita Velasco en la noche de su beneficio:

»Inimitable cantora,
En tí Dios quiso poner
El mágico rosicler
Y el concierto de la aurora.

Eres la fuente que llora,
Y la tórtola que canta;
En ese rostro que encanta
Tienes un pensil de flores,
Y un nido de ruiseñores
En tu divina garganta.

»Además otro amigo nuestro escribió en el album de la artista el siguiente

PENSAMIENTO

»Pisas la escena por la vez primera,
Y sus flores te brindan mil vergeles.....
¡Ojalá que al tornar á esta ribera
Convertidas las traigas en laureles!

M.

»Celebraremos que se realice el deseo que expresa el autor de la anterior estrofa.—Z.»

Momentos antes de ausentarse de Córdoba, recibió una carta de su maestro D. Hilarión Eslava, genio musical que pocos españoles hemos aprendido á admirar y que tanto celebran los extranjeros. Esta carta que debió llenar de justísima satisfacción á Arsenia, dice asi:

«Señorita doña Arsenia de Velasco: He recibido con mucha satisfacción los periódicos que tan ventajosamente hablan de la salida de V. en el teatro de esa capital con las óperas *Lucrezia* y *Favorita*. Yo, bajo

la doble personalidad de profesor amante del arte músico-español y de Director musical de este Conservatorio que cuenta á V. entre sus más aventajadas alumnas, doy á V. la más cordial enhorabuena.

»Los auspicios con que V. ha inaugurado su carrera hacen esperar que ha de llegar V. á rayar muy alto en el difícil arte del canto lírico-dramático. Para ello me permitirá V. que la dé un consejo; y es: que no envanezcan á V. los triunfos, ni acobarde á V. si más adelante tuviera algún revés. El artista que se engríe indebidamente por el triunfo ó se amilana por una desgracia imprevista, no es digno del arte».

»Repito á V. mi enhorabuena y quedo suyo afectísimo,

Hilarión Eslava».

Arsenia Velasco tuvo su primer beneficio y adquirió la primera corona, desempeñando el papel de Leonor de Guzmán, en la *Favorita*, la noche del jueves 28 de Marzo de 1867 en Córdoba.

V

Todo el resto del año 1867, y aún parte de 1868, pasó Arsenia Velasco sin darse á aplaudir y admirar en la escena lírica.

Por Pascua de Resurrección de 1868, iba á actuar en Granada una compañía de ópera italiana,—en la que figuraban Aldighieri y la Spezia,—la cual había trabajado en Málaga durante la temporada de invierno, que necesitaba una contralto, y al buscarla en Madrid los empresarios, les fué recomendada por el señor Difranco, apuntador del teatro Real, Arsenia Velasco, á la que contrataron y llevaron inmediatamente á Granada. Corta temporada cantó en aquella culta población, y los aplausos y el aprecio del ilustrado público fueron el premio de su mérito, modestia y laboriosidad.

Sin dormirse, no obstante, sobre sus laureles, halló digna ocupación en el estudio, porque teniendo amor á la gloria y persuadida como estaba de que aquel si no es la gloria es el camino que á ella conduce, creyó que nada mejor podía entonces hacer que completar sus conocimientos, afirmar los adquiridos, adquiriendo otros nuevos, poniéndose de este modo en camino de realizar sus constantes y nobles aspiraciones.

No siempre basta el estudio para conseguir la gloria, y con frecuencia el que la busca quédase á la mitad del camino, pero, cuando á la aplicación se reunen facultades relevantes, se llega seguramente á alcanzarla.

Afortunadamente en esta ocasión así sucedió.

Acaso hubiera sido contratada para el Teatro Real, pero había llegado tarde; la compañía estaba completa; otro año podía esperarse mejor fortuna; mas las cosas estaban dispuestas de otro modo.

VI

Se trataba de establecer en España la ópera nacional.

Distintos eran los caminos seguidos.

Salas pensó en la zarzuela, y fué á contratar á la señorita VELASCO. ARSENIA VELASCO y su señor padre D. José, no admitieron la proposición de Salas, porque aquella estaba decidida á seguir el arte lírico musical; pero Salas, activo, galante y esplendoroso les habla de la ópera española, les propone hacer una prueba de brevísimo tiempo, y ARSENIA VELASCO, en un momento de intuición adivina que aquel es el camino de su gloria y se compromete á cantar por una corta temporada. Sale á escena en el taatro de la Zarzuela, en Madrid, con *Los Mosqueteros de la Reina* en Febrero de 1869, y empieza para ARSENIA VELASCO un camino sembrado de flores, porque ella tenía el buen acierto de ir separando las espinas con su aplicación y buen deseo. Renuévanse los contratos y se entregan decididamente á la zarzuela, en la que ella había encontrado la manifestación más

perfecta de sus aspiraciones y facultades artísticas.

Trabajó con constancia y aplauso en Madrid durante todo el año 1870 y 71; desde Febrero á Septiembre de 1872 en Barcelona; marchó á Sevilla, en donde actuó la compañía hasta Abril de 1873, en cuyo mes se dirigió á Valencia que la tuvo hasta Junio. Descansó este mes, volvió á empezar en Madrid la temporada de invierno hasta Junio de 1874, en que vino á Vitoria, en donde Dios la arrebató á su familia y á sus admiradores, muriendo, no de otra manera que la inocente avecilla, herida por el despiadado cazador, resiste y prolonga sus agonías, para morir en el nido donde ha de encontrar las caricias de sus padres; la madre de Arsenia Velasco había nacido en Vitoria, y en Vitoria se había unido su suerte á la del que había de ser padre de Arsenia.

VII

Arsenia Velasco era una gloria de la zarzuela.

Cuando su reputación se estaba formando, la zarzuela tenía grandiosas figuras; formada aquélla, el género había sido casi completamente abandonado; Arsenia Velasco debía de ser el último sostén y la última esperanza de la zarzuela.

Había tomado parte en gran número de obras españolas; en las antiguas, de los buenos tiempos de la zarzuela, tenía maestras á quienes imitar, aunque añadiera por su parte esos adornos que constituyen el mérito de una artista; pero, véase, á pesar de ésto, de qué modo juzgaba el Señor García Vivanco, en *El Correo de Teatros* del 1.º de Mayo de 1872, que se publicaba en Barcelona, la interpretación dada por Arsenia á dos de sus obras favoritas.

«Nos habíamos propuesto ocuparnos con alguna detención de la zarzuela *El hombre es débil*, muy especialmente por lo que respecta á la singular interpretación que obtuvo por parte de la señorita Velasco que en su papel de Tecla, hace las delicias del público, probándonos que su talento artístico, unido á su gracia especial, así sabe hacer sentir en el género dramático, como disfrutar en el cómico; pero habremos de contentarnos con lo dicho, para ocuparnos con preferencia, en obsequio también de esta joven é inspirada artista, de la representación de *El Juramento*, obra en que la señorita Velasco alcanzó un verdadero triunfo en la noche del domingo, logrando entusiasmar al público en su importante papel de María. En otra ocasión lo hemos dicho y lo repetimos hoy con el mayor gusto; no sabemos qué ad-

mirar más en la señorita Velasco, si la inspirada cantante ó la actriz de corazón, dotes ambas de que hace gala en la citada zarzuela. Conocido como es de nuestros lectores su argumento, harto comprenderán que ocasiones y muchas se ofrecen á la protagonista de ella para lucir su talento, y la señorita Velasco, rayó á tal altura en la obra, dijo y cantó su parte de tal modo, que el público, entre bravos y aplausos, la hizo repetir el dúo del segundo acto, así como el del tercero, llamándola al palco escénico al terminar éste.»

En Sevilla, el día de su beneficio, obtuvo una ovación completísima. Los poetas templaron sus liras y las floristas y los joyeros terminaron apresuradamente sus tareas. Ramos de flores, ricos regalos y multitud de bellísimas poesías fueron las ofrendas tributadas á su sin par talento. Para que su satisfacción fuera más grande alcanzó lo que muy pocas pueden gloriarse de haber conseguido. Otra nueva y deferente carta de su maestro el señor don Hilarión Eslava, á la sazón presente en Sevilla, que dice lo que sigue:

«Señorita doña Arsenia Velasco:—Mi cariñosa amiga y eminente artista: Aunque por mis achaques no pude ayer asistir, como deseaba, á la función de su beneficio, ni disfrutar del palco que tuvo us-

ted la bondad de enviarme y que agradecí sobremanera, sé por la familia con quien vivo y que ocupó dicho palco, que la función fué una continua y justa ovación al talento artístico de V. como cantante y como actriz.

»Yo, pues, que conservo un afecto casi paternal á todas las que fueron alumnas del Conservatorio en el tiempo que tuve parte en su dirección, y que, como usted, se hicieron acreedoras á la estimación general por sus felices disposiciones, su aplicación y buen comportamiento; yo que he visto después con gran satisfacción que usted, en el ejercicio práctico del arte, ha llegado á una altura notable, como lo ha demostrado en la función de ayer, tengo la mayor satisfacción en dirigir á V. una afectuosísima salutación y la más completa enhorabuena, deseando que los laureles artísticos adquiridos vayan en aumento hasta conseguir una verdadera celebridad.

Sirva á V. esta mal pergeñada carta de testimonio del afecto y alta estima de este su admirador y amigo. —HILARIÓN ESLAVA.—Sevilla 8 de Febrero de 1873.

Los periódicos la aplaudieron como artista especialmente *El Gran Mundo* y *La Legitimidad* y el día de su despedida la saludaron con frases tan halagüeñas como merecidas.

«En la noche del martes tuvo lugar en el coliseo de San Fernando—decía este último periódico—la despedida de la eminente contralto señorita doña Arsenia Velasco; excusado es decir que interpretó todos sus papeles con la maestría que acostumbra á hacerlo, distinguiéndose especialmente en el final de *El Juramento* en cuya escena el entusiasmo del público no tuvo límites, siendo frenéticamente aplaudida y arrojándosela á escena multitud de ramos de flores.....»

Arsenia Velasco había conseguido, siguiendo las huellas de las artistas más notables llegar á dominar algunos papeles de las zarzuelas antiguas de tal modo que con dificultad pudiera encontrársela rival. Pero, no era en éstos en los que sobresalía su verdadero genio artístico; era necesario verla crear papeles nuevos, venciendo toda clase de dificultades, porque, cuanto mayores eran éstas, mayores eran también los medios que aquélla encontraba para salir airosa en su empeño.

Y era tan grande su genio, y su estudio tan constante, que ella arrancaba lágrimas ó carcajadas, á medida de su deseo ó del papel cuya interpretación se había propuesto; en las situaciones dramáticas, como en las cómicas, ella sabía encontrar expresiones que desgarraran el alma de dolor, ó arrancaran la risa de los la-

bios, sin que el público tuviera otro remedio que dejarse llevar por la que subyugaba á todos, cuando pisaba la escena.

Yo quiero presentaros á ARSENIA VELASCO en *Los Brigantes*, *El Primer día feliz*, *Ildara*, *Adriana*, *Angot* y *Los comediantes de Antaño*.

Un joven valiente, decidido, no falto de ingenio, y sobrado de osadía, á quien acaban de robar todo su patrimonio, siente arder en su pecho la llama de un amor intenso hacia la hija del que le roba, y lucha, entre el odio que la injusticia del robo despierta en su alma, y, el amor, con que la belleza de su ídolo la llena casi toda; tal es el papel que desempeñaba ARSENIA VELASCO en *Los Brigantes*. Cantaba la tarantela de un modo prodigioso; el entendimiento humano apenas es tan rápido en entender como ella lo era en decir. Dos frases hay faltas completamente de mérito á las que ella se lo daba tan subido, que jamás las pronunciaba sin arrancar una salva general de aplausos y carcajadas.

Nosotros sabemos lo que es una pasión devoradora, un amor desenfrenado, cuando todos son obstáculos á su correspondencia, ó cuando ésta es tan desenfrenada y devoradora como el de aquel á quien se corresponde; pero nosotros conocemos todo esto entibiado por la civilización, dominado por las consideraciones sociales, disminuído por una reflexión constante, y

por una educación continuada que doman y enderezan las más torcidas intenciones, los más furiosos apetitos y los más desordenados deseos. Nosotros, pues, no sabemos lo que es capaz de sentir una sacerdotisa á la que todo parece estar sujeto en la tierra y en el cielo, porque hasta la voluntad del Creador se acomoda á lo que ella quiere y desea; nosotros ignoramos lo que una sacerdotisa debe sentir, y padecer y gozar; nosotros desconocemos lo que esta diabólica figura es capaz de hacer por dominar voluntades que se la revelan y conseguir corazones que se la resisten. He dicho que ignoramos, y me he equivocado; nosotros ignorábamos ésto hasta que Arsenia Velasco ha creado el papel de la *Sacerdotisa de Indrac* en *El Primer día feliz*. Ahora sabemos lo que son las notas deliciosas, las arrebatadoras frases, las centellantes miradas de una sacerdotisa; ahora comprendemos lo que son esas pasiones infernales y diabólicas que abrasan como los fuegos que arden en ese infierno que soñamos; ahora conocemos lo que son esos deseos impetuosos que arrastran como una corriente contenida y desatada de repente, como una venganza dominada y oprimida; ahora sabemos cómo puede concebirse que un pensamiento humano encierre toda la grandeza de un Dios sublime, toda la miseria de un infierno corrompido; que un sentimiento nuestro puede encerrar un edén de felicidad y

un infierno de dolor; y todo se lo debemos á Arsenia Velasco, que con su genio poderoso ha sabido dar vida á lo que ni aún soñábamos que pudiera tenerla. Por eso mereció en esta obra la primera corona de plata.

Era necesario que la que había sabido sentir como sacerdotisa, sintiera como mujer entregada á todos los refinamientos de la civilización y sujeta á todas las trabas de la familia.

Hay una mujer que habiendo amado apasionadamente á un hombre y entregádose á él, se ve violentamente obligada á abandonar á su amante, uniéndose contra su voluntad á otro; el fruto de su amor, á quien ama con el más grande de los amores, teniéndolo á su lado en calidad de paje, puede por sus condiciones de belleza y apostura despertar los celos de un marido extremadamente celoso, que no sospecha que al alejarse de su esposa, ésta recibe á su hijo en su habitación entregándose á los trasportes del cariño maternal, con todas las precauciones que justifica y hace necesarias la vigilancia de un servidor tan feroz como desleal que también está enamorado de su señora. Esta, para besar á su hijo y llorar con él la amargura de su desdicha, le tiene oculto en una habitación que comunica con la suya, y cuando en alas de su amor vehemente y contenido ve llegar la hora de la entrevista; cuando su aliento entrecortado y su mirada anhelante demuestran cla-

ra y distintamente la ansiedad que la domina; cuando al esperar que la presencia de su hijo calme su prolongada agonía, se presenta ante su vista asombrada el *ogro*—que acechaba esta ocasión de sorprender lo que creía amor adúltero de su señora—silencioso, feroz, terrible, vengativo, convertido en demonio que sale de los profundos antros. Aquella mujer, entonces, vacila, los ojos se la saltan, el corazón la late violentamente, la razón se la turba, el tormento más irresistible se apodera de su alma, y cuando se va levantando no se sabe qué admirar más en ella, si la expresión de terror que en su semblante se retrata, ó la amargura y la ira maternal que se apoderan de ella con mas encarnizamiento que pudieran hacerlo de una leona rabiosa y hambrienta que mira vacío el lecho donde depositara sus cachorros. Tal es ARSENIA VELASCO en *Ildara*.

Había creado la mujer enamorada, la esposa desgraciada y el joven alegre y atrevido; era necesario dar vida á la mujer caprichosa, coqueta y disoluta y al poeta oscuro, mezcla de miseria y grandiosidad. ARSENIA VELASCO convertida en Angel Pitou *(Adriana Angot)* es un poeta realista, de ingenio agudo, de incomparable audacia, de severidad pasmosa, de natural galante, veleta por temperamento, burlador por costumbre, galanteador de oficio; tan dispuesto á seguir una aventura amorosa como

á fraguar una conspiración política; que representa un papel simpático; y ¿cómo no? si el Angel Pitou (Arsenia Velasco) era el más hermoso de todos los poetas; si á través de su máscara reaccionaria se descubría un corazón tempestuoso y entusiasta y un alma sensible y apasionadísima? Poeta que entusiasma y domina á los grupos populares con sus canciones; que sostiene que el encanto y el placer de los amores consiste en el secreto; que nada da más realce á las pasiones que el misterio; que prueba de una manera tan encantadora la belleza de la corrupción que no hay mujer amorósa que resista á tanta seducción, á tan poderoso encanto. Arsenia Velasco ha creado el carácter de Angel Pitou, haciéndole aparecer chispeante en ocasiones, desdeñoso en otras, melancólico en algunas, excéptico y despreocupado en las más, y en todas locuaz, atrevido, generoso, malévolo, incisivo, burlón, provocativo y decidor.

La faltaba sólo á Arsenia Velasco el último esfuerzo del genio; el esfuerzo de los contrastes. Ella, tan virtuosa, debía crear el carácter de una comedianta del siglo XVII, mujer hermosa, de talento aventajadísimo, coqueta, dominadora del sexo fuerte, que juguetea con su corazón, que se burla de las afecciones, que se ríe del amor, que tiene por norte el capricho y que reuniendo cuantas condiciones pueden exi-

girse para ser la Venus del amor, á él se entrega avasallándolo todo, porque nada hay que resista á tanto ingenio, gracia y travesura. Mujer que ama por el placer de olvidar, y olvida por el deseo de volver á sentir pasión; que desprecia porque la aborrezcan y desdeña porque la adoren; perspicaz sobre toda ponderación; que dejándose adorar de todos, sólo entrega su corazón á quien no quiere ó no puede darla en cambio el suyo; cortesana con todos los resabios de la más refinada corrupción; que se deja engañar por crearse nuevas emociones y se desespera porque todo lo halla fácil; que se impone violentamente porque nadie la resiste en sus ataques zalameros capaces de rendir los más duros corazones; que se complace en crearse rivales por el sólo placer de verlas humilladas, y que cuando cree burlarse de todo porque el frío ha dominado su corazón, de tal modo, que se figura incapaz de amar, empieza á sentirse abrasada por una llama devoradora que la fuerza á arrastrarse por el suelo, y, abyecta, va á parar en la corrupción del cuerpo y del alma, ó regenerada por aquel afecto, sufre el martirio, digno castigo de todos sus caprichos, veleidades y provocaciones. Este papel desairado, vilmente odioso y cínico lo ha creado ARSENIA VELASCO, con tal discreción, prudencia y talento que no puede darse nada más airoso, más desenvuelto, más elegante,

más bellamente deforme. Ella dominaba desde el escenario como un rey desde su trono, como un orador elocuentísimo desde su tribuna, como Júpiter desde su Olimpo. Llena de desdén, de seducción y encanto cuando movía sus bellísimos ojos parecía que se desarrollaba la tempestad: cuando miraba con dulzura y coquetería era imposible resistir el fuego de su mirada. ¡Cuánto magnetismo había en ella! Embriagaba como el licor de más rápidos efectos; mataba como el rayo de la más furibunda tormenta. De este modo supo desempeñar ARSENIA, después de haberlo creado el papel de Luisa en *Los Comediantes de Antaño*.

VIII

Era la noche del sábado 11 de Julio de 1874. En el teatro de Vitoria se representaba aquella noche *Barba-Azul*; el coliseo se hallaba lleno de bote en bote.

Era la función de despedida de las señoras Franco y Baeza, pero sobre todo, y principalmente, lo era de ARSENIA VELASCO, artista mimada por este público, con tan verdadero cariño, que la recibía todas las noches, á su salida á la escena, con una salva de aplausos.

Barba-Azul despertaba gran interés en el público, porque éste sabía que era una de las primeras obras cómicas en que había tomado

parte ARSENIA. Esta se portó bien en la obra, mejor de lo que de su salud algo quebrantada podía esperarse. Cantó las malagueñas con una gracia sin igual. Un entusiasmo frenético cundió por toda la sala, y todos pedían delirantes la repetición, que fué ejecutada en medio de los bravos, aplausos y palmadas más atronadores, y de preciosos ramilletes que de todas partes la arrojaban. Quizás ARSENIA no ha obtenido un triunfo mayor.

Momentos antes de salir á escena nos había dicho que se hallaba enferma y abatida; cuando, después de terminada la función, la acompañábamos á casa, ARSENIA estaba regenerada; el amor al arte, la satisfacción del triunfo y la obtención de la gloria la daban una vida ficticia. Pocas veces se ha creído ella en más perfecto estado de salud.

Pero, ARSENIA VELASCO había dicho en su papel de *Rosalva* en *Barba Azul* que no quería morirse y ¡contraste singular! aquella mujer, que había fingido su muerte tan admirablemente, y que tantos deseos tenía de vivir, estaba cerca de la tumba. ¡Cuán verdadero es que, en la humana existencia, de la vida á la muerte sólo hay un paso!

Al día siguiente, domingo 12, no salió de casa: el lunes 13, marchó la compañía y ella se quedó en cama; veinte días más tarde, y después de momentos inspiradísimos y de verda-

dera intuición, en que todo lo adivinaba, perdió el conocimiento, y el martes 4 de Agosto, á la una de la noche, exhaló el último suspiro, tranquila, sosegada, y tan celestialmente ocmo había vivido.

Fué en vida modelo de virtudes. En su enfermedad ha resistido con la resignación de una santa, y su muerte ha sido digna de una y otra, llena de modestia y de humildad cristianas.

Las mil y mil personas que continuamente nos preguntaban el estado de su salud, no tuvieron palabras para lamentarse de su desventura el día que dijimos ¡ha muerto! y su desgracia dió origen á rasgos de sentimiento y dolor que no podrían leerse sin derramar abundantes lágrimas. Vitoria la quería como si fuese una hija adoptiva, y su entierro, al que acudió multitud de personas de todas las clases de la población, fué el premio más grande que se puede alcanzar en esta vida. Hay escenas tan íntimas, emociones tan violentas y dolores tan agudos—que cuestiones de delicadeza nos impiden pintar, pero que quizás se den á luz cuando no vivan los que en ellas intervinieron; ó cuando haya venido la resignación y la tranquilidad al espíritu—que á querer contarlas no tendría palabras suficientes para expresarlas con el debido sentimiento.

IX

El distinguido crítico musical D. Antonio Peña y Goñi ha dicho en *El Imparcial:*

«¡Pobre zarzuela! Una de las pocas columnas que se esforzaban aún en sostener con fe y energía la conmovida nave de nuestro género nacional, ha caído para no volver á levantarse; una de las artistas en quien todos nos fijábamos cuando la esperanza de una próxima regeneración acariciaba la mente de los optimistas, ha callado para siempre. Arsenia Velasco, era artista, artista de zarzuela, artista española, en una palabra. Arsenia Velasco, artista modesta y cantante concienzuda ha dedicado todos sus afanes á nuestro arte popular. Nació para la zarzuela, vivió en ella y ella ha recogido los últimos cantos de la malograda joven. Su nombre, escrito en en el cartel, era una garantía; significaba este nombre que la zarzuela representada tendría cuando menos una intérprete concienzuda. Y el público que había aceptado definitivamente como bueno el nombre de la señorita Velasco; el público que con justicia la consideraba como una de las artistas de más relevantes cualidades,

como la más completa entre las que últimamente le rodeaban, el público aplaudía á Arsenia Velasco y prodigábala á porfía todas las muestras de un cariño que nunca faltó á la joven cantante. Celosa de su obligación, infatigable para el duro trabajo de la zarzuela..... su vida ha sido corta pero brillante. Colmada de aplausos, lo mismo en Madrid que en provincias..... era ella, la misma tal vez, salvas contadísimas excepciones, que conservaba aroma y fragancia en medio de las secas y agostadas flores que forman el ramillete de la zarzuela.»

Arsenia Velasco se había dedicado á la zarzuela con tal fe, con tal entusiasmo que, para ella, nada había comparable á los aplausos obtenidos con justicia, en un momento de inspiraeión. He dicho, con justicia, y debo aclarar esto.

Era tan modesta y tan discreta, que, no pudiendo acallar los aplausos importunos con que la saludaban cuando contra su opinión—que ella tenía en mucho, sobre todo en la apreciación de sus defectos,—creía el público una belleza, lo que en su concepto sólo había sido un ligero descuido ó torpeza manifiesta, que se resistía á recibir los plácemes y enhorabuenas con que privadamente la cumplimentábamos y parecía como avergonzada y ruborosa, procurando dis-

culparse de lo que ella consideraba como una falta, siendo sólo una prueba de las simpatías con que el público acogía hasta sus defectos, bien escasos en verdad y de pequeña monta.

Era estudiosa como pocas; amante de desempeñar su papel á la perfección; para lo cual hacía de él un estudio nimio y escrupuloso, y una vez comprendida la intención del autor, sabía adaptarse al carácter que representaba con tal maestría, que á veces se llegaba á dudar de si el papel era creación suya ó del autor; esto en los casos en que no la pertenecía, porque había ocasiones en que de papeles descoloridos y vulgares sacaba caracteres sobresalientes, cuyo mérito sólo consistía en la ejecución, hasta tal punto, que al ser representados por otras perdían completamente su mérito.

Era cariñosa y agradecida; sabía distinguir el verdadero del falso aplauso; los triunfos que á su mérito debía, de los que eran hijos de las simpatías que en todas partes supo conquistarse, no desdeñándose ni burlándose, como otras, de las ovaciones no merecidas, sino agradeciéndolas y conteniéndose dentro de ciertos límites, cuando la daban el parabién; y de tal modo resaltaba ésto, que era imposible ser adulador con Arsenia Velasco.

Vestía con elegancia y exquisita propiedad.

Tenía un gusto especial para acomodar todo

al papel que interpretaba, dependiendo de ésto, cierta libertad en la escena, en la que consistía gran parte de su mérito.

Arsenia Velasco dominaba la escena como pocas, y aún me atreveré á asegurar, como ninguna; y digo ésto, porque hay una prueba en la que he visto fracasar á las más distinguidas actrices y cantantes.

Cuando por uno de esos descuidos que tienen lugar muy á menudo en las tablas, el actor se equivoca, además de costarle mucho reponerse, esta reposición es tan manifiesta que el público siempre lo nota.

Cuando Arsenia Velasco se equivocaba, reponíase con tal habilidad, que ninguno se apercibía de su falta en el momento, sino mucho después, cuando Arsenia estaba enmendando sus yerros con una frase de inspiración que casi siempre sucedía á aquéllos. Con un golpe de vista admirable, ella conocía, apenas salida á las tablas, la situación del público; fija su mirada en lo que se refería á escena, sus compañeros no tenían un guía más acertado, ni un avisador más inteligente, ni un ocultador más pronto que ella; y ocupándose tanto de todos sus equivocaciones estaban justificadas y resarcidas con usura, porque á ellas casi siempre sucedía un esfuerzo inspiradísimo, que era colmado de aplausos, hasta de los pocos que habían notado su equivocación, dada tan pronto

al olvido por la recompensa con que aquélla era pagada.

Modesta sin afectación y sencilla hasta la ingenuidad sabía apoderarse del ánimo de los espectadores, sin buscar en las exageraciones y en los efectos de circunstancias, recursos para obtener aplausos, que, sin ellos, alcanzaba á cada instante.

Distinguidísima actriz, tan distinguida que podía hombrearse con lo más notable del teatro español, su carácter preeminente era la naturalidad, por eso gustaba á todos los públicos y, sobre su mérito no había opiniones ni pareceres, porque todos se lo reconocian notabilísimo.

Tenía una voz tan simpática é igual que todos los papeles los cantaba con acierto, sobresaliendo lo mismo en los que exigian ingenio que sentimiento. Con una buena escuela, y pudiendo cantar correcta y acompasadamente prefería hacerlo con la libertad del génio, entregada á su inspiración y trataba de interpretar la frase musical de una manera tal, que sin desdecir, ni alejarse de la del compositor, tuviese algo de propia y de original, saltando en esos momentos las vallas que se la oponían, insuficientes para contener su entusiasmo, y arrebatando al público con su genio poderoso, ni tenía límites su mímica, ni su palabra y acento desordenados y confusos podían ser más ins-

pirados, más potentes, porque el arrebato y el frenesí de su entusiasmo llegaban á tal punto que, ni ella se daba cuenta de lo que decía, ni el público de lo que escuchaba, á pesar de lo que seducía y arrebataba como impetuoso torbellino que gira vertiginosamente, obligando á todos á prorrumpir en descompuestas y entusiastas aclamaciones.

X

Yo también podría exclamar con el notabilísimo leyendista vascongado Sotero Manteli: «No sé si es placer ó dolor lo que experimenta mi alma en estos momentos.» «Es una melancolía dulce, que todos sentimos cuando, tranquilo el espíritu, contemplamos en la soledad la muerte del día.»

Pero mis recuerdos, si tristes por una parte, porque traen á mi memoria momentos de la vida en que ninguna suerte de cosas cubría el cielo de mi dicha, son alegres ó dulcemente melancólicos por la contemplación de mejores días y por la fe ciega que tengo de que Arsenia habrá ido á gozar eternamente de un lugar de bienandanza, que es el premio de la virtud y de los padecimientos.

Además; es tan triste el valle de lágrimas á que estamos desterrados! ¿Cómo no hemos de alegrarnos cuando de él se alejan seres que

nos son tan queridos entre las bendiciones de todos?

Y los que abrigamos una fe inquebrantable en las bondades de la Providencia, si sentimos y nos apesadumbramos en los primeros momentos en que sólo el dolor posee nuestro corazón, cuando la razón y la fe se hace lugar, nos resignamos, porque no sabemos si la estaría reservado aquí el apurar la copa del dolor hasta las heces.

Y á nadie conviene lo que acabo de decir mejor que á ARSENIA VELASCO, ya que á fuerza de interpretar los sentimientos había llegado á identificarse con ellos, de tal modo, que sentía sin esfuerzo como el ave que vuela, la flor que nos envía sus gratos perfumes, sin darse cuenta de ello, sin sospechar que su alma accesible á todo lo tierno, dulce y sensible, se abría para recibir esas expansiones que la mera noción del dolor ó de la alegría produce en los seres, en los que el sentimiento es ingénito y la sensibilidad está encarnada.

ARSENIA VELASCO, como mujer, ha realizado el bello ideal de la perfección; su inteligencia jamás ha dejado de estar acorde con su corazón; nunca su voluntad ha pretendido arrastrar á la razón, llevándola allá donde no quería ó no podía ir, y de esta armonía entre las potencias del alma, no podía resultar sino esa uniformidad en las acciones que las imprime el sello

de la severidad más estricta, de la más íntegra rectitud y de la más excelente bondad de miras, de un corazón que no ve en la práctica de sus propias convicciones sino el resultado necesario de la justicia de las mismas.

Arsenia Velasco era bella, pero no con esa belleza incitante y embriagadora que despierta los sentidos sin que el alma conciba otra manera en la que pueda ser apreciada, sino con esa belleza tranquila del mar en calma, de la bóveda azul en que las estrellas centellean. Su rostro que, á su voluntad, expresaba los más encontrados sentimientos—tal era el dominio que su espíritu ejercía sobre la materia—era, en su estado normal, cuando desapareciendo la actriz aparecía sólo la mujer, imagen fiel y exacta de su alma, trasunto de su corazón; la pureza de las niñas é intensidad de sus ojos que el lienzo no podía ni retener ni copiar, la daban un aspecto suavísimamente agradable, que influía en el alma del que la miraba, como si en aquel rostro severo y melancólico, dulce y sonriente, se admirase el alma recta y tierna, á la vez, de la que le poseía.

Nada en el era discordante, ni deforme; su nariz aguileña, signo del poder y de la audacia, parecía servir de punto de mira á dos ojos negros, vivos, rasgados, que adornaban dos grandes y arqueadas cejas, cuyo servicio era el de amortiguar el brillo de su mirada, que de otro

modo, nadie hubiera sido capaz de resistir sin bajar la suya; aquellos ojos verdaderos rayos que expresaban á su capricho todos los sentimientos, todas las pasiones, despedían cierto fluído magnético que comunicando á todos lo que querían expresar, se infiltraba por decirlo así, no suave, sino instantáneamente en los corazones llenándolos á su placer de lo que su alma sentia.

Su mirada penetrante, que nada podía desviar, como símbolo de su inteligencia privilegiada, parecía apoderarse de la imagen del en que se posaba, adivinando sus sentimientos, analizando sus ideas y escudriñando hasta lo más profundo de su alma, sin que los párpados al velarla pudiesen destruir sus misteriosos y mágicos efectos, que á la belleza que entonces la añadían adunábase el encanto, mezclado de asombro, que producía en esta actitud, harto propia para representar el dulce arrobamiento y recogimiento melancólico en que se encerraba consigo misma para lanzar después, de sus radiantes pupilas, las centellas de su arrebatadora inspiración.

Su boca, que el desdén fruncía amargamente, abríase sólo para dejar oir palabras dulces, frases de consuelo, discretísimas observaciones y reflexiones luminosísimas que hacían dudar, al oirlas, de que fuera el alma que las dictaba la misma que con tanta verdad y exactitud for-

mulaba las pasiones más vehementes, los afectos más encontrados, los sentimientos más tiernos, las ideas más nobles y elevadas, cuando poseída del genio artístico se aparecía irritada, centellante, inflamada por la cólera ó cáustica, burlona, incisiva, implacable en sus venganzas, en sus odios; sin olvidar los momentos en que la intriga picaresca, el lance cómico, la situación grotesta parecían hallar la vida y animación que las hacía producir el efecto que es de desear y apetecer en la escena.

Talento, dulzura, bondad, virtud é integridad estas son las dotes de ARSENIA VELASCO; discreción, naturalidad, verdad y gracia las que realzaban á aquellas; amabilidad, prudencia, donaire y galanura las que completaban el conjunto; y con todo esto y la admiración y el aplauso de los que la conocimos, el cariño amorosísimo de un padre y las afecciones de familia, ARSENIA VELASCO ha bajado á la tumba; la gloria y el genio que, no la hubieran quitado un átomo de amargura, cuando ésta con sólo tocarla hubiera inundado su corazón, no han podido evitar que la muerte la arrebate, ni dar vida á la materia que separada ya del espíritu sólo ha dejado de tanta belleza, bondad y gracia un cuerpo inanimado, un cadáver yerto y frío que nada podrá volver á animar.

ARSENIA VELASCO adoraba á su padre, de tal modo, que sin él no se la comprendía. Para ella

todo lo más digno, lo más puro, lo más grande, lo más sublime, lo más santo, estaba en el amor que ella sentía por aquel á quien debía el ser. No sabía hacer nada sin su consejo; ni un sólo momento le abandonó en su vida: ni se separaron, sino cuando á Dios plugo llamarla á su mansión. Con igual entrañable afecto era correspondida por su padre que no hallaba felicidad mayor que contentar á su amantísima hija, bien poco exigente por cierto y más fácilmente contentadiza de lo que suelen serlo las que llegan á alcanzar posición tan envidiable.

Sobre su tumba he escrito en letras que durarán menos que su recuerdo:

Á ARSENIA VELASCO

¡GENIO Y VIRTUD! ARSENIA ALABA Á DIOS

FERMÍN HERRÁN.

✠ Arsenia Velasco ✠

ANIVERSARIO

4 DE AGOSTO DE 1874

Todo estaba triste. Era uno de esos días del estío que no se comprenden. Un cielo nebuloso hasta el punto de haber una media oscuridad imponente, una calma completa, hacía elevar instintivamente los ojos hacía arriba y pensar en algo más que en las miserias humanas.

Era muy temprano, me hallaba en el cementerio de Santa Isabel y me había parado delante de la tumba de Arsenia Velasco.

En una lápida había una elegantísima corona, y más arriba una inscripción que sintetizaba la vida de Arsenia.

Dios la había concedido genio y virtud, y á Dios debía Arsenia alabar por sus bondades.

La vista de la corona trajo á mi memoria un

mundo de recuerdos, y entonces fueron presentándoseme en la imaginación las desconsoladísimas escenas de sus últimos momentos.

Las flores que componían la corona representaban el tributo pagado en todas las manifestaciones á la que se fué de entre nosotros haciéndonos derramar abundantes lágrimas.

Su virtud estaba significada en el azahar con capullos (virginidad), en la dalia (nobleza del corazón) y en la rosa blanca acapullada y abierta (candor y pureza); su juventud por la rosa pálida acapullada, su mérito por el laurel con botón de oro, el luto y la tristeza por el musgo, el vehementísimo amor de su padre por piquit blanco, ó por pensamientos los de su familia y amigos.

Una mugué amarilla (lágrimas del corazón) y la Sotis (no me olvides) con la camelia me hicieron pensar más intensamente en Arsenia. La primera flor tenía su color favorito.

En ambos lados tenía esta inscripción. *A la memoria de Arsenia Velasco su desconsolada familia. Falleció en Vitoria el 4 de Agosto de 1874.*

Y yo entonces no pude menos de pensar en lo efímeras que son las glorias humanas.

¡Qué coincidencias tan estrañas! ¡Yo por seguir la ley de las contradicciones había pronosticado la desgracia de Arsenia.

Cuando Arsenia había conseguido subyugar

al público vitoriano y estaba en el apogeo de su gloria, yo que he tenido siempre grandísimo amor al arte y á lo bello y á lo bueno intimé con amistosos lazos con Arsenia y su entonces feliz padre. Este empeñose uno de los días que paseamos, muy de mañana, en que visitáramos el cementerio.

Era uno de los primeros días de Julio. Se celebraba la novena de Santa Isabel y sin embargo no hallamos persona alguna en el lugar de los muertos. El buen padre y yo conversábamos con natural franqueza y sin disimulo alguno social, ya que á ello nos convidaba, no menos que nuestro abierto carácter, el solitario lugar en que nos hallábamos.

Me refería con la satisfacción y el entusiasmo de un padre, que ama entrañablemente á su hija, el bienestar que ella había llevado á su familia.

Y era espectáculo altamente conmovedor el ver á un padre amorosísimo cómo lloraba de placer al pintar la gloria y las virtudes de Arsenia; y, á mí admirador sincero y amigo querido, embargado por la emoción, escuchar atentamente las palabras del venerable viejo cuyo rostro irradiaba de contento, de alegría y de satisfacción.

Cuando hubo dado rienda suelta á sus confianzas, le mortifiqué involuntariamente recordándole, con mi maldita manía de filosofar, que á un paso del límite de la alegría se hallaba el

dolor, y aún creo que, dejándome llevar de mis hábitos oratorios, comprobé mi aseveración con algunos casos de mi vida de colegial.

Y yo en mis tristes augurios tuve fatal acierto, ó intuición profética, porque Arsenia enfermó á los pocos días y á los pocos más había dejado de existir.

No puedo olvidar algunos detalles de la breve, pero, penosa enfermedad que la condujo al sepulcro.

Después de largos días de padecimientos Arsenia llamó á su buen padre y le dijo con una tranquilidad encantadora, palabras que apenaron más y más su alma.

Ella adivinaba que se moría y no quería que presenciáramos tan doloroso espectáculo.

Al día siguiente perdió el conocimiento y sólo lo recobró para rezar en alta voz un Padre Nuestro dos días antes de morir.

En sus palabras ininteligibles se entendía, sin embargo, continuamente, el nombre del que había sido para ella guía cariñoso.

¡Qué momentos más tristes aquellos que precedieron á su muerte!

Su buen padre don José no creyó en tan triste resultado hasta el día 3 lunes. Desde entonces no me separé un momente de su lado. La tarde de aquel día la pasamos contándome don José la historia artística de Arsenia y yo escuchándole enternecido y entusiasmado.

Llegó la noche y nada parecía presagiar una tormenta.

El día había estado calurosísimo y la noche apenas había refrescado.

Arsenia yacía en su lecho de muerte con una respiración fatigosa pero no agitada.

A las doce, en medio de un silencio profundo, la vida de Arsenia se iba apagando. A la una abrió los ojos, hizo un gesto con los labios apenas perceptible, y dejó de existir.

¡Qué horas aquéllas! ¡Qué escenas tan vivísimas no se presentaron á mi vista!

Yo recorrí entonces con rapidez vertiginosa todas las peripecias de su vida hasta llegar á aquel final resultado en cuya realidad no creía.

¡Qué exceso de vida producido por dolor cruelísimo sentí! ¡Qué fiebre, qué volcán hervía en mi mente que algunos momentos alejó todo átomo de razón para convertirla en un caos!

Luego acudieron á mi cabeza pensamientos impíos, sentí que se extrabiaba mi razón; la comtemplé fijamente, recordé sus virtudes, su santa muerte, ví á su desgraciado padre que derramando lágrimas abrazaba el cadáver de su hija, me arrodillé y llorando elevé mis pensamientos al Dios de las alturas.

ASUNTOS CERVANTICOS

CERVANTES Y "EL QUIJOTE"

POR

FRANCISCO MARÍA TUBINO

Hace unos días, en el artículo *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha por Miguel de Cervantes Saavedra y los cervantistas*, publicado en el número 25 de *El Museo*, correspondiente al 23 de Abril de este año de 1872, escribía yo estas palabras:

«.....Después ha publicado don Francisco M. Tubino *El Barrio de las musas, Cervantes revolucionario*, uno de los artículos de más *sprit* que tiene su inspirado autor, y en el que, á vuelta de mil y mil rodeos, no se encuentra—una vez justificado el epígrafe—más que la prueba de la mucha estima en que siempre tuvieron los extranjeros á nuestro célebre INGENIOSO HIDALGO; *Aliaga, presunto autor de Don Quijote el Malo*, que es la historia sintetizada

del P. Fray Luis de Aliaga; *Aliaga no es el autor del Quijote*, en que prueba suficientemente—apoyado en los historiadores Carrillo, Andrés de Ustarroz, Murillo, Blanco de Lanuza, y Ballesteros—que no fué Aliaga, ni pudo ser, el autor que bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda publicó la segunda parte del *Quijote.....*»

Y ahora lo veo confirmado en la obra de que me voy á ocupar.

Cuando, merced á concienzudos estudios y largas peregrinaciones hechas por distinguidos literatos, con el objeto de averiguar quién era el autor que publicara el *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, se creía haber conseguido de una manera clara y terminante averiguar el verdadero nombre del que se ocultara bajo el pseudónimo de *Alonso Fernández de Avellaneda*, aparece don Francisco M. Tubino en el palenque literario con la publicación de sus escritos sobre el asunto objeto de la cuestión, y consigue—como luego probaré—negar fundadamente lo que aquéllos habían sentado probando de una manera satisfactoria que Fray Luis de Aliaga no es el Fernández de Avellaneda á que se refieren.

Empezaron á decir: Mayans que bajo el pseudónimo se encerraba un alto personaje, ó un sugeto «bajo y despreciable; Murillo que era

eclesiástico; Ríos que escribía comedias; Pellicer que había nacido en Aragón y le considera religioso de la Orden Tercera; Navarrete haciéndose cargo pero tergiversando, las palabras de los anteriores rebuscadores, denigra al afamado novelista, presentándole tímido y cobarde, cuando á excesiva prudencia y juiciosa discreción solamente debiera atribuir su conducta; Cea Bermúdez se atreve á asegurar, fundado en documentos relativos á Cervantes que había descubierto en el archivo de Indias de Sevilla, que Avellaneda es Juan Blanco de Paz, opinión que desecharon ó al menos admitieron con gran reserva Navarrete y Clemencín; Castro en 1846 estampa en su libro «El Conde duque de Olivares y el Rey Felipe IV» que el falso autor de *Don Quijote* no es otro que Fray Luis de Aliaga y con estos datos y otros más curiosos é importantes y pasando por una serie de vacilaciones y dudas, se declaran partidarios de la especie divulgada por Castro, Gallardo, Rosell, Barrerra, Hartzenbuch, y Fernández Guerra.

A exponer y rebatir estas ideas van destinados los ocho primeros párrafos que forman el capítulo primero cuyo epígrafe es: *Cervantes y Luis de Aliaga* y en ellos no se sabe qué admirar más, si, la condición de que hace gala el autor de *Murillo,* ó la crítica con que desmenuza y destruye todos los argumentos de sus contrarios. Si los numerosos datos que expone

son verdaderos, como parece probarlo con escritores de otra época, ya lo he dicho antes de ahora, Tubino prueba á mi entender suficientemente que Aliaga no es el que se oculta bajo el pseudónimo de Fernández de Avellaneda.

Se ocupa en el párrafo I de la *Aparición del falso don Quijote;* pinta la situación de Cervantes, y discurre algún tanto sobre el objeto y mérito del falso *don Quijote,* manifestando sobre lo primero que el tal Avellaneda alentaba grandes y dilatadas pretensiones literarias y en cuanto á lo segundo que no le faltaron inventiva, talento, letras y doctrina, siquiera careciese de gusto, la cualidad, quizá, más relevante del herido soldado de Lepanto.

Los críticos en busca del autor anónimo titula al II exponiendo sintéticamente todas—hasta las más absurdas—ideas vertidas sobre el asunto, saliendo más de una vez en defensa del escritor objeto de su libro, á quien en no pocas ocasiones dejan los críticos mal parado, á cambio de hacer triunfar la especie por ellos apadrinada.

A la *biografía apócrifa de Aliaga* que ocupa el corto párrafo III, contesta el ilustrado Tubino con la *biografía auténtica de Aliaga* contenida en el IV.

El V más extenso que los otros, es también el de más importancia; en él desecha como insostenible el que Aliaga fuera motejado desde

niño con el apodo de Sancho; con el buen sentido refuta victoriosamente la apreciación que hicieran anteriores escritores, asegurando que Aliaga concurriera á las justas de Zaragoza; con la autoridad de Carrillo, Murillo, Diez de Aux, Ustarroz, Antonio, Velasco de Lanuza, Ballester y Madalena niega que Avellaneda fuese *escritor* y poeta, y termina exponiendo la imposibilidad de que sea de Aliaga. *La venganza de la lengua española,* pues estando basada sobre el *Cuento de cuentos* de Quevedo, y no habiéndose publicado éste antes del año 1628, mal podía Aliaga publicar su *Venganza* el año 1629, esto es, tres años después de muerto.

Minuciosamente prueba en el párrafo VI que *el fin con que se escribió el Quijote apócrifo* fué ante todo «probar que podía escribir un libro de la índole del cervantesco, con tanto gracejo, aticismo é inventiva y de iguales tendencias literarias,» pero á lo que tan de manifiesto pone el Sr. Tubino debe unirse en mi concepto—y siento discrepar del pensamiento del autor del libro de que me ocupo—un deseo de venganza contra Cervantes que se evidencia en todas las páginas del prólogo que puso Avellaneda en la segunda parte de *Don Quijote,* publicada por aquél en 1614.

Una profunda y filosófica excursión por el campo de las ideas que constituían la manera de ser literaria de la edad media y principios de

la moderna, hace en el párrafo VII que intitula *Exito del Quijote.—Los émulos.—La desventura de Cervantes.* En él se ocupa de censurar la inquina de que estaban poseídos la mayor parte de los escritores de nuestro siglo de oro, contra nuestro peregrino ingenio. Todo lo cual hace que sea éste uno de los en que más se echa de ver, esa crítica filosofía que tanto admiramos en el Sr. Tubino. Y termina este capítulo con el resúmen de todo lo espuesto, en el párrafo VII.

Tal como lo hemos sintetizado el capítulo primero, es indudablemente, el mejor del libro, y de un valor tanto más subido, cuanto que en él se plantean y resuelven quizás, cuestiones importantísimas, que darían lugar á notables controversias, si no fuesen tan contundentes y acabados los datos y las razones alegadas, que inutilizan completamente á los que disientan de las opiniones del sevillano publicista, que son, en mi concepto, las verdaderas, como he tenido el gusto de manifestarlo mucho antes de que viera la luz el libro *Cervantes y el Quijote.*

El Barrio de las Musas ó de Cervantes viene á continuación, y si bien no estoy conforme con la observación del notable crítico señor Revilla, acerca de la inconveniencia é impropiedad de colocar este capítulo en el libro de que me ocupo, no puedo dejar de manifestar que hubiera deseado verle en último lugar, porque

tiene menos importancia y relación cervántica que los demás que forman el resto del apreciable volumen.

En *El Barrio de las Musas* el señor Tubino, con una pasmosa erudición, señala la afición decidida que la mayor parte de nuestros grandes hombres han tenido, quizás inconscientemente, á vivir en las calles que habitaron nuestros grandes ingenios del siglo XVII y especialmente el inmortal soldado de Lepanto.

De tres párrafos se compone el capítulo III, y en él resuelve la cuestión del *sentido oculto del Quijote;* expone primero doctrinas ajenas, sienta las suyas en el segundo y rebate aquéllas en el tercero, que ocupara mejor el lugar anterior si no terminase con un pensamiento que es objeto principal del capítulo.

Excusado es que Gastón, Jarvis y Ríos malgasten el tiempo en probar, el primero, que el Quijote se escribió para satirizar á sus contemporáneos, y atacar al catolicismo; en atribuir Jarvis á Cervantes sus ideas morales y religiosas, y señalar en Ríos semejanzas entre el *Quijote* y la *Iliada.* Excusado también que entendidos críticos, entre ellos Bowle, pretendan encontrar una doctrina esotérica, aprovechando ocasión semejante para *hacer alarde de las propias ideas, cargándolas arbitrariamente á la cuenta del original,* porque el señor Tubino, poniéndose en el verdadero lugar y en

terreno firme y colocándose al lado de *los que, ateniéndose al texto de la obra, entendiéndola y apreciándola como Cervantes quiso que se entendiese y apreciase, abrazaron el laudable propósito de quilatar sus bellezas orgánicas, ya determinándolas perspicuamente y discretamente, ora realizándolas por medio de las explicaciones más oportunas*, prueba, después de hacer referencia á los *Papeles de Estado*, en los que parece se afirmaba que el *Quijote* era una inventiva contra ciertas eminencias contemporáneas, apoyado en la negativa que de la veracidad de tal es pecie le diera el respetable historiador don Tomás Gar—que la «donosa novela no es más que un libro de honesto pasatiempo, colocado en sitio preeminente, en el aprecio universal, gracias á las singularísimas dotes que le avaloran».

Figúraseme, sin que vaya por eso tan allá como los utopistas bibliófilos ya citados, que puede admitirse que el Quijote está lleno de alusiones á notables personajes que por aquel entonces figuraron, sin que ésto sea argumento favorable á rebajar en lo más mínimo el mérito de tan singular obra; y ésto se confirma y fundamenta mucho más si se atiende á que natural era y hoy lo es que, al atacar despreciables vicios que dañan á una institución, se censure, quizás más acremente que el vicio mismo, al que es origen de su entronamiento.

Este capítulo es, quizás en el que más cono

cimiento del Quijote demuestra el señor Tubino, y tan acabadamente retrata á Cervantes que, no resistimos á la idea de trascribir el siguiente elocuente párrafo:

«Como artista, pertenece Cervantes á su siglo; como pensador, á la posteridad. Con el pincel y los colores traza magistralmente el retrato de la España contemporánea; cuando esmalta su obra de reflexiones morales, abandona la región en que vive y se espacía en los dominios de lo porvenir, llevado en alas de una intuición portentosa, y ejecuta esto sin deliberado acuerdo; en la consecuencia necesaria del talento, siempre que se remonta á las alturas del genio. Posee Cervantes toda la filosofía moral de su época, y además el germen de lo que esa filosofía habrá de ser en lo futuro.»

«Conocedor discreto del corazón humano, sabe herir sus más delicadas fibras y arrancarle ecos profundos y sorprender sus secretos; educado en la ruda escuela del sufrimiento, testifica una experiencia que encanta por la melancólica suavidad con que se impone. Ríe y llora, baja á las posadas y huella las alfombras palaciegas, discute con las mozas del partido y con las damas de más alto copete, tiene resignación para todas las desventuras, salida para todas las dificultades, respuestas para todos los argumentos, solución para todos los problemas, consuelo para todos los infortunios; si aconseja,

sus palabras aparecen autorizadas por la buena fe de mayor quilate; si discurre sobre las grandes cuestiones de la vida, son sus pensamientos aureas sentencias que merecían entallarse en duros mármoles y finos bronces; rinde culto idolátrico á la virtud, á la razón y al derecho; y la independencia del alma antójasele encumbrada y superior aristocracia. Su héroe, aún en los trances más duros, no doblega la cerviz, como él no la inclinó jamás, ni bajo el peso de la inconsiderada injusticia, ni ante la satánica vanidad del poderoso, prefiriendo el pedazo de pan otorgado por el cielo clemente, que no la hartura, si está encadenaba la voluntad en los hierros de la ajena dependencia.»

De menos importancia que el anterior es el capítulo IV, en que para poder juzgar atinadamente la situación y propósitos de Cervantes al escribir su *Ingenioso Hidalgo*, historía el señor Tubino muy á la ligera algunos acontecimientos notables en los fastos de la caballería andante, censura el tenaz empeño con que defendían los nobles de la sangre y del talento el quijotismo que entonces dominaba y aprovecha ocasión tan oportuna para descargar sendos y triplicados golpes sobre la constitución actual de nuestra sociedad y más especialmente á las reminiscencias que de la antigua conserva, terminando con el problema—propio de las especulaciones de la filosofía—«Cervantes

concluyó con la caballería andantesca de los libros; pero ¿consiguió matarla en la sociedad española? ¿No alienta en ella su espíritu modificado por los progresos y mudanzas de los tiempos?

Llégame el caso de examinar el último capítulo, uno de los de más importancia que contiene el libro de *Cervantes y el Quijote*, que con el título de *¿Necesita el Quijote comentarios?* abraza dos extremos, y en otros tantos párrafos se divide, para de esta manera poder estudiarlos con la debida separación, pero, no sin guardar una relación justa y legítima.

Se ocupa en el primero del asunto á que hace referencia en el epígrafe del capítulo, y una vez concedido que el *Quijote* necesita comentario, expone en el segundo «el carácter que debe tener el comento, si su utilidad no ha de ser mínima, mentida ó problemática.»

Opina el señor Tubino que cuando salió á luz el *Quijote*, bastaba un mediano discernimiento para comprender la fabula completamente real y que como aseguró Faria y Souza «apenas si tenía acción perdida é acaso sino ejemplar, ó abierta, ó satánica, ó figuradamente» y buena prueba de todo ello, es que desde el momento que pasó al público dominio fueron quilatados sus bellezas y «entendida la enseñanza directa de que era mensajero.»—Consecuencia de lo cual es la inutilidad del comento.

Pero cambiados los sentimientos, alteradas las creencias, reformada completamente la apreciación de las cosas, hoy es necesario del auxilio de los doctos que nos presenten los sucesos con la relación que entonces tuvieran y que como verdad presente no necesitó de enseñanza.

El señor Tubino reconoce la necesidad de un comentario, pero un comentario que no esté reducido á censurar faltas gramaticales, decir que tal frase es arcáica ó exótica, enaltecer las descripciones pintorescas y aplaudir las imágenes brillantes y los párrafos grandilocuentes. El comentario perpetuo del *Quijote*, según el ilustrado Tubino que todavía no se ha escrito, ha de ser esencialmente filosófico porque de esta manera se conocerán los «antecedentes morales y literarios de la obra, su misión elocuente y la consecuencia mediata ó inmediata de su aparición» y el comentario además de ser más racional, será imperecedero, eterno, y no vivirá con la época en que se estriba como sucede con la mayor parte de los que los han escrito, sin que por esto trate de censurar en lo más mínimo sino por el contrario, de aplaudir á Bowle, Viardot, Rios, Pellicer, Gastón, Clemencín y tantos otros como han dedicado sus desvelos á la obra del valeroso y desgraciado soldado de Lepanto.

Termina el precioso tomo que es objeto de mis observaciones con *La Sepultura de Cervan-*

tes; capítulo en que discurre sobre la mísera existencia que llevó aquel ingenio en sus últimos años; algo se refiere al acto de profesar en el convento de las Trinitarias su hija doña Isabel, y principalmente narra el entierro del cadáver de Cervantes llevado á efecto el día 24 de Abril de 1616. Deja vagar en algunos momentos su fantasía—que como meridional ha de ser brillante—y describe con mano maestra las impresiones que siente su corazón entusiasta al examinar aquellas sepulturas.

Lleva el libro por apéndice 66 ilustraciones y notas que sirven para confirmar una vez más y con mayor fundamento los asertos hechos en el curso de la obra.

Cervantes y el Quijote es digno parto del distinguido autor que le publica. En él, el señor Tubino no abandona un sólo momento la crítica filosófica que tanto echa de menos en sitios y lugares necesarios. Erudito se muestra siempre que lo necesita y á pesar de las numerosas citas que en determinados capítulos hace, puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que nunca aparece pesado y mucho menos difuso, tal es el método, claridad y ocasión con que están expuestas.

Por otra parte el que pudiera asentar como defecto, es indudablemente el título de más valía del libro. Las mayor parte de las cuestiones que suscita en él, principalmente en los capítu-

los I, III, IV y V, son de una importancia por todos reconocida; motivo dan todos ellos, más que suficiente, para un libro de mayor tamaño que el que forman todos los capítulos juntos. Sobre algunos de ellos se ha escrito, sirva de prueba «*La Sepultura de Miguel de Cervantes*» del marques de Molins.

¿No era, en verdad, un obstáculo grandísimo para el señor Tubino, el tratar puntos sobre los que mucho se había dicho? ¿No estaba expuesto á ser plagiario, sin quizás saberlo? Todas estas observaciones justísimas no sirven sino para ensalzar más y más el libro que tal novedad presenta en los asuntos, y que de tal manera destruye lo que otros cervantistas sentarán con pruebas que juzgaron suficientes.

Añadir una palabra, sería quitar el placer de saborear sus innumerables bellezas, pero se me ocurre terminar con una pregunta.

Si el señor don Francisco M. Tubino reconoce la necesidad de un comentario filosófico, que todavía no se ha escrito: ¿No sería un delito de lesa literatura, por cuya omisión debiéramos pedirle estrechas cuentas todos los amantes del Quijote, que él, investigador incansable, crítico filosófico y erudito, como nos lo ha probado en su *Murillo, Pablo de Céspedes, El arte y los artistas contemporáneos;* entusiasta como el que más, no diera cima á una obra que indudablemente sería el complemento de su bien

adquirida reputación científica y el florón más preciado de su ya nutrida corona literaria?

Reciba mi cordialísimo amigo una cariñosa enhorabuena, á que se ha hecho acreedor por su última obra y no eche en olvido la última pregunta de mi artículo.

CAUSAS QUE INSPIRARON Á CERVANTES

SUS

NOVELAS EJEMPLARES

DISCURSO DE INAUGURACIÓN Y CONTESTACIÓN
LEÍDO EN LA ACADEMIA CERVÁNTICA ESPAÑOLA
EL DÍA 1.º DE MARZO DE 1873

Señores Académicos:

Gratísima, á la vez que difícil, es mi situación en este momento. Por una parte, la honra inmerecida de haber sido elegido por mis compañeros para contestar al elocuente y erudito discurso del Director, alegra mi ánimo; y por otra, la dificultad de desempeñar el encargo que se me ha confiado, con el acierto que yo quisiera, apena mi alma.

Yo os juro, sin embargo, que pocas veces en mi vida he conocido el placer de una satisfacción literaria como le aprecio en este momento.

Nació la Academia Cervántica Española en-

tre la duda de unos y el recelo de otros, sin que ninguno, aparte de los que hoy son académicos, tuviera una palabra halagüeña para sus fundadores, y considerándola más como puerilidad, hija de las circunstancias por que atraviesa España en su movimiento literario, que por razonado pensamiento cuyas consecuencias se conocieran; y bien podemos decir que sólo la constancia y actividad de los que aquí nos hallamos reunidos ha podido dar tan digno coronamiento á nuestra obra, porque no hemos recibida auxilio de ningún género, inspirando nuestra actitud más compasión que alabanza, que suena á censura la reserva y la desconfianza más que á favor y á aplaudimiento.

Por esta razón la Academia ha tardado más tiempo del que fuera necesario en constituirse, pero bien se puede decir, atendido el entusiasmo y celo de sus fundadores, que con exceso suplen con estas condiciones la falta de numerosos adeptos que hubiera tenido á no haberla cabido tan triste suerte.

Ocupan distinguido lugar entre las obras del insigne Miguel de Cervantes Saavedra sus doce NOVELAS EJEMPLARES: *La gitanilla, La fuerza de la sangre, Rinconete y Cortadillo, La española inglesa, El amante liberal, El Licenciado*

Vidriera, *El celoso estremeño, Las dos doncellas, La ilustre fregona, La señora Cornelia, El casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros;* de las que dice su autor en el prólogo: «Héles dado el nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso,» y de las que yo pienso que fueron inspiradas por ejemplos vistos ú oidos por Cervantes, reuniendo de esta manera el doble mérito, de nacidas de ejemplos, de ejemplo sirven, que es la ventaja de lo que en la imaginación exaltada no tiene su fundamento.

Había tenido Cervantes una vida de miserias y desgracias, capaces de abatir el corazón más valiente; y aunque su alma era de temple singular, tenía que sufrir violentas sacudidas y variaciones no pequeñas en su modo de sentir. Había soñado en Italia, combatido en Lepanto, padecido en Argel, amado en Portugal y observado en todas partes (1): y esta variedad de influencias habían aglomerado en su ingenio, de suyo fecundo, tal caudal de observaciones, que es bien seguro, que más hechos de los de que él había sido testigo, debió á su inagotable númen, lanzado á manos llenas en sus novelas sueltas, que á estudios clásicos, de los que ni

(1) Una frase, parecida á esta, pero muchísimo más elegante, hay en *Cervantes*—meditación de don Emilio Ferrari—artículo publicado en *El Museo* núm. 25, Abril día 28 de 1873, Valladolid

aún y todo le negaré mucha y excelente cantidad (1).

Este es el origen que, en mi concepto, tienen las *Novelas ejemplares*, y estas son las causas que las inspiraron. A poco que se estudie la vida de Cervantes, ¡cuántos casos semejantes á los que son objeto de su *Gitanilla, Amante liberal, El celoso extremeño, la ilustre fregona, Las dos doncellas, La señora Cornelia,* se encontrarán!

Y tan cierto es esto, que así como sus amores con una dama de Portugal, y después con la que fué su legítima mujer, le proporcionaron asunto para la primera parte de su *Galatea*, de la misma manera su prisión de Argel le dió motivo para su *Capitan cautivo*, y «las travesuras de dos rateros famosos, presos en Sevilla, el año 1569, y cuya historia era muy popular, le suministraron el asunto de *Rinconete y Cortadillo;* y el saqueo de Cádiz, adonde vino á desembarcar el primero de Julio de 1596 la escuadra inglesa mandada por el almirante Howard

(1) «Cervantes, después de haber enriquecido la patria literaria con la *Galatea*, el *Quijote*, las *Novelas* y el *Viaje al Parnaso*, queriendo emplearse en una obra que dejase fundada su reputación sobre cimiento indestructible, nada halló mejor para conseguirlo que una imitación del novelista griego Heliodoro.»

Biblioteca de Autores españoles de M. Rivadeneyra—*Bosquejo histórico sobre la novela española* por D. Eustaquio Fernández de Navarrete.—Tomo XXXIII—Madrid 1834—pág. XII.

y el Conde de Essex, le dió margen para idear la *Española inglesa* (1) y sus recuerdos de Salamanca le inspiraron *El celoso extremeño* y *La tía fingida.*»

El señor Apraiz, nuestro querido Director, ha presentado una cuestión nueva, por nadie suscitada y por ninguno conocida, sobre *Leocadia* (2) *ó la Fuerza de la Sangre,* pero cuyo estudio comparativo había sido hecho por algunos escritores en otras novelas.

Yo no sé por qué, pero me parece que esta novelita cuyo examen ha servido al Sr. Apráiz para asunto de su discurso, ha tenido origen en algún episodio por demás interesante del autor de la *Galatea.*

¿Por qué no habían de ser sus pasiones amorosas de Portugal, misterioso origen de esta novela? No me atrevo á proseguir las investigaciones necesarias para probar esta indicación,

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.* Edición adornada con 800 láminas repartidas por el contesto: tomo primero, Barcelona, Imprenta de Antonio Berges y Compañía, calle de Escudillers número 2, año MDCCCXXXIX. *Noticias sobre la vida y escritos de Cervantes;* pág. 19 y 20.

(2) Florián al arreglar (mejor dicho estaría desarreglar) *La fuerza de la sangre,* al francés, la tituló *Leocadia* sin duda por ser esta la doncella violada por el atrevido caballero. Pero la novela vertida perdió en interés y gracia, lo que en ingeniosidad y propiedad del nombre, de modo que el desgraciado autor francés fué osado, atrevido y desarreglador.

pero la dejo apuntada por si alguno con más datos y con más detenimiento que yo, se atreve á desenvolverla.

El deseo de elogiar más y más á nuestro inmortal ingenio, guió al señor Apraiz, al querer encontrar coincidencias literarias, y no plagios —porque de ninguno había de tomar asunto para sus novelas, quien poseía en tan alto grado la inventiva,—entre *La Fuerza de la Sangre* y la *Hecyra* de Terencio, y propósito semejante aunque expresado en más toscas y desaliñadas frases, es el que me obliga, para que formen un todo relacionado, y se completen nuestros discursos, á ocuparme de las *causas que inspiraron á Cervantes sus Novelas ejemplares.*

Han dicho algunos, y no sin fundamento, que las *Novelas ejemplares* de Cervantes, nada tienen que pueda revelar, el que sean relaciones más ó menos disfrazadas de aventuras en las que él fué héroe, apoyándose en las palabras del mismo Cervantes en la de dicatoria que dirige á don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, en la cual dice que sus *Novelas ejemplares* son *doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento presumieran ponerse al lado de los más pintados,* con lo cual parecía querer adelantarse á los que, bien por tener noticia de las cosas de su vida, bien por haber presumido de algunas equivo-

caciones en que incurrió Cervantes
yéndose en la persona de alguno
najes de sus novelas y empleando
persona en lugar de la tercera, que
era el actor principal de los suce
ba, y no meramente inventor de
Pero si se tiene en cuenta, que,
de las *Novelas Ejemplares* él
lo hace con desgana por lo mal
el que puso en su *Don Quijote*,
fácilmente la intención que
que sus novelas son cuentos y
cuentos, porque como quiera
los personajes contemporáneos
considerasen aludidos y retrata
aquel libro, viniendo de aquí no
tos y rencillas para el grande
so se propuso y consiguió hacer
atribuían y de que se quejaba,
oportuno prevenir la susceptibi
llos que podían hallarse en el
asegurar que sus novelas eran
tos de su ingenio y mera inv
tanto.

Véase, pues, como nada prue
cho de Cervantes, volviéndose

---

(1) Recordamos haber leído en las
tes ingeniosas equivocaciones, muy pue
días que corren, con lo cual probamos
adelantó en ingenio y agudeza á los mod

: cirlo así repartida en
o se guarde un severo
ires, porque puede fá-
e que el ilustre ingenio
vo en aquellas fases más
la y darlas la preferen-
bras; y esto mismo será
certidumbre, puesto que,
entura de un individuo
se resiste á todo método
, pues parece más natural
que más afecta nuestro
uestro corazón.
que Cervantes hace en sus
mbres de los países donde
desarrolla ó tienen lugar,
rfecto conocimiento de los
describe detallada y minu-
os que la verdad de las des-
prueba, á nuestro entender,
ivo en los sitios de que se
as y que no escribió por me-
rviéndose únicamente de su
n para hablar de ellos. Y
iones de países y de costum-
nó en numerosos pasajes de
s de aquellos en que se encon-
más notables de su vida, no
rse esto á pura casualidad y
traña, debe creerse que su ca-

al menos pasarle por las mientes la idea de hacerlo, toda vez que, en el prólogo de la misma, nos dice, en amargas frases y con esa modestia que nadie ha tenido en tanto grado, que su libro *engendrado en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*, sólo puede parecerse al que le concibió, y ser, por lo tanto, imagen fiel y perfecta de quien le dió el sér. ¿Qué manifestación más clara puede pedirse de que el inmortal ingenio quiso contar sus propias desventuras, disfrazándolas con los variados incidentes y estudiados detalles de una fábula, que tan bien se prestaba á sus intentos por lo maravilloso del conjunto y por lo rico y florido de la dicción? ¿Qué es, precisando más aún, la historia del cautivo en Argel, tan oportunamente intercalada en el gran libro, sino su propia historia llena de verdad y sentimiento, de amargura y de tristeza?

Todas estas reflexiones, bastantes á convencer á quien no tenga empeño en no ser convencido, son poca cosa en comparación de las que nos sugiere la lectura detenida y meditada de las *Novelas ejemplares*. A cada paso hallamos en ellas, sin siquiera poner voluntad en encontrarlas, pruebas palpables y evidentes de que no nos hemos equivocado al creer y afirmar que Cervantes escribió en ellas su propia vida, no siendo obstáculo á nuestro aserto, el

que esta se halle por decirlo así repartida en todas ellas, ni el que no se guarde un severo orden de tiempos y lugares, porque puede fácilmente comprenderse que el ilustre ingenio debió poner todo el suyo en aquellas fases más caracterizadas de su vida y darlas la preferencia en la série de sus obras; y esto mismo será una nueva garantía de certidumbre, puesto que, la relación de las desventuras de un individuo hecha por el mismo, se resiste á todo método y ordenada conexión, pues parece más natural que se empiece por lo que más afecta nuestro espíritu y embarga nuestro corazón.

En las relaciones que Cervantes hace en sus *Novelas* de las costumbres de los países donde la acción de éstas se desarrolla ó tienen lugar, se echa de ver el perfecto conocimiento de los lugares que pinta y describe detallada y minuciosamente, no menos que la verdad de las descripciones; lo cual prueba, á nuestro entender, que Cervantes estuvo en los sitios de que se ocupa en sus novelas y que no escribió por meras referencias, sirviéndose únicamente de su propia observación para hablar de ellos. Y como las descripciones de países y de costumbres que diseminó en numerosos pasajes de sus obras, son las de aquellos en que se encontró en las épocas más notables de su vida, no pudiendo atribuirse esto á pura casualidad y coincidencia extraña, debe creerse que su ca-

rácter observador y reflexivo le sugirió la idea de hacer de cada uno de los sucesos, en que tuvo parte, una obra recreativa y ejemplar en la que conservando los lugares y parajes, únicamente estaban velados los nombres de las personas, tal vez por no dar lugar á incidentes desagradables ó porque el respeto le impidiese hacerlo así.

De todas maneras aún suponiendo que Cervantes jamás hubiera visitado los lugares que describe y fuera sólo efecto de sus conocimientos poco comunes, la verdad y animación de sus relaciones, sería bastante á mantenernos en nuestra crencia, la especie por muchos difundida y por ninguna sustentada, de que habiéndose propuesto Cervantes corregir ridiculizando los vicios y defectos de la sociedad en que vivía, copió las escenas de sus novelas de la vida real y positiva, siendo sus personajes retratos verdaderos, como él paladinamente confiesa, al manifestarlo, en alguno de sus prólogos, añadiendo que el haberlo hecho le había producido disgustos sin número y lances infinitos.

Y es de suponer que para realizar su propósito de pintar la sociedad y ridiculizarla debió tomar una parte activa en los hechos que eligió para asuntos de sus novelas, teniendo por fuerza que ser el héroe de algunos, ya que así nos lo indica el interés que demuestra por sus personajes y la parcialidad, diestramente velada y disculpa-

da ingeniosamente, con razones que sólo á quien está más interesado pueden ocurrir.

En vano afirman algunos escritores, Aribau, queriendo con ello oponer un argumento contra lo que vamos sosteniendo, que Cervantes llamó *ejemplares* á sus novelas para distinguirlas de las poco edificantes de la escuela del Boccacio, «que traducidas de idiomas extranjeros andaban en manos de los aficionados á este género de entretenimiento,» porque como sucede siempre con aquellos argumentos poco fundados y desprovistos de verdad, que analizados escrupulosamente, se vuelven contra el que los emplea, éste viene á darnos la razón, toda vez que es de suponer que Cervantes al afirmar que «ninguna palabra soltó en ellas (sus novelas) de que pueda darse por ofendido el pudor; y que hasta los requiebros amorosos son tan honestos y tan medidos con el discurso cristiano que no podrán morar á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere», quiso decir que las había descartado de todo aquello que pudiera producir el efecto que trataba de evitar; puesto que si todo hubiera sido fingido no tenía para que manifestar el cuidado que había puesto en purgarlas de toda palabra ó pensamiento que no estuviese conforme con la moral cristiana.

Si esto no fuese bastante, contribuirían á mantenernos firmes en nuestra creencia, las pa-

labras de Cervantes en la dedicatoria de sus comedias (1) al Conde de Lemos, en la que hablando de su Don Quijote decía *que su hèroe quedaba calzado las espuelas para ir á besarle sus pies;* palabras con las que Cervantes, sustituyéndose en el Hidalgo Manchego, venía á probar ser él aquel cuyas aventuras y donosas querellas se proponía referir.

Y cúmplenos manifestar que no es nueva ni original, la idea que apuntamos, puesto que ya en más de una ocasión se ha tratado de hacer entre Cervantes y el héroe de su inmortal libro un paralelo, con el que se venía á demostrar que uno y otro debían estar forjados en el mismo molde, y que los caracteres de ambos—el personaje real y el fingido—no estaban discordes, sino en aquello que exigía la exagerada modestia de Cervantes, que nunca quiso hacer gala, ni aún en los personajes de sus libros, en los cuales más ó menos directamente se hallaba retratado, de cualidades que era el primero en

---

(1) Cervantes escribió una colección de ocho comedias: *El gallardo español, La casa de los celos, Los baños de Argel, El rufián dichoso, La gran Sultana, El laberinto de amor, La entretenida* y *Pedro de Urdemalas* y otros tantos entremeses que son: *El juez de los divorcios, El rufián viudo, La elección de los alcaldes de Daganzo, La guardia cuidadosa, El vizconde fingido, El retablo de las maravillas, La cueva de Salamanca* y el *Viejo celoso,* que se publicaron bajo este título: *Comedias y entremeses de Miguel de Cervantes de Saavedra,* el autor de D. Quijote.—Año 1749—Madrid, en la imprenta de Antonio Marín.

negarse, aún cuando éstas fuesen tales que saltasen á la vista de todos.

En este paralelo hay que prescindir del retrato físico, pues que habiéndose propuesto Cervantes poner fuera del alcance de los entendimientos bastos, cuyas invectivas con razón temía y evitaba, la averiguación de los personajes que los héroes de sus obras representaban, debió poner especial cuidado en hacer que no hubiese analogía, ni semejanza cercana, entre el buen Alonso Quijano y el narrador de sus aventuras, consiguiendo con ésto desviar de la verdad á los que, tal vez, si la hubieran conocido habrían condenado injustamente su conducta.

Todos sabemos, porque él mismo nos lo ha dicho en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, que Cervantes estaba dotado de una belleza física regular, y la tradición nos conserva su retrato, que en nada se parece al del Andante Caballero, lo que debió consistir en el deliberado propósito que formó Cervantes de que sólo por los hechos y variadas aventuras del esforzado Don Quijote, pudiese venirse en conocimiento de quién fuese la persona que representaba.

Y en efecto, si se considera detenidamente la idea que da origen á la *cuerda* locura del Hidalgo de la Mancha, y la que tuvo Cervantes al emprender la ímproba tarea de vindicar los

ultrajes hechos á la literatura patria y de castigar con una sátira moderada, pero punzante, á tantos pedantes malandrines, que no hacían reparo en ofenderla con sus obras vacías de sentido, se hallará una semejanza tal entre una y otra, que habrá que confesar que el gran ingenio se tomó así mismo por modelo para delinear la principal figura de sus obras.

Esta semejanza no solamente se echa de ver en lo que dejamos apuntado, sino que analizando escrupulosamente todas y cada una de las estravagantes aventuras de don Quijote; llevando la sutileza y el esfuerzo del ingenio, allá donde Cervantes quiso que llegase, se ve claramente, á pesar de lo hiperbólico y maravillosamente extraño de todas ellas, que encierran un gran fondo de verdad filosófica y una facilidad de aplicación á los hechos de la vida, que, resalta más y más, cuando se estudia la fecunda en acontecimientos y llena de notables peripecias del Ilustre Manco de Lepanto.

Iguales consideraciones pueden hacerse sobre las demás obras de Cervantes, especialmente sobre las *Novelas ejemplares*, en las que difícilmente podrá hallarse un pasaje que no pueda con propiedad aplicarse á su vida, pues hasta en su novela de *El coloquio de los perros*, (en la que parece no haber términos hábiles para comparar y hallar analogía entre estos anima-

les y los seres humanos), parece que quiso expresar su amargura por lo mal dispuestas que se hallaban las cosas, en especial las de justicia en la España de su tiempo, y lo mal recompensado que eran el mérito y lo desatendidos que se hallaban los verdaderos escritores por «premiar y alentar á los piratas de la literatura, mistificadores del lenguaje y contrabandistas del buen gusto.»

Si la extensión señalada á este trabajo así lo permitiera, extendiérame con gusto en más consideraciones y argumentos, pero debo concluir y réstame sólo manifestar, que siendo esta materia fecunda en razones poderosas é incontrovertibles, que vendrían á dejar fuera de duda lo que vengo sosteniendo, únicamente se debe á mi insuficiencia y probada ineptitud para ello, el que no haya podido hacer llegar á vuestro ánimo un átomo de convencimiento; y mucho menos, el que mis consideraciones, fuertes en sí, pero debilitadas por salir de mis desautorizados labios y ser parto de mi arromado entendimiento, hayan logrado persuadiros á confesar conmigo, que Miguel de Cervantes Saavedra, en sus *Novelas ejemplares*, así como en sus demás obras, se propuso exponer los hechos y sucesos de su vida aventurera, haciendo de cada uno de ellos un ejemplo saludable y provechoso, que sirviendo de expansión á su espíritu angustiado, fuera al mismo tiempo, el ingenioso

consejo que dirigía á sus contemporáneos y la medicina eficaz que viniese á curar, ó por lo menos á aliviar, los vicios y defectos de los mismos y de la sociedad en que vivía.

He dicho.

EPÍSTOLA CERBÁNTINA

AL DOCTOR EMILIO W. THEBUSSEM

Director honorario y perpetuo de la Academia Cerbántica Española, el actual Director en ejercicio.

Vitoria, 1874

Mi sapientisimo compañero: Sospechará, y con razón, vuesa merced, ser, en esta noble tierra cosa rara la existencia de hombres por sus virtudes queridos, por su sabiduría respetados, al mirar como con mengua, al parecer, de lo que el paisanaje exige y dicta el patriotismo, voy á buscar á luengas tierras, para esta naciente y ya acreditada Academia, patrocinio y amparo, que, bien hombres ilustres, de quienes soy devoto, darme hubieran podido, y cúmpleme disipar las cavilosidades que mi extraña conducta haya en vuestra mente engendrado, manifestando las razones que á hacerlo así moviéronme, y las en que los que lo contrario opinan puedan, en cierto modo, fundar.

Siendo verdad que los apóstoles de una cien-

cia, como los de una doctrina, son en poco tenidos y formalmente despreciados, en tanto que las ideas por ellos sustentadas y esparcidas no se vulgarizan, produciendo la convicción de su conveniencia y necesidad, eslo también que los alardes de una comunidad literaria, cuyos auspicios están aún por el recelo de lo porvenir velados y por la escasa propagación desconocidos, no encuentran formal y afectuosa acogida de parte de los mismos que trocarse han en acérrimos defensores, de las mismas ideas que sólo porque son nuevas zahieren y combaten, tan luego como se den cuenta de su utilidad y aplicación conveniente.

Por eso, queriendo al mismo tiempo que extender y propagar el cerbántico culto, hallar un digno patrocinador que desde la altura de su reputación, á costa de nobles y brillantes esfuerzos adquirida y en sólidas y firmísimas bases cimentada, lanzase á todos los vientos su robusta y poderosa voz, entonando la gloria de Cerbantes y haciéndose eco de cuantas manifestaciones en su loor se verifican, aún las más modestas y sencillas y á las miradas de casi todos escondidas, he girado, en torno mío una mirada escrutadora y abarcado con la mente, desde los lugares más recónditos hasta los más visibles, en busca de un hombre que, por su fama, su ciencia y sus virtudes, pudiera servir de escudo á la cerbántica Academia; y al to-

par con vuestro nombre, amadísimo Doctor, que la Europa entera aclama, os he hecho ***motu propio*** paladín de la causa que defiendo, ya que estoy firmemente persuadido de que no frunciréis el ceño al tener noticia de tamaño atrevimiento, toda vez que sabéis acoger con ánimo igualmente benévolo, afable y cariñoso esta clase de alardes, y contando con el asentimiento de mis dignos co-académicos y colaboradores en la grande empresa de que inmodestamente me declaro iniciador, os comunico públicamente su acuerdo de elegiros Director honorario perpetuo del Cuerpo, que, aunque indigno, tengo la honra de presidir.

No es esta determinación mero deseo de halagar la escasa vanidad que pudiera producirnos el honor de sèr dirigidos por un hombre como vuesa merced; es también el ferviente anhelo que á todos nos ocupa, de rendir un tributo de gratitud y reconocimiento á las naciones de Europa que, con un entusiasmo digno de la causa que lo produce, y una sinceridad por todos conceptos loable, han hecho suya la gloria de Cerbantes vinculándola en la humanidad; y como vos sois la figura que más se destaca y eleva en el grupo de las notabilidades científicas y literarias,—ruégoos no toméis esto á lisonja,—hanos parecido muy cuerdo y acertado el elegiros para un cargo, meramente honorífico, que, por la universalidad de vuestros conoci-

mientos podréis perfecta y cnmplidamente desempeñar, ya que su más determinada atribución consiste en propagar y extender por todo el mundo cuanto en honra y gloria del ilustre Manco de Lepanto redunde, merced á los trabajos de una Academia, de la que desde este momento sois la primera y absoluta autoridad.

Déboos, ante todo, manifestar, siquier no se escape á vuestra penetración, el objeto de la fundación de esta Academia, el fin á que aspira y los medios con que cuenta. El nombre de Cerbántica que lleva dice ya mucho á los admiradores del gran escritor, que no podrán concebir otro más elevado y digno que la glorificación de Cerbantes; pero no es bastante, á mi entender, aunque por sí sólo satisfacer podría al más exigente, y otro fin se aduna al ya citado, y es el de despertar y mantener más las aficiones literarias en un siglo en que la política tiende á absorberlo todo, y á formar un plantel de jóvenes que se conviertan, con el tiempo, en cultivadores y activos propagandistas de estos estudios, bajo la advocación del Príncipe de los Ingenios.

Tal vez extrañaréis que sea una capital de provincia el lugar destinado al culto de Cerbantes, en vez de serlo la capital de la nación, que, como centro de las ideas y del movimiento, así literario como científico, era más á propósito para difundir y ensanchar el pensamien-

to, y en la que forzosamente habían de encontrarse más elementos de vida que en una ciudad insignificante por su importancia política y literaria; pero vuestra extrañeza bajará de punto cuando os diga que en ninguna de cuantas capitales he visitado—que son muy pocas, por cierto—he podido asentar y hacer cundir la idea de establecer un templo donde se rinda adoración al gran Saavedra, y que únicamente en la pobre y olvidada ciudad de Vitoria he obtenido acogida entusiasta y he hallado ferviente deseo de coadyuvar á tan laudable propósito, debiendo dejar notado que en la culta Valladolid pude—en unión de algunos distinguidos poetas y literatos—conseguir el establecimiento de una sociedad literaria con el nombre de *Ateneo de la casa de Cervantes*, llamado así porque sus sesiones se celebraban en la que vivió el ilustre cuanto desgraciado alcalaíno, asociación que desapareció á poco de mi salida de aquella ciudad.

Gozárame en obtener de vuesa merced la más pequeña muestra de aprobación y aplaudimiento, por determinación tan natural y justa, ya que no os pasará que algo debe darse á la madre que cobija el fruto que se engendró en su seno, y notoria ingratitud seria, cuando sus hechos podrían traducir, en honra y gloria de la misma, los desvelos y sacrificios que su amamantación y costosa crianza le han producido.

Y más gozárame en esperar, ó, diciendo mejor, obtener, de vuesa merced su protección para esta hija que empollada con el calor de mi entusiasmo y criada á mis pechos,—como veréis por el discurso (publicado) que leyó el Académico de Número y Mérito don Joaquín Herrán y Ureta, en la sesión del 23 de Abril de 1873, día del aniversario 257 de la muerte de Cerbántes,—que tengo en gran estima, y tiénenla mis compañeros, la honra de ser dirigidos por vos, toda vez que viéramos con ello suficientemente recompensados y con usura resarcidos los afanes, disgustos, obstáculos y contrariedades por que hemos tenido que pasar y nos hemos visto obligados á combatir hasta poder tocar la meta suspirada, el codiciado término de nuestras aspiraciones.

No terminaré, mi querido Doctor, esta difusa epístola sin manifestar una idea que no dudo merecerá vuestra aprobación, porque tiende á realizar un pensamiento nada vulgar y de inevitables y satisfactorios resultados. Consiste en formar con donativos hechos á la Academia y con adquisiciones que la misma haga por su cuenta, una Biblioteca exclusivamente cerbántica, y por consiguiente, compuesta, con absoluta exclusión de todas otras, de obras del inmortal ingenio en sus múltiples y variadas ediciones, ó que á él se refieran, bajo la forma de análisis, comentarios, ampliaciones, compen-

dios, anotaciones, ilustraciones y concordancias; sirva ésto, con anuencia de vuesa merced, de anuncio, reclamo y comunicación á cuantos quieran favorecer á este Cuerpo con sus donaciones, así como de indicación á los que hanme hechos anteriores ofrecimientos de esta clase, de la conveniencia y oportunidad de su envío, advirtiendo á todos que esta Academia, y yo, su Director actual, agradeceremos que de las obras ya inéditas ó dadas á luz que se hayan escrito ó en adelante se escribieren, se nos envien, á ser posible, los originales autógrafos que han de conservarse con gran estima, ya que de este modo podrá reunirse en un sólo local todo lo que con Cerbantes tenga relación y le toque de cerca ó lejos.

Soy de vuesa merced, mi apreciable Doctor, devotísimo servidor y compañero en cultivar y festejar la memoria del gran Cerbantes.

FERMÍN HERRÁN.

Post scriptum.—A trueque de que me llamarais innovador y escaso de ortografía, he dejado para lo último el disculparme de haber escrito Cerbántes con *b* y no con *v*, circunstancia que no habrá pasado desapercibida á vuestra mirada sagaz y escrutadora. Lo he hecho así por mil razones á cual más sabias y poderosas, que no os comunico, porque lo haré en un libro espe-

cial que le dedico, y porque bastará á convenceros la de que así lo escribió el Grande Hombre, autoridad que no será para vos de poco peso. Y os satisfará, no de otro modo que satisfizo el alcalde de marras á su Rey y Señor cuando enumerando los ciento cincuenta y un motivos que, según él, había para no recibirle con repique de campanas, conforme á los deseos de aquél, empezaba así:—*Primero, porque no había campanas.*—Después de cuya razón inútiles serían, al parecer de todos, cuantas viniesen en su apoyo. Y si alguno me dijere no tener en tiempo de Cerbantes sonido de consonante la *v*—que no es concebible semejante disparate—daréle en cara con la firma del autor del *Quijote*, que siempre y en todas partes firmó MIGUEL DE CERBANTES SAAVEDRA.

Idem ut supra.

MISIVA CERVÁNTICA

AL SEÑOR DON FERMÍN HERRRÁN, ETC., ETC., ETC.,
EN VITORIA (ESPAÑA)

Mi querido señor: Con tanta sorpresa como gratitud acabo de leer en el afamado y excelente periódico *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, 8 Agosto 1874), la notable y bien escrita *Epístola Cervantina,* con la cual ha tenido usted la bondad de honrarme y de favorecerme. Significado, pues, mi sincero reconocimiento, y dando por sentado que algunas calificaciones de las que V. hace relativas á mi persona, han sido dictadas por el efecto y no por la justicia, diré á V. lisa y llanamente mi parecer sobre los principales puntos que su castizo escrito comprende.

***

Ciertamente que no pasó inadvertida para mí la particularidad de que escribiese usted el apellido *Cerbantes* con *b,* y con toda franqueza expondré que no me satisface el argumento de que así lo estampase en su firma el autor del *Quijote.* Creo que de tales menudencias se curaba tanto Cervantes como de las nubes de antaño, y que ni él, que era harto descuidado, ni las gentes escrupulosas de su tiempo, se ocupaban gran cosa de la

entonces debil y anárquica ortografía castellana. Por eso repito con Hartzenbusch:—«que de la falta de puntuación propia, del innecesario uso de »mayúsculas, de la omisión de otras y demás *ano»malías* ortográficas..... no se debe hacer caso por»que en la época de Cervantes no escribían mejor »las personas cultas.»

Bien sabe usted que en multitud de documentos manuscritos se notan los apellidos *Cervantes y Saavedra* con estas variedades: Cerbantes, Ceruantes, Cervantes, Caruantes, Çarvantes, Serbantes, Seruantes, Servantes, Zerbantes, Zeruantes, Zervantes. Sahauedra, Saabedra, Saavedra, etc., etc. Compare usted algunas firmas autógrafas é indubitadas del manço de Lepanto, ó los facsímiles de ellas tan vulgares en nuestros días y encontrará estas diferencias en el segundo apellido:

Miguel de cerbantes
Saa Vedra.

....

Miguel de cerbantes
Saavedra.

....

Miguel de cerbantes
Saauedra.

....

(Permítame usted un paréntesis. En *Les Mystères de l' escriture..... (París,* 1872), obra á la cual vienen como anillo al dedo aquellas famosas palabras de que—«tan gracioso ni tan disparatado libro como él no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no

le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto,»—se estampa la copia de una firma de Cervantes, agregándole el siguiente texto: «L' illustre Cervantes a l' écriture magistrale. Dans son parafe incroyable, quelle imagination ¡quel mouvement! On y voit don Quichotte emporté par les moulins et jeté á vingt pieds plus loin. Lettres non liées: puisance d' intuition, sens d' observation. Voyez les majuscules largement étalées. Il sent sa force; c'est un hercule. Voyez la bizarrerie: le *g* minuscule est coupó en deux par une liaison inharmonique qui va reprendre la lettre suivante. Il y a dans ce peu demots l' énergie, l' entrain, la gaieté digne qui charme, attacche et sé lui).»

Anudando mi narración diré que, fundado en buenas autoridades, tengo por indudable que de la palabra latina CERVUS, se han formado los apellidos Cervatu, Cervino, Cerviano, Cervantius, etc., y que Godoy Alcántara (*Ensayo sobre apellidos, Madrid, 1871*), autoridad irrecusable en esta materia, escribe lo que copio:

«CERVANTES. Patronímico que en esta forma y en la de *Cervández* ha denominado localidades en los antiguos reinos de León y de Galicia. *Cervantius*, abad asistente al XVI Concilio de Toledo. La desinencia *ante* y *antes* la han conservado no sólo los patronímicos que tienen su primitivo en *antius*...., sino los que terminan en *andus*.....»

Con U y con B estamparon su apellido varios escritores homónimos de nuestro Miguel. Por ejemplo: Francisco *Ceruantes de Salazar*, que publicó el Apólogo de la ociosidad en 1546.

Alonso de *Ceruantes*, el autor de la Glosa famosísima sobre las coplas de Jorge Manrique en 1552.

Nicolás de *Ceruantes*, que describió ciertas fiestas del convento de San Francisco de Granada en 1662. En resolución, todos los del dicho linaje escriben hoy CERVANTES, y hacen por armas el escudo PARLANTE de *dos ciervas de oro en sinople.*

Repase V. las ediciones principales de las obras del cautivo de Argel; limítese V. á la del *Quijote,* cuya vulgar copia heliográfica debemos al activo coronel López Fabra, y note V. que en las portadas, privilegios, tasas, aprobaciones y erratas, se pone siempre *Cervantes.* Las firmas de las dedicatorias al duque de Béjar y al conde de Lémos aparecen con dicha ortografía, que el autor no se curó de corregir en las siguientes ediciones, que diz pasaron á su vista. ¿Es posible que por descuidado y abandonado que fuese, dejara de notar la visible diferencia que por la forma material de las letras *u* y *b* media entre *Ceruantes* y *Cerbantes?* Yo creo que éste desde su mocedad ó desde su niñez estampó malamente la firma; no quiso enmendarla y por eso dejaba correr la ortografía en letras de molde ó en escritos de mano ajena, mientras él usaba la cacografía. De medio á medio le era aplicable el *video meliora provoque; deteriora sequor.*

Solamente dos veces, si mal no recuerdo, se escribe el apellido *Cervantes* en el texto del *Quijote,* y ambas son en el donoso y grande escrutinio de la librería del Hidalgo. En la primera edición se puso *Cerbantes;* en la segunda *Ceruantes* y *Cer-*

bantes, y en la tercera, ó sea la que pudo revisar nuestro autor, se apuntó por duplicado *Ceruantes*.

Sé de buena tinta, que en la futura edición del Diccionario de la Academia Española se insertarán las palabras *Cervántico, Cervantista, Cervantófilo*, etc., con v y no con B.

La ortografía es una forma externa y variable de la escritura. Por eso las primeras ediciones del *gran libro* apuntaron Quixote, Dulzinea, Rozinante (1), Sancho Pança, Passamonte, ruzio, christiano, trasluzir, harriero, esso, oydos, etc., y hoy se imprime Quijote, Dulcinea, Rocinante, Sancho Panza, Pasamonte, rucio, cristiano, traslucir, arriero, eso, oídos, etc.

Creo que usted destruirá estos mal pergeñados argumentos con los de mayor fuerza y valía que indudablemente presentará en el libro especial que me dice consagrar á este objeto. Lo que tengo por difícil es que, aún cuando se pruebe á macha-martillo que el apellido Cervantes debe escribirse con B, logre usted destruir el poder que el vulgo y el uso tienen sobre la lengua, y conseguir

(1) Es tan vacilante y poco cierta la ortografía castellana, que hoy mismo cada imprenta tiene la suya. Por ejemplo: en casa de Rivadeneyra ponen Cervántes con acento en la *á* mientras que en la imprenta Nacional suelen no colocar tal signo. Estas mismas acreditadasísimas tipografías españolas incurren en contradiciones, pues falta á veces la uniformidad ortográfica, no solamente entre diversos libros, sino también en un mismo volumen. Nada, pues, tiene de extraño que entre la primera y la segunda parte del *Quijote*, aún cuando estampadas ambas en casa de Juan de la Cuesta, pero con un intervalo de diez años, se imprimiese en la primera *vuestra merced, Rocinante, Dulcinea* y *Dulzinea*, etc., y en la segunda *vuessa merced, rozinante* (con minúscula) *Dulcinea*, siempre con *c*, etc.

que propios y extraños admitan la variante que usted predica con la palabra y con el ejemplo.



Es probado, como dicen los antiguos libros de cocina, que las corporaciones y periódicos literarios de provincias, ó mueren en la mocedad ó arrastran una existencia enfermiza y llena de altibajos y de contratiempos. No examinaré las causas que producen semejante regla general, pues basta para mi objeto consignar este hecho como corriente y moliente en esa Península.

La Academia Española encierra en su seno una *Comisión del Quijote;* trabaja para formar el índice de las palabras y frases de dicho libro; cuida de reunir una Biblioteca especial de Cervantes; prepara ediciones correctas de sus obras; levanta monumentos á dicho autor; publica notables escritos que se relacionan con su biografía; honra su memoria en el templo y la enaltece por todos los medios posibles é imaginables.—¿Hay en las provincias elementos suficientes para hacer digna y provechosa competencia á la Corporación oficial de Madrid?—No y mil veces no. En las provincias españolas hay sujetos de gran saber, de buenísimos deseos y con sincero entusiasmo; pero son individuos que mueren, y no Corporaciones que siempre viven.—En éstas preside la razón y llevan una marcha pausada, pero constante; en aquéllos domina la fantasía que unos años produce fiestas lucidas, suntuosas, relumbrantes y vociferadas, y en otros da esterilidad

por cosecha (1).—Mi amigo Mainez imprime en Cádiz la excelente *Crónica de los Cervantistas;* y de repente es atacado dicho periódico de un letargo que lleva trazas de asemejarse al mal de la muerte; mi querido Asensio publica en Sevilla, un catálogo de libros y papeles cervánticos, y este buen trabajo se resiente de haber sido escrito con precipitación y con ahogo; el joven Rius intenta (y sólo el intentarlo merece plácemes) una bibliografía general de las obras de Cervantes, y de las que con ellas se relacionan, y será difícil que de cima á la empresa, porque la empresa necesita de fuerzas superiores á las de un sólo hombre. El coronel López Fabra salió avante con la reproducción heliográfica del *Quijote,* porque López Fabra tiene una voluntad de acero, y porque el centro de acción de su proyecto radicaba en Madrid. A la ex-corte, señor D. Fermín, todos afluimos; en la ex-corte todos podemos estudiar; por la ex-corte todos pasamos cada dos ó tres años

(1) Después de escritos los anteriores renglones, llega á mis manos la última edición de la *Gramática de la Lengua Castellana, por la Academia Española* (Madrid-1874), y en su página 6 hallo los siguientes renglones, que sin gran violencia creo que pueden aplicarse como texto respetable para confirmar mi opinión.—Dice así: «..... la Aca»demia se halla en un caso muy distinto que los autores »particulares. Estos últimos son libres, pueden dar rienda »suelta á su *imaginación,* y aún á su *capricho,* sin incurrir »en responsabilidad alguna, y sin que tengan trascenden»cia mayor sus yerros ó sus extravíos, pero la Academia »no puede ni debe aventurarse á tanto. A la Academia al»canza gran responsabilidad moral por sus obras; la Aca»demia es una corporación oficial..... y fuera en ella im»perdonable indiscreción lo que en un autor irresponsable »puede pasar por *audacia* digna de disculpa.»

cuando menos. — Enriquezcamos la Biblioteca Cervántica de la Academia Española; agreguemos á su caudal nuestro óbolo, y así los cervantófilos del siglo XX disfrutarán esta riqueza, del mismo modo que nosotros aprovechamos hoy, que tal es la ley de humanidad, la que nos legaron nuestros antecesores.

El entusiasmo cervántico de las provincias ha hecho nacer cierto tole tole contra la afición, no faltando gentes (y tengo para mí que no van muy fuera de camino) que llamen *Cervantomanía* y *Cervantomorbus* á nuestro culto. No hallo más que un medio de dar tapaboca á los censores, y este medio consiste en dirigir útil y convenientemente las fuerzas que suelen gastarse en piroctenia literaria, ó sean fútiles disquisiciones hechas á la sombra y bajo el manto del autor del *Quijote*. Establézcase la *Sociedad Cervántica* en Madrid; sea Director nato de ella uno de los miembros de la Comisión del *Quijote* de la Academia Española y Censor un académico de número de dicho cuerpo. Así el de los Cervantófilos será como satélite ó sufragáneo de aquél, y harto sabido es

Que el que á buen arbol se arri-
Buena sombra le cobi-

Con un centro directivo en la capital y con individuos correspondientes en provincias y en el extranjero, se formará ancho y sólido cauce que recoja y aproveche las aguas que hoy corren casi á la ventura, ó con demasiada y perjudicial libertad, por el extenso y ameno campo del cervantismo.

***

Tengo ahora que referirme á la parte más difícil de su atenta carta á que contesto, y le llamo la más difícil, pues me es indispensable hablar de mí mismo. Sea usted juez, que á su honrado fallo de usted me someto. De una *Academia de Cervantes* establecida en España, debe ser presidente un español; y residiendo en Madrid españoles que se llaman Fernández-Guerra, Hartzenbusch y Molins, á uno de ellos corresponde por justicia y por derecho el cargo de jefe. Son tan altos y tan ilustres en las letras los apellidos que acabo de escribir, que de seguro no le pasará á usted por las mientes colgarme el sambenito de seudo modesto. Cuénteme usted entre aquellos peones que, si de soldados rasos valen algo, no dan golpe en bola cuando los convierten en caporales. Hace tiempo que falto de España, y faltaré mientras no se aminore la despótica cosecha de libertad que hace seis años disfrutan ustedes. Mal sentaría la presidencia, ya real ó ya honoraria, en quien dado naturalmente á la pereza y al *sport* más que á la actividad y á las letras, y con salud escasa y vida errante por añadidura, poquísimo ó nada podría hacer para el buen desempeño de su elevado cargo. Su buen juicio de usted meditará estos argumentos; y tan seguro estoy de ganar mi proceso, que si por cosas de justicia fuera lícito dar gracias, y no estuviera tan cursi, vulgar y gastado mandarlas *anticipadas*, se las enviaría á usted desde ahora por el fallo absolutorio que espero.

Repitiendo á usted mi reconocimiento por la bondad que su carta revela y por la señaladísima

merced que con ella me dispensa, pide á Dios que guarde por muchos años la vida de usted su humilde servidor

Q. L. B. L. M.
EL DOCTOR THEBUSSEM

En los baños de Bandenweille (Alemania); mes de Agosto de 1874 años

POSTEA SCRIPTA.—La publicación de su carta de V. la tengo por un acto de rigorosa justicia. Si la presente merece semejante honra, será debida á pura gracia del Sr. Director de *La Ilustración Española y Americana* (1). Claro es, por consiguiente, que ni sombra de ofensa ni átomo de queja habrá por mi parte, si por cualquier causa no estima oportuno copiarla en letras de molde, y con tanto menos motivo, cuanto que carezco de la satisfacción de tratar y de conocer personalmente al expresado señor.—Vale.

(1) Es debida á que la carta que antecede, rico caudal de curiosas noticias, modelo de bien decir y muestra evidente de sano criterio y delicado gusto literario, honra á *La Ilustración Española y Americana*.—(Nota de la redación.)

DESDE UNA ISLA

(EPÍSTOLAS CERVÁNTICAS)

PRIMERA

AL DOCTOR EMILIO W. THEBUSSEM

De Medina-Sidonia á Vitoria cinco años y pico, ó cinco años y pico leyendo una Droapiana.—Síntesis de la de 1869.—Reparos de vieja.—Desagradecido y gruñón.—Anagramas y homonismos.—Adhesión y pregunta.—¿Quién es el Doctor?—Droapiana del año 1869.—Su división.—Carta en latín, traducción y observaciones.—La última la mejor.—Su influencia.—Achaques de la vejez ó el terminar de una carta.—Figuraciones mías que pudieran ser verdades de Pero Grullo ó mentiras como puños.—¡Oh patriotismo!—Hasta otro día.

Pues señor—debiera yo de empezar como e del cuento de antaño—va usted á saber, señor Doctor, porqué no le he acusado recibo y dado cuenta de la Droapiana del año 1869, al cabo de los años, no mil, sino cinco y pico de haberse publicado.

Es el caso que Vitoria es hace mucho tiempo

una isla política rodeada de carlistas por todas partes, y que sólo cuando la *columna de Miranda*—así llamamos á la fuerza de ejército que acompañan al convoy que nos pone en comunicación con el resto de España—viene, tenemos esos papeles impresos que por ahí menosprecian ustedes, á fuerza de verlos á todas horas, y cuya ausencia nos hace formar idea de la verdadera oscuridad é ignorancia que debía de reinar en aquellos tiempos en que los *órganos públicos* no se conocían. En una de estas *venidas* es cuando ha llegado á mi poder su retrasada *Droapiana del año 1869*, y yo que soy amigo de leer despacio y reflexionando, y no de prisa y corriendo, en vez de devorarla de una tirada, como se dice de un libro imaginativo para ponderar su interés, la he leído tranquila y sosegadamente, saboreándola todo cuanto he podido, no de otra manera que si fuera riquísimo café.

*
* *

Síntesis de la Droapiana del año 1869: bien impresa, elegantemente distribuída, escrita con ingenio, con sabiduría, pero con *resabios*, y adornada con Apéndices que serían lo mejor si pudiera ser peor lo que dicen Pardo y Droap.

Vamos por partes.—En la cubierta echo de menos el número, en donde dice: Ejemplar nú-

mero ..... ¿ha perdido usted la cuenta? ¿es que se rigen por leyes especiales los que están fuera del primer momento? ¿Me quiere usted decir por qué se han impreso las palabras *dedicado á*, en vez de *dedicado al*, toda vez que para dedicárselo á una persona determinada hay que escribir una *l* junto á la *a* y borrar el acento? ¿Será quizás porque á hacerlo del modo que indico no se podría dirigir á las Academias sin quitar la *l*?—Dispénseme usted, querido Doctor, si yo le parezco, por lo curioso, el protagonista de *El primo y relicario*, pero tengo para mí que todos deben preguntar lo que no saben y mostrar lo que encuentran, contrariando moral y legalmente á los que prefieren ignorar no preguntando y guardar lo que hallan por creerlo suyo. Y vea usted por qué coincidencia me apercibo ahora de que su respetabilísimo apellido señor don Emilio W. Thebussem dice, cambiando la colocación de las sílabas y suprimiendo determinadas consonantes, sin sonido casi, es decir en forma anagrámica imcompleta, *embuste*. Sabe usted que me han entrado más ganas mayores—como decía Sancho Panza en cierta ocasión yendo camino de hacer una diligencia que otro no podía hacer por él—de conocer su genealogía y si posible fuera el origen y etimología de su apellido?

De la casualidad de ser *Droap* anagrama de *Pardo* nada le digo, porque ésto tiene bien

poco de intencionado y menos de extraño desde que en la república de las letras existen *Velisla* y Silvela, *Octavio Clorende* y Vicente Colorado, *Ramiro Fierley* y Emilio Ferrari, y otros mil y mil, por *coincidencias extrañas y raras casualidades,* como diría Cortázar. Y bien mirado ¿qué de particular tiene ésto cuando hay en España tantos homónimos, como se señalan en la *Droapiana* que es objeto de estas observaciones? Antes de seguir, deseo que me diga usted por qué el señor Droap ha escrito homónimo con y griega y sin acento en la ó, porque en castellano tal letra no debe usarse como vocal, sino como consonante, pues los latinos ni aún la admitieron en este último concepto, y con mucha parsimonia y únicamente en las voces greco-latinas, y como usted la usa perfectamente en su epístola Thebussemiana en la palabra *typis,* que debe escribirse á mi entender *thypis.*

Y á propósito, el señor Droap debe añadir á su lista de homónimos el del laborioso cervantista académico de la Cervántica Española don Juan José de Herrán, conocido y casi siempre escrito su apellido por Herranz, y el autor de *La Virgen de la Lorena* don Juan José de Herranz. Soy de parecer que ha obrado usted muy cuerdamente escribiendo *señor* al estampar su nombre en la *Droapiana del año 1869,* toda vez que teniendo esta palabra y el *don* usual idén

tica significación, sobra, naturalmente, una de las dos voces.

También desearía que me explicara el significado de haber puesto un grifo sin alusión directa y con las iniciales de M. Rivadeneyra, ¿Qué significación racional puede tener ésto. que ni es ni águila, ni es león? No es bastante á satisfacerme el que Cervantes dijera en el capítulo XLVII de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que «á los caballeros encantados los suelen llevar encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún *hipógrifo* ó bestia semejante.



Nunca he pensado ni creído que pudiera haber trinidades humanas, pero forzoso me es confesar ahora que si me preguntasen ¿quién es el Doctor E. W. Thebussem? contestaría sin vacilar:—es un sabio varon andaluz como don Mariano Pardo de Figueroa, francés como don M. Droap, y que por escribir tanto y tan bien como el primero y ser tan curioso como el segundo, y saber tanto como los dos, creo como todo el mundo que son tres manifestaciones distintas de una sola inteligencia verdadera.

Y tan allá voy en esta creencia, que es la de todos, que yo hallo muy racional y lógico el di-

vidir la Droapiana del año 1869 en dos partes: 1.ª Lo que es de casa; 2.ª Lo que no es de casa. Componen la primera parte los artículos: *Al lector* por Mariano Pardo de Figueroa; Droapiana del año 1869; *Cervantes* y *El Quijote* por M. Droap; Apéndice A: (Sociedad de Bibliófilos andaluces) *Descripción del túmulo y relación de las exequias que hizo la ciudad de Sevilla en la muerte del rey don Felipe II;* Apéndice B: *Cervantes marino;* Apéndice D: *Cervantes y lo verde* por el Doctor E. W. Thebussem y el Apéndice C: *Benido Bibliográfico* de un mal Tagarote. (Este no me lo parece tanto). Y todos los demás Apéndices constituyen la segunda parte.

Y no han de ser los defectos, que encuentro, suficientes á hacerme dudar del acierto de mi creencia y de mi clasificación, porque tengo como cosa segura é indubitable que se conoce más y mejor á un escritor en sus bellezas que en sus defectos, ya que éstos pueden tener por causa y origen una deliberada intención y propósito determinado de engañar además de que son fáciles de fingir; mientras que á lo bello, al colmo de lo bello, no llega siempre el que quiere, ni cuando quiere, sino sólo cuando se es un ingenio favorecido por la naturaleza. Y apóyome en un ejemplo de autoridad ilimitada para nosotros que seguramente no será recusado por ustedes: ¿No conocen ustedes mejor y más

pronto por las bellezas que la segunda parte de El Quijote de Cervantes es del mismo autor que la primera, que por los defectos de la escrita por Avellaneda, que no lo es?

*
* *

Mucho me agrada la respuesta en latín con que accede usted á lo que solicitó el señor Pardo de Figueroa. Hallo muy conveniente y útil, y más que útil y conveniente aún, necesario, el restablecimiento del latín, y cónstele á usted que allá en mis mocedades fuí durísimo de mollera para su estudio y apenas pude conseguir el saber declinar *musa, musae:* Bien es verdad que también fuí desaplicado hasta la exageración y holgazán hasta lo inconcebible, y hoy no tengo mayor placer que trabajar, ni hallo ocupaciones más agradables que las tareas literarias, ni encuentro diversión comparable al estudio de un buen libro, ni hallo satisfación más colmada que un triunfo literario, sin su tantico de pasión política. Amo, pues, hoy, con singular predilección la lengua latina y aplaudo á los que por su restablecimiento procuran y envidio á usted que tan puramente la escribe. Pero no he de ocultarle que amo más aún la lengua de Cervantes, y con este motivo, tampoco he de dejar de decirle que hubiérame agradado sobre manera el que á su epístola latina acompa-

ra la traducción castellana. Lo que no hicieron los maestros han de hacerlo los discípulos y aprendices. No recuerdo que alguno de nuestros compañeros en cervantismo la haya traducido y por esto le envío esa versión, hecha tan poco acertadamente como escaso es mi saber, pero con una satisfación y un contento tales para mí, al ver que voy aprendiendo á mis años lo que sin duda por falta de voluntad no aprendí cuando tenía menos, que no cederán seguramente á la satisfación y contento que sentía Sancho Panza cada vez que desocupaba aquellos sus costales de refranes que Don Quijote ataba apretadamente con fuerte bramante. He tratado de hacer la versión algo libre por ver si más fácilmente me acerco á la elegancia; Dios haga que á usted no le parezca tan mala como buena me parece á mi en su original:

EMILIO W. THEBUSSEM

SALUDA

AL SEÑOR MARIANO PARDO DE FIGUEROA

Hallandonos, por casualidad, yo y nuestro amigo M. Droap, recibí tu harto galante (atenta tradujo Raimundo Miguel en la X de las CARTAS FAMILIARES DE CICERÓN) *epístola fechada el día 12 de Semptiembre.*

Creo que puedo concederte lo que en ella me pides, ya por el gran cariño que te tengo, ya porque lo que me pides me honra y enorgullece (hincha, infla, enmequece estaría mejor á ser permitido) *extraordinariamente.*

Por lo tanto puedes dar á la imprenta la carta que, relativa al inmortal Miguel de Cervantes y á su divina obra Don Quijote *me envió Droap (1869) para que se dé á luz con notas y comentarios en forma de folleto ó de cualquier otro modo.*

Réstame darte gracias por tu benevolencia para conmigo, que aprecio más que todo. Pero no quiero ser más largo. Droap me ruega que te salude. Me darías un gran placer si vinieras á mi lado cuanto antes. Te lo suplico lo más encarecidamente. Adios, varón excelentísimo.

Dado en la ciudad de las yerbas. El día 19 del mes de Octubre del año de 1869.

He traducido *Herbípoli* por ciudad de las yerbas porque me ha parecido que significa esto, pero confieso que no conozco esa ciudad ni sé lo que es *Herbipoli,* si es que no he tocado la flauta por casualidad.

Su epístola me prueba lo muy dado que es usted á lo bueno. En ella hay no sólo gran sabor ciceroniano sino escogidas frases del gran orador romano como *Pergratum mihi fecceris,*

ut gratius esse nihil possit; mirum in modum; litterae satis liberales, en sus cartas á Servio Sulpicio, Acilio, Marcelo, y su mujer. Del que tanto cultiva á Ciceron y Cervantes bien puede decirse que tiene delicado y escogidísimo gusto.

¿Por qué ha usado usted en su carta escrita en latín los números arábigos y no los romanos, como parecía natural? Tengo á usted por tan prudente, previsor y sabio (y no se ofenda si pongo á prueba el rubor que con sus colores suele asomar al rostro) que aún siendo una cosa impropiamente escrita no me atrevo á censurarla sino dubitativamente por temor de que salgamos á la postre con que tiene usted razón.



La octava carta de Droap sobre Cervantes y El Quijote es la mejor de todas ¿porqué dudarlo?—Ninguno lo duda.—¿Y por qué ninguno lo duda?—Porque es la última y ¡están todas tan bien escritas!—Y he aquí la razón más concluyente.

Reseña escritos cervánticos, cita cervantistas y de unos y de otros cuanto se podría escribir desde 1869 á la fecha. La afición al cervantismo se ha desarrollado en gran escala y este desarrollo se debe en su mayor parte al autor de las Droapianas. De lo más moderno iré di-

ciéndole algo en estas mis epístolas cervánticas *Desde una isla*, de las cuales la de hoy es la primera.

***

Esta va muy de prisa y muy por encima contra mi voluntad que es la de ir muy despacio y muy por dentro, así que dejo pasar muchas bellezas sin aplauso y pocos defectos, mejor dicho estaría resabios, sin censura.

Al terminar la carta Droap me parece un escritor neo-católico, pesimista. Esto no será, pero me lo pareció, y me pareció, por ende, escritor español. Las observaciones, que hace son impropias de un extranjero y no lo son tanto en boca de un español, porque ¿qué nación se atrevería á tirar la primera piedra? Con harta más justicia nos trata Victor Cherbulier en la *España política*. Soy el primero y más presuroso en reconocer los desaciertos de la revolución de Septiembre de 1868, la deplorabilísima situación en que nos hemos hallado, pero la historia me dice que sería un necio si asegurase por influencias negras del momento, como el señor Cánovas del Castillo, que no ha habido época peor para nuestra nación desde los tiempos de Don Rodrigo. Dios no deje de su mano al señor Cánovas que es una de las primeras capacidades intelectuales que España

tiene, como le dejó cuando puso el prólogo á *Los Vascongados*, de Ferrer y el de *Los oradores Griegos*, de Roda.

De lo demás y de otras cosas, señor Doctor, trataré en epístolas posteriores.

Es muy suyo el vasco de la isla vitoriana,

FERMÍN HERRÁN.

Viernes 1.° de Enero del año 1875.—Herrería 73.

PRÓLOGOS

PRÓLOGO

Á LAS

LEYENDAS DEL NORTE

DE

VICENTE DE ARANA

No es empresa fácilmente hacedera el escribir el prólogo de una obra de la índole de la presente, que, por la naturaleza de los asuntos que comprende, se resiste á un análisis detenido y minucioso, y por la variedad de los mismos no puede someterse á un plan fijo y determinado que permita al prologuista y al lector abarcar de un sólo golpe, y en ventaja de ambos, la esencia de su contenido y las relaciones de la obra con la personalidad de su autor.

Están una y otro tan sumamente identificados y en tal manera compenetrados, que el espíritu de aquélla revela hasta en los detalles el carácter de éste, de suerte que parece que sólo

Arana pudo haber escrito *Las Leyendas del Norte*, y la empresa de escribirlas á él únicamente debiera estar encomendada.

De aquí que para darse cuenta de lo que este libro es y significa sea preciso conocer antes al que lo escribió, con lo que nuestro trabajo será mucho más fácil y ahorraremos al lector el de la investigación de las causas, de las tendencias y del trascendentalismo de todas y cada una de sus partes.

El que pretenda hallar en *Las Leyendas* y en las demás composiciones que las siguen y constituyen una de las partes del libro, inspiración vigorosa, gallardía de formas, elegancia de dicción y otras condiciones, que si avaloran á veces las composiciones literarias, sirven otras para encubrir la vacuidad del fondo, se engañará de fijo; pero encontrará, sí, una fecundidad exhuberante, una cultura admirable y una magnitud de conocimientos generales y especiales que son las dotes que distinguen y enaltecen al malogrado Vicente de Arana.

De él, pues, vamos á ocuparnos con anterioridad á la obra, tanto más cuanto que de ella ha de juzgar el lector mismo, y nuestra misión es sólo indicarle el camino que nosotros ya hemos recorrido, y ponerle, por decirlo así, en comunicación con el autor, lo cual consideramos de verdadera necesidad para la exactitud del juicio y la seguridad de la apreciación.

No es la biografía, biología ó historia de la vida de Arana lo que vamos á hacer; en otra época y en distinto lugar cupiera ésto; es la relación de todas sus obras, indicando en cada una, ó en cada serie ó grupo, las diversas tendencias de su autor, la elaboración gradual y paulatina de su especial genio y la progresión en la importancia de sus trabajos, que en los mismos va revelándose y que es conveniente hacer constar.

El autor de las *Las Leyendas del Norte*, cosmopolita por la universalidad de sus conocimientos literarios y por la posesión y dominio de diferentes idiomas, era vascongado de raza, de nacimiento y de corazón.

Nacido en el corazón de Vizcaya, era digno por muchos conceptos—laudables y honrosísimos todos—de ser conocido de la generación actual, sobre todo de los que, llevados de sus aficiones literarias, han seguido con interés y paso á paso el movimiento intelectual, el progreso social y los adelantos materiales del país vasco-navarro en lo que va de siglo, y conceden su atención á las manifestaciones del desenvolvimiento de las ideas en todos los órdenes.

Sucede en el literato, que pocas veces los que á las bellas letras tributan culto fervoroso alcanzan fama igual, siendo unos popularísimos en la provincia ó región en que sus lucubraciones se manifiestan y apenas son conocidos más

allá de los límites naturales de aquéllas, á la vez que otros pasan desapercibidos para sus paisanos, que casi no se dan cuenta de que entre ellos vive y alienta y escribe un escritor ó un poeta, y en cambio la fama se encarga de pregonar sus méritos fuera de su país ó de su patria, siendo más estimado de los extraños que de los propios y más conocido fuera que dentro de la casa.

Algo de esto le ha pasado al escritor que nos proponemos biografiar, el que si bien es ventajosamente conocido por sus valiosos trabajos en la región vasco navarra, y en el resto de España lo bastante para gozar en el concepto de las personas entendidas que de estas cosas se ocupan, reputación de excelente prosista, fácil novelador y original poeta y leyendista, profundo conocedor de las literaturas extranjeras, discreto narrador de tradiciones de otros países, familiarizado con los idiomas europeos y de perspicuo conocedor de los lugares y hechos que en sus obras describe, lo es mucho más fuera de España, hallándose relacionado con insignes literatos extranjeros, que de sus obras han tratado y con Academias y otros centros literarios, que le contaban entre sus más asiduos y estimados cooperadores.

Desde muy joven demostró grandísima afición y no ordinarias aptitudes para los estudios y trabajos literarios, en especial los lin

güísticos é históricos, y así en sus primeros años escribió una porción de composiciones serias y jocosas en prosa y verso, y las publicó en un libro titulado *Ramillete de flores cogidas en el Parnaso*. Pero Arana, que no ignoraba lo poco que el libro valía, no lo firmó, poniendo en lugar de su nombre un pseudónimo anagramático.

El libro, como obra de un muchacho de diez y siete años, valía muy poco; con todo, Trueba creyó ver en él algo bueno, puesto que, en carta que el autor conserva, le decía refiriéndose á una composición del libro: —«El que ha escrito la *Convocación á Juntas* puede glorificar á Vizcaya con inmortales cantos, si estudia y trabaja con constancia y con fe.»

Otra persona muy competente (Don Camilo de Villavaso) ha dicho hablando de aquel libro que desbordan en él la expontaneidad, en entusiasmo, y los brotes vigorosos de un ingenio brillante.

Por la misma época en que vió la luz el mencionado ramillete, Vicente colaboró en los diarios políticos *Irurac-bat* y *Eco de Bilbao* y más asiduamente en el semanario satírico *El Ganorabaco,* que él redactaba casi por completo.

Entonces escribió también los primeros capítulos de la novela vizcaína don Lope de Murélaga, que carece de importancia, relativamente á otros trabajos de la misma época.

Al mismo tiempo no descuidaba Vicente el estudio de la lengua inglesa. Para perfeccionarse en la pronunciación, única dificultad que ofrece este rico, expresivo y bellísimo idioma, emprendió una serie de lecturas de los poetas, bajo la dirección del distinguido anticuario y filólogo Mr. Curt. Ejercitábase también Vicente en escribir en inglés, traduciendo á esta lengua muchos capítulos de *El Lazarillo de Tormes*, *El Gran Tacaño* y otras obras españolas y francesas no menos difíciles de traducir.

Pasó Arana su juventud entregado á estudios serios, relacionados con la profesión á que pensaba consagrarse, pero aficiones literarias volvieron á manifestarse. Hizo en prosa castellana la traducción del lindísimo poeta inglés Tennyson, traducción que fué muy elogiada y que se publicó primero en el folletín del *Irurac-bat*, luego en *La Ilustración Española y Americana*, y por tercera vez en el libro titulado *Oro y Oropel.*

Después, estando en Burdeos, compuso, entre otros trabajos literarios, *El brevaje maravilloso*, que según muchas y muy competentes personas, es la obra más perfecta y delicada que ha brotado de su pluma, en cuya opinión abundamos nosotros.

Más tarde vertió en prosa castellana el bellísimo poema del poeta norteamericano Longfellow. Dicha traducción vió la luz en el *Irurac-*

bat, de Bilbao, y en *El Bazar*, de Madrid, y más tarde en la obra titulada *Oro y Oropel*.

En 1876 hizo imprimir en Bilbao, su obra titulada ORO Y OROPEL, compuesta de trabajos originales y traduciones, de los cuales llamaba oro á los segundos y oropel á los primeros. Los trabajos originales eran las leyendas en prosa *Brenda de Kolbein* y *La Rosa de Ispáster*, el ya citado poema *El brevaje maravilloso*, el cuento *Don Trifón XIV* y una colección de poesías. Las traducciones eran el admirable poema *Enoch Arden*, del gran poeta inglés Tennyson, otros dos poemas del mismo autor, el no menos bello *Evangelina*, del príncipe de los poetas norteamericanos Longfellow, varias leyendas vasco-francesas de Michel, una leyenda alemana de Mosen y una fábula del italiano Beriola. El libro fué muy elogiado por toda la prensa y por los críticos más eminentes, entre ellos Hartzenbusch, Revilla, Miguel y Pacheco.

En 1882 publicó *Los últimos iberos*, que es la más importante y la más característica de sus obras. Esta obra fué extraordinariamente elogiada, no sólo por toda la prensa española, sino también por muchos de los principales órganos extranjeros.

Algunas partes de la obra citada fueron pronto traducidas al vascuence, y desde Francia, Alemania, Inglaterra y Portugal se pidió á Arana permiso para traducirla á los respectivos

idiomas. Además algunos eminentes literatos de Alemania solicitaron su colaboración en la gran revista intercional de Leipzipg titulada *Auf der Nohe*, en la que figuraban las primeras firmas de Europa. Correspondiendo á aquella honrosa invitación, Vicente escribió para aquella revista una leyenda histórica en prosa y un estudio crítico sobre la vida y obras de su poeta favorito el gran Tennyson.

Ha escrito un sin número de poesías y artículos, originales y traducidos, cuya relación sería interminable, habiendo sido traducidas muchas de sus obras á diferentes idiomas.

Arana ha colaborado, más ó menos asiduamente, en la *Revista Europea*, la *Revista Contemporanea* y *La Moda Elegante*, de Madrid: el *Eco de Bilbao*, *El Correo Vascongado*, *El Ibaizabal* y la hoja literaria de *El Noticiero Bilbaino;* la *Euskalerria* de San Sebastián; la *Revista Euskara* de Pamplona; la *Revista de Vizcaya*, y otras publicaciones que sería prolijo enumerar.

Meditaba Vicente dar á luz un método práctico, por medio del cual se pudiera aprender á hablar y escribir el vascuence en seis meses, cuando le sorprendió la muerte dejando con ella un vacío imposible de llenar.

Dígasenos si esta fecundidad y la inconcebible variedad de los trabajos de Arana, no hacen á éste acreedor al respeto y admiración de

sus coetáneos y á que su nombre sea respetado y querido en la tierra euskara, á la cual honró y enalteció, consagrándola las primicias de su talento, y si pecamos de exagerados al calificarle de uno de los más eximios y excelentes poetas vascongados y escritor prosista atildado, correcto y entendido.

Su modo literario, su idiosincracia como escritor, pueden consignarse en los siguientes rasgos.

Reposado, como quien está seguro de lo que hace y dice; dado al contraste simétrico y relevante: descriptivo, como conocedor de la topografía de los lugares y del carácter y pasiones de los personajes que pinta; efectista, como quien sabe lo que influyen en el ánimo las impresiones súbitas é inesperadas; amante de la verdad, que no está divorciada del arte; sentimental, á veces, á ratos enérgico y severo, según el tono y el asunto de la obra; sobrio, sin descuidar los detalles pertinentes y necesarios al conjunto de la composición; idealista en la concepción y práctico en la ejecución; sencillo, sin afectaciones; creyente, idólatra de la libertad, patriota, filósofo y moralista; este es Arana en sus obras y este era en el trato social y familiar, pudiendo decir que aquéllas son el trasunto y reflejo del alma de aquél.

Y Arana, que era todo un poeta de originalidad propia, tenía otro mérito de no escasa

valía; era traductor de buena ley; y decimos de buena ley, porque en este país, en donde continuamente vemos traducciones inexactas, incorrectas, plagadas de barbaridades y modismos extranjeros, de obras insípidas, dramas inmorales, novelas sin fondo ni aplicación, hechas con tan poco gusto y acierto, con tal desconocimiento de la lengua que se traduce como de la á que se hace la versión, por fuerza ha de parecernos Arana de buena y aún de excelente ley, que, dotado de verdadero gusto é indisputable suficiencia, da á conocer una obra notable por su belleza, haciéndola pasar á nuestra lengua con todo su mérito, con todos sus encantos y su colorido local, con tal esmero y corrección, que prueba conocer á fondo las lenguas que traduce y su respectiva literatura, teniendo la singularidad de haber sido el primero en dar á conocer determinadas obras que en el país vasco-navarro á todos interesan, porque el que no ha sido héroe de alguna semejante, tiene tal hermano ó compañero, que allá, en la barriada hermosa que hace frente al sol, ó en el caserío del alto blanco que parece una paloma que se eleva por los aires, ha hecho sufrir á una nescatilla fresca y alegre ciertas penitas que ponían sus ojos tristes y llorosos y su alma tan destrozada, que la pobre murió por el amargor de la indiferencia ó del desprecio.

Este es el autor; veamos ahora la obra.

Aunque después de leído lo que dejamos apuntado baste una simple lectura para juzgar, aunque no profundamente, de su carácter y méritos, vamos á hacer una brevísima reseña de la misma. Dieciocho leyendas y cincuenta y cinco composiciones sueltas contiene el libro del señor Arana, á más de un Preludio Dedicatoria, Exposición é Invocación, algunas de las cuales son imitaciones y traducciones del vascuence, del inglés, del alemán y del portugués, á cuyos idiomas se han vertido muchas composiciones y trabajos originales del señor Arana. Las leyendas están todas escritas en verso libre endecasílabo, lo cual, si da monotonía y algo de aridez á la forma, presta al lenguaje aquella sencillez y concisión que impiden las trabas de la rima. Todas están en forma narrativa, excepto la titulada *La Cautiva*, en la que el autor adoptó la forma dramática, esquivando las descripciones y las digresiones sentenciosas propias de aquélla. Los asuntos están tomados de la historia y tradiciones de la Escandinavia y se ajustan perfectamente á lo que aquélla nos ha trasmitido respecto á épocas, lugares, acontecimientos y personajes que les dieron causa ó en ellos tomaron parte, revelando el poeta un profundo conocimiento de la materia que trata y un discernimiento especial para elegir los momentos y las situaciones más culminantes y presentarlas de suerte que causen en el ánimo

más profunda impresión y le muevan á sentir y pensar como el poeta se propone, lo cual consigue casi siempre, no obstante la severidad del estilo, que es de lo más clásico, y la elevación que á veces toma el lenguaje, correcto y atildado como pocos, aunque vulgar y casi trivial en ocasiones en que la nobleza ó sublimidad del asunto parecía exigir mayor elegancia.

El conjunto de estas leyendas constituye una página de la historia de Suecia y Noruega que, en los archivos y bibliotecas, en los anales y crónicas y en los consejos populares de aquellos pueblos tan poco conocidos, ha reunido don Vicente de Arana, dándoles la forma más adecuada y presentándolas como el fruto de sus expediciones por aquellos países y del estudio de su carácter, costumbres, usos y traducciones, á las cuales ha dado el nombre, que tan bien les encaja de *Leyendas del Norte*.

En ellas no se revela la personalidad del autor, sino es en el prurito de la concesión, en el desdén á todo lo incidental y contingente, de suerte que puede asegurarse, sin que esto sea calificar de desnudez en la forma que es la esencia de los asuntos la que con brevedad extremada, no desprovista de algunas galas, lo que contienen todas y cada una de las *Leyendas*.

Con el nombre de *Poesías sueltas*, tiene el libro de que nos ocupamos, hasta cincuenta y cinco composiciones, en variedad de metros

casi todas en asonante y en diversidad de estilos y tonos, desde el elegiaco al humorístico, y con multiplicidad de géneros y asuntos, desde el idilio y la égloga al epígrama y el apólogo; dedicatorias, apropósitos, romances, orientales, cuentas, anacreónticas, baladas, epístolas, episodios, nocturnos, doloras, canciones, leyendas, sonetos, epitafios humorísticos, etc., etc., en las que todas las materias están tratadas, todos los sentimientos se hallan expresados: el amor, la amistad, la gratitud, el cariño, el afecto á la patria, el culto de la libertad, el respeto á los muertos, la alegría, el pesar, los goces de la familia, los desengaños de la vida, en el tono más apropiado para cada asunto y con un lenguaje fácil y ameno, que seduce, cautiva y despierta y mantiene el interés.

En todos ellos el poeta aparece tal cual es, no como quiere presentársenos en el *Preludio* de la obra, en el que se muestra excéptico, pesimista, como herido por los desengaños y los dolores y presa del más desconsolador desencanto.

De todos modos, esta pequeña colección de poesías, en la que se ve al poeta pensar, sentir y razonar, bastaría para acreditarle de poeta, si no por la forma, por el fondo de las composiciones y los tonos que ha sabido imprimirlas.

Hemos terminado. El lector benévolo nos dispensará si su juicio, después de leida la obra,

no está del todo conforme con el nuestro, sincero y desapasionado; pero es la verdad que Arana era un escritor y un poeta verdadero, que consagró sus esfuerzos y su poco común talento á dar á conocer en nuestra patria algunas joyas de las literaturas extranjeras y propagar, enaltecer y honrar la historia, las letras, las instituciones, leyes y costumbres del país euskaro, que debe vanagloriarse y tener á mucho honor el contarle entre sus hijos ilustres y esclarecidos.

PRÓLOGO

DE LA

PRIMERA COLECCIÓN

DE LA

BIBLIOTECA ESCOGIDA

Voy á escribir el prólogo de este tomo, y también y más principalmente, escribiré el prólogo de la *Biblioteca Escogida.*

Y no extrañe el lector que una *Biblioteca* pueda tener prólogo, porque cuando se ha formado de la manera extraña é increible que la *Biblioteca Escogida*, el director necesita explicar á sus colaboradores su pensamiento más detenidamente de lo que puede hacerse en una carta y más públicamente de lo que se debe hacer dirigiéndose á una persona de palabra ó por escrito.

Hace pocos meses, apenas tenía yo más que una idea—que de utopia juvenil calificaba—de esta *Biblioteca;* hoy, la *Biblioteca* está fundada, y las primicias de sus trabajos es lo que ofrece en este primer tomo.

Yo no puedo decir que á mí me pertenece la

gloria de haberla fundado, yo no debo decir que merced á mi actividad y á mi perseverancia, nace hoy la *Biblioteca Escogida:* si dijese lo primero, mentiría; si lo segundo sería ladrón de la verdad, y sobre todo, y más que todo, podría tachárseme de injusto y desagradecido, calificaciones que rechazan la pureza de mis intenciones y la rectitud de mi voluntad.

La *Biblioteca Escogida,* tal como la presentaré en este prólogo, manifestábase á mi imaginación hace poco tiempo como una necesidad apremiante, como una medida salvadora, como medio único de sacar á la literatura española del estado de postración en que se hallaba. Dolíame muy mucho de que en España se publicasen tan pocos libros, y de estos pocos, la mayor parte malos; unos, por satisfacer necesidades exigentes y compromisos apremiantes, otros, por halagar gustos depravados é inclinaciones torcidas; y la menor, buenos, porque éstos, si los publica su autor pierde trabajo y capital, y si los da á editores no recibe sino exigua compensación de sus desvelos.

El proyecto maduraba en mi mente, pero á medida que lo desarrollaba, surgía la dificultad de hallar un director que acaudillara una pléyade de ingenios tan notables como los que habían de militar en mi proyectada *Biblioteca.*

Sentíame con fuerzas suficientes para empezar con feliz éxito mi pensamiento, pero duda-

ba de que bajo la dirección del menos autorizado de todos ellos se agrupasen los que con más razón y con cualidades infinitamente superiores á las mías, debieran ocupar mi puesto. El consejo de queridos amigos, escritores de sobresaliente mérito, me decidió, é inmediatamente me puse á trabajar para la realización de mi propósito.

Desde este momento ningún obstáculo se me opuso; consuelo y ánimo me daban autorizadas personas; trabajo intelectual me ofrecían los más celebrados poetas y los literatos de más nombre y fama; desinterés y abnegación encontraba en todos, y con auxilio tan estimable y ofrecimientos tan sinceros, la empresa que me ocupaba tomó colosales dimensiones; adquirí el convencimiento de que su prosecución podría reportar inestimables beneficios á la literatura, y..... la *Biblioteca Escogida* se fundó. Los prospectos circularon á los pocos días, y muy luego anuncié á todos los redactores, que en el prólogo del primer libro explicaría minuciosamente el objeto que me proponía conseguir con su publicación. Estos son los primeros pasos que dí en pró de la *Biblioteca*, que, con aceptación tan general empezamos á publicar, y voy á cumplir mi palabra empeñada con los redactores, no sin enviar antes desde aquí un voto de sincero agradecimiento á los bondadosísimos y caballerosos escritores que me han ayudado en

mi empresa, que, por osada y atrevida, debieron haber acogido con indiferencia y frialdad.

II

Yo me propongo que la *Biblioteca Escogida* recompense dignamente á los redactores sus trabajos, para lo cual daré detalladas cuentas del capital que se emplee y del que se adquiera.

Yo creo que el vender las obras es un gravísimo mal para editores y autores, pero estoy convencido de que aún es peor que los últimos las publiquen por su cuenta.

Es malo que las obras se vendan, porque los editores, en la incertidumbre de si tendrán aceptación ó no, tienen que pagar muy pobremente. El publicarlas los autores tiene el inconveniente de que muchas veces, aún en la publicación de obras de relevante mérito, pierden trabajo y capital.

A salvar todos estos obstáculos tiende el pensamiento de la *Biblioteca Escogida*.

Yo soy un editor que me expongo á pérdidas y no admito ganancias.

El día en que esta publicación cubra los gastos, yo consultaré por escrito á sus redactores qué es lo que quieren que se haga con las ganancias; el dictamen del mayor número vencerá, y si opinan que á cada uno se de las ganancias de sus libros, los autores recibirán el pago de su trabajo.

La dificultad de que esta *Biblioteca* cumpla su propósito se reduce á adquirir un número tal de suscripciones que den un capital líquido suficiente á satisfacer á los autores proporcionada cantidad en pago de su trabajo. ¿Y es este inconveniente para la *Biblioteca Escogida*, que cuenta con más de cien redactores de todas las provincias de España y de notable reputación literaria?

Con el apoyo y actividad que debe esperarse de los que están interesados, esta publicación puede tener cuatro mil suscriptores, número nada excesivo si se tienen en cuenta las condiciones literarias, tipográficas y económicas que reune. Pues bien, con este número, los autores pueden obtener por cada libro que publiquen una cantidad que, de seguro, no adquieren nuestros primeros escritores publicando obras y escribiendo artículos políticos y literarios.

Llegado este caso, la sociedad literaria *Biblioteca Escogida* nombraría una junta directiva; yo no tendría inconveniente en abandonar la dirección siempre que á ello asintiesen mis compañeros—entonces ya consocios—y al fin habríamos conseguido dar vida independiente á la literatura y que en este país pudiesen vivir, sin dedicarse á otras carreras, los que, para gloria y regocijo de nuestros sucesores, tomaron un día la pluma que inspiró á Lope, Calderón,

Cervantes, y Mariana y otros muchos que yacen oscurecidos, sino olvidados, merced al abandono en que necesariamente tiene que estar la literatura española, mientras no se forme un lazo de unión suficiente á hacer desaparecer la indiferencia con que se mira lo beneficioso y el frenesí con que se aplaude lo perjudicial.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el pensamiento que abrigué al fundar la *Biblioteca Escogida*.

¿Llegará á tener esta el éxito que merece por su filantrópico propósito?

No lo sé.

Me creo incapaz de conducirla á tan feliz termino, si el público me abandona; pero conste, de todas maneras, que este, y no otro, ha sido el objeto que me propuse al trabajar por la fundación de la *Biblioteca Escogida*.

III

El Puente de Arenas, de la Srta. D.ª Angela Grassi, es una leyenda escrita con melancólico y pintoresco estilo. La tradición que la motiva es andaluza, y de tan bello país son dignos su desarrollo y su lenguage; las consideraciones que hace su autora revelan un entusiasmo santo. La señorita Grassi, escribe bien, y todavía siente mejor que escribe. Los que la conocen no dudarán un instante de lo que afirmo; los que no la conocen deben sentirlo, porque An-

gela Grassi es un modelo de cariño y de bondad. Tiene la inocencia del niño y la sabiduría intuitiva del genio. Nacida en Crema, Italia, es artista de corazón. Favorecida por Orfeo y Apolo, bastan para su reputación de novelista y poetisa sus preciosas novelas y sus sentidos versos.

El diablo está en Cantillana y el Arzobispo está en Brénes se titula el segundo artículo de este tomo y su autor es el director de la Biblioteca Nacional don Juan Eugenio Hartzenbusch, una de las figuras más respetadas de nuestra literatura contemporanea. Para su gloria de autor dramático le aplaudió el mundo literario *Los Amantes de Teruel, Alfonso II el Casto, La jura de Santa Gadea* y *El mal apóstol y el buen ladrón.* Como poeta, sus fábulas dudarán tanto como dure el apólogo; y en la crítica moderna figurará al lado de los más aventajados por sus trabajos sobre Cervantes, Calderón y García Gutiérrez. Dicho esto, excusado me parece añadir que su artículo está elegantemente escrito, y, cosa rara, desordenadamente pensado. Así lo requeria el asunto. La ingeniosidad encubriría los defectos que encerrase, si fuera necesario, pero no lo es, porque no los tiene; al menos yo no los encuentro.

El que lea *El Arco de Bara* conocerá al señor don Aureliano Fernández-Guerra, y viceversa, el que conozca á don Aureliano Fernán-

dez-Guerra, conocerá quién puede ser el autor de *El Arco de Bara;* y no es esto decir que el señor F. Guerra no sea escritor de otro género de obras, sino que este es su género predilecto. Fernández Guerra, como historiador y literato, goza de una fama europea, y bien cierto es, que hay naciones en que le aprecian más que en la suya propia. Se le tiene como el más atildado prosista de la literatura española contemporánea. Nadie como F. Guerra, dice E. de Amicis, fascina por su armoniosísima prosa, aturde por la profusión de la doctrina, y seduce por la fuerza del razonamiento. Escribió una obra sobre Quevedo, que unida á otra de su hermano don Luis—*Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*—constituyen el esfuerzo más prodigioso que anotadores y compiladores han hecho en la literatura española. Es autor dramático de no escasa valía é inspirado poeta, y de ambas cualidades dan manifiesta prueba *La peña de los enamorados*, *Alonso Cano*, *La hija de Cervantes* y *La Rica-Hembra* (1). Como individuo de la secta cervantófila escribió: *Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote*, y hoy se dedica á las cuestiones arqueológicas, filológicas é históricas, producto de cuyo trabajo son, las observaciones sobre el fuero de Avilés, *El libro de Santoña* y *El arco de Bara*,—informe

(1) Esta última en colaboración con el renombradísimo dramaturgo don Manuel Tamayo y Baus, que para perjuicio de la literatura se ha hecho político.

que le aplaudió en extremo la Academia de la Historia, en junta á que asistió el embajador de Inglaterra Mr. Lear,—y sus numerosos discursos académicos, todos modelos de estilo y lenguaje, en los que, según algunos, no tiene rival el señor Fernández Guerra.

El señor Conde de Cheste D. Juan de la Pezuela, es el autor de la *Muerte de Inès de Castro,* acertada y entendida traducción de un pasaje de Camoens. En el sosegado campo de la literatura, y, sobre todo, en el más imparcial y justipreciador de las venideras generaciones, el Conde de Cheste será tenido por el mejor traductor español de Dante, Tasso y Camoens, del siglo XIX.

Cuando en Francia llamaba tanto la atención pública Beranger, por su sencillísima poesía, España echaba de menos un poeta que representase el papel de aquél en la nación vecina. Los cantos populares eran aquí desconocidos. Escribió D. Antonio de Trueba y todos comprendieron que el Beranger español había nacido, y los cantos populares nacieron con él. Desde entonces, Trueba, ha publicado una docena de libros de cuentos populares, que se han leído en España más que ninguna otra clase de producciones. Trueba es escritor sencillísimo. Piensa como el pueblo, y escribe como el pueblo piensa. Trueba escribe con poesia, corrección, facilidad y sentimiento, pero su mayor

mérito es la sencillez. Trueba pinta en sus cuadros pura y sencillamente un pueblo como lo es el pueblo campesino; ignorante y asombradizo, honrado y creyente. Léase *La vida del Campo* y se verá á Trueba en su elemento.

Un premio valióle al Sr. Tubino su notable biografía *Darío Céspedes*, y sus valiosísimos escritos han de darle muy pronto entrada en nuestras academias. *Consideraciones sobre el trabajo* se titula el artículo del Sr. D. Francisco M. Tubino, y asombra el considerar que sobre asunto tan abstracto y general haya hecho un sabrosísimo artículo, cuya lectura agrada tanto, que es imposible abandonarle sin haber terminado. De sus obras, críticas por excelencia todas ellas, debo citar *Murillo; El Arte y los artistas contemporáneos; La Estafeta de Urganda; y Cervantes y el Quijote.*

Albino Madrazo es un poeta que sueña con la sencillez de Trueba, y sin embargo, pudiendo ser sencillo, es el más alambicado de todos los poetas. Escribe con mucho sentimiento, pero recarga de tantos adornos sus escritos, que parece un poeta artificial. Agradan mucho sus poesías, al bello sexo sobre todo, porque tiene una forma dulce y delicada. El poema *Caída y redención* es, en concepto de sus amigos, el más severo de sus trabajos. Corto por el número de versos, es inmenso por el pensamiento que desarrolla, y ha evitado esa exageración

de imágenes, metáforas y comparaciones de que tanto abusa.

José-Chiqui es un precioso cuento guipuzcoano á la media noche, de S. Manteli. Su mérito puede dividirse en dos clases: forma literaria, fantástica descripción de una ferrería en la parte primera; pensamiento moral que encierra el cuento en la segunda. A pesar de no estar Manteli en su elemento, *José-Chiqui* es un modelo de narraciones vascongadas. Manteli es ante todo y sobre todo un verdadero *soñador*, un modelo de legendarios. Castizo como pocos, tiene una imaginación descansada que le permite elevarse á donde los demás no pueden seguirle. *La Dama de Amboto*, su primera leyenda, le señaló el género en que había de lucir su soñadora inteligencia. *Aránzazu* é *Iruña* le pondrán á la cabeza de todos los *soñadores*.

Influencia del Cristianismo en las manifestaciones de los pueblos modernos es un elegante trabajo del señor don Eduardo de Orodea, uno de los profesores más distinguidos y de los oradores más acicalados y pulcros que España tiene; discurso de mérito, á pesar de haberse escrito sobre el mismo asunto notabilísimos trabajos, entre los que recuerdo el que leyó el año de 1857 don Isidoro Ternero y Garrido en la investidura de Doctor en la Facultad de Derecho, sección de Civil y Canónico.

Las revueltas políticas de la Edad Media die-

ron motivo al señor Delmas para su interesante artículo *Estudios sobre el origen de los bandos oñacino y gamboino*. Don Juan E. Delmas es un escritor grave y circunspecto.

La casa de Cervantes, poesía notable que honra á su autor. José Estrañi tiene dotes suficientes para ser una gloria nacional; pero es desgraciado, y vive en un rincón donde sólo sus amigos admiran su genio.

La historia increible de Ricardo Becerro *Un recién nacido de 170 años* es un trabajo muy original. Becerro, poco correcto en la frase, menos elegante en los giros, es el eseritor más prodigioso que tiene España.

Daniel Ramón Arrese, escritor natural, correcto y de buen criterio, ha probado con su artículo *La vanidad y el orgullo* que piensa tan razonadamente como escribe. Alava le cuenta como uno de sus más ilustrados escritores. Es tan modesto como perezoso, cualidades que le han impedido ocupar elevados puestos literarios que de derecho le corresponden.

Emilio Ferrari es un verdadero poeta. Ha vivido mucho tiempo con Lamartine, porque con Lamartine se vive cuando se leen sus obras y Ferrari las ha leído mucho. Posee algo de la dulzura y melancolía de su maestro, pero hay en sus produciones más valentía y más vigor. Siente, pero no quejumbrosamente ni con abnegación; ha pasado por su alma un soplo de ex-

cepticismo, y cuando se queja lo hace con apóstrofes virulentos y despiadados que nos recuerdan á Byron, á quien adora y de cuya poesía será continuador en España. *Sombras y luz* es una de sus más inspiradas concepciones.

El trabajo histórico de don Ramón León Mainez sobre *D. Pedro de Castilla*, es una prueba irrefutable del carácter sanguinario y cruel de aquel monarca. Me parece acabadamente razonado, y dada nuestra afinidad de ideas, excusado me es manifestar que le aplaudo como un escrito notable.

¿No habéis visitado nuestros caseríos vascongados? ¿No habéis oído alguna de nuestras consejas y leyendas? Pues leed á Juan Venancio Araquistain, que es, entre los narradores de tradiciones el mejor, porque anima sus leyendas con una poesía brillante y con un estilo pintoresco. *Húrca-mèndi* es una de sus más bellas tradiciones.

Jacinco Labaila, buen novelista y escritor reputado, es el autor de la linda poesía *¡No gritéis!*

Apenas hace dos años vió la luz pública en Madrid una novela realista-política cuyo autor adquirió pronto un número infinito de admiradores. La novela se titula *La Fontana de oro*, su autor era el joven y hasta entonces casi desconocido escritor B. Pérez Galdós. Después de aquella primera otra ha escrito *El Audaz*, hoy

dirige la notabilísima *Revista de España* y ocupa entre los escritores y críticos españoles uno de los más distinguidos puestos. *La pluma en el aire* se titula el artículo que de tan favorecido escritor se inserta en este tomo, y es un poema en prosa en el que sobresalen estilo encantador y un pensamiento moral que puede expresarse. «¡No! ¡no busquéis la felicidad en este mundo; los amores son pasajeros é ingratos, los placeres materiales... cansan y hastían; y la soñada felicidad humana... humo tan sólo es!»

Si en la poesía hay poesía lírica, no se por qué no ha de haber en la oratoria, oratoria lírica también; el día que se admita esta división, Angel María Alvarez ocupará uno de los primeros puestos. Alvarez, como orador, es un fenómeno; dice con calor, frasea con facilidad, y como tribuno nadie le superará cuando pasen algunos años. Su poesía es como su oratoria, se acerca mucho á Zorrilla por su gusto literario. *El azor y el caballo* es uno de los mejores romances que ha escrito y que más lejos están de sus aficiones.

Es seguro que pocos artículos de costumbres se han escrito en España, desde hace algunos años, que puedan competir con *El baile,* de Anselmo Salvá. Este joven escritor ha emprendido una senda literaria seguida por renombradísimos escritores, entre los que recuerdo á Antonio Flores y Mesonero Romanos. Tiene,

sin embargo, Salvá, buenas condiciones para el género á que se dedica y me atrevo á augurarle feliz éxito.

La abuela, estudio moral de José Manterola, respira una dulzura y un sentimiento de que sólo es digno el ser que ha dado existencia á nuestros padres. Manterola ha interpretado bien los sentimientos filiales.

Una balada, género predilecto del Sr. Sanmartín y Aguirre, es *La Condesa de Vallric*, El género de poesía de este autor podrá tener pocos aficionados, pero ninguno dirá que Sanmartín y Aguirre no es poeta.

¡Ay! es una baladita bien sentida y no mal escrita. En Enciso hay un alma tierna y sencilla, que le inspirará sencillas y tiernas elegías.

El Benedictino es una poesía que escribió nuestro querido amigo D. Obdulio de Perea, arrancado de los brazos de las musas, cuando más sazonados frutos hubiera dado. ¡Pobre Obdulio si desde ese bienaventurado mundo en que habitas te acuerdas de nosotros, sírvante de contento y satisfacción las lágrimas que derraman sobre tu tumba los que te conocieron!

ARTÍCULOS CURIOSOS

ASUNCIÓN DELMAS

Y

LA JOTA ARAGONESA

Todavía no he vuelto en mí del asombro, del delicioso éxtasis que me produjo el oir cantar la jota aragonesa.

Yo, que he sentido mecer mi cuna y arrullar mi sueño á sus sones, ya tiernos y melancólicos, ya ardientes y apasionados, ora tristes y gemebundos, ora enérgicos y arrebatados; que en el curso de mi juventud azarosa he sentido palpitar mi corazón de entusiasmo y de júbilo al escuchar esas notas salidas del alma, que retratan la fisonomía moral de un pueblo; que me he creído trasportado á la tierra donde la libertad tuvo su cuna, al ver, lejos de Aragón, á un grupo bailar al son de este canto popular, moverse en aptitudes, si graciosas, llenas de dignidad, y al oir sus características coplas, en las que el amor, los celos, la valentía, el odio,

la desesperación, la tristeza de la ausencia, la esperanza del bien perdido tenían cabida por igual; yo confieso paladinamente que no había oído cantar la jota aragonesa, hasta que, en momento dichoso, que difícilmente ó nunca olvidaré, tuve la fortuna de oírsela cantar á *Asunción Delmas*, la perla de Fuentes, como tiene derecho á ser llamada, en casa de un amigo mío y rodeado de un coro de mujeres, á cual más hermosas, amables é inteligentes.

Porque la jota aragonesa, con la variedad de tonos é inflexiones á que se presta al ser cantada, necesitando el cantor, á más de una buena voz, mucho corazón y muchísimo sentimiento para dar matices al canto y acomodar la música á la letra y hacerlas coincidir, compenetrarlas; la jota aragonesa, digo, es muy difícil; el arte no ayuda siempre á la naturaleza; ésta falta muchas veces á aquél; la energía perjudica en ocasiones á la delicadeza; la gracia no brilla sino á expensas de la pasión y al contrario; la melancolía excluye generalmente la viveza propia de ciertas frases y la situación del cantor desdice dé las palabras de los cantares; cosas todas que hacen imposible, ó poco menos, el cantar la jota con perfección; á las que se une la precisión de poseer el estilo propio, el sello característico de este canto popular nacional que no ha de ser el canto del aristocrático y atildado *amateur* que acompañándose

de elegante piano Everard, se deja oir en confortable salón, cuya tupida alfombra y lujosas tapicerías apaguen el eco de su voz artísticamente delicada, sino el canto de aquella fematera del baturro, que allá, al retirarse, en las tardes del otoño, de las faenas del campo, la entona perezosamente con voz que repercute en los montes ó llanos próximos; ó la del baturro que sueña en su baturra cuando dice en estrecha callejuela, y en cruda y helada noche:

Bien se que estás en la cama
Con los piecitos calientes
Y á mí me tienes aquí
Pegando diente con diente,

ó llora quejas de su ingrata y exclama con voz quejumbrosa

Madre cuando yo era mozo
No me sujetaba el hierro
Y ahora me hallo aquí cantando
Esclavo de la que quiero.

Con las mismas notas, sin tener en cuenta los adornos y detalles de ejecución, ni los alardes de facultad, hace reir un cantar sentimentalmente triste ó disgusta otro de gracia picaresca ó de intención que no estén reñidas con la decencia.

Por eso es tan difícil cantar bien la jota aragonesa; tan variados y diversos elementos, tan diferentes y aun contrarios medios de expresión, no acostumbran á encontrarse reunidos,

no ya en los hijos del pueblo, sin más que su instinto natural del arte, sin educación artística, pero ni en artistas avezados, que, en caso, pueden, con ayuda del arte, suplir facultades de que carecen, ó aumentar y dar más realce y brillo á las que poseen.

Y yo he tenido la fortuna, para mí grandísima, de ver y oir eso que un poeta llamaría el *ave fénix* del canto popular de Aragón.

Asunción Delmas canta como un ángel. Su figura toma proporciones sobre humanas cuando su boca se abre para dar salida á aquellas notas deliciosas, inspiradísimas, en que la pasión vibra con acentos sublimes y el entusiasmo se desborda á torrentes.

Cuando canta, es, por gran manera, adorable, deificable.

Nada más allá.

Identificándose con lo que canta, letra y música, así hace sentir, traslada y comunica el sentimiento dulce, tierno y melancólico de su cantar, como conmueve con el arranque entusiasta que el amor á la patria, á la tierra, al hogar, hacen brotar de su alma y salir de sus labios palpitantes de emoción.

Hay en ella facultades excepcionales y arte exquisito.

Es un ave que llena la selva umbría con sus armónicos conceptos, un arpa eólica que hace vibrar liviana brisa; un serafín desterrado

de los coros celestiales; un prodigio, una maravilla más que humana.

Delicadeza... la suya.

Encanto... como no he visto igual.

Expresión... idealísima; más bien trasfiguración.

Cuando canta, sólo para ella hay oídos y miradas y suspiros de satisfacción; un como éxtasis del que da pena salir, una como bienaventuranza, sólo amargada por el temor de que acabe y de no volverla á disfrutar.

Acentos varoniles... en la fematera habían de oirla nuestros campesinos y gente del pueblo; postrados la reverenciarían y con lágrimas en los ojos la suplicarían no interrumpiese sus divinas melodías.

Y, nosotros, los que disfrutamos de esta dicha, sólo comparable al placer de los dioses en el Olimpo, nada envidiábamos; todo, al oirla, había desaparecido de nuestra memoria, de nuestra imaginación. ¡Ella! Yo estaba embobado. ¡Bendita mil veces aquella boca! Porque en los graciosos repliegues de las comisuras de sus labios; en el leve fruncimiento de su fina nariz, en el gracioso arqueo de sus cejas, el espectador adivinaba casi el pensamiento que iba á encarnar en aquellas notas, cuyo ritmo á nada es comparable; esperaba ser encantado con aquella indefinible melodía y los resultados excedían á sus esperanzas. ¡Qué náyade, qué

sílfide, que ondina pudiera aparecer á nuestra enagenada vista que pudiera equilibrar el encanto, la grata seducción de aquella que en sí reunía todos los de las vaporosas habituales pobladoras de las selvas, ornadas de mirtos y tomillos, los de las etéreas navegantes de los aires, los de las que lánguidamente recostadas en espumas, ó habitando palacios de coral, cruzan silenciosas, en las claras noches del estío, las linfas impolutas, columpiándose en las ondas que ilumina la casta amante de Endimion!

¡Y qué cantares!

Para qué mandas tocar
las campanas del olvido
si no se puede apagar
el fuego que has encendido.

—

Noche y día estoy llorando
sólo por ver si consigo,
borrar pronto de mis ojos
la mancha de haberte visto.

Compuestos parecían, á propósito para ser cantados por aquella boca, doblemente expresivos por el concepto y por la manera. Realzados á maravilla, sublimados, llevados á la apoteosis. Así pensaba yo, cuando oyéndola creía que no había en el mundo mayor delicia

que la que ante mis ojos veía, y la que tan deleitosamente acariciaba mis oídos anhelosos y no hartos de tanta dulzura.

Luego, la cantadora á una con la guitarra. Porque la jota aragonesa no se ha hecho más que para cantarse con la guitarra. Y el tocador... de órdago. Vaya un *puente* de oro para pasar al cielo de la melodía. Creeríase que una sola voluntad arrancaba á las cuerdas del sonoro melancólico instrumento aquellas notas, á las que respondían en armonioso concierto los acentos más que humanos de la gentil *Asunción*.

Tal precisión.

Ni el órgano mejor combinado podría ostentar fraternidad semejante. Radiaba de entusiasmo la joven y este iba infiltrándose poco á poco, cada vez con más fuerza en el ánimo de los circunstantes. Y esto no un momento. El verdadero artista no escatima sus dones. Así que la delicia se prolongó bastante ¡Qué no hubiera durado eternamente!

Entre cantar y cantar, al acompasado son de la bien tañida vihuela, se agitaba el pecho de la artista, como haciendo acopio de inspiración y de armonías, bien si como, en lugar de descanso, pidiera á la musa inspiradora más dulces melodías, más gratísimos acentos, no fuerzas ni voluntad que en ella por gran manera abundaban.

Cantaba *Asunción* y cada uno... atento á su

interior satisfacción y regocijo íntimo; nada de comunicarse impresiones, toda interrupción creyérase nefanda profanación, traidor atentado al goce de que los demás estaban disfrutando. Jamás artista alguno fué escuchado con tan religiosa atención, ni aclamado de tan férvida manera. Aún se temía que la prolongación del aplauso fuera parte á amenguar el contento de volverla á oir.

Todo ¡Dios mío! concluyó ¿Cómo no? si en el mundo todas las dichas son pasajeras.

Calor, sinceridad, afecto, distinguieron las felicitaciones que á *Asunción* se dirigieron, con barniz de la más pura gratitud y blasones de discreta admiración.

Comentarios..... no faltaron. El que menos puso á la cantora cien codos más allá que yo. Todo poco. Culpa es de la pobreza de mi imaginación si los míos no exceden á sus elogios.

¡Encantadora, admirable, ruiseñor, alondra, ave de mil graciosos tonos! No basta. ¡Sin segunda! Algo es. Yo la pongo por encima de todo eso. Es..... *¡¡Asunción Delmas!!*

Toda mi vida recordaré tan gratos momentos aunque cien años viva. Y siempre que, hálleme donde quiera, vuelva la vista y el corazón hacia esa tierra bendita, dos frases asomarán á mis labios con emoción y alegría *¡Asunción Delmas! ¡La jota Aragonesa!*

RECUERDO DE UN RECUERDO LITERARIO

Al Sr. D. Patricio de la Escosura.

Pláceme sobremanera, señor don Patricio, que usted se dedique á publicar recuerdos literarios de tiempos que por ser usted viejo *recuerda* con gusto y que por ser yo joven estudio con placer. No tome á mal lo de la vejez, que nadie es más viejo que el que tiene el espíritu abatido y cansado, y el suyo tan vigoroso se encuentra, que casi debería decir que está fresco y juvenil.

Pero, es el caso, que el que recoge mucho, difícil es que coseche tan escogido fruto como el que labra poco y con empeño de hacerlo bien, y usted, señor mío, lo ha abarcado todo. Como poeta escribió un drama—*Calderón*—de primer orden, de esos de inspiración y sustancia; su *Historia de Inglaterra* honra al historiador; su estudio del *Teatro de Calderón de la Barca* le muestra entendido de punta; y sus numerosos trabajos de tanta varia índole le manifiestan tan fecundo y emprendedor que pro-

duce admiración el ver, á quien tan joven empezó á ser envidiado por sus contemporáneos, luchar y vencer ahora ya viejo á los que llegamos á la palestra con fuerzas y entusiasmos propios de la edad juvenil, después de haber visto arrinconados y achacosos á muchos de los con que usted se hombreó, allá, en felices días. Ahora mismo da usted trabajos bien distintos á *La Revista de España*, *La Ilustración Española y Americana* y *El Imparcial*, y natural es que dedicándose á tanta cosa, no sea tan exacto y preciso en ellas, que no nos deje, á los que con poco nos contentamos, algo que añadir y observar.

Resulta, pues, que en el último número de la citada *Ilustración* ha publicado usted una curiosidad literaria, que verdaderamente lo es por la gran nombradía del poeta á que se refiere. Se titula: *Recuerdos literarios. Un logogrifo de don Juan Nicasio Gallego.*

Dice usted en la *advertencia:* «que de la correspondencia habida entre su señor padre don Jerónimo y el ilustre poeta, es resto el *Logogrifo*, que autógrafo, ha hallado últimamente entre los papeles de su difunto padre, y que, por ser de quien es, le ha parecido digno de ver la luz pública en las columnas de *La Ilustración Española y Americana.*» Mi opinión en ésto se halla de completo acuerdo con la suya, pues de sus palabras se desprende que sólo por

ser de quien lo firma lo considera digno de darlo á luz, porque nada de lo que pertenece á los grandes hombres debe permanecer inédito, que á veces lo más pequeño y miserable suele ser lo que más hermosea el rostro, y por el contrario, lo que descompone, lo que más sólidamente afirmado parece.

El *Logogrifo*, en honor de la verdad, no es una cosa del otro jueves, ni de un mérito tan relevante que pueda añadir nuevas hojas de laurel á la corona de Gallego, de modo que á saber usted señor Escosura, que este *Logogrifo* se hallaba ya publicado, no lo hubiera enviado á las columnas de *La Ilustración*.

Pues bien, á usted, señor mío, por si no lo sabe, ó si lo sabe, á los lectores para que no se llamen á engaño, dirijo esta epístola *Recuerdo de un... Recuerdo Literario*, con objeto de decirles que ese mismo *Logogrifo*, con las ligeras variantes que notará, se insertó en las páginas 383, 384, 385 y 386 del tomo II de la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* que dirigían en Sevilla, el año de 1856, D. Manuel Cañete y don José Fernández Espino; periódico que vale mucho y en el que aprenderán, no poco, todos los que á los asuntos literarios y poéticos se dediquen. En dicha *Revista* se titulaba: *Logogrifo por don Juan Nicasio Gallego*, y después había una llamada correspondiente á una nota, en la que se decía que la composición era copia

autógrafa, que, con otras varias conservaba inéditas el señor don Javier Virués y López de Morla, con cuyos padres y tío, el señor Conde de Villacreces, á quien la debían, tuvo el ilustre poeta apretados lazos de cariño. Añadían, que, el no haberse sabido oportunamente que la Academia Española iba á publicar una colección de poesías del que fué tan digno miembro suyo, había impedido que, tanto ésta como las demás á que aludían, hubiesen visto la luz en ella.

Vea el enciclopédico señor Escosura, con cuánto placer habré aprovechado esta ocasión para mostrarle una cosa que para él, tan diligente, ha permanecido oculta. No se enfade por que un oscuro escritor que vive sepultado entre estas montañas, pero muy agradecido á sus compañeros de Madrid, haya osado molestar su atención, ya que aprovecha este momento oportuno para manifestarle lo mucho que le admira y en cuánto apreciaría el llamarle su amigo.

ARTE DRAMÁTICO

AMAR Á CIEGAS

Comedia en tres actos y en verso

DE

LUIS CALVO Y REVILLA

Tener alma de poeta, ser fácil y notable versificador y no publicar un sólo verso es cosa extraña, pero se comprende, conocida la falta de afición del público á la poesía; pero pasar cinco ó seis lustros oculto teniendo en su mano la manera de alcanzar un nombre esclarecido; ser poeta dramático de las condiciones de Luis Calvo y no haber escrito más obra que *Amar á ciegas*, prueba que el señor Calvo no se ha atrevido á dar á la escena algunas otras que yacen en su pupitre, ó un abandono y descuido del que los críticos, en nombre de la dramática española, deben exigirle estrechas cuentas.

Conocido en el periodismo por bien escritos artículos y lindísimas poesías que publicara hace tiempo en *La Iberia*, y más modernamente en *La Igualdad;* desconocido en el palenque dra-

mático, aunque miembro de una familia que cuenta entre sus individuos más de una gloria de la escena española, el señor Calvo presentó al público su primera producción, exigiéndole franco parecer sobre sus dotes de autor, tan extraordinarias como lo prueban los laudatorios artículos críticos que su obra ha inspirado y los repetidos aplausos que en el palco escénico del teatro Español ha obtenido.

Amar á Ciegas es una comedia de capa y espada del siglo XVII. Esta es su primera falta. Falta que, disculpable y casi plausible en el señor Calvo, sería merecedora de censura en un autor dramático conocido. Aplaudo esta *falta* del señor Calvo si su objeto es rendir justo tributo á los grandes escritores de nuestro siglo de oro; le censuraré el día que vea su segunda obra dramática, si pertenece al mismo género. Cada época tiene su dramática especial; hoy las comedias de capa y espada prueban, á más de mal gusto, genio poco analizador, que debe ser el primer atributo del autor dramático.

Galán con capa parda, chambergo con pluma y espada al cinto, semeja algo ridículamente, á faroles de aceite donde los hay de gas, ó á telégrafos de vista donde los hay eléctricos. Respeto y entusiasmo prudente por nuestros antiguos escritores es patriótico y laudable; fanatismo é irreflexión demostrará en cambio, el que no quiera hallar en nuestro siglo argumento

para sus obras, y sueñe en empresas caballerescas y quijotescas que, de una vez para siempre, fueron ridiculizadas por nuestro inmortal Cervantes.

Luis Calvo pone de manifiesto con su obra *Amar á Ciegas,* el respeto que le merecen antiguos escritores, el detenido estudio que ha hecho de nuestro teatro y que se lanza al palenque dramático con poderosos elementos, hijos del profundo conocimiento que sobre el asunto tiene. El señor Calvo, dice: «algunos años dedicado á un concienzudo examen del arte dramático, me han impedido escribir obra alguna para el público; hoy ha terminado mi estudio, el público dirá si he obrado con cordura y conocimiento.» Y todo esto y mucho más que luego diré, prueba la obra del señor Calvo de que me ocupo.

El argumento de *Amar á Ciegas* carece de novedad porque necesariamente tenía que carecer, siendo comedia de capa y espada. Echese una mirada por nuestro teatro antiguo y dígaseme si hay novedad en *La más constante muger, Las dos venganzas, El vergonzoso en Palacio, Galán valiente y discreto, Más merece quien más ama, Amor con amor se paga*, de Montalvan, Alarcón, Tirso, Lope y Rojas. Pero en cambio los medios de desarrollar la acción son ingeniosos; los lances y situaciones dramáticas abundan en todas ellas y manantial inagotable

son de gracia, de interés y de inventiva. Como en la mayor parte de las arriba citadas, existen en la de que me vengo ocupando, valiente y encubierto amante, celosa dama, enamorada doncella, noble caballero, temeroso de ver manchada su acrisolada honra, y gracioso escudero, mediador de amorosas intrigas.

Es don Pedro esforzado hidalgo, que ha combatido en Flandes por su patria, y en cuya campaña le acompañaba un noble segundón, don Diego, valiente y esforzado, que en cierta ocasión salvó á su amigo de una muerte cierta, recibiendo una terrible estocada, que le valió sincero agradecimiento de parte de don Pedro, y el que le suplicara que le acompañase á su vuelta á España. Tiene D. Pedro una hija hechicera—Aurora—de la que está perdidamente enamorado don Diego; amor oculto en el fondo de su corazón, y que da motivo á la trama de la obra en el momento que aquél trata de manifestarlo á su amada. Vive en Madrid un alto personaje, don Lope de Silva, que tiene una hermana—Julia—la cual está en amores con don Alfonso de Moncada, conocido y apreciado por el hermano de su prometida; y como quiera que don Lope tiene que emprender un largo viaje;

y como deja á su hermana
y esta sola poco gana;
. . . .

. . . . . . por si habéis
en vuestra casa hospedaje
para ella, hasta que el viaje
termine.

D. PEDRO. Sí, ya sabéis
que Julia es de Aurora amiga,
y amiga de Silva soy
á todo obligado estoy,
pues al pedirme me obliga.

Queda, pues, acomodada Julia en casa de don Pedro, y en este momento empieza la acción dramática en la escena. En el instante mismo que se saludan, principian á contarse sus cuitas Julia y Aurora, y he aquí de qué manera tan poética y delicada relata la última las suyas:

«Más que mi voz te revele
te han de decir mis suspiros
. . . .
cuando no escuches palabras,
que faltan en el conciso
idioma que nos enseñan
para expresar el cariño,
en el rubor de mi cara,
si no letras, habrá indicios.
Que es de un hombre la querella
decirte no necesito;
. . . .
En sombras corrió mi vida

alejada del bullicio,
pues por temor de la afrenta,
por tener vida, no vivo;
¿y qué mucho, yendo á oscuras
falta de guía y sin tino,
que andando sin luz y á tientas
haya dado en el peligro?
En él dí, que ha sido dar
en el amor más esquivo,
pues aunque amores me piden
no vienen á recibirlos.
Yo no conozco al amante
guardador de este castillo;
. . . .
Su acento jamás lo escucho,
sino en forma de rugido.
. . . .
Guardador de mi ventana,
donde apenas le distingo,
con furia loca arremete
¿Es ésto amor que me tiene
y celos del aire mismo?
No lo sé; pero el misterio
que envuelve al galán altivo,
sus cartas, que hallo en mi casa
y aún en mis propios vestidos,
mi corazón abrasaron
y ardiendo en amores gimo.
Jamás á hablarme se acerca
ni ver su rostro he podido,

aunque para mis pesares
sólo con ansia suplico:
que pues soy su prisionera
y entre cadenas me aflijo,
deje á través de los hierros
que mire el sol por quien vivo.

Cuando Julia y Aurora terminan su conversación se siente ruido de espadas y don Diego que entra apresuradamente sin capa y con espada en mano, da cuenta del lance en los siguientes versos:

¡Suerte impía!
del lance he sido testigo.
. . . .
Con furia le arremetí
y aunque el suceso me irrite.
. . . . . Al primer embite
broquel y espada perdí;
pudo matarme su acero
y vivo por su hidalguía.
. . . .
A un bizarro caballero
que halló próximo á la reja,
y á quien merced á sus brazos,
ha llevado á cintarazos
hasta el fin de la calleja.
Al ruido como cohetes,
acuden con ardimiento

y les acometen, un ciento
de alguaciles y corchetes.
Y en lo que dura una copla
hirió, asustó, derribó.........

y concluye el primer acto con la correspondiente visita del Alcalde de Madrid á la casa de don Pedro, á quien presenta una capa que ei culpable ha dejado abandonada en la fuga. Esta capa, que don Pedro ha prestado el día anterior á don Alfonso, da lugar á las más interesantes escenas del segundo acto, y es causa de que la comedia llegue á un desenlace natural, interesante y desconocido. De modo que á serme permitida la frase, yo diría que la capa es el maravilloso de *Amar á ciegas*.

En el segundo acto tiene D. Pedro una escena con D. Alfonso, á quien censura aquél con alguna acritud, creyéndole el valiente rondador de la noche anterior, causa también de que Julia le recrimine y de que D. Alfonso se marche exclamando:

Si es tu esperanza calmarme
has de venir á buscarme
ó has de pasarte sin mí.

Entra Inés, criada de la casa, y propone á Julia para calmar á D. Alfonso, que le escriba una carta que ella se encarga de entregar. Es-

críbela inmediatamente, se la da á Inés y se marcha, al mismo tiempo que Sancho—paje de D. Pedro—se presenta en escena y tiene un chispeante diálogo con Inés, durante el cual cambia la carta, entregando á D. Alfonso, Inés, la de Aurora, en que deniega su amor y, Sancho, la de Julia en que le suplica que venga á su casa.

D. Diego, aprovechando la ausencia de don Pedro, se presenta cubierto con antifaz á Aurora; Julia, que está escuchando la conversación, le confunde con D. Alfonso, y en el momento en que retirada á su habitación Aurora, va á salir de la casa D. Diego, aparece Julia, y tiene una escena que termina pronunciando ésta los versos:

¿Qué más diré? que te quiero
con el alma todavía.

á tiempo en que D. Alfonso entra por la puerta principal. De esta equivocación nacen varias escenas de mútuas recriminaciones entre los amantes y los que se creen rivales y al tiempo en que van á batirse D. Alfonso y D. Diego se oye á D. Pedro que llega de palacio. D. Diego huye y D. Alfonso es cogido espada en mano en el momento que intenta entrar en la habitación de Aurora; y creyendo D. Pedro culpables á D. Alfonso y Aurora, le hace prometer

al primero que se casará con su hija si no descubre el enredo.

Varias escenas entre D. Diego, D. Alfonso, Julia, Aurora, Inés y Sancho; una importante entre Aurora y D. Alfonso en que éste le ha concedido una cita en la reja—único medio de poder evitar el cumplimiento de la promesa que ha hecho á D. Pedro—y en la que Aurora en agradecimento de

Mas si arreglo vuestra boda
por el hombre á quien amáis...

le da las manos al mismo tiempo que D. Diego aparece por la puerta de medio, lo cual motiva la escena más bella de todo el acto, en la cual el autor ha tenido momentos inspiradísimos como los siguientes:

AURORA. . . . .
¿Tan mal supiera entender
el lenguaje del rubor?
Si no comprende el amor,
¿qué pudiera conocer?
. . . .

DIEGO. . . . .
Oye, agravio, que mis duelos
aumentas con tus rigores,
pues si agravias con amores,
más agravias con tus celos.

Engaños son mis enojos,
que tus miradas no vencen,
pues si tus ojos convencen
son embusteros tus ojos...

AURORA. . . . .

Más amor, menos enojos
que el cariño no consiente;
menos sombras en la mente,
más claridad en los ojos,
más dulzura en el decir,
más templanza al expresar,
menos ira al agraviar,
menos rigor al oir,
menos llanto, menos brío,
menos hiel, menos dolor
y verás sereno amor
en tu pecho y en el mío.

. . . .

el siguiente encantador monólogo de D. Diego;

Amor en sus ojos ví;
amor en su boca oí:
¿qué me importan sus primores
si viendo y oyendo amores
no se si son para mí?
¿Qué placer mi amor consiente,
si aunque al hablarme, su mente
un ser querido formó
que ama y siente como yo,
no soy yo quien ama y siente?

Alma mía, á tí te adora;
en tí vive; por tí llora,
alma, pues, vives en mí,
en mí está el amor de Aurora.

Un diálogo salpimentado de chistes entre Inés y Sáncho; la escena en que entra D. Diego espada en mano y detrás de él D. Pedro y don Alfonso; otra en que el último casi descubre que D. Diego es el incógnito amante de Aurora; la que sigue en que van á batirse D. Pedro y D. Alfonso y, por fin, la en que D. Diego se descubre por evitar el desafío y se casan Aurora con D. Diego, Julia con Alfonso y Sancho con Inés, completan el acto tercero y terminan la obra.

Esta es, sintetizada, lo más que me ha sido posible, la acción de la comedia que me ocupa; por ella se ve el desarrollo conducido con habilidad suma y con gran naturalidad; toda la situación, y hasta los detalles más minuciosos, están justificados; abunda en escenas bellísimas y situaciones altamente dramáticas; prueba de ello son: la X, del primer acto, la I, II, VIII, IX, XII, del acto segundo, y la I, III, IV, VII, VIII, X y XV del último acto, en las que no se sabe qué admirar más, si la lindísima versificación, los tiernos y delicados pensamientos, ó la intención y oportunidad.

La versificación de toda la obra es castiza,

correcta, fluída y galana; participa del fondo de la de las antiguas comedias y de la forma de las modernas, mezcla que no afea en manera alguna, haciéndola por el contrario menos pesada y monótona. Usa el señor Calvo siempre chistes de buena ley y como prueba de ello trascribo el más intencionado de todos, que sólo con una violenta y forzada interpretación, puede herir castos oídos. Está animando Inés á Julia en el segundo acto, escena quinta, para que escriba á D. Alfonso, y dice:

INES. ¿Mas no le escribes?
JULIA. Por darte gusto no más.
INES. A mí el mensaje me das
que el gusto tu lo recibes.

El señor Calvo, en *Amar á ciegas*, no ha incurrido en los defectos de nuestros antiguos dramaturgos; nada hay que ofenda á la moral, en nada se advierte irregularidad, y si yo me atrevo á indicar como defectos, el que un amante confunda la letra de su amada con la de una mujer á quien nunca ha escrito; el que don Diego—contra lo que harían todos los amantes—permanezca enmascarado á pesar de que Aurora jura descubrirle, juramento que no hace falta, innecesario á todas luces, y que no viene á cuento; el que el mismo se refugie en su casa cuando se ve atacado por D. Alberto y D. Pe-

dro, ¿qué valen esos pequeñísimos defectos en comparación de las innumerables bellezas? Defectos que, por otra parte, no lo serán tan sólo porque á mí me lo parezcan.

Las figuras están pintadas con una valentía sorprendente, sin perder por eso la belleza de que deben estar revestidas.

Luis Calvo ha empezado la carrera dramática como la han empezado los buenos autores.

El señor Calvo tiene veintiocho años, y ayudado su notable ingenio de sus no escasos conocimientos, puede llegar á ser una gloria del arte dramático, ya que ha puesto la primera piedra del edificio que le ha de sostener. El señor Calvo, en mi concepto, conoce bastante la sociedad actual, algo más el corazón humano, y si se dedicase á la dramática del día, inspirándose en *El Tanto por ciento*, podría, á la par que obtener merecido renombre, prestar muy grande servicio á la dramática de la época. Desconociendo—como desconozco al autor—mal podría guiarme parcialidad alguna al juzgarle.

Ya que me he alargado más de lo que hubiera deseado, en el examen de *Amar á ciegas*, cúmpleme decir algo de su interpretación y de la compañía. De Aurora ha hecho la señorita Castro ¡qué enamorada tan tierna! ¡qué sentimiento tan real! ¡qué fingimiento tan verdadero! la frase

¡Dueño mío! ¿será él?

gana en su boca... lo que gana todo lo que pronuncia tan distinguida actriz. La Castro llora, ríe, suspira, recrimina, desespera y siempre está bien. Está siempre á la altura de su papel —menos cuando está por encima de él.— Cuando la señorita Castro exhala ese lastimero quejido, el público la escucha sintiendo agudo dolor; cuando lanza un grito de furor y de indignación el auditorio pende de sus labios, porque anhela el momento de terminar para dar rienda suelta á su entusiasmo. Tal es la señorita Castro.

La señorita Sempere hace una Julia tal como la creó el poeta, altiva, orgullosa, vengativa; no se si sabría hacerla de otra manera, pero aseguro que no cumpliría mejor su desempeño.

El joven primer actor Mela, tiene á su cargo el papel de D. Diego, papel que desempeña con gran acierto y mayor en las escenas amorosas, del segundo y tercer acto.

El señor Cruz está muy frío haciendo de don Alfonso. Cualquiera dudaría de sus dotes artísticas viéndole hacer este papel, pero los que le conocen en *Juan sin tierra,* y en el segundo acto de *Sullivan,* atribuirán indudablemente á cierta desafección con que algunos papeles se toman, la frialdad de aquella noche.

El papel de D. Pedro lo tiene á su cargo el señor Obon, cumple bien su desempeño, pero ha gustado más en *La Huérfana dc Bruselas*

en su papel de abate L'Epeé. No estoy conforme con el público en esta ocasión; otro día lo probaré.

Los demás han coadyuvado al buen éxito de la preciosa comedia. Si hablase algo de Miguel en esta revista, profanaría su nombre. Su papel es casi insignificante, está siempre muy superior á él, y conste que en mi concepto no es esta su cuerda; en la suya, Miguel, no reconoce rival. Ocasión tendré de ocuparme en otra revista de todos los actores que componen el cuadro que actúa en el coliseo de Calderón de la Barca. Resumiendo; Luis Calvo, una gloria que principia; la compañía digna del teatro en que actúa, y del autor á quien interpreta; el público más indiferente que merecen el primero y la segunda.

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

DRAMA

DE

DON JOSÉ ECHEGARAY

Señora aristocrática de elegante visita de terciopelo y abultado fepuldo, en que esconde sus diminutas manos de los heladores vientos del invierno; visitadora de todas las ceremonias religiosas y metida de continuo en juntas caritativas, en maestra de adultos pobres y en directora de teatros infantiles; joven tímida y beata que con los ojos mirando al suelo, en vez de elevarlos al firmamento azul, pensando únicamente en las visitas que rezas al Altísimo en dorada capilla de cofradía que semeja á lujosa sala de familiar tertulia; serio caballero que condescendiente con los deseos de su compañera ó por sentir aguijonear su conciencia los remordimientos de su vida pasada, formas parte de todas las sociedades moralizadoras y te decides á pensar que no hay más manera de alcanzar la beatitud en el pueblo en que vives, sino

haciendo alarde de tus sentimientos piadosos aunque no del todo caritativos: convenceos de una vez conmigo que hay más camino para llevar al bien y á la virtud los corazones tiernos é inocentes que el de la iglesia y el rezo, que el de las eternas misas y los continuos sermones, que el de las diarias pláticas y el humillarse semanalmente á los pies del confesor.

Sí; hay otro camino bello, seductor con las bellezas y las seducciones del arte, para cuyas seducciones y bellezas presta Dios algo de su absoluta inspiración á esos genios llamados poetas, que son pálido reflejo, al crear, del Creador de todas las cosas del Universo. Virtud moralizadora tan grande, á la que no resisten ni las concupiscencias de la materia, ni las vanidades del mundo, ni las contradiciones y herejías del pensamiento moderno, pues, hombre de su siglo Echegaray, hombre é ingenio en el que han parecido arraigar todas las luchas de la naturaleza y de la conciencia, con sus perfiles de diablo, de propagador inmoral, de herético artista, ha sabido dar forma á *Vida alegre y muerte triste* haciendo el *yo pecador* de todos los teno rios empedernidos y contumaces perturbadores.

Ser rico, gallardo mozo, listo de ingenio, con recursos para todas las situaciones; largo de manos, para sostener con valor lo que una vez se ha dicho ó emprendido; amador de mozas *de rumbo y rasga.....;* despreocupado de hablillas

de la sociedad, sin miramiento á las consecuencias de los caprichos y los desvaneos; vivir gozando y gozar sin miedo á nada ¡qué hermosa vida! qué tentación más seductora para el que alienta en la primavera de la vida sin temores que le asalten, ni obstáculos que le detengan, ni falta de medios que le coharten, pero, ¡ay! que un día el cuerpo se resiente de tantos quebrantos, el alma se siente herida por tantas pesadumbres, y lo que ayer fué capricho pasajero, se convierte en pasión profundísima y los remordimientos atenacean la conciencia y se ve una amante abandonada, sumida en lupanares licenciosos, una hija, de cuya existencia no se cuidó, expuesta á las mismas seducciones en que uno fué maestro y, se siente frío, y la paralisis se apodera del cuerpo cuando las fuerzas son más necesarias, y se hace un esfuerzo increible para ahogar entre las manos al que quiere manchar una honra que hemos arrastrado por los suelos, y se muere al tocar una dicha que hemos considerado impropia de corazones fuertes y de hombres varoniles.

Que ésto y algo más ha encerrado Echegaray en su última obra, fuente inagotable, riquísimo venero de inspiración, que no sólo deleita el alma con tanta poesía, sino que enseña una moral severísima, que ni aun está atenuada por las piadosas redenciones que justifican religiosamente los arrepentimientos.

Encopetadas damas, altivos y soberbios caballeros, doncellas tímidas y castas que no halláis más redención ni más enmienda que el volver los ojos hacia una religión que fortifica y consuela, mirad, de qué manera, en medio de los bullicios de la vida, enseña este poeta, en *Vida alegre y muerte triste*, que hay otro camino que, sin las tribulaciones de la penitencia, conduce á la virtud; camino más recto, sin las sinuosidades y las caídas que admite la religión; más duro, más inflexible, más fatal y por consiguiente más temido, más horrible, más fácil de que lo sigamos, porque asustan las consecuencias que de no seguirle necesariamente hemos de sufrir. Porque llevar una vida de dulzuras y de placeres, de extravíos y de concupiscencias, de venganzas y de delirios y confiar en una última hora de arrepentimiento, es muy católico ya que con él se puede conseguir la gloria eterna; pero la obra del señor Echegaray enseña algo que influye más directamente, que obra de un modo más inmediato, que nos aparta más de pronto de la mala senda; Echegaray en su drama *Vida alegre y muerte triste,* nos enseña que los abusos del placer de la naturaleza física, en la misma naturaleza física tiene su castigo con las enfermedades; que las infamias de un corazón oscurecido ó perverso, en los mismos sentimientos tienen su castigo con los dolores; y en conclusión, como

el mismo título de su obra lo dice, que, el que tiene *Vida alegre* ha de tener, por fuerza, *muerte triste*.

De cómo está hecha la obra ¿qué decir? Argumento sencillísimo, para presentar la moral más desnuda; una acción conducida sin peripecias de ningún género, pero, con ilación admirable; caracteres fotografiados, no pintados, porque sólo en la fotografía se copian las cosas con las realidades de la verdad, sobre todo se reflejan en aquel Ricardo y en aquella Dolores, encarnaciones vivas de algo grande que alienta en el hombre y en la mujer á pesar de sus caídas; verso fulgurando de continuo elevados pensamientos; imágenes brillantes y deslumbradoras; chistes y gracias que hacen de ciertas escenas discreteos dignos de nuestro siglo de oro, á la par que copia exacta de la vida doméstica; de todo está preñada *Vida alegre y muerte triste* que no dudamos en considerar como una de las obras más bellas, más artísticas y más profundas de Echegaray.

La interpretación que ha cabido á esta obra en el Teatro de Vitoria por la compañía del señor Bueno ha sido admirable. El mismo Echegaray la consideraría irreprochable. No tenemos que hacer ni un solo reparo. Estuvieron admirablemente bien las señoras Valero y Pastor, los señores Galé, Bermúdez, Ruiz, Miguel, Colón, Catalán y Domínguez; admirablemente

bien, sí, cada uno de estos señores que citamos así de un modo especial, porque en la medida de la importancia de sus papeles lo hicieron á cual mejor y hemos reservado de propósito dos nombres, no porque sean las principales partes de la compañía, sino, porque la señora Argüelles y el señor Bueno han mostrado en esta obra más talento artístico que en cuantas obras llevan representadas hasta la fecha. No nos ciega la simpatía, el cariño y la admiración que sentimos por ambos, al ver el amor, el entusiasmo, la conciencia con que sienten el arte y por él trabajan, esmerándose cada día más en ser inspirados intérpretes de los divinos vates; guía nuestra pluma en este momento un sentimiento de justicia que no queremos ocultar. Cómo supo la señora Argüelles posesionarse del papel de aquella joven engañada por un amor que convierte este sentimiento en la única religión del alma, no es posible decirlo, se necesita haberlo visto y aún viéndolo renunciar por completo á expresarlo, porque nosotros podemos saber sentirlo y no saberlo decir, pero la señora Argüelles en esta obra siente cuando llora, cuando ríe, cuando dice, cuando calla, cuando siente siempre siente, porque la pobre *Dolores* es una triste rosa deshojada de las dichas del amor, á quien solo llegan ya las punzantes espinas que hieren su corazón durante toda la vida.

¡Bravo! señor Bueno. Eso es saber sostener

un carácter y enaltecerlo y hacerse creador con el poeta! ¡Y qué manera de morir! habrá quien muera más teatrealmente, con más aparato, pero diga usted con orgullo que ningún actor ha simulado la muerte de *Ricardo* con más talento y con más verdad que usted. No Bueno, que usted tiene por nombre, Excelentísimo debía usted llamarse desde esta noche, si ese título pudiera ser la medida de su talento.

REVISTA DE TEATROS

Maldades que son justicias, de Eugenio Sellés.—*Angel*, de Javier Santero.—*Sobre quién cae el castigo*, de J. A. Cavestany.—Resurrección de *El Trovador*, de Antonio García Gutiérrez.—*El nudo gordiano*, de Eugenio Sellés.—*El Rey de Lahore*, letra de Gallet y música de Massanet.—*Mar sin orillas*, de José Echegaray.—*En el cielo ó en la tierra*, de Eugenio Sellés.

Obra mirada con aversión por los actores, no representada con el esmero que debieran, pero á la que el público ha hecho justicia aplaudiéndola sin reserva y creando á su autor una reputación elevada y merecida, es el drama titulado *Maldades que son justicias*, de Eugenio Sellés. Esta obra prueba que su autor ha estudiado con profundidad y empeño la época que se propone representar, y así resulta de un colorido extraordinario que constituye una de sus mayores bellezas. Está urdida la trama con el asunto político buscando en el manantial inagotable del favoritismo del duque de Lerma, en

tiempo de Felipe III, y consiste en la lucha entre dicho favorito y su hijo el duque de Uceda.

En ella se nota falta de pasión amorosa, que acaso contribuya á darle un colorido eminentemente vigoroso, pero no interesante. El poeta ha hecho cosas muy bellas, y preciso es confesar que hoy, leída la obra, no solamente no pierde, sino que mejora, por haber sido mal interpretada en el Teatro Español. Su versificación si no es dulce, delicada y tierna, es valiente, enérgica y viril. La descripción de un combate naval (escena 5.ª del 2.º acto) es de las mejores que tiene nuestro teatro.



Anoche tuvo lugar en el Teatro Español el estreno de un drama en tres actos, original de un distinguido médico, que hasta ahora era completamente desconocido como poeta. La obra se titula *Angel*, y su autor es Javier Santero. El drama en su acción y en su pensamiento, tiene reminiscencias de aquella moral casera que privó en nuestro teatro cuando de él se hallaban posesionados Eguílaz, Larra (hijo) y Hurtado, pero en conjunto resulta muy agradable, y el éxito que ha obtenido, sin ser ruidoso, puede halagar á su autor y animarle á continuar la nueva senda emprendida. El argumento es parecido en detalles á otros mu-

chos que acuden prontamente á la memoria del público: un joven noble engaña á una doncella pobre que ignora la alcurnia de su amante; éste prefiere á una novia rica con la que va á con traer matrimonio, pero existe á tiempo un doctor, verdadera providencia de la obra, que revela á la madre de Fernando, que así se llama el seductor, las infamias de su hijo; y con ésto y otros muchos detalles interesantes, la aristocrática dama trae á sí á la doncella, compadeci da de la muerte del pobre fruto de tan desgraciados amores.

La obra está desigualmente escrita; el primer acto y parte del segundo son muy buenos, mientras el tercero decae de tal modo, que pudo poner en peligro el éxito del drama. Afortunadamente los esfuerzos de Vico y la Mendoza Tenorio, lo salvaron.



Hace dos años anunciamos, al juzgar el drama *El esclavo de su culpa*, que su autor era un dramático decrépito y que nada debíamos esperar del que carecía de los grandes arranques del verdadero genio. Y en efecto, no íbamos extraviados en nuestras apreciaciones. Del ingenio novel que descarrilla mostrando grandeza, mucho se puede esperar; pero del que casi niño se muestra habilidosísimo, como un

consumado zurcidor que adquiere su maestría por la experiencia, no puede esperarse nada, porque en lo contrario hay á cambio de grandes inspiraciones, grandes inexperiencias. Cavestany camina de caída en caída. Su triunfo primero fué ficticio y las caídas del *Casino* y *Grandezas humanas*, han sido espantosas. Para restañar algo estas heridas ha presentado en Apolo *Sobre quién cae el castigo*, drama de contextura y moral idénticas á las de *El esclavo de su culpa*. Un padre aventurero paga sus culpas haciendo recaer sospechas de deshonra sobre su hija amada, la cual muere de dolor. Todo en la obra es pobre y falso. No hay niñas como la de la obra, que entren solas en una casa desconocida. Dejemos dormir el sueño del olvido á esta obra, que desde la tercera representación ha sido mirada con indiferencia por el público.

***

Escaso de obras nuevas el Teatro Español, su empresa, ayudada por la poderosa iniciativa del actor español más inteligente, de los tiempos modernos, Rafael Calvo, ha preparado la resurrección del drama caballeresco *El Trovador*, de don Antonio García Gutiérrez, estrenado el año 1836. La obra ha sido recibida con el aplauso que sus bellezas merecen, y con el cariño que la gloria del autor ilustre engendra en todos los corazones españoles.

Drama tan fresco, tan poético, y tan apasionado, no podía menos de ser eterno y en efecto, hoy gusta á esta generación reflexiva, tanto como pudo agradar á la generación que engendrara el romanticismo, con sus crímenes y venenos. Su representación fué esmerada: Calvo en sus valentías, haciendo de Manrique, y Elisa Mendoza Tenorio, con sus delicadezas, en el papel de Leonor, han rayado á gran altura.

Tal triunfo escénico ha dado lugar á una nueva ovación para el autor. Sus entusiastas admiradores han preparado su coronación en la escena, y este acto han sido tan grato, que jamás se borrará de la memoria de los que hemos tenido la dicha de presenciarlo.



El acontecimiento verdaderamente notable de la temporada teatral que ya declina, ha sido á no dudarlo la representación del drama en tres actos, en verso, de D. Eugenio Sellés, *El nudo gordiano,* del que vamos á ocuparnos con la extensión que permite una carta en la que se ha de tratar de otros asuntos.

Diversas circunstancias han concurrido para hacer de la representación de esta obra un suceso especialísimo y singular, por la aceptación universal con que ha sido acogida, por la sensación que ha causado en la opinión, por las controversias á que ha dado lugar y por la

trascendencia de su moral, en pugna con la ley, con la costumbre y con la religión, enfrente de cuyas decisiones y fallos inflexibles ha colocado el autor la finalidad de su creación.

En concepto del mismo autor, una de las que más ha contribuído al éxito de esta producción, al triunfo alcanzado en todas partes, es el carácter de arma de partido que los demócratas han querido darle, en contraposición á lo que hicieron los ultramontanos con el drama *Theudis* del señor Sánchez Castro, opinión que está muy lejos de ser la nuestra, porque si el drama del señor Sellés hubiera sido malo, los aplausos de sus amigos y correligionarios, las alabanzas más exageradas de sus compañeros en la prensa, no le hubieran levantado del abismo del olvido y de la indiferencia á que el público le hubiera lanzado, no le hubieran hecho bueno, como las censuras, diatribas y duros apóstrofes de sus contrarios, no rebajarán en mérito, no podrán amenguar ni empañar su gloria, no podrán hacerlo malo, ahora que es bueno.

Más próximo á la verdad está el parecer, también del mismo autor, de que cansado el público de la dramática irregular y desordenada, aunque bella, de Echegaray, en la que todo camina sin orden ni método, á saltos y con violencia notoria, ha contemplado con placer una obra en la que desde luego se echan de ver esas circunstancias que faltan á las de aquel

autor, presidiendo en ella una lógica, no severa y fría, de esas que convenciendo, hielan el sentimiento, sino de las dulces y llenas de suave calor, de las que persuadiendo conmueven y atraen.

Pero tampoco debe atribuirse á ésto, porque ni el gusto del público es bastante á fijar el mérito de una obra, que le tiene ó no le tiene independientemente de las disposiciones en que aquel se encuentra en un momento dado, ni una cosa es buena en absoluto porque otra lo sea menos.

El nudo gordiano es un drama excelente, casi perfecto; nada en él hay ocioso ni inconveniente é inoportuno; un plan bien meditado, un argumento interesante, cuyas combinaciones afectan los matices más variados, una pintura de caracteres fuertemente acentuada y discretamente verosímil, al extremo de constituir algunos personajes tipos completos y acabados, y ser otros verdaderas creaciones; episodios llenos de novedad y belleza, originales y sencillos; una forma irreprochable por la discreción, galanura y sobriedad que la avaloran, asombrosa fecundidad de pensamientos elevados, de conceptos filosófico-sociales, de que está salpicada toda la obra, una acción que se conduce naturalmente, sin artificios ni violencias, caminando á un desenlace imprevisto, terriblemente trágico, pero necesario,

justificado, ineludible, son las condiciones que hacen notable este drama, del que sólo puede formarse idea exacta asistiendo á varias representaciones, porque una no es bastante, ni es fácil determinar una opinión próxima á la realidad con una sola audición. Sellés ha probado en *El nudo gordiano* el temple de su musa, la potencia de su numen poético y la agudeza y penetración de su espíritu observador; poeta lírico y dramático, su obra, además de buena, es bella, y ha de darle gran gloria, colocándole á la altura de los primeros dramáticos españoles de este siglo.

*
* *

También el Teatro Real pone en escena obras nuevas no conocidas del público madrileño. Ahora acaba de estrenarse *El Rey de Lahore*, letra de Gallet y música de Massanet. La empresa ha puesto la obra con lujo extraordinario. Los trajes son ricos y varios, las decoraciones preciosas, sobre todo, la del campamento y la de la plaza de Lahore. El libro es interesante. Nair está enamorada del Rey Ahín el cual es asesinado por Scindia que á su vez ama á Nair: muerto Ahín, sube al paraíso de Rudra, dios jovial y dispensador de beneficios que concede al Rey de Lahore la facultad de volver al mundo, con la condición de que ha de morir en

el instante mismo en que su amada deje la vida. Nair, requerida de amores por Scindia y enamorada del recuerdo de Ahín, ve de nuevo á su amante en el mundo. Tal suceso enardece la pasión de Scindia, y en una escena en que éste pretende arrostrarlo todo por llegar al logro de su deseo, Nair se da la muerte. En el mismo punto Ahín siente que su vida se acaba, y ambos amantes ascienden al paraíso para amarse por toda la eternidad.

Tal es el argumento de la ópera que Massanet ha puesto en música. La partitura del compositor francés abunda en grandes efectos de sonoridad y en combinaciones armoniosas por todo extremo complicadas. Adviértese en su conjunto y en sus detalles que el autor conoce á fondo la composición y la armonía; pero se ve también que la inspiración brilla por su ausencia. Obra escrita con arreglo á los principios sentados por la nueva escuela musical, *El Rey de Lahore* es la antitésis de esas óperas en que la voz humana aparece como elemento principal de la belleza realizada. No busquéis en ella las deliciosas melodías que han inmortalizado el nombre de Bellini y que tantos aplausos han valido á las obras de Rossini y Donizzetti. Las voces en *El Rey de Lahore* están ahogadas por la orquesta. Este es su defecto principal. Así es, que en algunos instantes en que el compositor abandona sus preocupaciones de escuela,

el oído se siente halagado y los espectadores aplauden con entusiasmo. Esto acontece en la balada que el paje Kaled canta en el segundo acto, y que ha sido maravillosamente interpretada por la señora Pasqua, artista de corazón y de inteligencia, que así cautiva el oído con su voz dulcísima, como arranca bravos por sus actitudes; ésto sucede en la romanza que el barítono canta en el cuarto acto; ésto sucede en la introducción del segundo acto, en que se unen en admirable consorcio un bailable lleno de gracia y un coro de guerreros, notable por su precisión y carácter. En resumen: *El Rey de Lahore*, es una ópera en que la instrumentación ha sido más cuidada que las voces, defecto grave en estas obras de arte, que representan la síntesis de la orquestación y de la voz humana, que es el instrumento de los instrumentos.

*
* *

Los dos grandes poetas que en este nuevo renacimiento dramático han aparecido, han dado á la escena dos obras con parecidas tendencias, aunque con desigualdad notable. Una tempestad produjo la representación de *Mar sin orillas*, de don José Echegaray. Es indudable para todos que de vulgar nunca peca tan egregio ingenio; pero en su afán de apartarse de lo

ordinario, tiene el valor de presentar en el teatro todo lo más extraordinario y fenomenal que acontecer suele. Ya lo hemos dicho en más de una ocasión; si Echegaray aparece hace cuarenta años, él hubiera sido con Víctor Hugo, el genio más grande del renacimiento llamado romanticismo. Pero hoy la sociedad es más sensata, más reflexiva y más libre, y tanto más se aprecia la libertad y tanto más se ensalzan, se sostienen y se defienden sus extravíos, cuanto mayor ha sido la tiranía y la opresión anterior.

A esto se deben las protestas continuas con que el público de hoy recibe los obras de Echegaray; por lo demás nadie le niega sus relevantes condiciones.

Mar sin orillas, es una obra que tiene bellezas de primer orden, acaso superiores á cuanto ha creado su autor, pero más defectuosa que la mayor parte de ellas, presenta escenas atrevidísimas, y lo que es peor, está mal ligada la obra y acaso peor sostenidos ó presentados algunos caracteres, si se exceptúa en ciertos momentos en que verdaderamente son grandiosos.

***

Después del gran Echegaray, vino Sellés, ingenio poderosísimo que se elevó á descomunal altura con su *Nudo Gordiano*. *En el cielo ó en la tierra*, se titula la obra que ha puesto en es-

cena en el Teatro Español. El público dice, y con razón, que en ésta no ha sido tan afortunado como en la anterior. Bellezas, ¿quién duda que las tiene? Aquella robustísima versificación sólo igualada por Zapata en lo brillante, pero no en lo nutrida que está de pensamientos, aquellos arranques sublimes y tal cual detalle, son bellezas que quedarán como modelo, aunque la obra se hunda en el olvido. Más al lado de esto, es preciso que consignemos que los caracteres son malos y falsos, que la acción está mal llevada, que lo que se desprende, ni es solución de un problema, ni aún problema presentado con las condiciones que exije el arte dramático; y basta ya, porque nos duelen las censuras del poeta que más porvenir tiene y que acaso será digno sucesor de Ayala, sobre el cual están nuestras lágrimas frescas todavía.

REVISTA BIBLIOGRAFICA

LIBROS VARIOS

Don Juan Ruiz de Alarcón, por don Luis Fernández Guerra y Orbe.—Notable por muchos conceptos es la obra del señor Guerra. Ella es una prueba palpable y elocuente de que aún existen entre nosotros escritores que conservando respeto y admiración á nuestros clásicos del siglo décimo séptimo é inspirándose en sus inmortales concepciones, elevan la literatura patria. Ella es una crítica razonada de las obras del autor de la *Verdad sospechosa*. Ella es la historia más acabada de la edad *de oro* de nuestra literatura. En ella se hallan retratados con singular maestría todas las fases literarias en que se presenta el genio de Alarcón. Y en ella, para terminar, hay un notable prólogo en que se daguerreotipa al manco de Lepanto y se expresan con elocuencia clásica las ideas que el inmortal Cervantes abrigara sobre la manera de escribir la historia. Prólogo

que ha sido publicado por algún periódico (*La Época*), siguiendo en ésto la plausible costumbre establecida principalmente en Francia y Alemania.

El libro del señor Fernández Guerra es, indudablemente, el libro más clásico que ha publicado la prensa española hace muchos años, y su autor, al describir tan notable obra, colocándose á una altura á la que pocos consiguen llegar, se ha presentado digno compañero de su hermano el señor don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, curioso vindicador de Rodrigo Caro. Para terminar, unimos nuestro pobre ruego á los que han indicado á la Academia Española llame á su seno al señor don Luis Fernández Guerra y Orbe.

Tragedias, por D. Víctor Balaguer.—Las literaturas provinciales resucitan. Al movimiento político en favor de las provincias, ha sucedido el movimiento literario, mil veces más valioso que aquél. Y á la más rica de todas las literaturas de los dialectos españoles, á la literatura catalana, estaba reservado el iniciar este renacimiento que aplaudimos de todas veras, porque cuando llegue á su apogeo no esperamos verle sirviendo de motivo á la postración de la literatura española, como bajo su sentido

político fué ocasión de grandes disturbios y desventuras. Antes bien creemos que este listo despertar de las provincias, ha de ser causa para que la literatura castellana haga mayores esfuerzos y muestre más potentes resultados. Cataluña tiene una tradición gloriosísima; su literatura aún desconocida casi por completo, mostraba arranques de genio que la enaltecían sobre manera para los eruditos, pero su movimiento era tardo, escaso y encerrado en esa lengua que es poco menos que impenetrable para los demás peninsulares, no podía apreciarse debidamente y en toda su extensión. Hoy para dicha nuestra el tan aplaudido *Trovador del Monserrat,* no contento con haber publicado sus poesías líricas, acompañadas de traducciones que las ponían al alcance de todos, acaba de dar á luz un tomo de *Tragedias* traducidas por inspirados vates, y que contribuirán en gran parte á unir más y más la literatura catalana á la española.

No es realmente esta obra á propósito para unir voluntades, aspiraciones y deseos, porque la tragedia, ni está hoy dentro de los géneros predilectos é influyentes en la opinión pública, ni es acomodada para cantar tradiciones, sentimientos y virtudes que nos legaron nuestros antepasados. Algo debió alcanzársele en ésto al señor don Victor Balaguer, que es el celebrado trovador del Monserrat y autor de estas

Tragedias que examinamos, cuando tanto se ha separado en ellas de lo que las rígidas reglas clásicas exigen, dándolas un carácter de movilidad y de espíritu moderno que jamás alcanzó la tragedia de los antiguos pueblos. Verdad es que con ellos estas obras han perdido su rasgo peculiar y á duras penas nos atrevemos á considerarlas dignas del coturno y de la alta representación que las clásicas tuvieran: pero no nos pese de ello que en cambio de esa tirantez y monotonía tan decantada, el señor Balaguer ha sabido pintar caracteres de rasgos vigorosos y enérgicos con verdad inspiradísima, en *La sombra de César, La muerte de Nerón, La muerte de Aníbal y Coriolano.*

No siendo, como no son, estas tragedias verdaderas obras dramáticas, ni probándose en ellas las condiciones que para el teatro tiene su autor, revelan, sin embargo, una musa potentísima, una maestría singular en la pintura de los caracteres, de los episodios, de las escenas de la naturaleza y de las pasiones del corazón humano, que no ceden á las de los más notables trágicos. *La fiesta de Tibulo, Safo* y *La tragedia de Ilivia* son admirables por el colorido de la época y por la destreza con que el autor pinta y sorprende en ellas los afectos humanos.

Todas estas brillantes cualidades, que enaltecen sobremanera el talento poético del sabio

escritor, están expuestas con tal abundancia que revelan terminantemente la facilidad que tiene para salir triunfante en todos los géneros literarios un genio poderoso como el del señor don Víctor Balaguer, verdadera gloria de la literatura catalana, que tanto deseamos aplaudir y celebrar.

Recuerdos y suspiros, Poesías de Pablo Romero.—Un tomo de poesías, aquí en España, si es de buenas, es raro, si es de malas, se encuentra en todos los escaparates de las librerías, uno cada día, como llovidos del cielo; pero un tomo de poesías excelentes y venidas de Canarias, es cosa tan extraña, que forma para los críticos un acontecimiento que debemos celebrar con todas las trompetas de la fama.

Y hé aquí que cuando menos podía esperarse, Pablo Romero, el inspirado poeta de Las Palmas de Gran-Canaria, envía á la península sus inspiraciones reunidas en abultado tomo, que intitula *Recuerdos y suspiros,* y no otra cosa son esas composiciones desiguales, desordenadas, algún tanto incorrectas, pero llenas todas de encanto y de poesía completamente nuevos para los oídos españoles.

Todos los campos, todos los objetos, todos los sentimientos hieren la musa de Romero, y

á todos los consagra rasgos elocuentes de una inspiración inagotable. El patriotismo, el amor á la humanidad, la contemplación de los más bellos espectáculos de la naturaleza, la memoria de nuestros grandes hombres, la ternura, la inocencia, las flores, todo lo canta, todo lo celebra con sonidos propios y adecuados al asunto este importante poeta canario.

Y no es esto solo, también la vena de Quevedo y Villergas produce rasgos satíricos de sin igual placer, lo cual prueba que Pablo Romero es una predisposición exuberante y sin límites para el cultivo de la poesía.

Poesías de Jesús Pando y Valle, Oviedo, 1874.—*Pequeños poemas* de Jesús Pando y Valle, Oviedo, 1876.—Aunque casi se hallan fuera de mi jurisdicción de crítico de *El Ateneo,* cargo reducido á escribir ligeras críticas sobre las obras que ven la luz pública en los momentos actuales, tales han sido las instancias de mi querido Director y Presidente D. Julián Apráiz, que fueme preciso entrar, como á remolque, en el estudio de dos libros que por haberse publicado en ya lejanos días, y por ser de versos—circunstancia que en España los hace de menor valía, por producir tantos poetas,—

debieran estar libres de nuestras cariñosas observaciones.

Yo celebro mucho que los jóvenes publiquen tomos de sus composiciones. Así empezaron los grandes poetas, y así empezarán todos los nuevos que vengan al mundo; pero, pasada esa época juvenil en que todo tiene disculpa, y llegada la edad de la razón en que cada uno se conoce y sabe á donde alcanzan sus méritos, ¿qué placer pueden hallar los escritores que continúan haciendo versos, no siendo sino poetas medianos, y dándolos á luz en la seguridad de que sus publicaciones han de quedar oscurecidas y apenas han de ser mencionadas en tal ó cual artículo de bibliografía provincial? Es verdad que perjuicio no causan á nadie, pero, por eso mismo, porque es un acto de heroicidad, y no en tono de censura, les dirijo estas observaciones, que ninguno ha de tomar á mala parte y menos mi querido amigo Jesús Pando y Valle, que al ser joven y uno de los más entusiastas poetas asturianos, se halla libre de que le alcancen los dardos de mis severas apreciaciones.

El tomo de *Poesías* está dedicado á don Claudio Polo y lleva una carta de don Antonio Pirala y un *Prólogo* de don Joaquín García Caveda. Contiene más de setenta composiciones de variados metros y desigual elevación. Esto me prueba que el autor coleccionó sus poesías sin

que un examen minucioso y severo le enseñase cuáles debían quedar excluídas del libro. Los poetas no pueden producir poesías en todos los momentos de su vida, ni sobre toda clase de asuntos. Prodúcenla sobre aquellos que conmueven violentamente su alma, y cuando espontáneamente dan forma á sus inspiraciones; pero, si un compromiso anteriormente adquirido, les hace componer, suelen pocas veces encontrar su musa dispuesta á complacerles. Esto le ha sucedido al señor Pando. Pocas son las composiciones que á un crítico exigente pueden satisfacer, y de éstas, como es natural, no se encuentra ni una cuyo asunto sea verdaderamente grande y digno de fuerte entonación. Agradan en general, y en ellas está el poeta mejor, aquellas que encierran un pensamiento amoroso, tal vez de ingenio ó tal filosófico, que reviste el autor de galana forma. En este concepto yo señalaría como de las mejores *¡Qué triste es la salida!*, *Amor y celos*, *Callad que no se despierte*, si el estribillo fuese algo más armonioso, ó menos duro y otras que se podrían elegir. Pero las hay que rebajan la conciencia del autor y éstas son aquéllas en que el asunto ha sido premeditado ó ha habido sólo la intención de llenar una página más.

Acaso menos poeta, pero más igual le encuentro en sus *Pequeños poemas*, género muy á propósito para la lectura, porque interesa

como una novela, y su forma es ligera, natural y plagada de desenfados humorísticos, que todos aplaudimos.

De todas estas calidades están adornadas, *Las dos noblezas, Virtud, desgracia y vicio, La fuente misteriosa*, y *Pobre consuelo* sin que ni en las licencias, ni en los primores vayan tan allá ni mucho menos, como los *Pequeños poemas* de Campoamor.

Quien á hierro mata... proverbio dramático en un acto y en verso, original de Emilio Ferrari, Valladolid, 1877.—Esta obra, estrenada con general aplauso en el teatro Martín de Madrid el 22 de Enero de 1877, es una bellísima pieza dramática que prueba lo que se puede esperar de Emilio Ferrari, uno de los poetas de más esperanzas que ha producido la musa contemporanea.

Tenemos completa confianza en que Ferrari, á quien los que le conocemos le consideramos como uno de los más grandes poetas de la España moderna, será tenido como tal por todos el día que sacudiendo su pereza habitual, constante desesperación de los que le quieren como yo, de á luz sus notabilísimas creaciones y ponga en escena un drama recién concluído y llamado á hacer toda una revolución artística

ya que la brillantez de la forma y el atrevimiento de las situaciones y la fuerza dramática rivalizan con lo mejor que tenemos en el teatro español.

Breve reseña del actual renacimiento de la literatura y lengua catalana, ¿Débese á la influencia de los modernos trovadores provenzales? por D. Joaquín Rubio Ors, Barcelona, 1877. — Si el señor Rubió, no gozara, y muy merecidamente fama de ser uno de los más distinguidos literatos españoles, esta preciosísima memoria, joya de la literatura provincial, se la conquistaría.

Honra y grande es para la Academia de Buenas Letras de Barcelona el contar en su seno hombres del valer que muestra el autor de la reseña leída en las sesiones de esta corporación de 3 y 17 de Febrero del corriente año.

Pocos trabajos de la índole de este hemos visto tan completos y acabados; siendo igualmente ricos y felices la historia, el análisis y la crítica.

Estudios sobre el engrandecimiento y decadencia de España, por D. Manuel Pedregal y

Cañedo.—No con pretensiones de haber com puesto una historia completa de la civilización española, sino con el deseo de poner en claro ciertos puntos de importancia suma de nuestra historia, y sobre todo el de las causas que originaron la postración de una monarquía poderosa como no hubo otra, ha publicado el escritor republicano D. Manuel Pedregal y Cañedo sus *Estudios sobre el engrandecimiento y decadencia de España.* Trabajo importante de suyo, lo es mayor porque para razonar sus conclusiones más fuertemente, recorre en rápidas ojeadas históricas todo cuanto en la marcha del pueblo español influyó, desde las razas pri mitivas iberas, y los hechos capitales de nuestra independencia como la invasión árabe y guerra de la reconquista, hasta las instituciones, clases sociales, poderes públicos y política interior y exterior que España tuvo en tan largo é importante período. Así consagra minuciosa atención al estudio del tercer estado y la nobleza, á las cortes y los reyes, al clero, á las clases inferiores, á la autoridad real, y las comunidades de Castilla, á la casa de Austria y á su política, á la Reforma, á los tributos y á la industria en los siglos XVI y XVII, á la despoblación de España y la propiedad territorial, á las costumbres y literatura.

No á todos estos asuntos ha dedicado igual preferencia: nótase desde luego afición suma á

la exposición de nuevas ideas en las razas primitivas, al estudio de los adelantos árabes por todos juzgados con poco juicio, y las verdaderas causas de la decadencia de España, que pocos han acertado á señalar.

En cuanto á su mérito literario no lo tiene, ni con mucho, de primer orden; el señor Pedregal no es un literato, ni un historiador, ni filósofo aunque de todo tenga algo; pero ni su estilo es distinguido por elegancia, ni concisión, ni nerviosidad; ni sus miradas abarcan (á manera del águila) largos períodos; ni descubre esas leyes misteriosas, profundísimas, que ligan unos con otros los acontecimientos. En cambio expone con acierto y señala con claridad causas que hacen creer en su profundo estudio y notable talento.

Recuerdos de Italia, por Emilio Castelar; *El gabán y la chaqueta,* por Antonio de Trueba.— El infatigable editor don Abelardo de Carlos que ha conseguido aclimatar en España dos periódicos tan notables, cada uno en su género, como *La Ilustración Española y Americana* y *La Moda Elegante,* tiene por costumbre regalar á sus constantes suscritores al terminar el año un precioso libro, lujosamente impreso y concienzudamente escrito. Dos de nuestros más

renombrados escritores han satisfecho este año la exigencia del señor de Carlos; el uno es el orador más elocuente que han conocido los siglos, Emilio Castelar; el otro el cantor más fiel é inspirado que han tenido los pueblos, Antonio Trueba.

Recuerdos de Italia se titula el libro de Castelar, preciosos artículos contiene, la mayor parte publicados en notables periódicos. Todos ellos tienen el tinte de la oratoria brillante del señor Castelar; *La Capilla Sixtina,* que en nuestro concepto es el mejor, es una pintura grandiosa de la gloria de Miguel Angel; y en verdad que se puede decir que si Julio II necesitaba un artista como Miguel Angel que eternizase su memoria, Miguel Angel necesitaba un escritor como Castelar que ensanchase con su poderosa imaginación el estrecho círculo en que han querido encerrarse los elevados pensamientos de Miguel Angel.

El gabán y la chaqueta ha puesto de nombre Trueba á su lindísimo libro. El argumento es conocido, vulgar y aun inocente; su desarrollo sencillísimo pero no natural, el estilo y demás adornos literarios, como de Trueba, inmejorables. Libro bien escrito, bien pensado y que, sin embargo no tendrá el éxito de los anteriores; las pinceladas políticas, que están escritas con pluma de hiel en vez de rosa que es con el que acostumbra y debe escribir el señor de

Trueba, son apasionadas unas y otras justas, pero la mayor parte excusadas y todas ellas innecesarias en su libro. El señor de Trueba se ha propuesto, pintar descarnadamente algunas escenas de que ha sido él protagonista, y como tiene un corazón que siente sólo con lo bueno y una pluma que sólo sabe pintar lo noble y lo hermoso, ha hecho un libro que no tiene novedad en el argumento, que es muy cándido en algunos desenlaces, y que es notabilísimo en sus accidentes. Esto prueba, que su autor no tiene rival en el género de cuentos sencillos á que se ha dedicado, pero que será una de tantas notabilidades en los trabajos eruditos.

Principios de literatura general é historia de la literatura española, por Manuel de la Revilla y Pedro Alcántara García.—Apreciables tratados de la literatura poseía España hace algunos años, entre los cuales no son en mi concepto los que menos recomendación merecen, el de D. Antonio Gil y Zárate y el del señor Coll y Vehi; pero todos ellos faltaban á las exigencias de la moderna crítica, cuando el señor D. Francisco de Paula Canalejas comenzó la publicación de su Curso de Literatura General. Esta obra, que es indudablemente lo mejor que se ha escrito en castellano de literatura

preceptiva, tiene el grandísimo inconveniente de que está sin concluir y, probablemente no se concluirá dadas las nuevas ocupaciones que como padre de la patria han recaído sobre el estudioso académico. No hago mención de la *Historia crítica de la Literatura Española* de D. José Amador de los Ríos, el monumento más grandioso que se ha levantado á la literatura española, ni de la apreciabilísima de Tiknor, porque ninguna de ellas está escrita para servir de texto en el estudio elemental, ó superficial al menos, que se puede hacer en las Universidades. No sucede lo mismo que con las anteriores con la notable del señor don José A. Espino, que es más moderna y la que mejores condiciones reune, aparte de la que voy á examinar. Conociendo ésto, el ilustrado crítico D. Manuel de la Revilla y el erudito literato D. Pedro de Alcántara García, principiaron hace poco más de medio año la publicación de su obra en dos tomos *Principios de Literatura General é historia de la Literatura Española*, que satisface las condiciones que sus autores quisieron que tuviera y que responde al carácter científico y filosófico y método tan riguroso como claro, cualidades todas que exige la moderna crítica.

En dos partes dividen la obra sus autores: en la primera se ocupa el señor Revilla de la literatura preceptiva, que subdivide en tres

partes.—*Parte primera—Preliminares;* en ella se ocupa de las diversas acepciones de la palabra, de la literatura como arte, de la clasificación del arte literario con los demás artes, de la ciencia de la literatura y sus partes.—*Parte Segunda ó General, elementos esenciales á el arte literario.* Se ocupa en esta parte del artista literario, de las facultades que intervienen en la producción literaria, de las cualidades del artista literario, de la obra literaria, de sus elementos, de las diversas formas de la palabra, de la palabra escrita, de la expresión y del público.—*Parte tercera ó especial.—Los géneros literarios.*—En ésta trata de la división de la literatura, de la poética, de la poética especial, de la oratoria y de sus géneros, terminando con un apéndice á la literatura general, en que se ocupa de los principios filosóficos y de las leyes y edades de la historia de la literatura.

El señor Revilla ha escrito su obra con gran criterio filosófico, y puedo asegurar que á pesar de que se ve en él al discípulo de Sanz del Río ó Salmerón y al entusiasta admirador de la filosofía alemana, se halla escrito su tratado preceptivo con una claridad en la exposición digna en un todo de los verdaderos principios que sostiene.

La parte escrita por D. Pedro Alcántara García está dividida en épocas, precediendo á éstas

un preliminar, en el que se ocupa de los oríge- nes de la lengua castellana, del carácter con que nace nuestra literatura y de las épocas y perío- dos en que debe dividirse la literatura espa- ñola. Divídela el señor Alcántara García en tres épocas, la primera comprende la edad media, desde el siglo XII hasta el XVI; la segunda la casa de Austria, los siglos XVI y XVII y la tercera la casa de Borbón, los siglos XVIII y XIX, terminando con una brevísima reseña de nuestros autores contemporáneos.

La parte del señor Alcántara metódicamente ordenada, tiene notable mérito porque dice lo mejor que se ha dicho sobre los autores que examina, de modo que los juicios podrán no ser originales, pero son acertadísimos.

En resumen: las dos partes de que se com- pone la obra son dignas una de otra, comple- tándose. Y el conjunto es indudablemente un tratado de literatura que llena las exigencias más apremiantes de la moderna crítica.

Programa de historia universal. Epítome.— *Programa de historia universal* titula el señor don Joaquín Rubio y Ors, catedrático de dicha asignatura en la Universidad literaria de Bar- celona, á una obra que ha principiado á publi- car, y cuyo primer cuaderno, que dedica á

Los orígenes y los antiguos pueblos de Oriente, tenemos á la vista.

Una advertencia y ocho lecciones constituyen la materia del primer cuaderno. Se ocupa en la advertencia de los móviles que le han obligado á la publicación de la obra, así como á seguir distinto método que los demás historiadores, dando notable importancia á los antiguos pueblos de Oriente conforme con los modernos descubrimientos llevados á cabo por los sabios Robión, Champollión, Brugsch, Rougé, Oppert y tantos otros.

Hace en la primera lección algunas observaciones sobre las nociones preliminares de la Historia, definiéndola y dividiéndola; en la segunda se ocupa de la creación del mundo, y de la formación del primer hombre, Adán, y de la primera mujer, Eva; en la tercera del pueblo de Dios, de los Patriarcas, de la vocación de Abraham, de los Israelitas en el desierto y de la legislación mosáica; en la cuarta de la monarquía babilónica, de la monarquía ninivita, de la monarquía ninivita-babilónica, y de la religión, gobierno y artes de los Asirio-babilónicos; en la quinta de los Egitcios, del imperio antiguo, del imperio, de la Dodecarquia y de la religión, constitución, gobierno, cultura y artes de los Egipcios; en la sexta de los Fenicios, de sus orígenes hasta el principio del florecimiento de Sidón, de su supremacía

hasta el fin del sitio de Teba, de la religión, gobierno, comercio, artes y cultura de los Fenicios; en la séptima de los Hebreos, de Josué y los Incas, de Reino unido, de los reinos de Israel y de Judá y de la literatura hebraica; y como apéndice á esta lección, de la Asiria independiente, de sus luchas con los Hebreos, de la Siria, de los reyes de Nínive y Babilonia, y de su religión, costumbres y artes; en la octava del origen é instituciones de los Argos, de sus emigraciones, de los Medos, de los Persas, y de la religión, gobierno y artes de los Medopersas, y en el apéndice á esta lección se ocupa de la Armenia, de los pueblos del Asia menor, de los Frigios y de los Lidios.

La obra del señor Rubió es importantísima, si hemos de juzgar por la primera entrega; su autor, cuyos notables y profundos conocimientos reconocemos, ha recopilado de tal manera la buena doctrina de la historia antigua, que aunque su obra sea la que más detenidamente se ocupa de esta parte, ha de ser al mismo tiempo de facilísimo estudio por el buen método que ha empleado en la exposición de la doctrina. Pero á estos dos méritos, reune otro de no menor valía, que es el que se refiere á la manera de considerar la cultura de aquellos pueblos; en este terreno tiene observaciones curiosas, datos ocultos y crítica muy razonada.

Debemos, pues, celebrar con extremo á los

que como el señor Rubió se han propuesto sacar la historia del estrecho y hollado camino porque marchaba.

Nosotros enviamos, en unión de algunos amigos, sincera enhorabuena al ilustrado profesor de la Universidad de Barcelona, animándole á que dé pronto á luz el resto de su obra, que á no dudarlo ha de ser digna de la parte que conocemos y de la cual prometemos ocuparnos más detenidamente.

APLAUSOS Y CENSURAS

(VOLUMEN CUARTO)

ÍNDICE

BIBLIOTECA BASCONGADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Ó VENTA

POR TOMO

España	2 pesetas.
Antillas y Filipinas	3 »
Repúblicas Sud-Americanas	2 25 Pesos papel
Extranjero	4 francos.

Puntos de suscripción

VITORIA	Pío Larrañaga.
SAN SEBASTIÁN......	Bueno y Lamis.
PAMPLONA	Nemesio Arámburu.
BILBAO	Todas las librerías.
MADRID	Librerías de Fe, Suárez.
HABANA...........	Sociedad «Laurac-bat».
BUENOS AIRES	Sociedad «Laurac-bat». Centro Vasco-francés. *La Vasconia*, 781, Avenida de Mayo
MONTEVIDEO	Sociedad «Laurac-bat.
ASUNCION	Ramón de Olascoaga.
SANTIAGO DE CHILE .	Zulueta Hermanos.

ADMINISTRACIÓN

ESPAÑA, Bilbao, calle dè la Pelota, n.º 7, pral.

